



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





—  
—  
E N E

WYLLIE

L

1894

BT1100  
S418  
1794  
v.1  
c.1

132655



1080046251

*José Angel Benavides.*

6#2-6#46

# EL INCRÉDULO SIN EXCUSA.

OBRA

DEL R.<sup>MO</sup> PADRE PABLO SEÑERI,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

PREDICADOR DEL PAPA

**INOCENCIO XII;**

EN QUE SE DEMUESTRA,

QUE NO PUEDE BEXAR DE CONOCER QUAL ES LA  
VERDADERA RELIGION, QUIEN QUIERE

CONOCERLA: 272

TRADUCIDA DEL TOSCANO

POR D. JUAN DE ESPINOLA BAEZA ECHABURU.

TOMO PRIMERO, NUEVA EDICION.



MADRID. MDCCXCIV.

EN LA OFICINA DE DON GERÓNIMO ORTEGA Y HEREDEROS  
DE IBARRA, Y A SU COSTA.

46159

EL INCRÉDULO

5418  
1794  
v.1

SIN EXCURSA

ORA

DR. P. PADRE PABLO PEREZ

DE LA COMPAÑIA DE JESU

PREDICADOR DEL

INOCENCIO



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

5418

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Catálogo de los Libros que se hallan de venta en la  
Imprenta y Librería de Ortega y Herederos de Ibárra.

EN FOLIO.

El Expediente del Obispo de Oueca.  
El Expediente de Excomunión perteneciente á la Meist.  
Las Memorias Historicas del Rey Don Alonso el Sabio,  
por Mondejar.

EN CUARTO.

La Exposicion del Catecismo de San Pio V. en forma  
de Lecciones de oposicion , en latin. Dos tomos.  
La Explicacion de la Doctrina Christiana en forma de  
Pláticas para los Parrocos , por el P. Denche. Dos  
tomos.

Balthasar Ayala , de Jure & Officiis Bellicis , ac Dis-  
ciplina Militari.

La Familia Regulada.  
Lecciones de Comercio ó de Economía Civil , por el  
Abate Genovesi. Tres tomos.

Aventuras de Juan Luis , historia divertida.

Geografía de Aguirre.

Riego Espiritual.

Estado de la Gran Bretaña.

Sermones de Tablá.

EN OCTAVO MARQUILLA.

El Viaje de España. Diez y siete tomos.

El Viaje fuera de España. Dos tomos.

Chicos Verones de Castilla y Cantón Epistolario. Dos  
tomos.

Logica de Condillac.

Discurso sobre las Penas , por el Señor Lardizabal.

Salud y conservación de los Pueblos , por Baili.

Diálogos sobre el Comercio de Granos , por Gallani.

Tratado de los Cementerios ó Sepulturas , por Baili.

Tragedia de Morzuma.

Villamil , sobre la libre multitud de Abogados.

El Snoy, Parábasis de los Salmos.  
Meditaciones del amor de Dios, por el P. Estella.  
Dos tomos.

Historia crítica de la vida civil para la educación de  
los jóvenes. Dos tomos.

Ejercicios Devotos de Grifol.

Divina Filomena de afectos á Christo crucificado.  
La Exposición del Canon de la Misa en latín.

Oraciones sobre las virtudes de Jesuchristo.  
Aguirre, de Sociedades.

Poesías de Melendez.  
Discurso sobre la inmortalidad del Alma.

Ruina del Prado.  
Ornato y música del Templo.

Puig, Elementos de Canto Llano.  
Písimia Erga de San Buenaventura.

Ascos, Concilios Generales.  
Luis Vives, sobre la Sabiduría.

Sobriedad, y sus ventajas.  
Verdadero Maná del Alma.

Carta crítica sobre el uso de los Oratorios domésticos,  
por el Doctor Sanchez.

Breve Compendio de los usos y costumbres de los  
Griegos y Romanos, para la inteligencia de los His-  
toriadores antiguos.

Advertencia de la Cleroala de Francia, celebrada en  
París en el año de 1775 con permiso del Rey.

La Voz del zelo Pastoral, ó Representación del Clero  
superior de Francia.

El Poeta y su Compañero.  
El Tesoro de Pobres, de Medicina.

Villicastis, para hacer oracion mental.

El Kempis en latín.

La Cruz, aligerada.

# EL INCRÉDULO

SIN EXCUSA.

PARTE PRIMERA.

## CAPITULO PRIMERO.

*Fin del Autor en esta Obra, y camino que sigue.*

### §. I.

Nada con mayor diligencia cultivan los jardineros en sus plantas, que la raíz. A ésta riegan, á ésta engruesan, á ésta desean introducir mas en el suelo, para que esté fuerte (1). Bienaventurados, pues, los Fieles, si todos con semejante desvelo cultiváran en sí la raíz de toda su felicidad, que es la Fé! Fuéran todos aquel árbol de vida indeficiente, del qual no sola la fruta, mas tambien las hojas son muy saludables para las gentes, por el exemplo de todas las virtudes. Mas la noticia que he conseguido en cinco lustros (2) de Misiones, me ha hecho advertir quín grande es la necesidad que tienen muchos de atender á esta cultura; pues en vez de procurar que la Fé prenda profundamente en sus corazones, dexan que falte poco para que se venga á secar en ellos. Si no llegan á tenerla por falsa, llegan á sospechar que lo es: que es lo que basta para darles una muerte ménos vergonzosa á la vista, mas no ménos cruel (3):

Parte I.

A

El

(1) Apoc. 22. (2) 25 años: enda lustro son 5. (3) C. 1. de Hebreos.

El Snoy, Parábasis de los Salmos.  
Meditaciones del amor de Dios, por el P. Estella.  
Dos tomos.

Historia crítica de la vida civil para la educación de  
los jóvenes. Dos tomos.

Ejercicios Devotos de Grifol.

Divina Filomena de afectos á Christo crucificado.

La Exposición del Canon de la Misa en latín.

Oraciones sobre las virtudes de Jesuchristo.

Aguirre, de Sociedades.

Poesías de Melendez.

Discurso sobre la inmortalidad del Alma.

Ruina del Prado.

Ornato y música del Templo.

Puig, Elementos de Canto Llano.

Pisima Erga de San Buenaventura.

Ascos, Concilios Generales.

Luis Vives, sobre la Sabiduría.

Sobriedad, y sus ventajas.

Verdadero Maná del Alma.

Carta crítica sobre el uso de los Oratorios domésticos,

por el Doctor Sanchez.

Breve Compendio de los usos y costumbres de los

Griegos y Romanos, para la inteligencia de los His-

toriadores antiguos.

Advertencia de la Clerofo de Francia, celebrada en

París en el año de 1775 con permiso del Rey.

La Voz del zelo Pastoral, ó Representación del Clero

superior de Francia.

El Poeta y su Compañero.

El Tesoro de Pobres, de Medicina.

Villicastis, para hacer oracion mental.

El Kempis en latín.

La Cruz, aligerada.

# EL INCRÉDULO

## SIN EXCUSA.

### PARTE PRIMERA.

#### CAPITULO PRIMERO.

*Fin del Autor en esta Obra, y camino que sigue.*

#### §. I.

Nada con mayor diligencia cultivan los jardineros en sus plantas, que la raíz. A ésta riegan, á ésta engruesan, á ésta desean introducir mas en el suelo, para que esté fuerte (1). Bienaventurados, pues, los Fieles, si todos con semejante desvelo cultiváran en sí la raíz de toda su felicidad, que es la Fé! Fuéran todos aquel árbol de vida indeficiente, del qual no sola la fruta, mas tambien las hojas son muy saludables para las gentes, por el exemplo de todas las virtudes. Mas la noticia que he conseguido en cinco lustros (2) de Misiones, me ha hecho advertir quín grande es la necesidad que tienen muchos de atender á esta cultura; pues en vez de procurar que la Fé prenda profundamente en sus corazones, dexan que falte poco para que se venga á secar en ellos. Si no llegan á tenerla por falsa, llegan á sospechar que lo es: que es lo que basta para darles una muerte ménos vergonzosa á la vista, mas no ménos cruel (3):

Parte I.

A

El

(1) Apoc. 22. (2) 25 años: enda lustro son 5. (3) C. 1. de Hebreos.

*El dudoso en la Fé es infiel; y no lo puede dexar de ser, pues tiene por incierta, dudando una Fé, que es certísima.*

Y no es este delito tan raro, como alguno imagina; porque el ingenio les sirve á muchos, como los vidrios de primera vista, que quanto mas fielmente exponen á los ojos todos los objetos vecinos, tanto mas alteradamente les informan de los remotos. El saber con alguna especial pericia lo que pertenece á las verdades naturales, confinantes con los sentidos, les altera á algunos tanto el entendimiento lleno de sí, que les hace concebir desordenadamente las verdades, que sobrepasan la naturaleza. Especialmente que impedido de la vana curiosidad de dar vueltas al mundo, discurre frecuentísimamente mas de uno de éstos por Provincias infectas con la heregía, observa los ritos, oye los discursos; y volviendo á la patria con opinion de que finalmente todo el mundo es país, trae el veneno que concebíó en la incauta peregrinacion; de modo, que no de otra suerte que el mordido del perro rabioso, se manifiesta con brevedad, no solo envenenado dentro de sí, mas envenenador (1): *Lex queda tanta ponzoña, recibida una vez el mal, que se hacen envenenadores los que padecieron los rósigos.* De aquí el motejar de continuo sobre la Fé, y sobre la otra vida, que ella revela, buscando pruebas algo mas claras para darles asenso; y de aquí juntamente el atribuirse vanagloriosamente un entendimiento no rendido á los Oráculos que han salido del Vaticano, y el tenerse por un milagro de sabiduría, porque sabe dudar de los milagros mas famosos, que reverencian los demas con los ojos cerrados, y tambien, si es menester, se sabe burlar de ellos.

Tales son los torbellinos y las tempestades que se

ca

(1) *Plin. lib. 28. cap. 3.*

engendran, para decirlo así, en esta media region del ayre de un entendimiento, ni ignorante bastante mente, ni docto, y levantado sobre el saber común, pero no mas arriba, por detenerle los sentidos, comun á los brutos: tempestades y torbellinos, que baxan con estrago sobre las compañías sujetas: tanto uno solo de éstos, ni bien Herege, ni bien Católico, mas candidato del Ateísmo, basta tal vez para destruir la mayor parte de su país, y para encaminar muy mal á mil almas con muy poca esperanza de su recobro; pues en ellas se seca el primer pimpollo de todo arrepentimiento, que es la Fé.

## §. II.

Deseoso, pues, de reparar tan grande ruina, me he movido á sacar á luz un pequeño libro, que les enseñe á estos desecaminados el sendero derecho para hallar la verdad, que es entender bien la evidéntisima dignidad que tiene la Fé Católica sobre todas las otras, de ser juzgada infaliblemente la que es, esto es, dada del Cielo. Dixe el sendero derecho para hallar la verdad, porque el buscarla en el largo examen de sus principales artículos, uno á uno, es buscarla por un laberinto compuesto de tantos rodeos, que el salir de uno fuera entrar en otro mas interminable para un cerebro contencioso. La Religión no ha menester probar los arcanos de su doctrina celestial, mas solamente proponerlos. Lo que ha de probar necesariamente es, que Dios mismo fué su Autor. Probado esto, queda totalmente evidente, que sin mas examen le han de creer todos sus artículos, con mas firmeza que la que se concede á las demostraciones científicas; pues creyéndolos, fixamos el pie sobre una base mas inmóvil y mas incontrastable, qual es la Divina Veracidad.

Y esta es la diferencia de la Fé (1), que se debe

A 2

4

(1) *S. Thom. 3. dist. 24. q. 2. art. 3. Eccl. 19. 27.*

á las palabras de Dios y á las palabras del hombre: que el hombre, como á quien fácilmente se puede engañar por malicia, ó ser engañado por ignorancia, no se debe creer, sin haber examinado primero su dicho: *No creas todas las palabras; porque quién hay que no haya delinquido con su lengua? Mas á Dios, en cuya lengua no puede caer defecto ni falsedad, se le debe esta justísima reverencia, que en dándonos suficientes indicios de haber hablado, se reciba ciegamente su doctrina; sin obligarlo á que la pruebe (1): Quién hay tan impío y tan ajeno de Dios, que no le crea, y le pida pruebas á su Magestad, como á los hombres? Un niño inocente, seguro de que está en los brazos de su madre, no busca mas: chupa, aun con los ojos medio dormidos, el alimento vital que de ella sale imperiosamente.*

Por eso la verdadera Religion camina entre dos extremos entre sí opuestos: uno de una supina ignorancia: otro de una insaciable curiosidad. Los Turcos estan tan lejos de saber dar razon de su fé, que ántes tienen pena de la vida, si la examinan; mostrando en esto mismo de qué tela es aquella pieza, que ninguno la puede ni vender ni comprar mas que á tiendas oscuras (2). Los Filósofos puros quieren que sirva la Fé á la ciencia, negando con Abailardo, que asienten á punto alguno de lo que no perciben; lo qual es hacer mayor agravio á la Fé, que le hiciera el Océano quien se obstinara en disputar si se dá y mientras no le puede comprehendir hoyo alguno, quando esta misma perfeccion de su grandeza tan desmedida le hace dignísimo de que le paguen tributo todos los rios.

La verdadera Religion; pues, va por el camino de en medio, que es el real. Ni presume poner en

(1) Clem. Alex. lib. 5. Strom. sub init. (2) Ez. S. Boon. ep. 150. ad Isaac.

claro á alguno con razones naturales la verdad de sus misterios (como los que por la sublimidad de su esfera trascienden la capacidad natural de todo entendimiento, no solo humano, mas angelico), ni dexa de mostrar lo que basta para obligar á que se crean firmemente; esto es, que los ha revelado el Cielo: lo qual hace con tal evidencia de credibilidad, que los argumentos sobre que la funda no convienen á otra secta, ni se puede dar jamas caso en que le convengan, á lo ménos todos: de donde se sigue, que como sapientísimamente la confiesan sus Fieles por verdadera, así necisísimamente la niegan los Infieles, dignísimos por esta cabeza de llorar en una noche perpetua la rebelion que tuvieron á tanta luz.

Estos argumentos, pues, habemos de ir disponiendo aquí con tal orden, que le hagan á la verdad, no solamente cortejo, mas guarda; pues cada uno de por sí, y mucho mas todos juntos, deberá precisar á qualquier sano entendimiento á descubrir la Religion verdadera entre millares de falsas; de suerte, que quien jamas la ha encontrado, la encuentre; y que quien la encontró, y despues por su desgracia llegó á perderla, de repente la recobrie; y señadas todas las dudas; dé finalmente á su eternidad aquella paz, de que el Apostol nos queria llenos en un acto de tanto provecho: *Llenos de paz en el creer* (1).

## §. III.

Pero por no dexar alguna dificultad, que á manera de plaza enemiga que se ha quedado á las espaldas, les dé á los medio Fieles ocasion de fortificarse en ella para su daño, daremos principio, probando lo que fuera manifesto por los mismos términos (como lo son los primeros principios) si los términos se aprendieran con claridad, y es que hay un Dios, úni-

(1) Rom. 16. 13.

único universal, primera causa de todos los seres criados. Después mostraremos, que de estos seres criados tiene Dios providencia; mas que con especialidad la tiene del hombre, cuya alma harémos ver de propósito que es inmortal. Y con eso concluirémos la primera parte de la obra, deduciendo, que sobre la tierra hay alguna Religión, y Religión verdadera, debaxo de la qual es menester alistarse. En la segunda parte nos adelantaremos á manifestar, que esta Religión verdadera no puede ser otra que la Católica; lo qual para que se descubra mejor, no harémos mas que ponerla en comparación con aquellas Religiones que le hacen guerra.

Donde es de considerar, que la infidelidad se puede cometer al presente de tres maneras: ó contra la Fé de Christo, ya recibida en su perfecta claridad de verdad (1); y así faltan los Hereges, que admiten, ó hacen por lo menos profesión de admitir los dos Testamentos el Viejo y el Nuevo, y despues los quieren interpretar á su antojo por no seguirlos. O contra la Fé de Christo, recibida solamente en su claridad imperfecta, ó por mejor decir en sombra; y así faltan los Hebreos, que admiten el Testamento Viejo, pero no el Nuevo, aunque Dios ordenó al Nuevo el Viejo, como figura. O contra la Fé de Christo no recibida de modo alguno; y así faltan finalmente los Paganos, que no admiten ni el Testamento Viejo, ni el Nuevo; mas tienen por legisladores á los hombres, no á Dios.

Pondremos, pues, en comparación del Paganismo, del Hebraísmo y de la Heregía á la Religión Católica, para que el cotejo haga brillar mas clara la verdad, aun para los entendimientos mas flacos. La púrpura adulterada puede agrandar á los inexpertos de lejos no ménos que la verdadera, mas no de cerca.

La

(1) S. Thom. 2. 2. q. 10. art. 5. Sum. de Fide, sec. 16. vers. 4.

La lana teñida con color ménos noble, separada de la púrpura, parece bien; pero no, si comparas una con otra. Mas ningun otro Paganismo parece que tiene hoy mas nombre que el de los Mahometanos, contados aun de las leyes civiles y de las canónicas en dicha clase (1). Y por eso en vez del Paganismo, tomado en mas largo sentido, nosotros vendrémos siempre á herir, quando hubiere necesidad, al Mahometanismo. Dixe quando hubiere necesidad, porque no habemos de ir con orden á embestir primero á uno de estos tres géneros de Infieles, y luego á otro, y despues á otro, como en tres duelos diferentes; mas ya los asaltaremos á todos juntos, ya á cada uno de por sí, segun la varia fuerza de los argumentos, que se pondrán en execucion para nuestro fin.

El modo de argüir será proporcionado al modo de discutir que tiene cada una de estas sectas. En la primera parte, peleando con los Ateístas, que no conocen Religión de género alguno, mas se burlan de todas, no traerémos mas pruebas que las conformes al dictámen de la razón; y así tambien lo harémos en la segunda con los Mahometanos, que en su Religión no hacen caso de las Escrituras Divinas, superiores á toda razón. De las Escrituras Divinas, coligadas con la razón natural, nos valdremos contra los Hebreos y contra los Hereges, segun aquella parte que ninguno de ellos puede repudiar, sin ir á militar debaxo de otro culto, qual es el del Paganismo.

#### §. IV.

Verdad es, que en esta mi fatiga tal qual no tengo por fin aprovechar solamente á los incrédulos; mas mucho mas tengo por blanco aprovechar á los Fieles. Pues aunque todá la evidencia de la credibi-

li-

(1) Cod. 1. 2. tit. 2. 12. E. 1099. Leyes Hispan. part. 7. tit. 24. lib. 5. Dicit. E. Clement. 2. de Harat. E. Sarrac.

lidad, de que nuestra Religion se adorna, no baste para engendrar aquel asenso inmóvil, en que consiste la Fé, mas se requiera para él un don infundido de Dios sobrenaturalmente en el corazón del hombre, conforme á aquello del Apóstol á los Filipeos: *A vosotros se os ha dado por Christo que creais en él* (1); sin embargo conduce extremadamente aquella evidencia para recibir este don. Supuesto que la voluntad, despues de haber aprehendido bien del entendimiento la dignidad suma que tiene la Religion de Christo de ser creída, le manda al entendimiento con lleno imperio, que la crea firmemente (cautivando donde no llega toda la repugnancia en obsequio de la suprema Verdad, que sabe tanto mas que él); y así pone (aunque no por sí sola, mas juntamente con el favor de la gracia) pone, digo, casi la última disposición para recibir el don escogido, que es el acto infuso de Fé (2): *El don de la Fé elegido*.

Y aunque es certísimo, que sin un juicio sólido de esta credibilidad, conocida por evidente, se puede dar una Fé, aun divina (esto es, una Fé que sobrepuje en firmeza qualquier asenso firme natural) no se suele dar (3). De donde es menester para concebir esta Fé, que no los hombres mas idiotas conozcan de algun modo esta grande apariencia de verdad que trae consigo, entendiéndola á lo menos por la fama, que enseñan la Religion Christiana; personas santísimas y sapientísimas, que la tienen todos por infalible, y que la predicán, como baxada del Cielo, á todas las gentes, y como testificada con tales señales, que no se puede dudar que son de lo alto: fama á que aludió el Apóstol, donde dixo: *Por toda la tierra se extingió su sonido, para denot*

tar,

(1) Philip. 1. 29. (2) Sup. 3. 10. (3) *Sacr. de Fide*, d. 4. sect. 5. n. 5. *Sylv. Man. de Fide* 17. tit. n. 4. 15.

tar, que siendo fama tan dilatada, no podia dexar de tener grande fundamento: Y la razon de esta previa disposición que requiere Dios, es porque aunque su Magestad puede suplir por sí solo en las almas simples todas las ilustraciones exteriores que les faltan con sola su iluminación interior, con todo eso, á lo menos de ley ordinaria, no lo quiere hacer, como alli lo insinuó el mismo Apóstol en aquellas voces: *Cómo creerán á quien no oyeran?* Porque Dios, tan suave como fuerte en todas sus obras, quiere que su Religion no sea creíble por sola Fé divina para todas las gentes, mas tambien por Fé humana, que es lo que le quita finalmente todo género de excusa á quien no la acepta; pues no aceptándola, no solo se descubre infiel, mas irracional. En lo demas, quién hace que el cedro dé frutas tan olorosas? Seguramente no es el jardinero que le plantó, que le podó, que le regó; es Dios, que por adentro lo vivifica con un vigor, que solo él conoce (1): *Dios es aquel que da el aumento*. Y sin embargo Dios de ley ordinaria no da vigor tan vivifico á algun cedro, si el jardinero no concurre por su lado. Así aunque al crear firmemente, y no solo con probabilidad, que nuestra Religion es la verdadera, no son los motivos de la credibilidad los que le dan al acto tan grande aliento, mas es el Espíritu Santo, que habla dentro de las almas á su modo, quando hay quien le hable por su Magestad por de fuera: con todo eso no suele el Espíritu Santo hablar por de dentro de modo tan vivo, sin que haya quien hable tambien por de fuera; ó por lo menos haya hablado: *La Fé entra por el oído* (2).

Part. I. B. §. V.

(1) 1. Cor. 3. 7. (2) Rom. 10. 17. (3) 1. Cor. 13. 12.

## §. V.

Y de aquí se podrá fácilmente argüir el inmenso provecho que le traen al Pueblo Cristiano los Sagrados Predicadores, que discurren desde el púlpito de quando en quando sobre esta evidente dignidad que tiene nuestra Fé, de que todos la antepongan á qualquiera secta. De esta manera forman en los corazones de los Fieles como un embrión, esto es, una Fé humana; y de este modo le dan oportunidad al Espíritu-Santo de infundirle en este afecto aun imperfecto la alma de una Fé divina, que es la que finalmente vence al mundo (1): *Nuestra Fé es la victoria que viene al mundo. Verdad es, que aunque los Predicadores Sagrados causan gran bien con estos discursos, yo creo sin embargo, que lo causan mayor los Escritores Sagrados, atendiendo á que las razones doctas, que son las propias de tan provechoso asunto, mucho mejor se aprehenden vistas despacio, que oídas de prisa: de donde nadie habrá que leyendo las, no se haga mas fácilmente dueño de ellas, que escuchándolas poco ménos que por hurto. Y es este dominio parece que está obligado á tener qualquier Fiel, lo mas que pueda, para poder corresponder á su obligación, que es estar pronto, como le manda San Pedro, para dar siempre cuenta de su esperanza, y consiguientemente de su Fé: Dispuestos siempre para satisfacer á todos los que nos pidiere la razón de la Fé y de la esperanza, que hay en vosotros (2). Donde es muy de notar, que no dice de los misterios de la Fé y de la esperanza en particular, mas de la Fé y de la esperanza que hay en vosotros en general; porque el saber declarar la conveniencia de este ó de aquel artículo, que creemos en individuo, es solo de los hombres grandes en los tratados*

(1) 1. Joan. 5. 4. (2) 1. Petr. 3. 15.

científicos (1), que no son para que anden en las manos de todos; mas el saber declarar la conveniencia de la Fé universal, que nos obliga á la creencia de esos artículos, ha de ser comun lo mas que se pueda á qualquiera de los Fieles en su grado (2); siendo vergüenza suma; como lo observa San Juan Crisóstomo, que el médico, que el zurrador, que el calcetero, que el texedor, que qualquier otro artifice sepa dar cuenta de su profesion, y el Cristiano no la sepa dar tambien de la suya: *Absurdo es, que el médico, el zurrador, el texedor, y generalmente todos los artífices cada uno pelen por la profesion de su arte; mas el Cristiano no pueda dar razon alguna de su Religión (3). Y si es así, no habrá aqui quien no vea de cuánta alabanza se harán merecedores todos aquellos siervos de Dios, que para enseñar al Pueblo Cristiano á manejar bien estos argumentos de la credibilidad, que goza en su propio favor nuestra Fé sobre todas las otras, los han recogido en los libros, que sabiamente han escrito en su lengua vulgar, para que quien no era apto para aprehenderlos en las extrañas (como se puede juzgar que lo es para muchos, aun en el mismo Lacio, la latina) los aprehendiese en la doméstica*

Así lo hizo el Venerable P. Fr. Luis de Granada, Dominico, á quien, si por alguno de sus Tratados Espirituales, todos excelso, le convenia aquel Breve de agradecimiento que le envió desde su Trono Gregorio XIII, tan bienhechor de la Religion y de las buenas Artes; con que la Religión se amplifica; seguramente le habrá convenido, mas que por otro, por la Introduccion al Símbolo de la Fé, libro que se ha traducido de la Española en todas las lenguas, aun orientales, por los altos bienes que

(1) P. Lario, lib. (1) S. Thom. 2. 2. q. 1. art. (1) S. Gregorio tom. 16. in Joan.

por todas partes ha obrado en los corazones aun bárbaros. Y lo mismo habian hecho otros Escritores antes que él, y despues han proseguido haciendo: de donde yo no debo tener reprehension alguna porque me uno con ellos para la misma empresa, quando no pueda parecer que llego ya tarde, llegando detras de tantos, que con grandísima alabanza han dicho abundantemente primero que yo lo que yo no podré decir despues de ellos mas que con poca. Sin embargo no me desaliento, porque los socorros frescos, por pequeños que sean, llegan á tiempo siempre mientras yerbe la ríña; y no se puede decir en nuestro caso que ésta no verbe ya, ni que no está para herbir, mientras el infierno tendrá odio á aquella Religion, que es la única en afrontarlo. Añádes que varios de estos libros son, ó dificultosos en el método, ó grandes en el cuerpo, y por eso ménos á propósito para correr por las manos de quien tiene mayor la necesidad. La expedicion de las armas es tan ventajosa, que en las guerras se temen mas comunmente los mosquetes, que las piezas de artillería.

## §. VI.

Y no se me quiera pedir la novedad en un argumento ya tan controvertido. Primeramente, si no hubieramos de decir más que lo que jamas niugun otro ha dicho, habiamos menester enmudecer todos: *Nada abajo del sol hay nuevo*; ni aun las abejas, símbolo de la industria, al dar su miel la dan por nueva: solo profesan el ir á recogerla por acá y por allá laboriosamente de variedad de flores; y sin embargo inútil en la naturaleza las ha condenado jamas por inútiles, mas alabado por la forma con que las dá á destilar en los panales. Demas de esto, en la materia que tengo entre las manos quiero antes protestar libremente, que he huído con sumo estudio la novedad, que es poco amiga de la Religion. Es men-

nester mirar aquí solamente á su honra, no atender á la propia. Por eso si sacare yo al campo razones usadas otras veces para defenderla valientemente, juzgaré la victoria tanto mas cierta, quanto mas puedo prometérmela de un cuerpo de soldados viejos experimentados, que de una leva de aventureros visosíos. Fuera de que el mismo fin que me propongo de la mayor brevedad que me sea posible, me obliga á no mover todo el exercito, mas á hacer como un destacamento de los argumentos mas fuertes, é impellerlos para la defensa de la verdad.

He deseado formar el estilo, donde lo puedo conseguir, antes culto que desaliñado, porque jamas he podido percibir que el horin aproveche á las armas. Y si en los rayos tememos tambien el relampago, quién juzgará que cierta energia en el decir es en las causas ménos oportuna para dar golpe, porque lo da relampagueando? Finalmente alabaré la armonía del número donde retrato el golpear de los herreros, música juntamente y labor.

## §. VII.

Resta el amonestar por último á mi lector, que lea todo este libro con atención y sin pasión: leale todo, si quiere dar sentencia acertada; pues (1) es indiscreto modo de proceder el juzgar, no habiendo visto mas que alguna parte de la ley, sin haberla considerado bien toda. Léale con atención, porque para un quadro puede bastar una ojeada, pero no puede bastar para un libro; y nuestro entendimiento para conseguir la verdad es red, si; mas es red de pesca (que no hace buena presa quando no llega á profundarse), no es red de cazar pájaros. Léale finalmente sin pasión, que esto me basta á mí, aunque

(1) *L. Incivile est, ff. de legibus.*

le falte la pia afeccion. Los ojos, para estar bien dispuestos para ver, es menester que se hallen, ni muy abundantes de humor, ni muy filtos. Contentareme con que esté así vuestro entendimiento, ni demasiado flexible para creer, porque no le tache de ligereza el Sabio: *El que cree presto es ligero de corazon* (1), ni demasiado incrédulo, porque no oiga que vitupera Christo su obstinacion: *O juicios y tardos de corazon para creer* (2)! Es ligero para creer el que cree, quando tiene mas razon para no creer que para creer. Es obstinado quien no cree, quando tiene por el contrario mas razon para creer que para no creer. No recibais, pites, mis dichos, como los escrimidores reciben los golpes, esto es, para rebatirlos de todos modos, ó se le tiren justos ó no justos: recibidlos, como el sulco mullido recibe las semillas para fomentarlás, porque espero no arrojar mas semillas en vosotros que de vida eterna.

Y para que veais con quinta discrecion quiero proceder, pidiendo vuestro asenso, el asunto de toda la presente obra, sea grande ó pequeña, ha de ser siempre éste: mostráros, que vosotros con vuestra voluntad habeis de hacer mucho mayor fuerza á vuestro entendimiento para apartarle de creer las cosas, que os he de decir á favor de nuestra Religion, que para iducirle á creerlas. Y esto supuesto, veis aquí ya (si no os rendis) que sois el *Incrédulo sin excusa*, que es el titulo que lleva en la frente esta obra. Porque, qué excusa ha de tener en el tribunal de Dios el que no quiere creer, por mas que siempre le hubiera sido mas fácil el quererlo que el no quererlo? Solo podrá decir entónces, que verdaderamente fué necio y tardo de corazon: *Necio y tardo de corazon para creer*. Tardo, porque no se sujeto á la

(1) *Ecc. 15. 4. (2) Luc. 24. 25.*

la verdad, como incrédulo: necio, porque en rehusar rendirse obró contra toda la luz, aun de la razon, como imprudente.

## CAPITULO II.

*Cuán indignos son de crédito los Atistas.*

## §. I.

No parece posible que el hombre introducido en este mundo, como en un templo, para que en nombre de todas las criaturas ofrezca á la Divinidad sacrificio de alabanza eterna, degenerare despues de su grado tan enormemente, que de Sacerdote se convirtiera en rebelde, y no solo le pleyten á su Soberano el tributo, mas hasta el ser. Y ojalá no previcara de esta suerte mas de uno: *Dixo el mio en su corazon: No hay Dios* (1). Verdad es, que si al hombre le es dificultoso el acercarse á lo mas alto de la virtud, no le es quizá ménos dificultoso el llegar á lo mas profundo del vicio. De donde es, que ántes que alguno se haga Atista es menester mucho; debiendo para este efecto no solo perder el juicio, mas quererle perder. Ahora, porque el hallar el origen de las enfermedades es grande parte de su cura, procuremos hallar del Atéismo, por el puro deseo de convertirle á quien está por ventura inficionado con el, la vivora en medicina.

## §. II.

El manantial mas ordinario de los baidos de cabeza no está en el cerebro, como lo cree la gente ordinariamente: está en el estomago, que lleno de humorizos malignos, envia á la cabeza aquellos humos impetuosos, que desconceptándola, la hacen

(1) *Psalm. 13. 1.*

hasta juzgar que los montes baylan. Otro tanto sucede en nuestro caso. El origen de esta incredulidad tan caliginosa no se ha de buscar inmediatamente en el entendimiento alterado, mas en la voluntad, que cargada de todas las porquerías de los vicios, levanta de su pecho humos negrísimos, de donde le provienen al entendimiento aquellos bahidos, que no le dexan tener por firme y por estable ni aun al primer motor.

Yo á la verdad no sé quién eres tú, que has tomado este libro en la mano para revolverle. Quiero creer que eres sin duda fiel á Dios; mas si eres uno de los que no le admiten, por tu vida que tengas por bien que yo te pida á solas con sumo secreto (pues aquí hablamos con todo cuidado) qué has hecho para borrar de lo interior de tu alma aquellos pladosísimos pensamientos, que te estimulaban á reconocer un Fabricador Supremo del Universo, y á venerarle? No me puedes decir que naciste Ateísta: haste hecho tal, si se considera bien, poco á poco. Confésame, pues, por aquella Divinidad á quien no das crédito, cuáles son los grados por donde llegaste á caer en tan grande delirio? No creo que la entereza de las costumbres, la caridad, la paciencia, y mucho menos la mortificación incansable de ti mismo, te han persuadido que no hay Dios: hatelo persuadido el deseo de vivir, como las bestias, á tu antojo. Y una doctrina tan miserable, que se aprende únicamente en la hediondez, y en los lugares infames de las malas mugeres, ha de ser la verdadera? Dónde jamas se halló, que para penetrar la mas hermosa de todas las verdades fuese menester ponerse debaxo de los pies de la destemplanza? Antes fué perpetuo parecer de todos los sabios, que para indagar qualquiera verdad, no solamente alta, mas aun comun, nada aprovecha mas que tener libre el corazón de las pasiones, demasíadamente á propósito pa-

para ofuscarle. Como, pues, quien mas se dexa dominar de la ira, de la ambicion, de la envidia, y de las disoluciones mas vergonzosas, entiende mas de lo perteneciente á Dios? Quando para contemplar mejor el Cielo le fuere mas conveniente á un Astrónomo el encerrarse en una estufa colmada de humo, que el salir al campo descubierto, entónces se podrá juzgar que la vida pisada entre mil glotonerías y mil carnalidades ha dado á ver, que sobre las estrellas no hay aquel Dios que juzga la gente crédula. Y si así es, permíteme que yo te añada, qué quietud de ánimo te quieras jamas prometer en una secta, en que tienes tan fuerte la presuncion, de que estás engañado, mirando solamente quien eres tú?

## §. III.

4. Mas aun quando no fueras de vida tan perversa, sobre que fundamento estableces aquella torre de confusion, sobre cuya empuñencia te asomas para darnos la grande nueva de que no hay Dios: *No hay Dios*. Aguardo que me digas con aquellos ignorantes que confutó ya Tulio, que no hay Dios, porque no le pueden ver nuestros ojos. Pero de quando acá se ha de hacer caso del testimonio de los ojos para buscar á Dios? Vénse con los ojos las cosas sujetas á los ojos, quales son las corporeas: mas las espirituales se entienden, no se ven. Demas de esto, por qué me dices que no le ves? No le ves en sí mismo, te lo concedo; pero le ves (si no te quieres oger á ti mismo) en sus efectos. Dime, te ruego, cómo ves el alma de ese hombre que tienes presente? La ves por ventura en sí misma? No ciertamente: la ves en sus operaciones; y sin embargo éstas te hacen bastantemente creer que la hay: y jamas te pasa por el pensamiento el sospechar, que el cuerpo de aquel artificial que entalla, escribe, estampa, pinta con excelencia, no es cuerpo animado, mas cuerpo muerto,

que pide ya la sepultura. Pues qué necesidad es está? Por las operaciones del cuerpo conocer que tiene alma, de adonde nacen, y por las operaciones de tantas cosas criadas no saber conocer que hay Dios! *Necio* (le deciamos á nuestro proposito el grande Agustino á un hombre de tu mismo genio) *necio*, por las obras del cuerpo conoces al viviente, y por las obras de la criatura no puedes conocer al Criador! (1) Esto es saber inferir de sus giros al arroyo, y no saber inferir del arroyo á la fuente. Los posthumos jamas han visto á su padre, y sin embargo estan ciertos de que le tuvieron: y no sola estan ciertos, mas juntamente le aman: le aman en los retratos, le aman en las rentas, le aman en la casa de tanta costa que fabricó para ellos, aun no nacidos. Y á ti no te basta mirar quanto te ha dado Dios, y quanto te da, para que creas que existe, ya que no para que le ames? Tú, segun eso, no creeras (si así es) ni lo que es muy manifesto por sola la autoridad de personas dignas de fé, que nos lo afirman, como que el Sol es muchos millares de veces mayor que toda la tierra; ni creeras lo que la razon te precisa á creer con sus poderosas ilaciones.

§. IV. *De la autoridad de los tribunales.*  
 Por eso, pues, te quiero citar á estos dos tribunales para tu provecho, al de la autoridad y al de la razon. Y si quedas en ámbos convencido de que hay Dios, como podrás en adelante estar firme en negarlo? Eso será no querer otra regla para juzgar de las cosas que la propia soberbia. De donde podremos concluir, que si la impiedad y el desorden de la voluntad es la madre, como se dixo, del ateísmo, el orgullo alto del entendimiento es su verdadero padre. Tales es el origen de los animales más viles. Sa-

(1) *Psalm. 73.*

len á luz á la verdad de la podredumbre, mas no sin el concurso de aquel poco de espíritu que al rededor vuela allí por el ayre. De aquí es, que se observa en todo Ateísta un ceceo no solamente soberbio, mas iadomito, en tanto grado, que se atribuye á sabiduría aun el error, y á sabiduria suma el error solo singularmente despues que el amor de la novedad le ha empeñado en juzgarse tanto más libre, quanto va mas fuera de camino. Entónces creciendo en el cotu la libertad la altivez, se hace del todo incorregible. Pues así como en el calor de la batalla nadie repara si está herido, así no advierte aquellos golpes que la verdad, para reducirle, le tira, ni se da por sentido de ellos, ó sea la autoridad la que mas le hiere, ó sea la razon. No quieras tú que te demuestre que eres uno de estos miserables. Ríndete, pues, en primer lugar á la autoridad.

## CAPITULO III.

*Por el consentimiento de todas las Naciones se demuestra que hay Dios.*

El mayor número de testigos que requiere la ley son siete: y estos bastan en los testamentos para autenticar las disposiciones de un hombre, aunque haya muerto, entre quien nunca le habia visto. Pues como no bastarian todos las Naciones del mundo para hacer creíble la existencia de un Dios vivo?

*Exemp-  
 tuados pass; en quien se depravó sinimamente la natura-  
 lidad; (dice San Agustín (1)) todo el genero humano  
 confiesa á Dios por Autor de este mundo. Si rodareis  
 al mundo peregrinando, á lo menos sobre los mares,*

C 2

(1) *In Juan. tract. 106.*

hallareis pueblos entre sí tan diversos de inclinaciones, que apenas habrá dos que se conformen en el modo de gobernarse. Y sin embargo de tanta diversidad de estatutos, no vereis, no diré Reyno, mas ni Ciudad, ni casería que quite concordemente toda Divinidad. Antes no hay parte alguna en donde no se encuentren templos, víctimas, votos, y ministros ordenados al culto Divino: en tanto grado, que os será más fácil el encontrar algun país adonde falte el Sol, que adonde falte todo rito de Religion. Decia Plutarco, con razon, que se verá primero Ciudad sin Sol, que sin Dios y sin Religion. Y si en los últimos confines del mundo se hallan personas tan bestiales, que viven sin leyes, no por eso se hallará allí quien no se avergüence dentro de sí de obrar mal, o no se avergüence á la vista de los demas: y mucho ménos se encontrará quien no se sienta de quando en quando punzar de los estímulos interiores de la conciencia reprehensora, de suerte, que obtenido contra su dictamen, no eche de ver que ofende ántes con aquel acto á un Señor Soberano, de quien reconoce como embaxada la voz de la sánderesis. Como puede, pues, ser que este consentimiento tan universal de todos los pueblos, no sea para vosotros un testigo mayor que toda excepcion? Lo que les parece verisimil á todos, dice Aristoteles, no puede dexar de ser verdad: *Aquella que les parece á todos, es verdadera* (1). Nunca anochece en todo el mundo á una hora, mas solamente en alguna parte suya. Y la mentira no puede obscurecer juntamente todo el género humano, de suerte que sea todo o engañador ó engañado: *Ninguno los engaña á todos; todos no engañan á ninguno; un singular engaña á otro*. Sen. La razon es, porque el juicio de todos es juicio de la naturaleza, que no puede mentir: y si hizo al hombre para la ciencia, no puede

(1) Arist. l. 10. Ethic.

de hacerle guia para el error. Pues si todos, Romanos, Griegos, Judios, Asirios, Etiopios, Egipcios, Caldeos, Alemanes, Españoles, Franceses, Sarmatas, Indios, Persas, Tartaros, Turcos, Chinas, y todos quantos hay, en tantas lenguas diferentes, os dicen que hay Dios, qué temeridad será, que queráis vosotros solos hacer reparos á tan grande avenida con vuestro parecer? Podreis acaso alegar alguna edad, en que se haya creído de otra manera? Antes, quanto mas os apliqueis con atenta leccion á recoger las antiguas historias, tanto mas seguramente hallareis, que el conocimiento de la Divinidad ha estado libre de todo error (1). De dónde es, que ántes del diluvio no se lee que haya reynado la idolatria; cuyo origen refieren unos á Nembroth, otros á Nino, y otros á Prometheo, que nacieron después del diluvio; porque ántes de él la noticia del Criador entre los pueblos estaba vivísima: y esto supuesto, como se podia entonces levantar el engaño grandísimo de adorar como á Dios á alguna criatura? Puede tener el cometa entrada aun en el Cielo, pero no la puede tener mas que lejos del Sol.

## §. II.

2 Y si no hay memoria de algun siglo en que en el mundo no se haya creído que hay Dios, quien no ve quan fuera de razon es, el afirmar con los Ateístas, que los hombres son inclinados á hacer esto, porque fueron criados con esta creencia por sus progenitores desde las faxas?

3 Y lo primero, cómo se hubieran siempre entre sí convenido nuestros antepasados, y se convirtieran siempre en esta forma misma de educacion, si ésta naciera, no de la inspiración de la naturaleza comun á todos, mas de la eleccion del albedrío? Quien ha visto jamas en las resoluciones arbitrarías tan grande

(1) S. Thom. 2. 2. q. 94. art. 4. ad 2.

uniformidad en tiempos tan diversos y en tierras tan divididas? Seguramente, que si en vez de discurrir nos quisiéramos antes poner á delizar, pudiéramos afirmar con el mismo descaro, que los hombres antiguamente hilaban todos como Sardanapalo, y que las mugeres iban en la frente de los exercitos, como Semiramis; mas que despues habiendo venido al mundo un Personage de extraordinario juicio ordenó las cosas, y para el bien de las familias obligó á las mugeres al huso y á los hombres á las lanzas. Y sin embargo, una locura tan grande fuera ménos increíble que la otra, con que Critias imaginaba persuadir al mundo, que no hay Dios; mas que un hombre semejante, mas entendido que todos los pasados, habia para la utilidad de los mortales, introducido entre ellos, el primero, esta opinion provechosa de que le hay. Y qué hombre fué este tan afortunado, que puso en juicio á todo el genero humano con el opio poderoso de tal engaño? Dónde tuvo su nacimiento? dónde su estancia? dónde su escuela? dónde su séquito mas solenne? Qué fué el primero entre todos los pueblos el que escuchó su voz bienaventurada? Sobre qué alas volo en brevissimo tiempo á tantos lados para sembrar una mágica tan hermosa, que venia en precio á todas las verdades? Y lo que es más de notar y dónde estan las estatuas que le erigieron despues los posteriores á un héroe que era tan bienhechor de las gentes dependulos arcos? dónde los altares? dónde los templos que se le consagraron, pues era este muy digno tanta bien de él inventar, como se decía de Baco, el cultivo de las vides, ó como el de Ceres, la sembra del trigo, ó de el desterrar del mundo aquellos monstruos, que en su nacimiento mas verdadero albergó que el diñarse de los Poetas, devotos del Hieros, en un estatua de un solo Dios, el no admitir á otros. Despues pregunto: cómo pudo aquel hombre tan felizmente propagar por el universo opinion tan nue-

nueva, con razon que contentase, ó sin razon? Si sin razon, vuelve la dificultad, de que un engaño pueda ser universal. Si con razon, pues no fué engaño, el que todos se dexasen persuadir uniformemente sué verdad.

§. III. No atreya el mundo  
 Y si alguno quiere tal vez oponerse á esta verdad con la protervia de su libre albedrio, ho veis que no lo puede aun conseguir en qualquier estado? Basta que, como se suele hacer con los testigos falsos, se halle quando ménos lo aguarda, puesto al tormento de algun dolor de costumbrado, ó de herida lo de gota ó de piedra ó de herida enconada; vereis luego como el contumaz se vuelve á irrogar, para que le ayude, el brazo de algun Numen poderoso para librarle: ó á lo ménos, rabioso se vuelve á blasfemar insolentemente; mostrando con igualdad con su lengua, ó sus plicadora ó sacrilega, que letró quando dudó si hay Dios. A lo ménos es cierto que en dos casos mas repentinos sucede así. De donde á un riesgo de un minuto fragio que amenaza vemos, que todos los de la nave se unen para levantar de acuerdo las manos al Cielo, pidiendo salvacion. Y los casos repentinos son aquellos en que, segun el Filósofo, obra en nosotros la naturaleza mas que el consejo. Mas si la naturaleza os impelo con tan gran fuerza á confesar en dos peligros aquel Dios, á quien recurrimos, no acontezca que vosotros fuera de ellos, á poder de arte os fingueis para negarle. Esto os hace mucho mas inexcusables, pues queis hacer que muera en vosotros con muerte violenta, aquella persuasion que nació en vosotros con voz sotros, y que no puede jamás morir con muerte natural. Así le sucedió á Caligula, que al oír los truenos temblaba todo, reconociendo á otro mas poderoso que él que le podia desde lo alto convertir en cenizas y sin embargo, seopagos las nubes de engañaba para ponerse en la estimación de Numen supremo.

ni se puede en la naturaleza que tiene un alma  
 que se le da en el §. IV. de la vida, como  
 la 6. Por eso incluyo en el número de los que dan cla-  
 ro testimonio de la Divinidad aun á los mismos que la  
 niegan. Porque se descubre, que aunque colocando tal  
 vez éstos la gloria en en la impiedad, se alaban de que  
 saben tanto mas que los otros, quanto creen menos,  
 no por eso llegan verdaderamente jamas á la impie-  
 dad, de que se factan, esto es, á no creer nada; y si  
 llegan es por breve espacio: sucediéndoles lo que á un  
 nadador, que aunque se puede meter por fuerza de-  
 baxo del agua, no puede estarse debaxo de ella. Si pre-  
 tende vivir, es menester que, aunque no quiera, des-  
 pues de haber suprimido algun tiempo la respiracion,  
 vuelva arriba.

7. Pero aun quando quisieramos conceder, que al-  
 gunos pocos llegan á bofrarse totalmente en el ánimo  
 toda la creencia de Dios, de qué provecho fuera? No  
 pueden algunos pocos dar excepcion al sentimiento de  
 todo el genero humano. Son esos monstruos; y por  
 eso, así como el nacer un hombre con dos cabezas no  
 puede hacer prueba de que no es propio de los hom-  
 bres el nacer con una sola, así el hallarse tal vez un  
 corazon de conceptos tan torcidos que niegue qualque-  
 ra Divinidad no puede hacer prueba de que no es pro-  
 pio de todo el genero humano el afirmarla. Tanto mas,  
 que así como los monstruos, por providencia de la  
 naturaleza amorosa, son estériles, y no tienen virtud  
 de engendrar otros monstruos; así estos, quedándose  
 solos en su opinion, no hacen pueblo; y no se pueden  
 jamas preciar de que han inducido á una comunidad  
 entera á profesar como él el Ateísmo.

## §. V.

8. Bien veo yo lo que vosotros me podreis opo-  
 ner, y no lo disimulo: tan pronto estoy aun para po-  
 nerlos las armas en la mano. Si el consentimiento de

todas las gentes es un testimonio de la naturaleza,  
 agénisimo de toda fraude, cómo, direis, no concuer-  
 dan todos en reconocer una misma Divinidad, y en  
 venerarla con un culto mismo de Religion? Cierito es  
 que en el un caso la naturaleza nos engaña (pues no  
 nos determinará á algun culto particular.) Luego tam-  
 bien nos puede engañar en el otro inclinándonos á  
 uníversonal. Pero no, la ilacion no es legitima: y veis  
 aquí la impugnacion. Vemos que no todos concuer-  
 dan en buscar la felicidad donde está colocada; mas  
 uno la busca en las riquezas, otro en las comidas,  
 otro en las carnalidades, otro en la gloria, otro en  
 el mando, otro en la doctrina, otro en las opera-  
 ciones de gran virtud. Luego no es la naturaleza la  
 que imprimió en el corazon de qualquier hombre  
 del mismo modo buscar la felicidad? No vale la con-  
 secuencia. Y la razon es, porque la naturaleza ha in-  
 clinado generalmente á todos los hombres á buscar el  
 bien, mas no les ha dado que vean intuitivamente  
 donde se halla. Los hombres, pues, siguiendo la li-  
 bertad de su talento, se aplican con variedad á apre-  
 ciar mas este bien que aquel, confundiendo no raras  
 veces por necesidad la copia con el original, el cuer-  
 po con la sombra, lo real con lo aparente. Decid lo  
 mismo en nuestro caso. La naturaleza ha inclinado á  
 todos los hombres á reconocer una Divinidad domi-  
 nante; mas no se la ha dado á mirar en sí misma, ni  
 se la podía dar, no siendo hábiles para esto los en-  
 tendimientos metidos en los sentidos; quiere que se  
 descubran por los efectos. Los hombres, valiéndose  
 con variedad de este instinto, han reconocido esta  
 Divinidad donde no estaba, y se han portado como  
 los niños, que por la imperfeccion de su discrecion  
 llaman al ama que les da leche madre, y vuelven las  
 espaldas á la madre que los parió. Han llamado los ne-  
 cios Dios al Sol, Dios á las Estrellas, Dios á los Ele-  
 mentos, que les daban el sustentento inmediato, y han

vuelto las espaldas á aquel Sumo Bien, que los sacó hasta de la nada. Por eso la misma idolatría, que tan largo tiempo ha reynado por el universo, puede confirmar las pruebas de la Divinidad, no puede enflaquecerlas: errando los Idólatras no en la tesi, mas en la hipótesi; esto es, errando en persuadirse en particular, que este ó aquel objeto, á quien suplican, es Divino: no errando en el juzgar que hay algun Numen presidente de todo. Que es lo que maravillosamente entendió el mismo Ciceron, donde dixo: *De los hombres no hay gente alguna tan fiera, que aunque ignore qué Dios sea decente temer, no sepa que se ha de tener* (1).

9 Vosotros, pues, si rodeando á vuestro gusto la Europa, la Africa, la Asia, y hasta la América misma, que es la más bárbara parte, no hallareis pueblo que de un modo ó de otro no os afirme que hay Dios: qué contradicción es la que es menester que hagais á vuestro entendimiento, para que esté duro en no creerle, oponiéndose solo á tantos! Por ventura será menester hacer otro tanto para que lo crea? La autoridad en todo genero tiene tan grande peso, que finalmente nos oprime, quando no tenemos alguna evidencia en contrario, que nos sustente. Mas qué evidencia podéis vosotros ostentar en favor del Ateísmo? La evidencia no está de vuestra banda, está de la banda contra que militáis. Porque, aunque no le sea manifiesto á qualquiera por sola la aprehensión de los términos, que hay Dios, es sin embargo manifestísimo para quien los entiende.

10 Pero porque esto no es mas que llamaros del tribunal de la autoridad al de la razon, seguidme, y os precederé.

(1) Lib. 1. de Legibus.

## CAPITULO IV.

*Por los efectos se demuestra que hay Dios.*

Difícilísimo es, no os lo niego, el probar por su causa que hay Dios: ó por mejor decir, es del todo imposible; porque la primera Causa no puede tener causa de que provenga. Mas qué aprovecha? Quan escondido está el Nilo para los Egipcios en su fuente, tan manifiesto está en su creciente. Basta, pues, que la causa primera se demuestre por los efectos, que le son muy proporcionados: no con proporcion de dignidad, como la tienen las cosas engendradas con el generante; mas con proporcion de dependencia, como la tienen las cosas hechas con el Hacedor. Y si estos efectos, respecto de su fuente inaghausta, no son mas que una gota; respecto de nosotros son una erención bastante para inundar toda grande consideración. Antes, pues, que os llegue á sorprehender, atended.

## §. I.

1. Es indubitablo, que á todo no pudo preceder la nada: porque si la nada hubiera sido tan antigua de edad que hubiera precedido á todo, aun un momento solo, no fuera posible cosa alguna. Porque de qué podría tener esta el nacimiento, esto es, el paso del no ser al ser? Seguramente le habia de tener, ó de sí ó de la nada anterior á sí. Mas la nada no puede dar lo que no tiene; quiero decir el ser real. Y si ella en este punto comienza á ser, cómo se pudo hacer quando no era aún?

3. Véis, pues, que forzosamente se ha de conceder que hubo eternamente algun sér, necesariamente existente, que dió el sér á lo que no lo gozaba. Y este sér, necesariamente existente, Padre, Productor, Hacedor de quanto hay fuera del mismo, es

el que llamamos nosotros la Causa primera, que precede por toda eternidad á todo lo criado.

4 Pero los Ateistas son ciertas bestias protervas, que tropezan á cada paso; y por eso, aunque esta es una tabla de agua tan clara, rehusan mirarla. Y antes que conceder aquella eterna Causa de todo, que os decía, ó conceden infinitos efectos é infinitas causas, sin que jamás se llegue á hallar la primera; ó dan en otros despropósitos, que despues llegaremos á rebatir uno á uno, como muchas locuras. Sino teméis, pues, juntaros con estos, preparaos para llevar del brazo de la razon heridas horribles, como son las que se suelen descargar sobre los mentecatos.

## §. II.

5 Y para convalecer de las que le convienen al primer absurdo, no veis que el querer en la asignación de las causas proceder en infinito, no es mas que echar por tierra el discurso humano por sus fundamentos? Delante de qualquiera multitud, sea la que fuere, es necesario, como lo dixo Platon, que vaya la unidad: *Prævisio est generis unitas antes de toda multitud* (1); porque el uno es el que al fin da leyes al todo. Si la galera á pesar de la calma se mueve en el mar; es porque la mueven los remos, los remos porque son movidos de los Galeotes, los Galeotes porque son movidos del Comitre, el Comitre porque es movido del Capitan, el Capitan porque es movido del Almirante, el Almirante porque es movido del Rey: es menester llegar finalmente á un primero, de que proviene que esa galera sea impelida de tantos para su curso: de otra manera se estuviere aun ociosa en el arsenal. Veis, pues, que á esta multitud de motores subordinados necesariamente se le ha

(1) S. Thom. 1. 2. q. 44. art. 2. in corp. S. 2. p. 117. art. 2. in corp. S. contra Gent. lib. 2. c. 18. art. 1. ad ultimum ab Aristotele, 20. lib.

de dar el subordinante, de quien dependen todos, como los instrumentos dependen del artifice. Lo que acontece en esta multitud sucede en qualquiera otra que podeis divisar vosotros en nuestro mundo, donde nada hay estable, todo está en movimiento. Es menester á cada una darle primer motor, no movido en sus operaciones de otro alguno; y por consiguiente es menester darle tambien con mas razon á toda la multitud universal de las criaturas, que como no puede constar de causas puramente instrumentales, es fuerza que tenga unida con estas la principal; y esta es la Causa primera.

## §. III.

6 Y valga la verdad: no vemos todos los dias con nuestros propios ojos venir al mundo muchas cosas nuevas, á la manera de las personas que salen la primera vez en la comedia sobre tan gran teatro á hacer su papel? Pongo por exemplo: vemos todas las horas nuevos hombres, que consiguientemente se van derivando de uno en otro por el nacimiento. Ahora vamos con el pensamiento, si así es, navegando siempre hácia atras, y contra la corriente de tantas generaciones subimos de padre en padre á observar á qualquiera; será menester ciertamente llegar á un padre primero, que sea formado inmediatamente por esta primera Causa tan necesaria, que llamamos Dios; si no, queremos negándole tropezar de repente en el imposible sumo, que es (segun Agustino) que un efecto nuevo se produzca á sí mismo, el recurrir á infinitos hombres engendrados, los unos de los otros amortiguando la dificultad, antes la hacen mas viva. Porque, preguntó: entre estos infinitos hombres que decís, hay alguno que posea virtud de engendrarse á sí mismo, ó no le hay? Si decís que le hay, conceded al absurdo máximo escarnecido ahora; y si decís que no, luego es necesario señalarle á cada uno de aquel escuadron (donde ninguno se puede dar el ser á sí mismo) al-

guno que se le dé: y este es la primera Causa, de que depende todo lo que por sí no puede ver la luz.

7. Figúraos con la Imaginacion una cadena inmensa de anillos colgados en el ayre; si para sustentarse el último de ellos tiene necesidad del siguiente, con quien está enlazado, y otro de otro, será menester llegar á un anillo que no pueda caer como los antecedentes; sino que sea tenido de otra mano invisible que no se dé por vencida: de otra manera, toda la cadena compuesta de estos anillos caerá en tierra. Ni vale que estos anillos son infinitos, y que por eso falta en ellos esta suposición de llegar al primero; porque si son infinitos, qué importa esto? Quanto se les añade á los anillos de número, tanto mas se le acrecienta á la cadena de peso, no de firmeza: pues es certísimo que no por eso se halla entre tantos anillos alguno que no pueda caer: y esto basta para hacer que caygan todos, si ninguno los tiene. Pues á este mismo modo figúra mas y mas hombres, quantos quisierdes; si cada uno para ser tiene necesidad de otro, que sea su padre, será menester constituir un principio que dé firmeza á tan grande concatenacion, y no sea juntamente un anillo semejante á los otros, esto es, no tenga necesidad de alguno que sea su padre, mas subsista por sí mismo, y pueda sustentar á los otros sin ser sustentado; 6. para hablar mas claro, pueda causar á los otros sin ser causado, que es aquello en que consiste finalmente ser Dios. Y lo que he dicho de cada individuo comprehendido en el interminable esquadron de engendrados y de generantes, decido de todo esquadron tomado junto á manera de multitud. Como ninguno de sus individuos puede ser por sí mismo, así tampoco el esquadron: no constando el esquadron finalmente de mas (de qualquiera suerte que os tome) que de aquellos tantos hijos y de aquellos tantos padres, que vamos en él á pasar con el pensamiento por linea recta. Y con esto queda totalmente des-

desbaratada la infinitad de las causas eficientes del todo quimérica en excluyéndose la primera.

## §. IV.

8. Y no porque yo os haya aquí hablado de estas causas solas, que hacen mas á nuestro propósito, habeis de creer que en ellas solas sucede esto; sucede en todas: tanto, que si en señalarlas donde nos es forzoso se hubiera de proceder en infinito, miserables de nosotros! Qué, supieramos jamas de algo? La sabiduria verdadera es saber lo que se sabe por sus causas: *Saber la cosa por su causa* (1); esto es, saber de pintura, saber de música, saber de marineria, saber de agricultura. De adonde quien no sabe las causas por que se debe en alguna arte proceder de una forma mas que de otra, no sabe nada. Mas quien pudiera discurrir por todas las causas una á una para aprender la facultad que desea, sino tuvieran fin?

9. De aquí, si se habla de causa final, se requiere término; porque si aquel jóven endereza el exercicio á la salud, la salud al estudio, el estudio á la ciencia, la ciencia al grado de Doctor, el grado de Doctor á la Cátedra de mas ganancia, es menester llegar á un límite en que descansa la intencion del operante: de otra manera, sin esté fin, que sea como meta, ninguno saldrá jamas de la raya.

10. Si se habla de la causa material, se requiere término: porque si la estatura está hecha de carton, el carton de papel, el papel de andrajos, los andrajos de lienzo, el lienzo de lino tejido, es menester reducirse á una materia cierta donde finalmente se pare de otra manera no se sabrá de qué se ha fabricado esa estatura.

11. Y si se habla de la causa formal (que es aquella de que se toma la definicion de qualquiera cosa) se re-

(1) *Arist. 1. Met. text. 5.*

requiere igualmente el término como para las otras. De adonde si se afirma que el hombre es animal racional, el animal es viviente sensitivo, el viviente lo que es apto de algún modo para obrar por sí, es menester semejantemente reducirse á un constitutivo final del hombre donde se acaba: de otra manera nadie jamas podrá demostrar lo que es, pues nadie le podrá definir.

12. Ahora, si en todos los otros géneros de causas que se puedan hallar se requiere la primera, que dé como el movimiento á la obra; como puede ser que no se requiera tambien en este de que se trata; esto es, en el género de las causas efectivas, de que dependen las otras? En quitándose la causa fabricadora de alguna cosa, como de un palacio, de una tela, de una pintura, ni hay la final, por que se haga, ni la material constitutiva de la cosa hecha, ni la formal. Por eso ya como todo conspira á quereros por el hilo conducir á Dios, que es la primera causa altísima, conteniendo al mismo tiempo la necesidad, de quien quiere antes proceder en infinito, para asegurarse así de no necesitar jamas de llegar á hallar la nada; que es el término donde aspiran los Ateístas, principalmente yéndose á la otra vida.

13. Por eso si vosotros, necesitados por tantos lados á admitir esta causa, me dixetis por ventura con Plinio que es el otro absurdo no ménos digno del escarilo público, en que tropiezan justamente los que quieren como escollos demasadamente enorme, evitar el primeró. Tropiezan en afirmar, que el mundo no fué hecho, mas es por sí, y ha sido por sí por toda la eternidad. Veamos pues quan lejos van de la verdad.

de (1800) multiplicando es notaria, hab el error de sup ob

-21

CA-

## CAPITULO V.

*El Mundo no pudo ser por sí mismo.*

Quando se quiere coger la rosa es menester proceder siempre con tal destreza, que no se punce al mismo tiempo la mano con mil espinas enojosas que la cercan. Al mismo modo, quando se quiere conseguir la verdad, que se busca en este capitulo, ya que no se puedan evitar totalmente las contenciones escolásticas, que son las mas espinosas, procurémos á lo ménos tratarlas de suerte que no hietan, como quizá lo han hecho en el precedente.

## §. I.

Decidme pues (antes que demos un empuellon al Mundo, y le arrojemos á fuerza de razon viva del trono en que le han colocado sus estólidos aduladores como á Nímen supremo) quién os ha dicho á vosotros que el Mundo no tuvo principio? Aristóteles entre los problemas dilecticos, que dan lugar de disputar verisimilmente por la una parte, y por la otra de la contradiccion, puso éste del ser ó no ser el Mundo eterno: *Si el mundo es eterno* (1). Y si bien mostró que le tenia por tal, sin embargo, donde lo trató de propósito, probó muy bien, que no subsisten aquellos caminos que los Filósofos antiguos habian trillado para darle principio; mas no descubrió los suficientes para negarsele (2): antes confesó ingenuamente, que el parecer universal de los hombres favorecia la produccion del Mundo en tiempo: *Todos engendran al Mundo*: tanto ella es mas conforme al juicio de la razon.

Y valga la verdad: quánta violencia es menester

Parte I. E ter

(1) *Lih. 1. Top. c. 6. (2) S. Thom. 1. p. 2. 46.*

ter que os hagáis para que juzguéis ántes, que no comenzó el Mundo? Si hubiera sido eterno, parece que no hubiera necesitado de aguardar tantos siglos para hacerse docto. Los Arabes se alaban de que ellos fueron los primeros entre todos los pueblos en observar los movimientos de los Cielos: los Egipcios, de que fueron los primeros en enseñar la Medicina: los Griegos, de que fueron los primeros en introducir la Música: los Cartagineses, de que fueron los primeros en encontrar la Mercadería: los tiempos menos remotos de nosotros no nos han dado el uso de la Calamina, el de los Arcabuces, el de la Artillería y el de la Imprenta, tan ignorado por larguísimo espacio de nuestros antepasados? *No da juntamente todas sus misterios sagrados la Naturaleza*, decía Seneca. Si el Mundo, pues, hubiera sido eterno, hubiera precedido en los hombres un eterno estudio y una eterna experiencia. Y por eso, como se puede creer que no hubiera bastado una eternidad para hollar aquellos industrijs, para cuya invención bastó el espacio de seis mil años? Por ventura el Mundo se estuvo siempre infantil, y y solo de pocos siglos acá llegó á la edad de la discreción?

## §. II.

Puede ser que digáis, que todas estas artes florecieron en algun tiempo en el Mundo; pero que poco á poco se fueron perdiendo de modo que se llegó á perder su perfección. Sea esto que decid: mas como por lo ménos no nos quedó ni aun la memoria? Esto no se puede creer sin grandísima dificultad. Porque, que lima podemos dividir en la naturaleza, que haya llegado á ser de los ánimis tan altamente todos los vestigios de lo que era tan provechoso para el comun del genero humano? Miramos que los hombres han fixado en su corazón un deseo insaciable de su alabanza; y de donde no sólo las provincias mas ilustres, mas hasta las vulgares van ostentando lo que

entre ellas merece la celebridad de singular: y por medio de pinturas ó de esculturas ó de inscripciones, ó de libros, ó por lo ménos de palabras, suelen ir derivando de padres á hijos lo que inventaron memorable. Y sin embargo no tenemos memoria alguna de que haya poseído esta eternidad alguna arte por sencilla que sea: ni los siglos mas remotos han trasladado jamás á los cercanos alguna noticia de las ciencias, de que nos habemos juzgado siempre privados. El mas antiguo Historiador de que habl. la fama fué Beroso Caldeo (1); y sin embargo no supo empezar sus narraciones por otra cosa que por el Diluvio tan celebre de Noe. Y las mas antiguas Poésias son sobre destrucciones ó de Troya ó de Tebas (2), Ciudades conocidísimas no sólo por sus muertes, mas por sus nacimientos. Pues si el Mundo es tan viejo que es eterno, cómo son sus Escritores tan mozos?

Se que recurriréis aquí á los repetidos diluvios, que sumergiendo de quando en quando la tierra, con las vidas de los hombres han extinguido tambien todos los monumentos de sus empresas mas hermosas. Pero recurriréis por vuestro gusto: en la naturaleza no hay esta fuerza inmensa de sobrepujar todos los montes con tales avenidas que aneguen el universo; pues no tiene mas pozas de adonde saque agua, que despues vierta sobre la tierra y sobre el mar, que los senos mismos de la tierra y del mar sobre que la vierte: que por eso el diluvio de Noe, de que poco ántes hice mención, sucedió por virtud de la Justicia Divina, que montó en ira, y no por junta de condelaciones lluviosas que entonces concurren; pudiendo excitar éstas algun diluvio particular, qual fué el que en tiempo de Deucallon anegó toda la Tesalia; mas no pudiendo excitar éstas, como lo muestra el Filósofo, diluvio alguno universal (3).

E 2

De-

(1) *Jos. eod. Apocryf. l. i.* (2) *Lucret. l. 5.* (3) *Arist. h. Meteor.*

Demas de esto paso á preguntaros: ó ponemos que por estos diluvios, replicados, siempre que las estrellas concurren en tal puesto determinado, han llegado ha perecer todos los vivientes, ó que ha escapado alguno? Si que ha escapado alguno, como este no dexo á sus posterios tan grande aviso del Mundo naufrago; á la manera del que escapó por suerte dichosísima de la derrota de algun famoso exercito hecho pedrazos trae á los otros la funesta nueva, y gusta de parecer tanto mas feliz en la comun infelicidad quanto ha sido mas solo? Si se pone, que todos los vivientes quedaron muertos, quién, pues, volvió á engendrarlos de nuevo? quién les dio leche? quién los crió? quién los proveyo del necesario sustento en aquellos primeros años? quién los enseñó al vivir bien, que nadie sabe sino lo aprende? Despues del diluvio particular de Ogyges, que ahogó la Atica, sabemos que estuvo aquella provincia descientos años sin volverse á habitar. Que daño pues no hubieran obrado en el Mundo estos repetidos diluvios tan universales, á no haber sido fibulas? Si despues del de Noe quedó la tierra en breve tiempo habitable para sus hijos, que se salvaron en el arca, decimos, que esto sucedió por fuerza de aquel viento milagroso que despetió Dios para secarla fuera de toda ley (1). Mas qué milagro puede alegar el que niega á Dios? Bien puede obrar tal vez la naturaleza debaxo de su virtud produciendo los monstruos; mas sobre su virtud jamas puede hacer nada: tan limitada es por sí sola.

## §. III.

Antes, pues, de aquellos diluvios pequeños, mas verdaderos, que á menudo suceden en el mundo, siguiendo las pisadas de muchos hombres doctos (2), arguyo contra vosotros, y pruebo que fue

(1) *Peret. in Gen. 1. c. 12. d. 14.* (2) *Cobert. l. 1. Meteor. sex. 72.*

hecho en tiempo. Vemos por un lado en la naturaleza una causa, que poco á poco va cada hora disminuyéndonos los montes. Y esta es la lluvia arrebatada que baxa de sus cumbres, siempre turbia y de color de tierra, por la mezcla que trae de ella consigo, como huirtada, á los valles. Y por otro lado no vemos en la misma naturaleza causa alguna que haga la debida restitucion, volviendo á llevar y á reponer el terrero caído sobre las mismas cumbres. Luego los montes no han sido eternamente de otra manera, ahora se hubieran ya allanado infinitas veces, y no solo baxado. Han menester, pues, de necesidad los Ateistas, ó confesar que el Mundo fué hecho en tiempo, como decia; ó quando quieran mantener con perfidia que fué eterno, hallar una causa mas poderosa en el obrar que la naturaleza, que haya de quando en quando alzado estas grandes máquinas por la multitud de los años postradas en el suelo: pues el recurso que hacen algunos á los terremotos para defenderse del golpe de esta razon tan fuerte no es bastante: porque por quantos terremotos han sacudido hasta ahora la tierra con horrible violencia, sabemos bien que se han hundido muchas Ciudades, mas no sabemos que se haya levantado ni aun un pequeño collado, quanto mas una muralla invencible de montes, semejantes á los Apeninos y á los Alpes. Y si es así, tantas lluvias no fabulosas sino ciertas como han venido al Mundo, demuestran que nació de un parto con el tiempo, y que por consiguiente tuvo Artífice que le sacó del seno de la nada.

## §. IV.

Luego, baxando aun mas de lo universal á lo particular, es menester que os pregunte qué entendéis por Mundo quando insistís en decir que fué eterno? Entendéis las generaciones de los hombres? No, cierto; porque, como hemos visto, estas debían por fuerza tener principio. Y por eso ni podéis entender tam-

poco por Mundo las generaciones de los brutos, que nacen de la misma manera. Es necesario, pues, que por Mundo os reduzcáis á entender, no los habitantes, mas sola la habitacion, esto es, el globo Celeste, que es la bóveda, y el Terrestre, que es como el suelo, cercado con el agua, y adornado en la tierra firme de plantas, de piedras, de metales, y de tan diversos mixtos, que la hermosean maravillosamente.

Mas poco á poco; porque les es manifestísimo á todos los sabios, que la fabrica del Mundo se hizo únicamente en gracia del hombre, el qual, si bien se pondera, es el que coge un fruto incomparablemente mayor que quiquier otro viviente, pues se vale de todas las criaturas, ó para comida, ó para defensa, ó para recreacion, ó para medicina, y ya que no para otra cosa, para lo que es propio suyo, que es la adquisicion de la ciencia. Para qué, pues, hubiera servido tan grande fabrica, si como en casa vacía hubieran precedido infinitos siglos á la introduccion de aquel noble habitador para quien se hizo? Por ventura se les habia de conceder tan grande Palacio á los brutos solos? Mas lo primero no me podeis hacer mas mencion de éstos: de otra manera, os preguntaré de nuevo, cómo nacieron los brutos por vía de continuadas generaciones desde la eternidad, si suponéis que falta la causa primera? Despues añado: cómo podia la naturaleza amarlos tanto, no siendo ellos capaces de la verdadera amistad, que consiste en la reciproca correspondencia de los ánimos, y en la comunicacion de los afectos, propia de solas las criaturas intelectuales? Demas de estás, quantas obras hermosas hubieran por una eternidad sido inútiles sin el hombre? Para qué producir tanta variedad de fragancias de delicadissimas si no habia un sabio que pudiese gozatzlas? Las bestias no hacian caso de mas olor que de uno, que les descubre sus dos deleytes sumos, pertenecientes al apacentarse y al propagarse. Para qué la armonia de

tan:

tantas avecillas cantoras, si no habia otejas que la estimasen? Para qué los teatros de los bosques, de los prados, de las llanuras, y lo que es mas de tantas Estrellas como adornan el firmamento, si no habia ojos capaces de recrearse con ellas por toda una eternidad? Demas, que volviera á resucitar el argumento traído arriba. Quién fué el primero que hizo comparecer á los hombres en este gran tablado despues de una eternidad (si así la queremos llamar) de escena vacía? Brotaron por ventura de la tierra, como brotan los hongos, ó nacieron del polvo, como los escuerzos y como las ranas, si es verdad que las ranas y los escuerzos no tienen mejor madre? Estrafio emendimiento, pues, es menester que sea el vuestro, si hallais mémos dificultad en admitir el Mundo eterno entre tantos absurdos como es preciso tragarse, como si fuera un avestruz, que en admitirle hecho en tiempo; esto es, hecho quando gusto el Soberano Arquitecto de fabricarle.

## §. V.

Esto se ha dicho para pura sobrecundancia de la verdad. En lo demas, qué necesidad tengo yo de contender con vosotros sobre este punto, como si de él dependiera todo? Pase por concedido, lo que no solamente no es de hecho, mas, á mi parecer, ni aun posible: esto es, que el Mundo haya sido sin principio: por eso los Artistas han vencido la causa? Dexareos á vosotros que lo juzgéis.

Quieran engañarnos, si pudieran, poniendonos delante, como lo hizo Totila, un escudero vestido de Rey. Pero qué engañados van! Le diremos al universo tambien nosotros, como le dixo á aquel escudero el Grande Benito, que se quite de los hombres los Oros y los Ostrós, que no son suyos: *Dépon, hijo, dépon lo que llevas, porque no es tuyo*. Es una máscara la sberanza que estos inicuos se quieren atribuir de divinidad: y tu cabeza por hinchada que

es-

este, es mucho menor que la crecida corona que estos te ofrocan como á Numen: *Es puesto en razon que el Mundo se crea Numen, eterno, inmenso, y no engendrado ni deficiente jamas* (1). Fueron delirios de la Filosofia frénetica, no fundada. Veamos esto con claridad, desnudando al Mundo, como á Numen ilegítimo, parte por parte de todo su mentido adorno.

Este todo, visible para los ojos humanos, se puede dividir en dos generos de cosas; unas son corruptibles, y así nacen y mueren á cada paso: otras son incorruptibles, y duran siempre. Por lo que toca á las corruptibles, no hay duda que tienen su causa, y que no son para sí mismas el manantial de todo su ser, pues tienen necesidad de mendigarlo de fuera, naciendo de las muertes ajenas: *La corrupción de una es generacion de otra*. Queda, pues, que quizá pueden pretender mas verisimilmente esta gloria las incorruptibles, esto es, los Cielos, los Elementos. Mas no sucede todo lo opuesto: éstas la han de pretender ménos. Porque quien se puede persuadir á que los Elementos, ó á que los Cielos puestos en el íntimo grado del ser, todos corpóreos, y lo que es peor, privados totalmente de vida, pueden poseer en sí tanto bien, como es no deber su ser á algún otro fuera de sí, que es lo mismo que ser el Sumo Bien? El Sol, que se sienta en el Cielo, como Rey en su trono excelso, es sin embargo mas imperfecto que una hormiguilla: y esta bestiezuela tan vil, si fuera apta para elegir, tuviera en sí tanto juicio, que no trocará su pobre suerte con aquel Planeta, y repuntará con razon, que el ser capaz de experimentar su bien propio, y de complacerse en él, vale mas que todo el oro que la naturaleza le ha derramado tan liberalmente en el seno al dilatadísimo cuerpo del Sol, privado de sentido. Pues si no puede ser por sí la hormiguilla, que posee un grado de ser mas

(1) *Plin. lib. 1. cap. 1.*

perfecto que el Sol, mucho ménos podrá ser por sí el Sol, que no llega á este grado. Y si es así, no fué necesidad quererle vender por Dios? Muy mal se hubiera colocado este tesoro de la Divinidad en una profundidad tan sin suelo, que jamas le pudiese llegar á encontrar el dueño por su ceguedad; muy mal se conservara el dominio de las cosas en un Rey, siempre dormido, y aun inhábil para despertar; y las riendas del gobierno le estuvieran muy mal en la mano á uno, que en tanta luz no solo no puede conocer á alguno de sus vasallos, mas ni se puede conocer aun á sí. Y si el Sol no es aquel Dios que se busca, en qué otro de los Cielos estará? En Marte, en Mercurio, ó en las Estrellas, que por altas que esten en el Firmamento, es menester al fin que cedan al Sol?

#### §. VI.

Y sin embargo no he dicho lo mejor. Quien es por sí, es como es menester que sea, quien es Dios, esto es, todo por sí mismo; y como no puede tener causa evidente de su ser propio, así tampoco puede tener causa final. Porque el ser destinado para un fin, sea el que fuere, demuestra claramente un ser advenedizo, esto es, prestado de otro agente mayor, que pretende aquel fin. Y sin duda todos los Cielos tienen un fin conocidísimo fuera de sí, y no son fin de sí mismos, siendo por una parte inhábiles para delectarse con todos sus bienes, y corriendo por otra sin cesar para beneficio de los otros, sin perfeccionarse con sus movimientos, y sin probar una gota de aquel provecho ó de aquel placer, que lueven continuamente sobre tantas criaturas, inferiores á ellos en sitio, no en valor.

Mas. Quien tiene el ser por sí, es necesario que haya sido siempre; y si fué siempre, fué antes que todo su contrario, esto es, antes que toda su nada: de adonde es que le ha vencido totalmente,

Part. I. F te-

teniéndole eternamente lejos de sí. Y siendo tal, cómo puede encerrar alguna especie de imperfeccion? Quien ha vencido por sí mismo la mayor nada, que es la que se opone al sér, mucho mas habrá vencido la menor, que es la que se opone á solo el bien ser. No se puede, pues, entender, cómo quien no es causado por alguno, es limitado en alguna prenda propia, no pareciendo posible, que alguno sea causa por sí de limitarse á sí mismo. Quien tiene el sér por algun otro, es como le está bien al otro que sea; mas el que lo tiene por sí, es fuerza que lo tenga como á él le está mejor; y no reconociendo otra necesidad que á sí mismo, fuera muy necio en hacerse lago, pudiendo ser mar; en hacerse vasallo, pudiendo ser Monarca; y en ocupar como una tira de bien, pudiendo poseer la pieza entera, que es interminable: *El ente por sí es el mismo todo*, dice Aristóteles (†); epilogándonos mucho en poco.

Hácese, pues, por todo esto mas que cierto, que los Cielos y las cosas incorruptibles estan inmensamente distantes de la Naturaleza Divina: de donde no se puede reconocer por Dios este numen fabuloso del Mundo, sin revolver el Mundo de abaxo arriba; esto es, sin abatir al primer Artífice, para substituir en su lugar una estátua muerta, que ni aun representa la imagen de sus facciones: tan diversas las tiene. Bien puede, pues, el Mundo ser el reyno, pero no el Rey. Y si queremos volver al primer exemplo, bien puede ser siervo, vestido como Príncipe magestuoso, pero no el Príncipe. Y esto supuesto, repitámoste unidos: *Depon, hijo, depon lo que llevas, porque no es tuyo*; pues sola la luz natural misma nos hace que sepamos discernir bien un Dios de farsa de un Dios de seso.

Verdad es, que por este soñado numen del Mundo

(†) *De gener. anim. cap. 1.*

do no es mucho que entendais el Universo visible, mas animado de una mente invisible, que lo informa. Y si es así, qué os puedo yo añadir, sino que de Ateístas pasais sin advertirlo á Idólatras, variando los errores para no deponerlos? Mas gloria al Cielo, que por lo[ménos no tomáis mas al sentido por único testigo de la verdad, y os persuadís á confesar una mente, aunque no la veis, que os asiste! Quién sabe sí, cómo la calentura que sobreviene consume tal vez aquellos humorazos, que engendrabán los bahidos, así este nuevo error os dispondrá para librar al entendimiento de vacilar con tanta inestabilidad?

Entre los Idólatras, pues, Varron con los otros, que fueron los ménos estóldos, argüían, como lo testifica San Agustín (1), que Dios era el alma de este todo, á que damos el nombre de Mundo; y que por eso á qualquiera parte de él, como á divina, le estaban bien las víctimas, las adoraciones, los altares, y las propias súplicas. Pero es fatiga muy ligera el confundir esta tan fabulosa Teología; porque si por Dios se debe entender una Suprema Causa, perfectísima en todo género, es manifiesto, que no puede tener el sér sino del modo mas noble que es posible, esto es, en sí mismo, y no en otro. Pues qué necesidad tiene de unirse al Mundo? Por ventura lo ha menester para obrar en el Mundo, ó para hacer que se obre? No para obrar, pues no puede recibir utilidad alguna de la materia; ántes tiene por prenda propia el poder hacer lo que quiere por sí, con exención plenísima de qualquiera otra causa, aun instrumental, que concorra. No para hacer que se obre, pues para este fin no necesita de estar unido á las cosas, como parte de algun compuesto: basta

F 2

que

(1) *De Civit. Dei, lib. 4. cap. 31. & lib. 7. cap. 6.*

que sea su Autor (1). Antes si por solo es el todo, está mas allá de lo posible, que sea parte, ó que jamás se haga tal.

Mas baste de esto; pues se halla hoy el Mundo tan sabio, que se avergüenza de oír, que se le troen á la memoria estas sus locuras antiguas, aunque para su utilidad mayor.

## CAPITULO VI.

*Prúbase que el Mundo no fué labor de la casualidad, y ni lo podia ser.*

Las fieras, quanto son mas estólicas para dar en los lazos, tanto son mas valientes para quererlos romper despues que han caído en ellos. Mas qué? Con esto no hacen otra cosa que apretarlos mas. Mirad si no es lo mismo lo que les acontece á los Ateístas. Dan en falsedades exorbitantes, y para salir de ellas se van despues entredando mas siempre, apretados con mayores dificultades, porque quisieran sacudir las menores. Viendo, pues, que no pueden sin necesidad negar que fué hecho el Mundo, confiesan que fué hecho; mas quién por eso, dicen, tiene necesidad de reconocer mas arquitecto que la casualidad? Con esto se salva, que no tenga el ser por sí; y con esto se salva, que tampoco tenga el ser de algun Dios, pues la casualidad es bastante para hacerlo todo.

## §. I.

Y veis aquí (quién lo creyera!), veis aquí, que descomos de mantener el crédito á este ciego, salió al campo un Demócrito tan loco, que se reía siempre, y solo en esto sabio, se llegaba tambien á reír de sí mismo.

(1) S. Thom. contra Gent. lib. 1. cap. 13. § 27.

mismo. Yo no me duelo tanto de él, como de quien le dió título de Filosofo; pues no merecia ni aun el de Poeta, fingiendo no solamente lo inverisimil que sucediese, mas lo imposible de suceder. Se le antojaba á este que antes de este Mundo, por toda la eternidad, no hubo mas que un infinito pueblo de cuerpecillos voladores, mas tan chiquitos, que para esquadronar mil de ellos, pudiera facilmente servir de plaza la mas mínima punta de una abuja. Este número sin número de cuerpecillos, quan imperceptibles en la cantidad, tan desiguales en la fuerza, revolviéndose casualmente ya acá, ya allá por inmensos espacios; despues de un curso de infinitas combinaciones despropositadas, últimamente, se abatiéron á dar en el blanco; porque concurriendo accidentalmente á juntarse de un modo hermoso, formaron esta fabrica tan estupenda que se llama Mundo. Y veis aquí los materiales de tan gran máquina los átomos; veis aquí los laborantes, el movimiento; veis aquí el Ingeniero, la casualidad. Parecióle cosa ridícula á Aristóteles (1) el fatigarse en mostrar que el Mundo no fué operacion fortuita, mas pretendida por la naturaleza, esto es, por una arte sumamente prudente en sus labores: de adonde fuera mas conveniente tratar á Demócrito, como le trataron sus ciudadanos, que en vez de empeñarse en refutar con las respuestas de los sabios estas sus necesidades, se le entregaron á Hipócrates para que le curara con el helleboro (2), como se curan los locos. Sin embargo, porque las máscaras hallan muy de ordinario mas apasionados amantes que la verdad, me tomaré licencia para vuestra preservacion de abatir la razon aun al uso de reprobar los delirios.

## §. II.

Decidme, pues, si les dáis entrada en vuestro co-

(1) Lib. 2. Phys. c. 6. § 9. (2) Yerba medicinal.

razon, quién hizo estos cuerpecillos, quién los desencerró, y debaxo de qué piedra se mollió esta harina voladora de que se han engrudado todas las cosas? Se hicieron por ventura los átomos por sí mismos? Si es así, luego obraron ántes que fuesen, y se comunicaron el sér á sí mismos ántes de poseerlo. Fuéron producidos por alguna causa extrínseca? Por cuál? Será menester confesar finalmente, aunque os pese, este Hacedor Soberano, esto es, este Hacedor que no sea hecho, y será menester postrarse delante de su trono despues de haber locamente intentado combatirle con estas ballestas de niebla.

No, replica Demócrito, temeroso de que le deis aquí por vencido: son increados estos átomos, son eternos, y tienen por sí mismos todo el sér. Luego á estos mínimos cuerpecillos, que apenas son, les competirá, en sentença de los Ateístas, el mas hermosa blason que corona la frente de un Dios reynante, que es el no conocer causa alguna de sí, y el de verse á sí solo su esencia y su existencia: cosa que, como habemos visto, no le puede competir ni aun al mismo Universo. Esto sería deshazer un Dios, por introducir, estoy por decir, tantos Dioses, quantos son los cuerpecillos de que se forma la máquina del Mundo. Fuera de que, qué ocupacion tuvieron estos átomos tan felices por toda la eternidad? Han estado siempre vaguando? Luego habrán hecho otras veces en este gran teatro otras conjunciones, otras apariciones, otras representaciones admirabilísimas, y habrán entretendiéndose hecho nacer otros Mundos, que despues se habrán convertido en humo. Han estado, pues, siempre sosegados á manera de desmayados? Mas quién les dió el primer movimiento? Qué atambor, qué trompeta despertó aquel ejército dormido? Qué fué el sargento que le repartió en esquadrones? Y qué el capitán que le precedió en tan hermosas ordenanzas? La experiencia nos demuestra, que los cuerpos

no vivientes no son capaces de producir por sí mas que un movimiento solo de la circunferencia al centro si son graves; y del centro á la circunferencia si tienen algun principio de ligereza. Qué motor, pues, fué el que les imprimió aquellos movimientos tan varios, sin los quales no podia resultar tanta diversidad de hechuras; pues no diferenciándose los átomos uno de otro mas que en la figura, no pueden tener en sí aquellas inclinaciones tan opuestas, que eran menester para juntarse en tan diferentes mezclas (1)? Basilio, Emperador del Oriente, habiendo en una batalla deshecho á los Bulgaros, usó con quince mil de ellos, prisioneros de guerra, esta desacostumbrada crueldad de sacarles á todos los ojos. Mas qué? Con tan grande crueldad mezcló esta leve misericordia de dexar en cada ciento de ellos á uno con solo un ojo, para que les sirviese á los otros de guia en la vuelta á su patria. No así Demócrito y sus secuaces. Estos, mucho mas crueles á un ejército innumerable de átomos por sí ciegos, no le señalan ni aun una guia sola con vista que los dirija, mas quieren que á tantos esquadrones inmensos de ciegos les haga la escolta en el viage uno mas ciego que todos ellos, se la haga la casualidad. Veis aquí, pues, qué quiere decir ser Ateísta! Quiere decir, no creer una verdad sumamente hermosa, por creer infinitas mentiras ridiculas. Y apreciáis una tan miserable libertad como la que tienen éstos del vinculo de la Fé? Verdaderamente están libres, no os lo niego: mas libres como queda un baxel en el mar, quando sacudidas las maromas con que la áncora le tenía firme, no puede esperar mas entre las tempestades que hacerse astillas en el primer escollo. Veamos, pues, si la razon es bastante para reducirlos á mejor parecer.

(1) *Tertul. Epit.*

## §. III.

Mas ántes de todo lo demas es menester que establezcámos conformemente entre nosotros, qué es casualidad; porque por aqui se verá, si jamas ha sido posible que haya sido el Ingeniero del Universo. Casualidad no es otra cosa que una causa accidental de algun efecto que acaese rara vez; y quando acontece es siempre fuera de lo que pretendía el operante, ó de lo que previa (1). Veis aqui pronto el exemplo. Avicena (2), Médico ilustre, despues de haber leído y releído muchos años todos los volúmenes de las sutilezas Metáfisicas que conocia, determinó abandonar el estudio de esta ciencia; tan superior le pareció á su propia capacidad: quando habiendo llegado un dia á la plaza para hacer sus negocios, halló en ella á un revendedor que daba libros viejos á baxísimo precio. Convidado de tanta facilidad, dió Avicena tres reales, y compró con ellos un volumen insigne, de que no tenia noticia, que era la Filosofia comentada por Albumasar. Leyóla, y de allí sacó tanta luz, que para salir Metáfisico sublimísimo, no tuvo necesidad de otro director. Este encontre tan favorable fué casualidad; porque fué rarísimo, pues no suele acontecer comunmente que de ir á una plaza procedan semejantes ganancias; y fué casualidad, porque fué impensado, pues Avicena no iba á la plaza para comprar libros, mas para comprar que comer. Ahora, cuál de estas dos condiciones me trataréis en la constitucion del Universo para demostrarme que le produjo la casualidad? Allí no vemos que resulte un efecto, para cuya consecucion no haya puesto la naturaleza su medio, y su medio directo. Ni vemos que de este medio resulte aquel efecto una vez ú otra, mas vemos, que resulta ordinariamente. Si estas, pues, no

(1) *Arist. l. 2. Phis. c. 7.* (2) *Theat. Vet. vol. 21. l. 4.*

son obras del arte, cuáles lo serán? Antes sobre los dos principios que ahora os he traído, como sobre dos sólidas basas, habemos de levantar tales máquinas contra la casualidad, que caiga despedida á lo profundo. Comencemos por la primera.

## CAPITULO VII.

*Por lo que procura la naturaleza aquellos efectos que consiguen, se manifiesta que no obra acaso.*

Qualquiera artifice recto, segun la doctrina que da el Doctor Angelico (1), considera tres cosas en sus diseños. Considera el fin de la obra, como es quando ha de fabricar una casa, para quién la fabrica. Considera las proporciones que se han de guardar; esto es, la proporcion general de la obra con el fin, y la proporcion especial de cada parte de la obra con las otras. Y finalmente considera cuáles son los medios que mas promueven este fin, y apartan todos sus embarazos, valiéndose para eso de modelos, de peones, y de máquinas las mas acomodadas que pueden hallar para aquella necesidad. Todas estas consideraciones, propias del arte, resplandecen maravillosamente en las operaciones de la naturaleza: de donde si de ningun artifice, que proceda conforme á las dichas reglas, se dirá que obra acaso, mas que ántes obra con sabiduría suma; por qué se ha de decir solo de la naturaleza? Por ventura no las observa siempre divinamente? Mirémoslo en lo que cada uno tiene delante de los ojos.

## §. I.

La naturaleza quiere que los animales no se dejen de nutrir, por la necesidad que todos tienen de

Parte I.

G

re-

(1) *S. Thom. 1. dist. 39. q. 4. art. 1.*

## §. III.

Mas ántes de todo lo demas es menester que establezcámos conformemente entre nosotros, qué es casualidad; porque por aqui se verá, si jamas ha sido posible que haya sido el Ingeniero del Universo. Casualidad no es otra cosa que una causa accidental de algun efecto que acaese rara vez; y quando acontece es siempre fuera de lo que pretendía el operante, ó de lo que previa (1). Veis aqui pronto el exemplo. Avicena (2), Médico ilustre, despues de haber leído y releído muchos años todos los volúmenes de las sutilezas Metafísicas que conocia, determinó abandonar el estudio de esta ciencia; tan superior le pareció á su propia capacidad: quando habiendo llegado un dia á la plaza para hacer sus negocios, halló en ella á un revendedor que daba libros viejos á baxísimo precio. Convidado de tanta facilidad, dió Avicena tres reales, y compró con ellos un volumen insigne, de que no tenia noticia, que era la Filosofia comentada por Albumasar. Leyóla, y de allí sacó tanta luz, que para salir Metafísico sublimísimo, no tuvo necesidad de otro director. Este encontre tan favorable fué casualidad; porque fué rarísimo, pues no suele acontecer comunmente que de ir á una plaza procedan semejantes ganancias; y fué casualidad, porque fué impensado, pues Avicena no iba á la plaza para comprar libros, mas para comprar que comer. Ahora, qué de estas dos condiciones me trataréis en la constitucion del Universo para demostrarme que le produjo la casualidad? Allí no vemos que resulte un efecto, para cuya consecucion no haya puesto la naturaleza su medio, y su medio directo. Ni vemos que de este medio resulte aquel efecto una vez ú otra, mas vemos, que resulta ordinariamente. Si estas, pues, no

(1) *Arist. l. 2. Phis. c. 7.* (2) *Theat. Vet. vol. 21. l. 4.*

son obras del arte, cuáles lo serán? Antes sobre los dos principios que ahora os he traído, como sobre dos sólidas basas, habemos de levantar tales máquinas contra la casualidad, que caiga despedida á lo profundo. Comencemos por la primera.

## CAPITULO VII.

*Por lo que procura la naturaleza aquellos efectos que consiguen, se manifiesta que no obra acaso.*

Qualquiera artifice recto, segun la doctrina que da el Doctor Angelico (1), considera tres cosas en sus diseños. Considera el fin de la obra, como es quando ha de fabricar una casa, para quién la fabrica. Considera las proporciones que se han de guardar; esto es, la proporcion general de la obra con el fin, y la proporcion especial de cada parte de la obra con las otras. Y finalmente considera cuáles son los medios que mas promueven este fin, y apartan todos sus embarazos, valiéndose para eso de modelos, de peones, y de máquinas las mas acomodadas que pueden hallar para aquella necesidad. Todas estas consideraciones, propias del arte, resplandecen maravillosamente en las operaciones de la naturaleza: de donde si de ningun artifice, que proceda conforme á las dichas reglas, se dirá que obra acaso, mas que ántes obra con sabiduría suma; por qué se ha de decir solo de la naturaleza? Por ventura no las observa siempre divinamente? Mirémoslo en lo que cada uno tiene delante de los ojos.

## §. I.

La naturaleza quiere que los animales no se dejen de nutrir, por la necesidad que todos tienen de

Parte I.

G

re-

(1) *S. Thom. 1. dist. 39. q. 4. art. 1.*

reparar con el alimento lo que el calor natural ha consumido en ellos con su actividad.

Y veis aquí que para este fin llena la tierra de infinitas yerbas, de trigo, de fruta; el ayre de plumas; el agua de peces; los bosques de caza; para que, como de despensa indefectible, si que qualquier viviente refecion proporcionada á su ingenio, escogiéndola con sabia industria; porque tal vez lo que para uno es veneno, es para otro remedio.

Pero no basta que haya comida; es menester que la comida se acomode á los miembros que se han de alimentar. Veis aquí, pues, que á todos los animales, sin excepcion, se les ha dado boca para tragarla, paladar para discernirla, dientes para partirla, desmenuzarla, masticarla, tanto, que hasta los gusanillos mas tiernos hallan en el duro leño con que satisfacer la hambre, y tienen para masticarlo una dentadura tan fuerte, que no se riñe donde se despedazan las siervas.

Pero no es suficiente aquella primera digestion de la comida, que los animales forman en la boca para sacar de ella el jugo; es menester que baxe por la garganta al estomago, que es prodigioso en su labor; porque si aqui no se encontrara un herbor apacible, una levadura proporcionada, y una robustez suficiente de fibras nervosas y carnosas, con buen aforro interior, belloso en sus tunicas, y adornado con menudisimas glandulas (para que, segun lo pide la necesidad, la comida determinada se ablande, se agite, se desate, y en una nieve tierna masa, que resulta de la mezcla del manjar y de la bebida, pueda por la cuesta del piloro correr facilmente á los intestinos) lo que se come sirviera mas de peso, que de sustento.

Y sin embargo qué es esto, respecto de lo demas de la obra que se requiere para la nutricion? Habad á los Anatomistas, y os dirán con sus propios términos

nos cuántos fiores son menester todavia: desatados con admirable arte en las oficinas del hígado y del pancreas, donde por sus dos arduos salen con imperu al principio de las tripas como nueva levadura, necessitima para la perfeccion del quilo, para que en siendo sutilizado allí mas, y como volatilizado, puedan las particillas útiles (que son las nutritivas) separarse de las inútiles (que son las esccrementicias) tanto, que en virtud del recogimiento de los músculos sobrepuestos y de las fibras extendidas de los intestinos, vayan á penetrar por angostisimas entradas en innumerables canales lacteos, que esparcidas por el mesenterio, pasan para la utilidad del quilo por aquellas glandulas, antes de verterle en su receptáculo universal, que tambien se dice vaso linfatico grande. Y no solo esto; mas os dirán como allí el quilo se aprovecha de nuevo de la mezcla de un licor sutilisimo, hasta que saliendo por la via que poco antes se le descubre á la vena subclavia sinistra, llega mezclado finalmente con la sangre, mediante la vena cava, al ventriculo derecho del corazon, sin que por eso sea admitido para nutrir perfectamente hasta despues de haber discurrido antes todo por los pulmones. Y os añadirán, como á las embocaduras de los canales por donde pasa hay puestas por todos los caminos tantos reparos contra el remolino de los fluidos, y repartidos tantos ingenios, y desviados tantos tropiezos, y tenidas tantas advertencias, que el enseñarlas todas fuera nunca acabar. Parécenos, pues, que la naturaleza, en solo aquello poquissimo que he dicho aqui, consigue un fin, que nunca ha pretendido derechamente, y aun procurado con todas aquellas tres previas consideraciones que constituyen al buen artífice?

## §. II.

Y si en sola la nutricion de los animales, que es la mas baxa de todas sus obras, repara tan aten-

tamente en su fin, repara en el orden, repara en los órganos, repara en todo; juzgad lo que hará en las mas altas; pues así como un género de gala cortesana, como es la Corinta ó la compuesta, es puesto en razon que la lleve quien es mucho mas digno que un rústico; así en la fábrica incomparable de qualquier animal no dexa la naturaleza de poner la mira en lo que mas se debe estudiar. Decidme, pues, en qué consiste hacer las cosas con diseño, si esto es, segun vosotros, hacerlas acaso? Habeis visto jamas milagro tan extraño? Un ciego, que nació sin ojos, que nunca miro la luz en si misma, ni los colores, tomar en la mano un pincel, y bañándole sin discrecion en varias tintas, bosquejar al mismo tiempo, y concluir perfectísimamente, no digo una obra igual á la Cena admirable de los Dioses, con que Rafael se mostró casi numen de la Pintura; mas ni aun una de aquellas tan inferiores, que dieron el primer crédito á Cimabue? Como, pues, puede suceder, que si la figura, aun contrahecha é imperfecta de un animal, no se puede trabajar sin arte, se pueda trabajar sin arte con estupor el animal mismo, vivo y verdadero? Es menester salir totalmente de si para creer estas insulseces. Envió Galeno un papel de desafío á todos los Epicureos, dándoles de tiempo un siglo entero para enmendar, para añadir, para agrandar, y para mudar en mejor la particilla mas minima del cuerpo humano; y se ofrecia, en executándolo, á hacerse de su secta, hasta reconocer á la casualidad por arquitecto de tan hermoso edificio. Ea, haceldes tambien vosotros un desafío semejante á los Artistas sobre qualquiera otra labor de la naturaleza, y veréis como quedan aun mas que avergonzados: tan infalible es, que todos sus ingenios, aguzados con la passion, no encontrarán en aquellas labores mas objeto que de aplauso y de admiracion: tal es la ciencia del fin, tal es la disposi-

ción

ción de las partes, y tal es la prudencia en todos los medios que la naturaleza aplica para el fin intentado.

## §. III.

Y no vale el recurrir á las infinitas combinaciones posibles de los átomos, que andan dando vueltas, entre las cuales se puede decir que fue una ésta, de que formó al presente nuestro Universo. Débil puntal para máquina que va tan de caída; porque entre todas las combinaciones que le son posibles á la casualidad, no se puede jamas encontrar alguna de las que únicamente le son posibles al entendimiento. Si por infinitos siglos hubieran andado discutiendo por el ayre todos los caracteres de las Imprentas Olandesas, no hubieran llegado jamas á formar la Jerusalem librada del Taso; mas á qualquiera junta feliz hubieran siempre unido á millares los yerros; no pudiendo acontecer que la casualidad, con todas sus revoluciones posibles, llegue jamas á obrar, como lo que no es, esto es, á obrar como artífice, no como casualidad: como no puede suceder que todas las fantasmas de un caballo ó de un perro, haciendo infinitas revoluciones en tal imaginativa, lleguen á producir discurso como hombre; porque el discutir trasciende todos los confines prescritos al modo que tiene en su obrar qualquiera cabeza de bruto. Esta es la esencia de la casualidad, ser una causa determinada á producir de modo opuesto al del entendimiento, esto es, á producir sin conexión y sin correspondencia: de adonde si aquellos caracteres hubieran formado un verso solo perfecto, hubiera sido un milagro de la fortuna, mayor que el que refiere Plutarco (1) de un Pintor, que desesperado de poder representar al vivo la espuma de un caballo, que habia retratado con el freno en la boca, le

ar-

(1) Plutarco. libel. de fortuna.

arrojó sobre el freno la esponja para destruir lo que había hecho; y en vez de destruirlo, lo perfeccionó. Y este milagro de la fortuna, mudada en arte, dixo Plutarco, que era el unico de que se hacía mención: *Esta sola artificiosa hazaña de la fortuna se cuenta*. En lo demas, como arrojando tal esponja infinitas veces, no hubiera aquel Pintor conseguido jamas formar la Helena de Ceusis, el Jalyso de Protogenés, el Genio de Parrasio, la Audiomenes de Apeles; quando mas hubiera acontecido que hiciera alguna otra fácil combinación de colores, semejante á las casuales: así aquellos caracteres, juntándose infinitas veces entre sí, jamas hubieran llegado á componer un poema heroyco. Pues si está inmensamente mas colmada de inteligencia y de ingenio qualquiera composición de un cuerpo animado, que qualquiera composición de versos, aun hermosísimos, como puede ser parto de la casualidad un elefante, un unicornio, un delfin, una águila, un hombre, y aun todo el concierto del Universo tan bien dispuesto, si no puede ser parto de la casualidad un poema en octavas?

## §. IV.

Qué mas? Anda por la boca de todos, que la arte es mas hermosa quando imita mas á la naturaleza. Como, pues, la naturaleza está sin arte? Puede quien copia sacar del exemplar lo que no hay en él?

Antes si el arte tiene necesidad de tanto juicio y de tanta sagacidad para imitar á la naturaleza, es menester que la naturaleza venza tanto al arte en el juicio y en la sagacidad, quanto es menester que el maestro que da la idea venza al estudiante que ha de aprenderla. Es gran prodigio, que la luz de una verdad tan resplandeciente no haya herido con fuerza las niñas de los ojos de Demócrito, aunque baxas y cercadas con el empeño. Fué este Demócrito el que en-

contrando á un villanito llamado Portágoras, que llevaba sobre las espaldas á su casa un haccillo de leña, atada una con otra con garvo no ordinario, se paró primero, callando para observarlo; y despues habiéndole hecho descomponer, y volver á componer desde el principio su pequeña carga, pronunció, que Portágoras tenía talento para salir Filósofo de grande nombre, y lo advinó. Ahora oíd una cosa increíble, y sin embargo segura. Demócrito reconoce en un haz de leña bien ordenado el ingenio de un hambite; y en este grande todo del Universo, tan metódico, tan magistral, tan divino, no reconoce mas que la casualidad, que fabrica á cierra ojos! No quiere que pocos leños juntos unos con otros con alguna proporcion, pueda proceder de otra causa inferior á un entendimiento, que obra con juicio y con sagacidad; y quiere que esta gran arquitectura del Mundo, cuya superficie no llegan á penetrar todos los ingenios humanos, quanto mas las perfecciones y el fondo, sea fabrica de un bullicio confuso de cuerpecillos, que vuelan casualmente en la nada, y se cogen unos á otros, como lo hacen los rapaces quando juegan á la gallina ciega. Mucha razon tuvo Aristóteles (1) de llamar á este discurso, discurso de Ebrio, que no ve, entre ve. Mas dixo aun poco; pues estus á la verdad no son yerros, son arravesamientos de ojos. Peto vosotros qué decís, entretanto? Os parece que se determinan á creer hermosas cosas los que se desdennan de creer firmemente que hay Dios? En qual de dos casos tratáis mas como tiranos á vuestros entendimientos; quando les obligueis á aprobar los discursos que son tan conformes á la razon, ó quando les obligueis á aprobar las necesidades? Pues tal es ésta, que la naturaleza no pretende aquellos fines á que hace que consi-

(1) Aristot. lib. 4. *Metaphy. cap. 3.*

piren tantos medios. Falta ahora mostrar, que no consigue estos fines una ú otra vez solamente, como la casualidad; mas los consigue constantemente. Mas porque esto es llamarme á la otra proposicion, que echa en tierra las fabricas, que atribuye tan falsamente Demócrito á un ciego, reservemos el probarla para otro capítulo, pues lo merece.

## CAPITULO VIII.

*Por la constancia de los mismos efectos en la naturaleza, se descubre mas, que no vienen de la casualidad, mas del consejo.*

Si un rayo de sol pasa por algun resquicio de una ventana (i), observaréis, poniéndole delante un papel, que alejándose algun poco de aquel agujero, no tiene mas la figura quadrada, octángula, ovada ó triangular, propia de aquel agujero por dónde pasó; mas reduciéndose siempre con igualdad á un círculo, parece que le dice á quien entiende bien el lenguaje de su luz: *Yo soy hijo del sol: de él vengo á descender por la naturaleza, y á él vuelvo, dándole esta gloria de figurar en mi pequenez una imagen ilustrada de su esfera tanto mayor que la mía.* Ahora, lo que el rayo respecto del sol, es qualquiera criatura respecto de Dios; procede de su Magestad, como de principio; y vuelve á su Magestad, demostrándole á todos los ojos que no estan ciegos; pues no dexa jamas de representar en compendio aquel eminente valor de su Hacedor, de suerte, que qualquiera que le mira tenga ocasion de levantarse á argüir entre sí, que si es tan hermoso el efecto, mucho mas hermosa sin comparacion ha de ser la causa. Mas como se verificará este discurso, si el orden, la armonia, el ar-

(i) Aristot. in Prob. 221. 45. n. 10.

artificio, la magestad que se trasluce en todo lo criado no tuvieran mas principio que una vil mezcla de cuerpecillos; abrazados unos con otros? Sin duda alguna seria mucho mas alto aqui el efecto que la causa: De adonde si esto no se ha de conceder de algun modo, es necesario que se le señale á tan hermoso todo un principio dotado sobre todo lo que se puede erect de aquel juicio, y de aquella sabiduria que resplandee tan vivamente en ese mismo efecto.

## §. I.

Y si alguno de aquellos protovos que no se juzgan jamas convencidos mientras tienen la lengua libre para contradecir, quisiere todavía sustentat este partido totalmente increíble, esto es; que aquellos tan numerosos abortillos, á que damos el nombre de átomos, juntándose ciegamente entre sí infinitas veces, llegarian uná á formar este gran coloso del Mundo tan bien entendido; tengase por admitido este imposible. Mas de qué sirve? De la misma manera se hallará precisado al fin á conceder, que si la casualidad podia darle la forma á tan hermosa obra, no por eso podia mantenerla establemente. Pues entre todas las propiedades de la casualidad esta es la principal, la volubilidad, y la continua mudanza.

Y dónde se hallará que ella dé siempre á luz un parto uniforme? Antes es propio suyo el variarlos mas frecuentemente, que la Africa, á la qual le parece poco el poblar las arenas de monstruos, sino los da siempre nuevos. Mirad un jugador no malicioso. Si dexa correr sobre el tablero los dados como quierén; no es posible que á qualquier tiro descubra el mismo punto, mas siempre va variando; tanto, que si sólo interrupcion llegase á echar tres seises, no se podría dudar que en ese juego interviniese engaño. Ponedle el jugador á pleito la ganancia como no justa; y tendrian los Jueces por manifiesto, que trató aquellos dados con

arte cauteloso, no simple. (1). De aquí es, que ha quedado muy celebre en las historias la temeridad de aquel Infinitillo, que obligado con otros muchos compañeros suyos fugitivos á tirar el dado debuxo de las orcas que tenían preparadas, descubrió al primer lance un punto tan venturoso, que le libró de la muerte. Y sin embargo, el interesado se determinó á venderlo por pocos doblones al vecino. Volvió segunda vez al funesto juego, y le salió la misma suerte: de donde embriagado con su ventura, no dudó volverla á vender de nuevo: hasta que á la tercera descubrió un punto pésimo, y no pagó, perdiendo aquella vida de que se habia mostrado tan poco digno. Arguta el necio: de que le habia sido dos veces la casualidad propicia, que lo sea tambien la tercera, y no se desengaña siendo así por el contrario, que porque dos veces le habia sido propicia, por eso la habia de temer mas la tercera enemiga. Este es el genio de la casualidad. No sabe jamas texer una tela continua de operaciones entre sí conexas; y aunque se valga de los mismos medios, no sabe valerse de ellos de los mismos modos, que es lo que se requería para asegurar con ellos el mismo fin. Certificanos la naturaleza, que esto no es propio de otro, que de quien obra con conocimiento perfecto. Por eso, aun fingiendo este grande imposible que un ejército inmenso de aquellos cuerpecillos que vuelan sin pensar, se hubieran unido unos con otros tan hermosamente, que hubieran compuesto un Leon vivo: cómo se portarán después por sesenta siglos, desde que parecieron Leones en el mundo para ir formando todos los dias tantos y tantos semejantísimos, quantos son los que cuentan por sí solas las selvas Hircanias? Lo mismo que se ha dicho de los Leones, decido de todos los demas animales que no tienen número, decido de las yerbas,

(1) Tom. de Heito Belg. dec. a. Leon. an. c. 4.

decido de las frutas, decido de las flores, y decido de todo lo que hace al mismo tiempo tan noble al Universo.

## §. II.

Y mucho mas, cómo pudiera una liga fortuita durar sin cesar entre tantas contradicciones y tantos contrastes? De adónde sacará la casualidad lazos bastantes para conservar firmes unas con otras y apretadas entre sí por tan largos espacios partes tan opuestas, propiedades tan enemigas, generaciones de cosas entre sí implacibles; de ligeras y de pesadas; de sólidas y de líquidas; de estables y de flexibles; de lucidas y de opacas; de calurosas y de frías; de vencedoras en continnas contiendas y de vencidas. Verdaderamente, que si no se pueden unir unas con otras sin arte una máquina de ruedas entre sí tan contrarias, como son las que forman un reloj, mucho menos se puede creer, que puede después correr de continuo sin arte con un tenor de suerte, que la misma contrariedad de sus movimientos sirva de concordia, la oposicion de mayor preservacion, la hostilidad de mayor paz. Quantas Monarquias han caido en tierra en poquísimos siglos? Veis aquí que el dominio de los Asirios, de los Medos, de los Macedones, de los Romanos fué vencido por otro dominio mayor, que es el del tiempo; y esto con tal estrago, que de cuerpos tan vastos aun no quedan para poderse mirar las urnas, quanto mas las cenizas. Y sin embargo, aquellas grandes Monarquias se gobernaban todas con suma prudencia, se guñaban con suma atención, se sustentaban con suma fuerza. Y queremos creer que la República de las criaturas pudiera durar constante á pesar del tiempo, si no solo la hubiera fundado la casualidad, mas tambien sustentado? Nada hay mas natural que el que se resuelvan alguna vez las cosas en los principios de adonde se originaron. Y por eso un

todo, nacido de la casualidad, de la confusión y de la mezcla de infinitas menudencias, no se pudiera después dexar de reducir á su caos, á su confusión y á su mezcla natural. Y ciertamente, aquel capitán que después de la rota sabe reparar á tiempo el ejército, recoger los fugitivos, reunir las filas, y volver á dar la batalla, es reputado en la Arte Militar, como un prodigio de perspicacia y de prudencia. Bien, pues, es menester que no solo sea sagazioso, mas que lo quiera ser, quien no quiere admirar por milagro de la arte á aquel Artífice Sumo de la naturaleza, que de las pérdidas sabe valerse para nuevas ganancias: y después que las cosas caducas no solamente están desbaratadas, mas extinguidas, sabe hallar modos de substituir al instante otras en su lugar: de suerte, que al fin de cada año faltando, para decirlo así, la naturaleza misma en perder su flor, no falte jamás; y deshaciéndose, vuelve siempre mas entera á recobrar sus fuerzas. Qué locura, pues, es la vuestra, si en vez de hacer á la verdad el debido obsequio como decirla: *yo séo, queréis aún impugnarla?* No, no: arrojense las armas, que ella ha triunfado, solo con que tengais en memoria quanto os he dicho: una causa casual no puede producir efectos tan ordenados, con tal proporcion de medios acomodadissimos para el fin que pretende. Y dado por imposible que produjera alguno, éste fuera respecto de ella, como un monstruo, de donde no pudiera ser fecunda de tantos quantos se requieren para la construcción del Universo. Y supuesta, finalmente, tambien en ella esta tan prodigiosa fecundidad, no pudiera tal causa proseguir por tantos siglos reproduciendo los mismos efectos con renovaciones tan universales, con reglas tan uniformes, y con un tenor de operaciones tan estables en las mismas instabilidades.

## §. III.

Y sin embargo que los mismos efectos hayan siempre de volver á la naturaleza, y de volver con orden, es cosa tan fuera de controversia, que los Ateístas mismos la han de creer, no obstante el ultraje manifestísimo, que mostrando que la creen, hacen á la casualidad. De otra manera habian de poner en duda, si mañana ha de salir el Sol por el horizonte como salió ayer; si la tierra los podrá sustentar en adelante; si el ayre les servirá para la respiración; si el agua para refrigerio; si han de nacer aún hombres como antes; y en una palabra, si toda la naturaleza ha de durar mas en la misma forma, ó se ha de desvanecer como un palacio encantado. Los pueblos de México antes de llegar á la Coronacion de su Rey querian que les jurase, que haria que los Cielos no se parasen jamás; que ningun Planeta mudase su carrera ni alguna estacion suya; que los Mares no se secasen; que los prados, los campos, los collados y los bosques de muchos años no dexasen de dar, como decretó, sus partos, y de producir (1). Ahora, una ceremonia tan necia como esta, habia de pedir la prudencia mas fina de los Ateístas, si creyeran prudentemente que el Universo no era mas que un agregado casual de innumerales átomos, volubles y vagabundos. Porque nada fuera mas verisimil que el que se habian de dividir de improviso para seguir el genio natural que tienen de andar dando vueltas, y el esperar, que habian de estar constantes en perpetua union fuera esperar un claro milagro; de adonde lo pasado no les pudiera servir á los Ateístas de argumento fuerte, como nos sirve á nosotros para adivinar lo futuro: antes el saber de ellos lo que fué, les habia de servir con mayor razon de inferir lo que no habia de ser: de suerte, que el Uni-

(1) Saverio, in instit. princ. p. 46.

verso sería para ellos semejante á un reloj gastado, que ya no sirve para mas que para mostrar la hora que no es. La verdad, pues, es, que no hay alguno entre ellos que siga en la práctica la doctrina que defiende: mas todos regulan siempre sus operaciones, como qualquiera que tiene por indubitable que la naturaleza no altera sus leyes: de otra manera es claro, que los miserables no pudieran ni sembrar, ni segar, ni comer, ni curarse, ni casi durar dos dias en la vida. Y sin embargo, que es suponer esta uniformidad entre los efectos que han de intervenir en la naturaleza, y los que han intervenido, mas que suponer una obra toda llena de inteligencia contraria á la casualidad?

## §. IV.

Parece que con esto ha acabado la casualidad de caer en tierra. Y todavía no ha recibido hasta ahora el empuellon mayor de todos: empuellon que le viene del brazo de Aristoteles, su enemigo capital (1). Porque os pregunto, qué es la causa casual de qualquier efecto que me podéis señalar? Es otra cosa por ventura que una causa que imita á la causa propia de aquel mismo efecto? Si un pintor tan afortunado como aquel, de que ya habemos hecho mencion, arrojando por despecho la esponja cargada de colores sobre su lienzo, puede figurar casualmente una rosa, distinta en muchas hermosas hojas, es menester que con aquellos colores mismos se pueda figurar sobre aquel lienzo semejante rosa tambien con la arte; porque si no se pudiera formar con la arte, tampoco la pudiera formar alguno con la casualidad. Qué decís, pues, vosotros? Decís que por casualidad se puede el Mundo formar de los tejidos de los átomos voladores, y que por casualidad se puede mantener en la primera forma? No podéis, pues, negar juntamente un artifice

(1) *Arist. Phisic. l. 1. c. 7. text. 66. Met. l. 11. c. 9. n. 19.*

que habia podido hacer otro tanto de consejo, y pueda todavia: de otra manera será menester que os resolvais por fuerza á tragáros esta necesidad tan intolerable, que hay causa casual de las cosas, de que no hay causa propia. Mas este Artifice ni es otro, ni lo puede ser mas que Dios. Luego la misma casualidad confirma que hay Dios. Toda causa accidental presupone la natural.

## §. V.

Responderéis, que por la causa natural puede suplir ventajosamente en nuestro caso la misma naturaleza de las cosas, cuyas diversas inclinaciones bastaron para librar las varias partes de este todo visible, y bastan para mantenerlas en perpetua correspondencia sin otro Dios. De adonde, aun quando se haya finalmente de admitir algun artifice universal, mayor que la casualidad, veis aqui el que es, la naturaleza. Pero gracias al Cielo, que con esta respuesta venís á lo ménos á degradar ya á los átomos de aquel puesto, adonde los habia levantado la cabeza vanísima de Demócrito y de sus incautos parciales. Sin embargo, porque el responder vosotros así, no es mas que portaros como la Sepia, que en hállándose cogida se ayuda luego del derramar al rededor de sí tanta tinta, que se desaparece, será menester que os saque por fuerza de estas vuestras tinieblas, producidas de propósito, y os ponga en claro este mal entendido vocablo de naturaleza, que es el escondrijo.

## CAPITULO IX.

*Responde a quien abusa del nombre de la naturaleza para negar á Dios.*

## §. I.

Plinio, Historiador grande, mas desdichado, que quanto supo de las obras naturales, tanto ignoró del Artífice de ellas: despues de sacudir mucho su pluma para borrarse del corazon lo que habia escrito de sí, quien le formó, llegó finalmente á concluir, que no se debía conocer mas Dios en el mundo que la naturaleza: *Por las quales cosas se declara sin árida el poder de la naturaleza, y que esto es lo que llamamos Dios* (1). Parece, pues, que los Ateístas han aprendido de la escuela caliginosa de este autor á no querer otro Numen mas que este Numen de la naturaleza, por otra parte venerabilísimo: tanta es su antigüedad. Mas si es así, corran la cortina, y dexennos ver lo que se esconde debaxo de tan indigno vocablo. Entienden por ventura por la naturaleza aquella raiz de las propiedades singulares de cada individuo? Mas esto fuera, como si para quitar la gloria á Fidia se afirmara, que era el autor de sus estatuas de mármol, los cinceles, los compases, y no la mente de aquel Artífice sumo. Porque así como aunque el mármol sea capazísimo de recibir la figura de hombre, y los cinceles y los compases sean capazísimos de ser instrumentos para dársela; sin embargo, ni aquel ni cho jamás cosa sin la mano maestra: así es preciso que suceda en nuestro caso, y aun mucho mas; porque si sin arte no se puede formar jamás alguna labor

(1) *Plin. lib. 2. cap. 7.*

bor del arte, mucho ménos se puede formar sin arte alguna de la naturaleza, que es la que le dá las reglas al arte.

## §. II.

Tomad en la mano una rosa, y preguntadles á éstos si os saben decir, quien le labro tan bizarramente aquel manto, á que cede aun la escarlata real? Y quien prosigue, despues de tantos años como ha que el mundo dura, labrándole cada primavera ha que el mundo dura, labrándole cada primavera otro nuevo? La tierra es ciega, y no entiende de colores, de vistosidades, de bellezas, de proporciones: son ciegos las espigas de donde brota tan hermosa flor; ciegas las raíces; ciegas las ramas: son ciegos los rocíos, que le sirven de leche: es ciego el Sol, que le abre por la mañana el capullo sobre que bizarras, y se le asombra á la tarde, para figurarles á quantos quieren atender de los mortales la vanidad de sus pretendidas hermosuras: *Con grande aviso de los hombres, las cosas que florecen espléndidamente se marchitan muy presto* (1). Es menester, pues, que se le halle á parto tan lindo una madre mas bella que la tierra, las espigas, las raíces, las ramas, el rocío, el sol, y los influxos que llueven de las estrellas. Es menester que averigüe quien fué el que supo disponer tan bien los roxo de aquella plúrpura, disminuyéndolo poco á poco desde las hojas mas intrínsecas á las mas extrínsecas sin desvario. Es menester que se encuentre quien ingirió tan profundamente el olor, que difunden con igual suavidad por qualquier lado. Es menester que se descubra quien dispuso aquellas venitas, que discurren por adentro, y juntamente distribuyen el alimento por tantas vias, quantas ha descubierto su propia anatomía. Es menester que se liquide quien colocó aquellas hojas en su lugar, quien las torció con tan

(1) *Plin. lib. 21. cap. 1.*

to garvo, quien los igualó con tanta medida; quien los acomodo con tanto magisterio; quien vistió á cada una de dos velos mas delicados que la olanda; quien los cubrió como de un velo delicado, como para testificarnos su juventud; y quien finalmente recopiló tantos asombros en un aspecto, que fuera contra la vida de un hombre, si los hubiera de discutir uno á uno. Todo esto debia de necesidad ser artificio de una causa sapientísima (1), que se valiese de la materia variamente dispuesta, de la tierra, de las espigas, de las raíces, de las ramas, de los rocosos, del calor del Sol, y de los otros influxos, como el Escultor se vale del mármol, de los cincelos, de los compases, y de todas sus herramientas para perfeccionar el diseño de aquella estátua, que dibujó en la mente: de adonde es cosa vana entender en nuestro caso, por este vocablo de la naturaleza, mas entidad que Dios, primer Autor de las obras naturales.

## §. III.

Fuera de que, no vemos cómo en todas las partes, aun sin sentido, del Universo resplandece una inclinacion, que fuera admirable aun entre los que profesan reglas de honestidad, y es atender al bien de su todo aun mas que al suyo propio: Qué duda hay, pues, de que no la pudo imprimir en alguna de esas partes mas que una causa universalísima, á quien pertenece el cuidado del provecho comun: Y sirva para figura el azogue: si no le predominara mas propension que la de la conveniencia propia, cómo queréis que se redujera á subir á lo alto, como ligero y no pesado? Y sin embargo sube, y sube por solo el fin de llenar el vacío perjudicial á la utilidad pública. que por eso está y otras muchas observaciones semejantes que se pueden hacer sobre el obrar de las subs-

(1) S. Thom. 1. 2. q. 1. art. 2. in corp.

substancias para el bien que no es propio, nos hacen ver con evidencia, que demas de las naturalezas particulares, que á la manera de un padre de familia, proveen á sus casas privadas (1); hay en el mundo una naturaleza universal, que á modo de un Principe supremo, se desvela perpetuamente por el provecho público, valiéndose para este fin de las partes subordinadas con sagacidad admirable para la utilidad del todo. Sin este supremo entendimiento ninguna de las naturalezas inferiores pudiera ir tan derecha á su fin, como la nave al puerto: quitado este entendimiento, cada naturaleza se mirara á sí sola, y ninguna al bien de las otras: quitado este entendimiento, el hombre no pudiera ser hombre, esto es, no pudiera ser racional; porque no habiendo entre las causas visibles alguna otra, que posea la perfeccion de entender como él, no se pudiera hallar quien le diera el entendimiento. Y si queremos decir, que aun quitado este entendimiento supremo, el hombre fuera el hombre que es al presente; el hombre fuera, como racional, la causa mas noble de todas quantas miramos en nuestro mundo. Y cuál lo es mas del Cielo abaxo que el entendimiento humano? Nada hay mayor que la mente humana, exceptuado á Dios: así lo debe confesar qualquiera con San Agustín (2). De adónde las invenciones del hombre, las industrias del hombre, las labores del hombre sobrepujaron todas las obras de las causas inanimadas y privadas de razon, y las sobrepujaron de modo, que se debierian preferir con muy largos excessos á todas las hechuras de la naturaleza: todas las manufacturas del arte; pues provinieran del único inteligente que quedara en todo el Universo sensible, si se verificara que no hay Dios.

I. 2

§. IV.

(1) S. Thom. 1. p. q. 92. art. 2. ad 2. (2) S. Augusti. lib. 24. de Trinit. cap. 8.

## §. IV.

Veis aquí, pues, á Dios escondido juntamente y descubierto debaxo de este nombre tan célebre de la naturaleza: nombre, que para ponerlo aun mas en claro, tiene dos sentidos: el de naturaleza, que llaman natura (si no desdenáis los vocablos de que usan los Filósofos en las ciencias), y el de naturaleza, que llaman naturante. La naturaleza natura es aquella inclinación, que impele á qualquiera cosa á la consecucion del fin para que fué producida. La naturaleza naturante es el Autor que da esa inclinación. Porque como el vuelo de la saeta, que es ciega para conocer su blanco, demuestra claramente, caminando á él tan resuelta y tan derecha, que va disparada por algun tirador de buena vista; así el curso de las cosas naturales, que son ciegas para conocer su fin; demuestra con mucha mayor claridad, caminando á él (1), que hay quien vea por ellas, y quien las incline, ó por mejor decir, las necesite; mas con esta diversidad, que aquella necesidad que imprime en las cosas el hombre; se dice violencia; y aquella necesidad que imprimió en las cosas Dios, se llama naturaleza. De adonde si el ver á la saeta, necesitada á seguir con ajuste al javal que huye, nos obliga á decir: hubo arquero que la disparó; mucho mas el ver á la tierra, al agua, al ayre, y á todas las esferas necesitadas á proceder con juicio tanto mas estable y tanto mas elevado en sus cursos, nos obliga á decir: Numen hay que las dirige. Reparat, pues, que como no se puede huir del mundo, sin encontrar aqual mundo de que se huye; así no puede negarse Dios, sin que se confiese. El llamar naturaleza á aquel poder invisible, que da el orden á cosas tan hermosas en sí, tan encadenadas, tan úti-

(1) S. Thom. 2. p. 9. 102. art. 2. ad 3.

les, tan durables, y no querer llamarle Dios, es como llamar al Sol Principe de los Planetas, y no querer por desprecio llamarle Sol. Bien puede la lengua humana mudarle los titulos, mas no le pueda arrojar del Trono: No entienda que le mudas el nombre á Dios? dixo Séneca (1): *Quæ otra cosa es la naturaleza que Dios, y la razon divina ingerida en toda el mundo y sus partes? Vuelve, pues, desde el principio mi primer asunto, y es, que habéis de tener mas dificultad sin comparacion en persuadirnos á que no hay Dios, que en persuadirnos á que le hay: tanto conspiran los efectos unidos para manifestaros á su Hacedor!*

Hasta ahora hemos visto esto, estando mas sobre las cosas generales para abitar á quien no cree. Ahora lo veremos, baxando mas á las particulares, para alentar mucho mas á quien empieza á creer. Y porque este Hacedor del Universo es llamado en compeñado Criador del Cielo y Criador de la Tierra, juzgaré que executo una obra de mucha importancia, si os mostrare como el Cielo testifica á su favor, y cómo la Tierra.

## CAPITULO X.

*Los Cielos predicen las glorias de su Hacedor.*

Preguntado Anaxágoras, para qué habia nacido el hombre, respondió: para mirar el Cielo (2). No fue tan estólido, que habia de juzgar que nada habia sobre el Cielo mas admirable; como lo sintió el que le condenó por esta sentencia por mentecato. Antes si ha de creer á Aristóteles (3), fue el primero entre los antiguos Filósofos que reconoció al verdadero Au-

(1) Senec. de Benefic. lib. 4. cap. 7. (2) Lact. Just. lib. 3. cap. 9.  
(3) Arist. lib. 1. Meteorol. cap. 4.

tor de las cosas, atribuyéndolas al entendimiento divino, de quien hizo que se derivase tambien el orden tan firme que han guardado. Dixo, pues, esto, porque enamorado de la Astronomía, juzgo que no tenían nuestros ojos objeto mas á propósito para introducirnos en el conocimiento de Dios, que el Cielo despejado de nubes. Por eso si del Cielo no cuidáramos mas, que quien repara en una hermosura exterior, como lo hacen las águilas, nos porráramos, como si viéramos un libro abierto, pero no le leyéramos. Es menester pasar adelante con la vista interior á aquello mas que los Astrónomos nos enseñan, especialmente en nuestros dias, quando los modernos han conseguido de aquella maravillosísima máquina noticias tanto mas exactas, que las que corrieron entre los antiguos, que he seguido otras veces. Quiero, pues, que levantados sobre esta atalaya para mirar el Cielo, consideréis cómo Dios muestra los principales atributos de su Hacedor, con la capacidad el poder, con los movimientos la sabiduría, y con los influxos benéficos la bondad. Y puntualmente á estos tres capítulos podemos decir que se reduce lo que se contiene en tan gran libro.

## §. I.

Lo primero que se nos ofrece á los ojos es la capacidad portentosa del cuerpo: y acerca de ésta, para no confundir lo verdadero con lo verisímil, hablemos antes de lo que parece ménos incierto, y despues de lo que se alcanza por conjetura. Los compases, para decirlo así, de que se valen los Astrónomos en estas tan grandes medidas, son las Paralaxes; mas porque éstas de la parte de allí de los Planetas son insensibles, nos quedaremos de la de acá. Y no nos ha de parecer poco el subir tan alto con seguridad, de suerte que un hombre de pocos palmos pueda llegar á hacerse como una escala, que toque desde la tierra has-

hasta Saturno, la mas distante de todas las estrellas errantes: que campos tan dilatados como los que desde allí quedan hasta el último Cielo no tienen medida: No se pueden medir los Cielos por la parte de arriba (1). Mas esto mismo fue ordenado con arte para lucinarnos, que al rasar el Poder Divino entonces nos hallamos á los principios, quando creíamos que habíamos llegado al término: por eso refrenando los ojos portémonos así. Ni los detengamos en la Luna, demasiadamente conocida: ni los paseemos á Saturno, poco observable: fijémoslos en la cara al Sol, que está en medio.

El Sol, pues, que parece que está en el Cielo entre tantas estrellas, como Rey coronado entre los Grandes de su Corte, aunque á nuestros ojos engañados les parece tan pequeño, que imaginamos encerrarle en un espejo, es un gigante de corpulencia tan desmedida, que es su diámetro de cabo á otro de doscientos y sesenta y tres mil millas, ciento y setenta y quatro; y su circunferencia es de ochocientas setenta y siete mil quatrocientas sesenta y ocho millas; y así mayor treinta mil y seiscientos veces que todo el globo sujeto á él de la tierra (2). No os parece, pues, que esta obra sola podría, con la amplitud de su labor, bastar para representar la inmensidad que posee quien la crió. Ahora qué sera, si os hacemos medir, demas de esto, la grandeza del Cielo, donde este Sol se pesa, como en su palacio real, esparciendo á manos llenas sobre todas las criaturas inferiores los tesoros de su luz? La mayor circunferencia de este Cielo es de ciento noventa y siete millones de millas, novecientos diez mil quatrocientas veinte y quatro. Y verdaderamente, si el Sol, que es un mundo de resplandor, sin embargo en el convevo de su Cielo no parece casi mas que una

líam.

(1) Jerem. 31. 37. (2) V. Riccioli. in Almage. lib. 5. cap. 11.

límpida colgada de su bóveda, es menester que sean inmensísimos aquellos espacios, de que él ocupa, según parece, tan poco sitio.

Y si de estos espacios que, como he dicho, se nos concede que los midamos con mas seguridad, nos queremos hacer paso para argüir el exceso de las otras estrellas superiores, concluiré brevemente, diciendo, que este exceso (principalmente si se habla de las fijas) solo es notorio á aquel Dios Maestro, que labró tan grandes cuerpos con el imperio de su voz, para muestra de lo mas que puede fabricar sin término cada momento, y no podemos discuirir sin portarnos como adivinos: *El hombre es demasiadamente mortal para el conocimiento de las cosas inmortales*, decía Seneca (1), y esto no solo por lo poco que el hombre vive, mas tambien por lo poquísimo que entiende de tras de la gula de los sentidos. Se defiende, que una de las menores estrellas que vemos sin embarazo, que son las que se dicen de sexta magnitud, contiene sesenta y quatro veces toda la tierra (2); y que una de las mayores, que son las que se llaman de primera grandeza, contiene á la misma tierra cincuenta mil trescientas y cincuenta y cinco veces, con parecer casi pequeñas candelillas; tanta es la desmedida distancia del Firmamento, que está apartado del centro de nuestro mundo inferior quatrocientos treinta y ocho mil setecientos treinta y quatro millones, quatrocientas treinta y ocho mil setecientas treinta y quatro millas; de tal manera, que si un correo, émulo del de Alexandro (que caminaba, como lo testifica Solino (3), ciento y cincuenta millas al día) estuviera por suerte en obligacion de andar todo aquel espacio que hay desde la tierra al Cielo estrellado, necesitara para acabarle de emplear ciento

(1) Senec. de beata, cap. 32. (2) Ricciol. lib. 6. cap. 9. (3) Plin. Almag. lib. 2. cap. 2.

escuena y ocho mil setecientos noventa y quatro años; de suerte, que aunque se hubiera puesto en camino desde el primer día que nació el Mundo, no hubiera llegado aún á pasar enteramente la vigésima quinta parte de su camino (4).

Esto es lo que les ha parecido á Astrónomos sapientísimos de nuestros días despues de largos cálculos, y despues del largo comercio que han tenido con las Estrellas. Y quién sabe que éstos tambien no dan debaxo del blanco, como dieron los de los tiempos pasados; y que no nos pintan aquella máquina excelsa menor, que es verdaderamente? Quién sabe que la esfera de las Estrellas no es de la misma manera mayor sin comparación; de suerte, que aquella Estrella que parece tanto menor que las otras, no sea verdaderamente menor grande, mas solo mas distante? Quién sabe que así como con el uso del tubo óptico tenemos descubierta desde acá abaxo tantas cosas que antes no parecian, así si pudiéramos subir allá arriba donde están los Planeta altísimos, y desde allí, como desde otras tantas torres, valernos de semejante instrumento como de espía, no consigüeramos con el hallar otras innumerables novedades, ignoradas hasta ahora, por aquella grande distancia que no permite que llegue hasta allá alguna de las huellas humanas? Lo cierto es, que de qualquiera manera que nos figuremos que son aquellos espacios, no les pueden parecer á nuestros sentidos menos que una pequeña inmundad; pues al cotejo de aquellas esferas el globo de la tierra, por otra parte tan corpulento, se desvanece al instante, y no hace ya figura mayor que un punto; dando con esto lugar á aquella famosa reprehension de Seneca (5) á tantos necios mortales ámplios á amplificar sus confines, á litigar, á hielar á tan angosto campo, teniendo allá arriba tanto mas donde dilatarse: *Un punto*

Part. I.

K

(4) Almag. lib. 2. cap. 5. (5) Sen. Natur. q. 1. v.



de qué estrás de maravilla no quedáremos sorprendidos con aquella estable danza, que puede tener arónitos á los entendimientos mismos de las inteligencias mortales? Mas fuera de nosotros entónces lo que fuera, aquella misma nada que ahora sabemos nos predica en voz alta, que hay un Dios, Soberano Ingeniero de estas máquinas inauditas, y de aquellas increíbles ruedas sobre que se revuelven con tanta fidelidad: Que por eso podemos decir con mas particularidad del Cielo, lo que de todo el Mundo dixo San Agustín: *Cum tu herosissima cæta proclama que fuit hecho, y que pudo ser hecho, no por otro que por un Deus incalabile & incaliblemente gratia, & infasabile & inevitablemente herosa* (1). Y así véces son, la puntualidad, si así la queremos llamar, y la constancia invariable de estos grandes movimientos: y pues desde que los Cielos fueron criados, no han variado jamas aquella primera regla que les fue prescrita de revolverse de adonde fundados en la aparente regularidad de ellos tan diversas, podemos publicar los calculos y las edades, y podemos predecir las conjunciones, y los eclipses tanto tiempo antes que sucedan. Ahora, si un reloj para que no yerra ha menester necesariamente un artífice que le trabaje con grande ingenio, y que de quando en quando le revele, le repule, le tenga en concierto, en qué animo podrá jamas caer, que los Cielos, esto es, sencillos puntualmente que dan con sus movimientos la regla al reloj, pudieron tener la casualidad sin principios, y de la casualidad sus progresos, habiendo durado ya cerca de sesenta siglos con un tórno tan uniforme?

Dírase que proviene esto de la naturaleza de los Cielos, que así lo lleva. Mas no; porque qualquier movimiento propio de un mobil no es dirigido de sola su naturaleza, mas también del mismo mobil que se

VA

(1) Lib. 11. de Civit. c. 14.

va como peregrinando para encontrar en otra parte algun bien que le falta en su casa. Pues el moverse puramente por moverse es, á largo andar, tan contrario á la propension de cada ser, que los Poetas en su infierno (1) no supieron inventar pena mas extraña, que el estar siempre dando vueltas como el infeliz Ixion sobre una rueda, sin sacar jamas mayor provecho de aquella interminable revolución, que seguirse á un tiempo, y huírse á sí mismo.

*Revoluere semper Ixion (2).*

*Y con aquel movimiento*

*Infelizmente se sigue.*

*Y se huírse al mismo tiempo.*

Aquel gran movimiento, pues, de los Cielos, aquel andar perpetuamente al traidor sobre nuestras cabezas, aquel caminar con tanta constancia, aquel correr con tanta ligereza, y esto no mas que por nuestro bien, no puede proceder de su naturaleza, particular: así porque su movimiento, siendo circular, no tiene término adonde mire, y por eso no puede ser apreciable para alguno de ellos por sí mismo, como porque no se descubre, que nunca pudiese llegar á conseguir alguno de los Cielos con sus viages continuos; antes mientras el primer Cielo se mueve en sí mismo, si se moviera en gracia suya, buscara su perfección dentro de sí, y así se moviera para hallar aquel bien que ya poseen como un necio que sacudiera con empuje para encontrar el anillo que tiene en el dedo. Queda, pues, que aquel efecto que no se puede derivar de la naturaleza particular de las esferas Celestes se derive de una causa universalísima, que como señora del todo, tenga en el corazón el bien de las otras criaturas mas nobles, á que hace que eleven las esferas con sus movimientos.

§. III.

(1) S. Thom. 1. p. 4. q. 9. art. 2. in ev. (2) Ovid.

## §. III.

Y si la magnitud de los cuerpos Celestes nos declara el poder de su Artificio, y los movimientos nos declaran la sabiduría, no será menos eloquente la redundancia de los influxos benéficos para mostrarnos la bondad. Basta decir, que si los Cielos se pararan algun poco, esa quietud fuera la última destruccion de la naturaleza inferior, privada de un golpe de vigor y de vida, no ménos que lo quedan todos los miembros al pararse el movimiento del corazón. Y de hecho, los daños que le resultan á nuestro Mundo de los eclipses de las lumbreras superiores, demuestran claramente la dependencia suma que tenemos del Cielo, y quanto qualquier pequeño impedimento que se aya viene á sus continuas influencias trae de incomodidad y de desconcierto. Mas para hablar de cosas aun mas evidentes, no nos alejamos del Sol, tomado de nosotros por término luminoso de nuestra contemplacion.

Los antiguos sabios de Egipto le intitulaban hijo visible de Dios invisible; y á la verdad dixeron demasiado: pero les pueda servir de excusa aquel excesivo resplandor que los cegó. El Sol no es hijo, mas es retrato del primer ser que quiere en él, como dibuxarse á sí mismo, y guarnos con esta hecha al conocimiento de su Naturaleza Divina, disponiendo por eso que sea juntamente unico y multiplicado; unico en la naturaleza, y multiplicado en la beneficencia, de suerte, que no haya criatura que no reconozca al Sol por padre; pues adonde no llega con la presencia, llega con la virtud. El Sol, pues, como primer Ministro en el reyno de la naturaleza nos va distribuyendo cada hora quanto tenemos de vida, de salud, de espiritus, de placer, segun los órdenes que recibe de su Principe Soberano. Dize, segun los órdenes que recibe, porque el viage obliquo que hace en el Cielo muestra evidentemente la Arte Divina que tiene la cap-

ta primara en quererle tal y en tanto grado; que el entender esta misma obliquidad es entender la cifra de todos los sucesos naturales mal conocidos. Así le parece á Plinio: *El haber entendido su obliquidad, es haber abierto las puertas de las cosas* (1). Porque es cosa cierta, que necesitaba este Mundo de varias estaciones para mantener su virtud. Necesitaba del Invierno para unir el calor natural, que en estando aislado de la escarcha enemiga, se retirará mucho mas adentro para su defensa, echando en ese reconcentramiento mas fuertes raíces, y proveyéndose de mas copioso alimento. Necesitaba de la Primavera para salir como a campaña con buena ordenanza en nuevas hojas, en nuevas flores, en nuevos pimpallos. Necesitaba del Verano para combatir y vencer el humor superfluo, extenuando lo que en los cuerpos hay de redundancia; y cocinando lo que hay de crudeza. Y finalmente, necesitaba mas del Otoño para triunfar con la abundancia de los frutos de que colma entonces todos los senos. Ahora, todo esto lo obra el Sol, con sola la diversion que hace, ya hacia el Aquilon, ya hacia el Austro, hasta veinte y tres grados y medio en su mayor distancia del Equador. Y lo que mas es de estimar, obra todo esto con una mudanza casi insensible. Porque si de los frios rigurosos del Invierno se pasara inmediatamente á las llamas del Verano, ó de las llamas del Verano á los hielos del Invierno, quanto se incomodaran nuestros cuerpos con aquella repentina mudanza, y quanto padeciera la naturaleza? Ahora, el Sol torciendo poco á poco con discrecion su camino mete entre los extremos del sumo frio, y del sumo calor la Primavera, y entre los extremos del sumo calor, y del sumo frio el Otoño, y con igual suavidad va templando las fatigas á que nos obliga, y va perfeccionando las gracias que nos reparte. Lo mis-

(1) Plin. l. 2. c. 8.

mo hace tambien cada dia en la justa division de las horas diurnas y nocturnas, señalando un tiempo para el trabajo, y otro para el reposo; y ya alargando los dias quando es menester acrecentar el calor à la tierra: ya alargando las noches, quando por el contrario es menester disminuirlo: y ya igualando las noches y los dias, quando es mejor que se igualen las partidas. Quién, pues, no ve, que siendo los viajes del Sol, y proporcionalmente los de las otras esferas todos en beneficio del hombre, todos con ley, todos con peso, todos con medida, es necesario que sean consejo de una gran mente que intente el fin con suma sabiduría, y con suma bondad; y que con sumo saber y sumo poder aplique al mismo tiempo los medios para el fin? Por otra parte, el Sol aunque se nombra el ojo del Mundo, es ciego para conocer este fin, y para aplicar estos medios; y es totalmente insensible para llamarse por nuestro bien; y tambien es ciego é insensible totalmente el Cielo con todas las luces de sus Estrellas benéficas. Luego es preciso que todo esto sea obra de un Artífice, que en la grandeza de las esferas, en la velocidad de los movimientos, en la multiplicidad de las influencias propicias nos haya formado un retrato de su brazo, de su mente y de su corazon divino, que ponemos delante de los ojos. Fuera, pues, muy gran vergüenza del hombre, si el que por las huellas que dexa una bestia en el bosque sabe reconocerla, sabe buscarla, sabe llegar hasta hallarla en su cueva, no supiera por los vestigios tan manifiestos de la Omnipotencia, de la Sabiduría y de la bondad que ve estampados en los Cielos, reconocer, rastrear y llegar tambien à hallar à Dios en su Trono, y à venerarle.

## CAPITULO XI.

*La consideracion de la tierra nos levanta à pensar à Dios.*

**B**OXAMOS ahora del mundo superior à este inferior, y à imitacion de los que largo tiempo han navegado la vista en bordados de oro, recreemos en lo verde de tantas laderas y de tantos prados algun poco la niña de los ojos, deslumbradas con el resplandor de aquellas esferas, que vencen todas las claridades. Dexemos el Cielo, y con una forma de contemplacion mas acomodada à la pesadez de los sentidos, parámonos sobre la tierra. Seguramente que nadie puede tener excusa de no avanzarse al conocimiento de la verdad, quando qualquier camino, ó baxo ó alto, que se tome nos lleva allà: basta querer llegar. Los antiguos maestros por un arcano de profunda filosofia solian decir, que el padre de todas las cosas era el Cielo, y la madre la tierra. Y de hecho vemos, que como el Cielo está en continuo movimiento para nuestro provecho, así tambien la tierra está en continuo parto. De donde habiéndonos empeñado en reducir lo mucho à poco, podremos observar en esta madre dos prendas señaladissimas: la fecundidad en el número de las crias; la gracia en la hermosura; prendas, que juntas nos serviran de guia para hallar la primera causa, fuente inagotable de todo lo bueno y de todo lo bello, que es Dios, el qual, siendo invisible en sí, se nos quiere hacer otro tanto visible en sus efectos. *Fabrica de tal modo la naturaleza de las cosas, que siendo su Magister invisible, fuese conocido por sus obras (1).*

Part. I.

L. I. lib. II. con. §. I.

(1) *Abax. contra Iohel.*

## §. I.

Por eso es conveniente que ántes de admirar á los hijos, demos una ojeada á la madre. No hay cosa en la naturaleza que parezca que se hizo mas casualmente, que la disposicion de la tierra; y por eso si tambien en ella halláramos una sabiduría admirable, será necesario ceder á la verdad, y gritar desde lo profundo: Quales serán los estudios y los primores, si están tan cargadas de arificio las negligencias? Decidme, pues, quien tiene pendiente en medio del ayre una máquina tan portentosa, como es la tierra? O si nadie hay que la tenga, sobre qué se sustenta? Cavad mas abajo, ahondad, andad al rededor, y sabed decidme adónde están los fundamentos de un edificio tan firme, que al cabo de tantos centenares de lustros no ha hecho la menor quiebra? Puntualmente diréis: aqui no sirven los fundamentos: el tener la tierra el centro de su gravedad en medio de sí misma, es la única causa de su firmeza. Quién os lo niega? Mas no veis como esto mismo le demuestra á quien tiene florido espíritu, que se formo con diseño, no por capricho? Pongáse, pues, delante los que pretenden refundir todo el orden de las cosas en la necesidad de la materia, y si tienen corazon expungan con brevedad, de qué necesidad de materia proviene, que esta gran máquina penda toda en sí misma, y así pesada se mantenga y repose inmóvil para todo veyen. Seguramente que no se puede decir, que fúe esta materia la que se dio á sí esta necesidad: de otra manera hubiera sido formadora de sí misma, que es puntualmente lo que provoca las risas de todos los sabios. De adónde, pues, la tuvo mas que de aquel que fúe el Inventor de todo? Todo principio pasivo necesariamente supone un principio activo, que lo sujete.

De-

Demas de esto (1), que necesidad de materia pedía jamas, que el agua se estuviera dentro de la tierra para formar el Oceano, y no ántes la circundara por todas partes, como lo hace el ayre? Pues esta es la situacion natural que se le debe al agua, si se considera solo como elemento? Tuvó por ventura manos la tierra para cavar en sus entrañas aquella fossa tan sin término, que se dice Mar, y tuvo fuerzas para abrazarlo en sí misma con tantos senos por las utilidades que consigo? Bien ciego es de entendimiento quien no conoce, que para todo esto se requiera la virtud de una inteligencia suprema, que para facilitar el comercio humano reduxo toda el agua en un lado, y quiso que la tierra ya se encorvase en recodos, ya se extendiese en cabos, ya se esquadrouase en costas, ya se desahogase en playas; en un lugar le diese angostissima entrada á las hondas para hacer canales, en otro se entuchase sin confines, todo como lo habia menester la navegacion; para lo qual quiso tambien, que de trecho á trecho saliesen en medio del agua islas fructuosas para el oportuno reposo de los navegantes, para recobro, para refresco, y para mostrarles, á manera de términos hincados en el mar, las leguas de sus viages.

Y qué cosa á la primera vista ménos atendida, que la disposicion de los montes? Y sin embargo, los que parecen unidos acaso, están dispuestos con orden tan perfecto, que baxando de ellos los rios á fecundar los valles, encuentran siempre entre uno y otro, en tantas vueltas y revueltas como hacen, el camino abierto, sin hallar en tan larga peregrinacion hácia el Oceano ni patria ni una colina, ni una ladera, que no les dé condesciente paso, aunque se les atraviese místicamente en el camino. La tierra, segun

L 2

la

(1) S. Thom. 1. p. 2. q. 44. art. 2. ad 2.

La inclinación particular de su naturaleza, no requiera variedad de montes y de llanos: y esto supuesto, para qué se ve tal elevacion en sus partes, que sobretalando de los repechos mas baxos, se levantan siempre hasta límites colados? Quien necesitó de esto fue la comodidad del Género Humano, que de esta montes, donde tiene reparo de los calores, donde tiene recreaciones de erizas, donde tiene defensa de los vientos mas impetuosos. Y quien lo concedió fue aquella Sabiduría infinita, que teniendo el brazo igual al consejo, no solamente con aquella diversidad de llanuras y de cumbres, de faldas, de valles hace mas bello este edificio, como con resacas de artificiosa disonancia; mas de mas de esto fecunda este gran cuerpo con tantos arroyos, que antes ocullamente pasan por sus entrañas, y después manifestamente corren sobre su espalda con un movimiento semejantísimo al de la sangre humana; de suerte, que como la sangre corriendo del corazón por las arterias; mas escondida se insinúa por todos los miembros, y de los miembros mas descubiertamente vuelve al corazón mismo por las venas; así el agua del mar se le mete solapadamente en el seno á la tierra por secretos canales, y después á la vista de todos se vuelve al mismo mar por rios descubiertos. O, si así procuraran todos los hombres mereciese aquel hermoso título tan estimado de Tertollano, de estudiante de la naturaleza: *Discipulo de la naturaleza* (1), que doctas lecciones de la Soberana Sabiduría no llagarán á aprender! Créedme, que con brevedad se avergonzarán de tener comun la especie con aquellos abortos, ó por mejor decir, monstruos, que al mismo tiempo son hombres, y nienun á Dios.

## §. II.

(1) Tertul. de reuer. curs. cap. 12.

## §. II.

Y sin embargo, toda la arte dividida hasta ahora así en escorzo sobre el suelo solo que se le ha dado á la tierra, apenas conservará el nombre de arte, comparada con aquella maravillosísima Intelligencia, que ha enriquecido á la misma tierra con tantos hijos. Los antiguos pintaban á la naturaleza debaxo del semblante de una Hilde, toda pecho, para criar los innumerables partos que daba á luz. Bien está: pero quien llenó de leche aquellos pechos, que juntas se restañan, y quien colmo de espíritu aquellas entrañas, que no se hacen jamas estériles? Luego es menester recurrir á un primer Ser, principio de todos los bienes que hay fuera de él. Y en esta consideracion es fuerza darse por vencido á los primeros pasos, confesando con ingenuidad, que le es mucho mas fácil á la naturaleza el hacer, que al hombre referir lo que ha hecho. Porque quien tendrá jamas ánimo para recorrer el numero grande de las yerbas, de las plantas, de los flores, de las frutas, de las semillas, y de tantos animales de que la tierra, si no es madre, á lo menos es ama, preparándoles á todos su comida, como mesa comun, que públicamente les ha puesto la naturaleza? Para hacer la reseña generalísima, no digo de los individuos que hay en la tierra, mas aun de todas las especies, fuera insuficiente la forma que tuvo Xerxes para contar su exercito, quando le contó esquierda á esquierda dentro de un grande círculo. Fue poderoso; pues, aquella alta voz, que llamó de la nada en un punto tantas cosas tan grandes, y que cada hora las sustenta (1), no siendo esta menor maravilla, pues siendo todas las cosas terrenas por sí defectibles, no tienen menor necesidad de la primera causa para conservarse, que tu-

(1) S. Thom. 1. p. 2. 101. ar. 2.

tuvieron para salir al principio á luz. Ahora en tantas mudanzas, en tantas muertes, en tantas ruinas como reynan sobre la tierra, jamas se ha apagado hasta ahora, despues de tantos siglos, alguno de aquellas especies que se levantaron en el nacimiento del mundo á la señal de la Divina Voluntad: de adonde esta misma conservacion tan diligente de la naturaleza llega á testificar aquel gran Señor, que la dirige sin cesar desde lo alto, y fiada de ella cuidado.

Añadid á la numerosidad de los paros su belleza, y decid luego, si puede quedar alguna duda de que es cada uno hechura de una mano celestial. Siempre me agrado mucho el sentimiento de una gran alma, que caminando la primavera por tierras de mucha yerba, esmaltadas de hermosas flores á manera de estrellas, iba de quando en quando con un báculo, que llevaba en la mano, derribando ya uno de aquellos renuevos, ya otros, y diciéndolos: no levantéis tanto la voz. Entendia con qué alteza de expresiones cada una de aquellas flores significaba, quanto mas bello era que ella aquel Dios que las habla criado: por eso parecia que queria decir: os he entendido: no más, no más: se lo que me queréis avisar. Y para decir la verdad, aunque de todo lo hermoso sensible no vemos en alguna cosa mas que la superficie, sin embargo esta superficie misma es tan digna, que basta para dexarnos atónitos de estupor, así como nos dexa torlindamente atónitos la superficie sola del mar, quando le vamos mirando al rededor desde un alto escollo. Echad la mano á qualquier renuevo que encontréis, el primero, sea yerba, sea flor, sea rama, sea ramito, y mirándolo atentamente solo por afuera, rapidad si se puede librar mas primeramente. Estoy cierto, de que quien entendiendo el diseño no hallará que enmendar. Pensad, pues, qué sería, si los ojos pudieran ser testigos del orden que tienen entre sí las partes mas interiores,

y de los artificios ocultísimos de que se vale aquel género de sombra de vida para nutrirse, para conservarse, para crecer, para engendrar otro semejante á sí.

Mas porque hablemos mas á los sentidos que al entendimiento, porrémonos así: estrechémonos á considerar la variedad de los modos que se ven en estas criaturas tan bajas, que engendra ó cria la tierra. Las angustias del ingenio humano, que sin embargo es mayor que el mundo, no le permiten á algun artifice que exceda en qualquiera habilidad. Mirad á los Pintores solos: unos son excelentes en el colorir, otros en el dibujar, otros en el disponer, otros en el acabar las obras enteramente: éste no tiene igual en el representar barallas, aquel en figurar paisés, el otro en el fingir perspectivas, otro en el poner delante los mares en tempestad: uno flores, otro frutas, otro fieras, otro noches obscuras, sin que jamas se haya encontrado alguno, que en todos estos géneros haya conseguido alabanza. Y sin embargo aqui no se trata mas que de una simple imitacion de las apariencias, que se conocen á una sola mirada. Ahora qué Mente será aquella, que es perfectísima igualmente, no solo en trabajar las apariencias de infinitas criaturas, mas las substancias, sin que se pueda hallar jamas, ni que añadir á sus labores, ni que quitarles? Qual será la fecundidad de aquellas ideas, que siempre ha de guardar en sí misma, si tan prodigioso es el numero que ha esdrújolado en un teatro delante de nosotros, como por entretenimiento! Yo me detengo en la consideracion de las hojas, que son lo menos que podemos proponer en la multitud de tantas telas mas finas. Quién habrá jamas que me diga la variedad, la gallardia, las figuras que se descubren en estas solas? Porque ya me pierdo, considerándolas al rededor, unas anchas, otras largas, otras redondas, otras entoscadas,

otras sutiles, otras partidas en muchos lados por galo, otras mas blandas que terciopelo, otras llanas sin arrugas, otras iguales sin resaltes, otras gruesas como felpa, otras lisas, otras descarnadas, otras cubiertas de amilissima piel, todas sacadas con admirables venas, fortificadas con varios nervios, proveidas de varia pulpa, y tan diferentes entre sí, que no digo en las facciones, mas en solo el color en qualquiera verde se encontrarán tan desemejantes, como lo son las plantas á que sirven de adorno: *Aun las cosas que parecen semejantes, en vistandolas se halla que son diversas* (1). O Sábdua infinita! Mey sordo soy, si tantas lenguas como me hablan de ti no me llegan á despertar! Solemos en las fiestas mas solemniz sembrar de hojas las calles que nos llevan á los Templos. Ahora no ha hecho el Criador otro tanto para convidarnos al conocimiento de sí? Y sin embargo se hallará hombre tan poco merecedor de este nombre, que no se deze guiar á término tan bienaventurado por un camino cubierto, no solo de hojas ó de flores, mas tambien de otras criaturas sin número, que hermosean el seno de esta gran madre muestra la tierra; pues andando entre continúos milagros, no los reputamos dignos de nuestros ojos, quanto mas de nuestros ombros. Así camina tal vez un rústico gañan por una colina llena de simples escogidos, sin reparo, pisando con el pie del fumento tantas verbas saludables, mientras camina por otro lado un Médico con vista atenta, admirado de la virtud que á competencia encierran en muy pocos despojos.

(1) *Sem. epist. 115.*

## CAPITULO XII.

*Testimonio que dan de Dios los animales, que provee su Magestad con grande estopur.*

**R**obusto sin duda fue el defensor que de sí hizo Sophocles, acusado en juicio por sus mismos hijos, como inhabil para gobernar su casa en su edad decrepita por falta de seso. Quiso que á su favor pecaran las obras, y no las lenguas. Y por eso puso de repente en mano de los Jueces una tragedia que estaba entonces componiendo. Para que viesen por su argumento, por su invencion, por su contexto, por la solucion de los nudos, por las costumbres de tantos interlocutores, por la propiedad del estilo, por el peso de las sentencias, si aquel era trabajo de un hombre alto de entendimiento. Ahora los Atreistas, por mas que se animen á boerrar en sí las semejanzas de su padre, son hijos de Dios: mas hijos tan desconocidos, que le ponen á playto el ser, quanto mas el juicio. Veis aqui, pues, que para terminar tan gran lid, saca fuera su Magestad no un libro solo, mas millones, y mas millones de obras estupendissimas que ha compuesto, y va á todas horas componiendo. Se arrevetan con todo eso á negarle al Autor de ellos el entendimiento? Si aquellos hijos le hubieran opuesto á Sophocles, que una tragedia tan hermosa no era señal infalible de juicio, pues le podia haber ocurrido de aquella suerte acaso, creetel que aquellos Jueces le hubieran admitido tan acia réplica? Antes los hubieran apartado de sí con risa. No; de otra suerte hubieran procedido, si les hubieran opuesto que la hermosura de aquella obra podia nacer de la naturaleza de tal pergamino, de tal pluma, ó de tal tinta que se aplicó para componerla; y no de la virtud de quien la aplicó. Pues por qué, tratando de Dios, queréis que se juzgue de

Parte I. M otra

otra forma? Vaya, vaya, quién no confiesa de su Magestad que todas sus obras son testigos de una mente altísima! Dad una ojeada sola á la consideracion de los brutos. Esta es mas que bastante para hacerlos decir, quien los formó, quien los espaciotó, quien los provee, ó de qué grande facilidad es menester que sobrelabunde! Yo he de castigar á dos pens micutos, para desfillo así, que su Magestad toma de ellos: el de mantener los individuos, y el de mantener las especies. Trásemos primero del uno, y despues del otro, que son igualmente divinos.

## § I.

Y en quanto al mantenimiento de los individuos, tenemos siempre delante de los ojos un milagro sin término: y sin embargo, pesamos por él sin advertencia. No es por ventura gran maravilla, que albergándose en el ayre, en la agua y en la tierra tantos animales de géneros tan diversos, á ninguno falta dentro de una caterva tan espesa la fide con que vivirá de suerta, que la hambre, que tan frecuentemente se escapa de los abismos, como furia, para consumir las poblaciones de los hombres y las Provincias, se miente rarísima vez con los brutos en las forestas; principalmente habiéndolo allí de ser su provision proporcionada no solo al número; y por eso copiosísima, mas tambien á sus inclinaciones; y por eso variadísima! Por esto se conoce que no es diferente el que al principio los hizo, del que despues los conserva, pues sabe tan puntualmente conocer sus gustos, y los sabe satisfacer.

De aquí es, que para mayor demonstracion de ingenio no se quiere portar con todos los brutos como con las conchas, á las quales les va destilando de las nubes el pasto hasta la garganta. Quiere que se industrién los mas para buscarle de mil modos por sí mismos. Quién, pues, podrá explicar los instrumen-

tos de que los ha proveído para este efecto? Los principales son los sentidos exteriores e interiores, que especialmente en los animales mas pequeños, aumentan sin medida la maravilla.

Ahora, sobre los exteriores habelos de observar, cómo son dos los órdenes de animales. Unos son apropiados para andar vagando: tales son todos los que viven fuera del agua. Otros nunca dan pasos: tales dentro del agua son las ostras, las orrugas, las esponjas marinas, juzgadas juntamente por plantas, y por animales. De estos se puede dudar, si fuera del tacto, comun á todos, y del gusto, tienen otro sentido qual no necesario; pues el mismo escollo en que nacieron les tiene al rededor despena abierta. Mas en quanto á los otros no se puede dudar. Y por eso ni de vista, ni de oído, ni de olfato está falso cualquiera que sea de los insectos aun poquerrimos. Ahora, pues, cómo en el cuerpo mismo de una pulga hállase el Artífice bastante espacio para colocar los organos de cinco operaciones tan diversas? Un relojito firmado dentro de un anillo pareció digno de los dedos de Carlos V., tanto como era mercader de su diestra el cerro de un mundo entero. Y nosotros habíamos de distribuir nuestros afectos con injustamente, que admirando á cada paso las labores de la arte humana, que es la discípula, no admittamos jamas las de la Divina que es la maestra? Y sin embargo, son tales las labores de la naturaleza, entre las quales solo los pelillos que les apuntan á las piernas de un vil mosquito contienen mas artificio, que todas las invenciones de los nobles profesores nuevos y antiguos, famosos en el Mundo.

Pues qué ábramos de las potencias interiores con que estos animalillos aman vehementemente su bien, y aborrecen á qualquiera que se les atraviesa; temen, se altran, acantanen; se ponen con tiempo en defensas; y ya esperan, ya gimen, ya sospechan, ya go-

¿en à su modo? En un campo tan angosto batallas de tantos alceros! O Dios maraviliosísimo! Vos nos cogéis verdaderamente todos los pasos con obras de vayo apes para tenernos espantados los años enteros! Y hay quien todavía se quiera eximir de Vos sacudiendo todas las admiraciones!

En comparacion, pues, de los órganos destinados para las sensaciones de estos tan menudos vivientes, parece que hayán mucho de precio los que estan destinados para su nutricion. Y sin embargo, quien podrá decir, quan perfectos son tambien ellos? Halladme el mas pequeño entre semejantes animalillos (1), y sea un gusanillo, movil sociedad de estiracol, aun en él es necesario que haya las partes principales de corazón, de que se les difunde el calor vivifican à todos los miembros; de cerebro, en que se forman los espíritus necesarios para todos los movimientos; de estómago, donde se cueza el alimento; de conductos, que le distribuyan para la vida; de intestinos, donde se reciba lo superfluo de lo ya cocido; à quien tambien es fuerza que se le añadan dientes para roer, muelas para desmenuzar, colmillos para agarrar, y otros órganos semejantes, que fuera nunca acabar contarlos. Y todos ellos ¿dónde estan? Apenas se puede creer que esten allí, quanto mas entender. Mas gracias à aquel microscopio, verdadero engrandecedor de lo que à un tiempo mismo cubre y descubre; pues no solamente nos ha revelado mucho mas de la naturaleza que antes mal conocimos; mas tambien nos ha confirmado que allí verdaderamente està mas toda, donde tiene ménos lugar: *En ninguna parte està toda mas que en las cosas mínimas* (2).

## §. II.

(1) *Fine. Redir en las observaciones sobre de los vivientes y no vivientes*, p. 60. (2) *Plin. l. xi. c. 2.*

## §. II.

Mas quando nos queramos detener en el artificio de qualquier cuerpo organico, sea el que fuere, no será facil determinar à lo que se le debe la pluma, si las menores obras, ó à las mayores. Verdaderamente, que al sumergirse en este abismo nos sucederà lo que à un nadador, que andando dexado del agua, por qualquier lado que se vuelva no ve mas que mar profundo. Por ahora consideremos solamente lo de afuera. Con qué industrias se podien acomodarse mejor en los animales todas las partes para el fin que se pretende con ellas, ó con qué invenciones que fuesen juntamente varias y uniformes, que es aquello donde se descubre mas, como ya lo decimos, la verdad de un entendimiento operante? Mirad en primer lugar à las aves. Descubrires que la naturaleza les da una pequeña cabeza armada de pico agudo para cortar el ayre: las da plumas ligeras para no cargarlas de peso, y se las da juntamente dispuestas de tal modo, que no se oponen al viento en sus vuelos, mas le obedecen: las da alas proveidas de muchos músculos, para que esten con ellos mas prontas para el movimiento; mas se las da dobladas para su mayor comodidad, y concavas moderadamente, para quando vuelen, y para quando reposen: para quando vuelen, para recoger mas ayre que las sustente; y para quando reposen, para cubrirse mas del ambiente que las moleste.

Observad luego la diferencia entre ellas dentada de concha. En el pueblo de las aves unas se alimentan en la tierra, y por eso estan tienen todos sus pies carnosos, para poderse tener de tanto en tanto buscando su sustento, donde hay gusanos, como lo hacen las gallinas; donde hay espigas, como las palomas; donde hay raras, como los pajaros; donde hoy troncos, como las urracas, ó las piezas, que roen hasta las encinas.

Otras se alimentan en el agua, donde se estan mas de ordinario, y tales son los Gimys, y otras semejantes que miramos, á las quales se les ha dado cuello excesivo para que pesquen en lo hondo de las ligunas los vegetales que allí se ocultan: se les ha dado los pies espaciosos, á manera de remos, para bogar merdes en las hondas, pero no sumergidas; y se les ha dado el pico largo, ancho y chato para agarrar los pecocitos y para engullíselos.

Otras viven de lo que roban por el ayre, como lo hace el milano, el cuervo, la águila, el gavián; y éstos tienen el pico fuerte y retorcido para dividir en pedazos la presa muerta, y las uñas duras y sutiles para prenderla viva, de suerte que no huya.

Todos con diversa voz de unirse unos con otros se van en escuadras, como las grullas, que conocen á un rey, con diversos modos de recrearse, con diversas malicias para robar, y con otras vivezas; en cuerpucillos tan breves totalmente estupendas, si en las obras de la naturaleza, no procedieran los mas de los hombres como aquellos ignorantes, que pisando por los pufos de alguna nombrada Universidad, apacientan los ojos con la vista de aquellas escuelas magisteriales, mas no entienden palabra de las ciencias que allí se leen.

Dexemos por ahora los vituperios, aunque justos, y prosiguiendo nuestro discurso pasemos á la consideracion de los quadrúpedos. Algunos se habian de sustentar de carne muerta, y á estos los hallaréis armados para la refriega: los musculos de sus miembros son mas fuertes, por la fuerza que han de distribuir á las quixadas: los dientes á manera de sierra para dividir al enemigo, con quatro pies para cogerte, quando huvieras uñas corvas y agudas para tenerle firme, man metidas en las cavas de los mismos pies para que no pierdan sus filos combiniendo, ni se embobren.

Es diferente la arquitectura de los animales que de

deben apacentarse de yerbas. En ellos los dientes estan todos levantados á un nivel; mas los delanteros son mas estrechos y tajantes para cortar el pasto, ó de pimpollos, ó de rernuevos, ó de heno, y los demas son mas anchos y obtusos para masticalo: las uñas, habiendo de servir solamente de baza para la grandeza de sus cuerpos, son solidísimas; pero en algunos son enteras, en otros son partidas, en otros á manera de dedos. Son enteras en aquellos animales, que destruidos de enermos, es menester que se valgan tambien de los pies como de armas, como los mulos. Son partidas en aquellos que solamente se han de servir de sus pies para caminar, como los bucyas ó se han de poder sustentar pacienddo en peñascos quebrados, como los ciervos, las cabras, las ovejas. Son formadas con dedos, en los que se han de valer de los pies como de manos para dastner las presas, como los perros, los leopardos, los leonas, y en otras de caza.

La longitud del cuello es proporcionada á la altura de sus cuerpos. De ahonde el camello, como es el mas alto de todos los demas jumentos, está tambien proveido de cuello mas largo de otra manera no le fuera posible paecer no estando echado. Y porque en aquella parte de carne que el elefante lleva consigo no se acomodara bien aquella longitud de cuello, se le dió para suplemento su trompa, de que se sirve como de mano perfecta, para vencer todas las incomodidades que le trae su grave corpulencia en el desarraigir las plantas quando se apacienta, ó en el vadear los rios, quando no los puede vadear sino nada.

Ya veis que llevo el pincel á vuelo, poniendo como en escorzo aquellas figuras que por la estrechura del lienzo no pueden estar allí derechos. Pasemos, pues, de los quadrúpedos á los peces, tan bien acomodados para aquel elemento para que se hicieron. Su ca-

beza comunmente es larguilla, habiendo como tal de servirles de proa á aquellos leñinos animados que surcan las ondas. Sus niñes de los ojos son esféricas, porque si fueran como en los animales terrestres en forma de lenteja, los rayos visuales al pasar por el agua, medio mas denso que el ayre, se quebrarian mas de lo justo, teniendo los peces necesidad de la vista muy aguda para descubrir la comida de lejos. No tienen párpados, porque el fin de ellos es librar á los ojos prescamente de las pillas que no se aguardaban: y estas van volando por el ayre, no por el agua. No tienen lengua sino muy imperfecta; porque no haciendo de morder el manjar, mas tragarlo, para no darle tiempo al agua de entrar en abundancia, se restringe su gusto solamente á las fauces. No tienen cuello, porque no le habian de menester para formar la voz, naciendo todos mudos como lo pide su elemento. No tienen pies, porque no han de andar á manera de quien camina, mas de quien navega. Verdad es, que en vez de pies tienen en el vientre unos dos plumillas, otras quatro, segun necesitan mas de ellas para que les sirvan de remos al discurrir por todas partes. En las extremidades tienen una pluma mas ancha, que en su navegacion les sirve de timon; y otra sobre la espalda, para gobernarse quando gustan mas de nadar boca arriba. Solas las lampreas, con otros peces semejantes, á manera de sierpes, no tienen ni pies, ni plumas, porque su genio es de arrastrar por el agua, y no de andar por ella. Están aferrados de escamas, porque si lo estuvieran de pelos no sufrirían al agua; y las escamas en las todas iguales, porque no se opongan al uado. Las que entre ellos tienen menos sangre, como muchos ciferres, no respiran el ayre para refrescarse: mas le respiran todos los que entre ellos son mas sanguinos; de adonde es, que fueron éstos proveidos de los pulmones cerca del corazón que se les negaron á los otros, y tie-

tienen cerca de la cabeza algunos canales, por las quales arrojan el agua que habian bebido con demasia quando se iban á lo hondo.

Al escribir estas cosas, quisiera mojar en la mas amarga hiel la pluma para habilitarla para una acerua inectiva contra el soberbisimo Don Alonso X. de este nombre, Rey de España, que como si tuviera su trono de grados iguales al del Altísimo, se dexó salir de los Libros estas impías voces: que si se hubiera hallado presente á su Magestad en la creacion de las cosas, le hubiera sugerido mejores ideas en el modelo de ellas, y mejores instrumentos en el magisterio. Venja, no su cabeza necisima, mas la sabiduria de todos los entendimientos humanos, de todos los Angelicos, y experimentese en tanta variedad de criaturas, y principalmente de vivientes, ó en el ayre, ó en el agua, ó sobre la tierra, en reformat, no digo una especie entera, no digo la cabeza, no digo el corazón, mas la cáscara de un caracol. Es éste un animal tan despreciable, que así como no se puede mover sin dexar par donde quiera que va con la tira de su baba un testimonio de su podredumbre suma, así no se puede describir sin enfado. Y sin embargo, estoy seguro de que con todo su magisterio no solamente no sabrán distinguir en mejor forma, ó colorir con mejores pinceladas, ó conducir á mayor perfeccion aquella casa rústica que fabricó la naturaleza para un vil parto suyo; de mas, que si ésta por algun lado se quiebra, no se la sabrán rehacer, ni aun remendar sobre la espalda, de suerte, que se le acomode, no digo mejor que antes, mas siquiera no mal. Pensad qué hicieran con un caracol, no de la tierra donde estan los viles, mas del mar donde estan los nobles? Lean ántes las palabras de Plinio, que les quiero traer por extenso, y despues confieran entre sí sobre la empresa: *Son de tierra mas firme los murices, y los géneros de sonchas, en que es grande la*

variedad de la naturaleza que juega. Tantas son allí las diferencias de los colores, tantas las figuras, en llanas, cóncavas, á manera de luna, orbiculares, cortadas por la mitad del círculo, levantadas como espaldas, lisas, arrugadas, con dentecillos, intriadas, con la cumbre recortada á manera de muro, con la márgen tendida á modo de espada, derramada por afuera, doblada por adentro: con la distinción virgulada, crinita, crespa, con redécillas como canchallas, tendida, obliqua y desahamente apretada, extendida, recogida, atadas con un breve nudo, encañonadas por todo el lado, abiertas por el aplauro, cortas para servir de bocinas (1). Tal es la cara exterior del edificio, labrado por la naturaleza para ésa de una besicuela, por otra parte de ningún precio, qual es el caracol. Ahora, no bastará ella sola para hacerlos conocer á Dios, Máximo aun en sus mínimos hechuras? Con qué arte, con qué sabiduría, con qué primor debemos creer que se han urdido en su interior tantas obras mas importantes? Y si la concha de un gusarillo es de eficacia para hacernos irrefragable la prueba de la Divina Sabiduría, no será bastante para eso un Mundo entero? Dese lugar á todos los éxtasis de estupor. Esta es la alabanza mas cabal que le podemos dar al Criador que ha hecho tanto: no celebrar sus obras, mas admirarlas: *Es-gantarse de los milagros de la virtud Divina, es á sírlos (2).*

## §. III.

Y sin embargo, no es poco el conseguir de algunos que á lo ménos las observen. De aquí para vulvernó al camino: lo que nos muestra aun mas la Divina Providencia que assiste á los brutos es, que antes de qualquiera experiencia saben discernir el manjar bueno del malo. Por eso se ve, que apénas ha nacido un pernillo, quando sabe de repente hallar los

pe-

(1) *Plin. l. 6. c. 55. (2) Greg. l. 2. Mor. c. 9.*

pechos de su madre, asirse á ellos, exprimirlos, ciu-parlos, y nunca va por hierro á buscar los de una gata. Y este suceso es tan acertado, que muchos animales le han enseñado al hombre las yerbas saludables con la eleccion que hacian, y las nocivas con rechazarlas. Así tambien descubren á sus enemigos antes de experimentarlos tales, y se guardan de ellos: y los peces huyen de las redes antes de haber jamas entrado: y antes de toda prueba, los corderillos huyen de los lobos, y no huyen de los mastines: las palomas se espantan de los gavilanes, y no se espantan de los avestruces: y las fieras se esconden al rugido del leon, y no se esconden al ruido del elefante. Cómo, pues, corren estas cosas? Los brutos no las hacen por eleccion, mas por instinto, como entre los hombres las hacen los niños: lo qual se colige clarisimamente, de que vemos que todos las hacen siempre de la misma forma, aunque no las hayan aprendido. Quién fué, pues, el que les dió el instinto? Su naturaleza. Mas de ésta misma se pregunta: quién la hizo tal? Se hizo ella por sí, determinándose á tal ajuste de operaciones, si aunque es naturaleza, es naturaleza de bruto? Luego podremos decir, que tambien se hizo por sí aquel órgano que se llama hidrúlico, que al pasar el agua ya alza las teclas, ya las baxa, con tanta ley de las notas armónicas, que no pudiera hacer mas, si estuviera dotado de entendimiento (1). Todo lo opuesto. En los movimientos de qualquiera que es movido se descubre al instante la virtud del verdadero Motor. Por eso, así como en las operaciones de aquel órgano privado de sentido se descubre la arte humana, que le hace dar aquellos tiros tan ajustados al pasar del agua, así en las operaciones de los brutos privados de seso, se descubre la arte Divina, que les hace prorumpir en aquellas operaciones

N 2

tan

(1) *S. Thom. 1. 2. q. 13. art. 3. ad 3.*

tan prudentes al parecer, ya un objeto, ya otro que despierta en ellos variamente las especies; esto es, despierta á punto sus teclas.

## CAPITULO XIII.

*Testimonio que dan de Dios los animales, enseñados por su Magestad á combatir, y á curarse.*

No hay hombre inteligente en la pintura que no se corra, si preguntado de qué mano es qualquiera tabla insigné, no sabe al punto decir, si es de Rafael, ó de Caracho, ó de Cortegio, ó de Guido. Y sin embargo, habrá quien no se avergüence, si preguntado de qué mano son tantas hermosas obras de la naturaleza, no sabe decir luego: de la mano de Dios? Tal es qualquier Artista. Luego bien se puede afirmar, que no es inteligente de las obras de la naturaleza. Si las entendiera, viera al instante que no pueden éstas ser de otro artífice, que del Artífice Sumo. Finalmente, las manos todas de los hombres, aunque grandes, son capaces de ser falsadas, y por eso no fuera tan grave falta no discernir bien una de otra. Mas la mano de Dios no es mano imitable jamas por alguno. Y por eso el no discernirla de la mano de la casualidad, ó de qualquiera otra cosa que no sea Dios, no solamente es defecto, mas es maldad. Nosotros habemos descubierto ya bastantemente esta mano tan única en los instrumentos, y en los instintos admirables que se les han dado á los brutos para que se conserven alimentándose. Ahora pasemos adelante. Porque todo lo que saben para conservarse de que les servida, si no supieran al mismo tiempo guardarse oportunamente de quien los acomete? Y tambien se tuvo atencion á esto. Sus asaltadores son dos: unos intrínsecos, otros extrínsecos. Los intrínsecos son las enfermedades: los extrínsecos son varios enemigos que se encuentran co-

mo

mo frecuentes entre los hombres, así continuos entre los animales, que por causa, ó de la habitacion, ó de el pacto, ó de los hijos, ó de otro interes que hay entre ellos mantienen competencias eternas.

## §. I.

Y para hablar en primer lugar de estos enemigos extrínsecos, es cierto que sin haber aprendido jamas la Arte Militar, saben los brutos conocer maravillosamente las ventajas de puesto, y las saben coger. Los ruiseñores para asegurarse de los gavilanes viven entre las zarzas. El airon para librarse de losalcones anda al rededor de la agua que temen. Y el alce, bestia por otra parte tan temerosa, que á qualquiera herida, en mirando correr la sangre cae de repente en tierra de horror, vence sin embargo á los lobos, escogiendo contra ellos por campo de batalla los rios helados, sobre los cuales se puede tener bien firme con las uñas agudas, y de dos horcas que tiene; mas no pueden tenerse firmes los lobos.

Demas de la ventaja del puesto saben los brutos conocer la de las armas. De aquí es, que el águila tiene grandísimo cuidado de sus garras: y si esta parada, parece que siempre las mira afilándolas sobre alguna piedra quando han perdido el filo, y resguardándolas quando estan afiladas, con no andar entre peñas. Los ciervos, los corzos, y los toros aguzan tambien en los troncos sus cuernos, y los prueban repetidas veces ántes de salir al duelo con sus contrarios. La ardea se revuelve con el pico hácia arriba entre las alas, y recibe intrepidamente el ímpetu de los halcones, que baxando sobre ella furiosamente para hacerla su presa, quedan muertos. Y el pelicano porque no le sorprendan las otras aves asesinas, toma con semejante postura el sueño, dormido juntamente y armado.

Donde falta la fuerza, la suplen con la union.

Así

tan prudentes al parecer, ya un objeto, ya otro que despierta en ellos variamente las especies; esto es, despierta á punto sus teclas.

## CAPITULO XIII.

*Testimonio que dan de Dios los animales, enseñados por su Magestad á combatir, y á curarse.*

No hay hombre inteligente en la pintura que no se corra, si preguntado de qué mano es qualquiera tabla insigné, no sabe al punto decir, si es de Rafael, ó de Caracho, ó de Cortegio, ó de Guido. Y sin embargo, habrá quien no se avergüence, si preguntado de qué mano son tantas hermosas obras de la naturaleza, no sabe decir luego: de la mano de Dios? Tal es qualquier Artista. Luego bien se puede afirmar, que no es inteligente de las obras de la naturaleza. Si las entendiera, viera al instante que no pueden éstas ser de otro artífice, que del Artífice Sumo. Finalmente, las manos todas de los hombres, aunque grandes, son capaces de ser falsadas, y por eso no fuera tan grave falta no discernir bien una de otra. Mas la mano de Dios no es mano imitable jamas por alguno. Y por eso el no discernirla de la mano de la casualidad, ó de qualquiera otra cosa que no sea Dios, no solamente es defecto, mas es maldad. Nosotros habemos descubierto ya bastantemente esta mano tan única en los instrumentos, y en los instintos admirables que se les han dado á los brutos para que se conserven alimentándose. Ahora pasemos adelante. Porque todo lo que saben para conservarse de que les servida, si no supieran al mismo tiempo guardarse oportunamente de quien los acomete? Y tambien se tuvo atencion á esto. Sus asaltadores son dos: unos intrínsecos, otros extrínsecos. Los intrínsecos son las enfermedades: los extrínsecos son varios enemigos que se encuentran co-

mo

mo frecuentes entre los hombres, así continuos entre los animales, que por causa, ó de la habitacion, ó de el pacto, ó de los hijos, ó de otro interes que hay entre ellos mantienen competencias eternas.

## §. I.

Y para hablar en primer lugar de estos enemigos extrínsecos, es cierto que sin haber aprendido jamas la Arte Militar, saben los brutos conocer maravillosamente las ventajas de puesto, y las saben coger. Los ruiseñores para asegurarse de los gavilanes viven entre las zarzas. El airon para librarse de losalcones anda al rededor de la agua que temen. Y el alce, bestia por otra parte tan temerosa, que á qualquiera herida, en mirando correr la sangre cae de repente en tierra de horror, vence sin embargo á los lobos, escogiendo contra ellos por campo de batalla los rios helados, sobre los cuales se puede tener bien firme con las uñas agudas, y de dos horcas que tiene; mas no pueden tenerse firmes los lobos.

Demas de la ventaja del puesto saben los brutos conocer la de las armas. De aquí es, que el águila tiene grandísimo cuidado de sus garras: y si esta parada, parece que siempre las mira afilándolas sobre alguna piedra quando han perdido el filo, y resguardándolas quando estan afiladas, con no andar entre peñas. Los ciervos, los corzos, y los toros aguzan tambien en los troncos sus cuernos, y los prueban repetidas veces ántes de salir al duelo con sus contrarios. La ardea se revuelve con el pico hácia arriba entre las alas, y recibe intrepidamente el ímpetu de los halcones, que baxando sobre ella furiosamente para hacerla su presa, quedan muertos. Y el pelicano porque no le sorprendan las otras aves asesinas, toma con semejante postura el sueño, dormido juntamente y armado.

Donde falta la fuerza, la suplen con la union.

Así

Así lo hacen los torcos volando siempre en esquadrones numerosísimos, y procurando en ellos el puesto de en medio para mayor cuidado de sí. Los ganados mayores se hacen fuertes contra el lobo, uniéndose unos con otros en un círculo espeso, con las cabezas vueltas al enemigo: y los jumentos con semejante ordenanza vuelven al lobo, no las cabezas, mas los pies, donde tienen su esfuerzo, y se defienden valientemente con las coces. Pero si no está pronto el socorro, saben tambien los brutos buscarlo con la voz: así la habubilla, en divizando á la vulpeja escondida entre las yerbas, con desusados y con importunos gritos les da aviso á los perros: así los ciñes, así las cigüeñas, así las ánades solicitan á las compañeras ausentes para la defensa comun contra el águila; y así las monas en sus selvas lo hacen contra los mismos cazadores, gritando fuerte, como si gritaran al ladrón. Pero para eximirse de ellos así los animales mas flacos, como los mas fuertes son igualmente diestros: la liebre salta en un brinco á su madriguera, para no dexar á la puerta impresos vestigios que la revelen á quien la busca: el oso entra hécia atrás, para mostrar que ha salido quando ha entrado; y el leon mismo (á manera de guerrero valeroso, no ménos atento á descubrir los pasos del enemigo, que á encubrir los propios) estampa juntamente las huellas, pasando sobre la arena, y las borra, para que no den indicio de sus viages. En una palabra, todos los animales tienen alguna prenda suya propia para su defensa: unos con la destreza, como las monas ya mencionadas, que llegan á agarrar con la mano por el ayre aquella sueta que les vuela á la vida: otros con la generosidad, como el leon, que no huye sino mostrando la cara para dar terror: otros con la timidez, como los ciervos, á quien el miedo mismo asegura; tan veloces son en la fuga: otros con el hacerse casi invisibles, como las sepias con su tinta:

ta: otros con parecer como transformados, como el pulpo, que toma luego el color de aquel escollo á que está agarrado, y así engaña la vista mas perspicaz; sin que entre toda la numerosísima tropa de los animales, ó terrestres, ó acuáticos, ó aéreos se halle uno que, ó con la fuerza que se le ha dado, ó con el ingenio, no esté bastantemente armado para su defensa.

Y no tiene menor arte para acometer que para defenderse. El huron, quando quiere pelear con las serpientes, se prepara, comiendo ántes ruda, yerba de olor intolerable para ellas; y el icneumon, quando quiere refir con los áspides, se revuelve todo en el lodo, y se hace como una coraza, endureciéndole ántes á los rayos del Sol, para no temer alguna mordedura: la tygre, para que lleguen con seguridad las otras fieras á alimentarse de su carne, se finge muerta, y despues repentinamente salta sobre ellas á mano salva, y hace carnicería: la vulpeja se ha visto revolcarse dentro de la tierra roxa (1), hasta parecer como un cadáver sin piel, para convidar á las aves ménos cuerdas á un solemne pasto, que hace ella despues de ellas, y no ellas de ella; y la torpeda, con un milagro mas desusado, sabe hasta hacer estúpido á quien la toca, y privarle de movimiento, quanto mas de audacia. Pero qué necesidad es la mia? Presumo por ventura recoger en pocas hojas lo que otros no han llegado á recopilar en muchos volúmenes? Antes no he pretendido otra cosa que señalarlos con el dedo aquel mineral, de que se pueden sacar cada día mas nuevas maravillas tan inagotables. Y sin embargo decíme: en esta pequeña muestra que os he traído, no descubris bastante mente, que su metal no es metal nuestro? Quién pudo dar tanta diversidad de invenciones, de estratagemas, de

(1) *Class. lib. 18. cap. 40.*

defensas para un fin solo de guerra defensiva y ofensiva de los animales, fuera del Emendamiento Divino? Mas demas de esto discurre así. La naturaleza particular de la liebre, pongo por exemplo, no puede querer que los perros, apenas la hayan visto, quando se empeñen en alcanzarla, con tanto perjuicio de la infelizia, si la alcanzan: la naturaleza particular de los perros no puede querer, que la liebre huya de ellos. Quién, pues, fué el que les dio al mismo tiempo este instinto á la liebre de huir de los perros, y á los perros de perseguirla, sino una Naturaleza mas alta, que miró á aquella recreacion continua, que podia resultar en nosotros de esa fuga afanada, y de esa caza entretenida? Y esta Naturaleza mas alta es puntualmente la que con vocablo mas digno se llama Dios.

## §. II.

Resta ahora dar ojeada á los enemigos intrínsecos, de que saben tambien librarse los brutos, curándose. A la verdad son pocas sus enfermedades en comparacion de las nuestras; ó sea porque los animales viven con mayor templanza que la que observan los mas de los hombres, ó sea porque su temperamento, mas material y mas robusto que el nuestro, está ménos expuesto á recibir las impresiones de sus contrarios: al mismo modo que un reloj de una torre es mucho mas difícil de desconcertarse que una muestra de una mesa. Sea la razon la que se fuere, lo cierto es que los brutos, guiados de una interior direccion de la naturaleza, saben admirablemente hallar remedios proporcionados á sus males, y remedios fáciles, inocentes, y mas infalibles que los nuestros, para que se vea con mucha mayor claridad, que como la casualidad no fué su artífice, así tampoco es su conservadora. Pero lo que parece mas admirable en estos negocios es, que no solo cada animal tiene

su

su medicina propia, que no tiene otro; mas que antes de toda experiencia la conoce, la busca, y sabe aplicársela, como lo pide la necesidad. La primera vez que ciega la golondrina, sabe hallar la celidonia: la primera vez que ciega la vivora, sabe hallar el hinojo: la primera vez que el ciervo queda herido, sabe recurrir á su ditamo. No hay veneno, contra que no tengan luego las tortugas pronta su triaca, y tal es el orégano: así como el laurel es aquella gran medicina universal, que á las palomas torcazes, y que á los cuervos los favorece de la misma suerte en qualquiera enfermedad. Ahora vaya Hipócrates á gastar en los estudios su vida propia para alargar las ajenas; y despues desesperado de poder llegar á tanto, confiese, *que la arte es larga, que el tiempo es breve, y que la experiencia es falible*. Diga, que á muchos males no se les ha hallado hasta ahora medicamento que aproveche. Los brutos, sin academias y sin aforismos, saben hallar para todos los accidentes su medicamento acomodado. Y sin embargo no faltará quien les señale por maestro, no la arte de una Inteligencia Soberana, mas la ceguedad necia de unos átomos, mas vagamundos que los bribones?

Mas pareciera poco, si los brutos no supieran mas que curar el mal que se les sobreañade: fuera esto echar al ladrón de casa, mas echarle despues de haberla robado. Lo mas es, que saben tambien salir al encuentro á los males, cerrándoles prontamente las puertas, y dándoles en la cara con ellas: á esto fin escogen los lugares mas aptos, sin temor de peregrinar aun á países distantísimos, como las grullas de la Scytia Septentrional (1), que por huir aquellos inviernos tan crueles, pasan desde allí á la Etiopia, sin riesgo de errar jamas el camino: los peeces ya van de las costas á alta mar, ya de alta mar á

Parte I.

O

las

(1) Arist. hist. animal. lib. 8, cap. 22.

las cosas, mudando estancia, como lo hacen los Grandes, al mudarse la estacion; y entre ellos hay tambien muchos, que de los mares calientes pasan al Ponto Euxino, y que del Ponto Euxino pasan á los mares calientes. Y porque los mas débiles sienten ántes la destemplanza del ayre que los mas fuertes, de aquí es que aquellos hacen su paso ántes que éstos, como los rumbos en Agosto, y los atunes en Septiembre: las golondrinas pasan á Africa para excusar nuestros hielos; y las codornices, los tordos y las tortolas tienen tambien sus tierras apacibles para invernar: los buyres mismos, aunque infames por los cadáveres de que se apacientan, son sin embargo tan enemigos del ayre inicionado, que el morir ellos en un país mas que en otro, se toma por indicio de cabal sanidad. Qué mas? Es menester que se humille el hombre soberbio á tomar leccion en ciencias tan consumadas de los animalillos mas viles. Escribe Aristóteles (1) de no sé qué Bizanzo, que habla conseguido en el vulgo fama grande de Astrólogo, porque habiendo criado en su casa desde pequeño un erizo, observaba que este, quando estiba cerca de moverse viento opuesto, mudaba estancia, segun el genio natural que tiene de hacer á su madriguera del campo dos bocas, una al Austro, y otra al Aquilon, y despues cerrar ya la una, ya la otra, segun soplan. Ni es esta habilidad singular del erizo; pues son poquísimos los animales que no llevan en su fantasia ese insinto de sentir anticipadamente las mudanzas del tiempo, que les son nocivas, tanto, que los mas desdichados parecen en esta parte los mas instruidos. De aquí no solamente el leon, que es tan ingenioso, sabe antever la sequedad que ha de haber, y la sabe evitar, retirándose por algun tiempo á los lugares de mas agua; mas los cocodrilos mismos pa-

(1) Arist. hist. animal. lib. 9. cap. 5.

rece que tienen medida la crecida del Nilo ántes que salga de su madre, pues saben colocar sus huevos adonde nunca llega aquel año la inundacion: los cuervos adivinan las tempestades: los mergos, las anades, las abejas son presagios de los vientos mas impetuosos; y las hormigas de la esterilidad de la estacion futura, llenando mas que suelen sus graneros ántes que la mies escasee. Ahora, en qué escuela han aprendido estos animales tanta astrología, que muestran que saben aun mas que el hombre, el qual en el predecir las lluvias padece en sus lunarios mas graves deslumbramientos que una rana? Quién les envía las nœvas de lo futuro ántes que llegue? Qué maestro han encontrado que les enseñe, y les enseñe tan bien, que ningun estudiante se quede jamas atras por poco ingenio en las lecciones que se le han dado en su clase? Será creible para alguno, que la casualidad, que no sabe cosa de lo que hace, sabe formar tales hechuras? Si fuera así, fueran mucho mayores los discípulos que el maestro. Violentad quanto os agradece vuestro entendimiento, para que se reduzca á decirlo que no hay Dios: no podrá dexar de conocer el agravio que le hacéis, ni de sacudirse.

## CAPITULO XIV.

*Testimonio que dan los brutos de Dios con su estupenda propagacion.*

El que negó en los animales todos los movimientos, no les miró tan feamente á los sentidos, como le miente á la razon el que niega en los mismos animales el primer Motor inmovible, que es Dios. Ya habeis visto cuánto obra su Magestad en los instrumentos, y en los institutos que les da para la conservacion de los individuos propios. Queda ahora que decir lo que obra para la conservacion de las espe-

cies; porque si un Artífice sumo ha de reparar sus cuidados con la sabiduría, no se puede dudar, que despues de haber mirado atentísimamente por el bien de cada uno, ha de mirar con mucho mayor atención por el bien de todos.

## §. I.

Primeramente no es maravilla grande, que en sesenta siglos, desde que los brutos parecieron en el mundo, no se haya perdido de ellos ni aun una raza, principalmente si consideramos que algunas de éstas son perseguidas con tantas asechanzas por los hombres en el ayre y en el agua, y otras con tanta fuerza en los bosques? Como se podía mantener en pie tan largo tiempo esta alta guarra, que hacen continuamente á los animales los que pueden tanto mas que ellos, si aquel gran Artífice, que desde el principio labró á cada naturaleza, no hubiera juntamente tomado por su cuenta de conservarla, concediendo una virtud prodigiosa de propagarse á aquellas especies mas particularmente, que corrian mas peligro de percer? Las liebres, que siendo por ventura las inocentes entre tantas bestias, tienen por su desgracia sin embargo el ser las mas buscadas para la muerte, son tan fecundas, que engendran todos los meses con felicidad; y juntando con union admirable frutos y flores, estan preparando en el vientre nuevos partos, mientras dan leche á tantos partos que salieron á luz; tanto, que no mas que una liebre pequeña preñada, que fué casualmente introducida en una isleta del mar leario, dentro de pocos años dilató en tantas ramas su prosapia, que pacidos todos los panes, reduxo á los habitantes de aquel país á suma necesidad. Vamos parte por parte considerando esta especial providencia de la naturaleza, así antes que los brutos nacen, como despues.

## §. II.

## §. II.

Entre todos aquellos, en que no solo para engendrar los hijos, mas tambien para educarlos es menester que se convengan el macho y la hembra, hay cierta especie de matrimonio. Así sucede entre las aves, que estando todas privadas de leche, tienen para sustentar sus polluelos, por otra parte numerosísimos, necesidad de rapinas ó robos; y por eso se reparte la fatiga, y mientras uno se queda para guardarlos en el nido, va el otro en busca de la comida: y lo que es mas admirable, se mantienen con tanta lealtad aquella fé que se han dado, que dificultosamente se ve que la rompan jamas; dando en cara de este modo al hombre con sus grandes desórdenes, desconocidos aun entre los brutos. En los animales proveidos de leche, como son todos los cuadrúpedos, la junta es varia y vaga, porque basta la hembra para criar á los hijos que nacen. Verdad es que en estos mismos parecen las pasiones mas regladas que entre nosotros; pues no se enciende en los machos el apetito de propagarse mas que en un tiempo determinado del año, fuera del qual todos los machos suelen y siben conversar entre las hembras con modestia. Quien volviere los ojos á los excesos que los desenfrenamientos de los hombres en este genero cometen cada hora, y los cotejare con el orden inviolable con que los animales tienen enfrenada la mayor parte del año aquella concupiscencia misma, que entre nosotros, rotos todos los frenos, corre tanto, como podrá dexar de reconocer en esto tambien la hermosa escolta que hace á los brutos la naturaleza, siempre semejante á sí en el amar las leyes?

Despues de la concepcion de los hijos, era necesario pensar en su nacimiento; y porque las aves, como habitadoras del ayre, no convenia que se car-

gasen con demasiado peso, fué menester que para su preñado se fabricasen un nido, donde reposasen con quietud, donde depositasen los huevos, donde los calentasen, donde sacasen los polluelos, y donde despus los criasen. En esta fábrica son maravillosas la disposición y la simetría correspondientes á la variedad del designio: escogen el sitio que les parece mas seguro, ó en las copas de los árboles, ó en las tapias mas levantadas, ó en los escollos mas inaccesibles; y no contentas con la seguridad natural que proviene del puesto, se fortifican más. Por eso como la vulpeja defiende su madriguera de los lobos con la yerva esquilla (1), aborreída en extremo de ellos, así la golondrina lo defiende de ciertos gusanos con las hojas del apio, y así las cigüeñas lo defienden de las serpientes con la piedra que se llama lienites. El mismo nido causa estupor al mirarse en su fábrica: la parte exterior es siempre en el mucho mas tosca, para que tenga fuerza, y está guarnecida, ó de espigas, ó de sarmientos, ó de barro: la interior es mas blanda, ó de heno, ó de hojitas muy suaves, ó de bellos, ó de lana, ó de plumas, así para el fomento, como para la quietud mas sosegada de sus hijos; lo qual disponen los padres con tanta regla, y texen con tanta arte, que muestran bien que los guía en todo una mano oculta, que no está sujeta á deslumbramiento. Los nidos de losalcones son bastantes para hacer salir de sí de admiración, tanto, que poniéndolos junto al mar, saben formarlos impenetrables á las hondas.

## §. III.

En habiendo nacido los pttos, quien puede explicar el amor con que los crían, y la atención con que los enseñan, segun sus varios estados? Las mo-

(1) La cebolla alb. era ó silvestre.

nas, familiares en las casas, estan tan locamente enamoradas de sus hijos, que suelen al encuentro á quien entra, y se los muestran, como la cosa mas hermosa del mundo: el huron, zeloso de que se los roben, los muda muchas veces al día, ya á una par- te, ya á otra, tanto, que al parecer los tiene siempre en la boca: el castor ama tan tiernamente á sus pttos, que estando uná vez encerrado lejos de ellos, para buscarlos royó con los dientes la puerta de su encierro, y haciéndose ancho camino, se arrojó desde un lugar altísimo precipitado adonde estaban; y no es propio este afecto de alguna especie sola, mas es común á todas; y aun las mas fieras son de el mas dominadas, brotando una vena mucho mas copiosa donde parece mucho mas dura la piedra. El leon nunca combate mas intrépido, que quando ha menester defender sus leoncillos: entonces si que no hace caso ni de lanzos, ni de flechas, ni de saetas, ni de las heridas mismas que mira en sí, dexando antes la vida, que la tutela de aquellas tiernas prendas: la ballena á qualquier despreviudo peligro los esconde dentro de sí, teniéndolos en las fauces, como en lo íntimo de una fortaleza bien pertrechada, con sus horribles dientes; y pasado aquel riesgo, los vuelve alegre á vomitar en el agua, como pariéndolos nuevamente á la vida: la tygra, tan fiera, que ha dado prestado su nombre á la crueldad, es sin embargo tan locamente amante de sus tygritos, que una vez se vió en Bengala correr por las riberas mas de treinta millas detrás de una nave, que costeano á velas llenas por alta mar se los llevaba sin remisión á sus mismos ojos.

Este amor es en los brutos la rueda maestra de tanta máquina, porque éste los hace atrevidos, aunque no lo sean. El ruysenor por defender el nido no teme reñir aun con la vivora; y fisco como es, con el pico y con las alas la confia herir, si puede lo-  
grar

grar tanto, ó ponerla en huida. Este los hace ingeniosos: los ladrones en las Indias quando van á robar, se sirven de mejor gana de los caméllos que todavía dan leche, porque éstos, conducidos aun de noche á países muy distantes y de caminos poco trillados, no solamente saben despues hallar sendas para volver á la majada, pero doblan el paso para hallarse mucho antes en ella. Este los hace prudentes; el rinoceronte, por mas que le provoquen, lo tolera pacientemente hasta que ha puesto en salvo á sus amados hijos; y despues revuelve con tal furia, que echa en tierra los árboles que encuentra, y los arranca de raíz (1). Este los hace justos distribuidores del alimento: la golondrina comienza á meter la comida en la boca al hijito que nació primero, y va al rededor de uno y otro, señalándole á cada uno de ellos con maravillosa equidad la porcion debida: grande exemplo para los padres demasadamente parciales, que por dexar un hijo mas bien puesto que otro, truecan muchas veces las herencias en una venenosa manzana de discordia. Este los hace constantes hasta lo último: el delfin, en habiendo caido en las redes uno de sus hijos, le sigue triste, y no se sabe despegar de ellas por fuerza de algun golpe, hasta que cogido tambien, corre con él la misma ventura, ó de libertad ó de muerte: así los ama hasta la muerte el pelicano, que se llega á abrasar por apagar las llamas arrojadas al nido; y así los ama hasta la muerte la cigüeña, que en un caso de incendio semejante ha sido vista volar á un río, y bañarse muy bien, y volver despues á vencer con el agua el fuego, y no desistir de la infeliz empresa hasta que se convirtió con el nido tambien ella en ceniza (2).

Y porque se les dió este amor á los brutos para que

(1) *Jacob. Benl. g. Hist. Natur. & Medic. cap. 3. (2) Alb. Magn. P. Cicon.*

que criasen á sus hijos, no dura mas, que quanto dura la necesidad de educarlos: y por eso despues no se reconocen mas (para decirlo así) por padres, mas se apartan: de suerte, que aquel corderillo que sabe discernir á su madre en una manada de tantas ovejas semejantes á ella; en habiéndose destetado, lá confunde con las demas como extraña. Del mismo modo las perrillas que antes se deshacian á sí mismas quando eran madres para dar el alimento á sus cachorrillos, en habiendo crecido éstos, llegan á combatir con ellos para privarlos hasta del hueso que les ven en la boca: tan apagado ha quedado en ellas aquel amor tan encendido; porque no es éste ya necesario para aquel fin, para que antes le habian recibido de la naturaleza: la qual diferenciando, como se debe, los brutos de los hombres, ha pretendido en éstos una educacion perpetua (tan capaces son de aprovecharse de ella), y en aquellos una educacion breve.

#### §. IV.

Entre tanto, esta numerosa República de los animales tan bien gobernada en lo que pertenece al mantenimiento de cada individuo, y á la conservacion de cada especie da por todos los lados del Universo un testimonio continuo é incontestable de la asistencia Divina. Y la fuerza de este testimonio consiste en lo que se ha notado ya muchas veces. Por una parte vemos que todas las bestias caminan á su fin tan ordenadamente, que si se gobernarán por razon, no pudieran ir á él por pasos mas ajustados. Por otra parte no conocen el fin, mas obran solo en virtud del instinto que se les imprimió en el corazón: luego hay un Artífice superior, que conociendo este fin para ellas, imprime juntamente en ellas el instinto para que le consigan (1).

Parte I.

P

Y

(1) *S. Thom. contra Gent. l. 3. c. 64.*

Y que hay bestias á la verdad que no conocen este fin, mas sin embargo van á él, pero á ciegas, como va la pelota, disparada del ballestero práctico, á herir el blanco, es manifestísimo. Porque si obraran éstas por su razon propia, no fueran todas tan uniformes en sus obras: mas como cada pintor entre nosotros tiene su modo diferente de dibuxar las figuras, y de colorirlas; porque aunque aplique los mismos pinceles, los mismos lienzos y los mismos colores que los otros, mira sin embargo la idea diversa que concibió en su fantasía; así las bestias en cada raza fueran entre sí varias en sus efectos, y en sus empleos, sino fueran guiadas, mas se guiaran, como nosotros, por su capricho. Demas de esto obraran menos bien las peimeras veces, que las últimas; pues vemos que siempre se perfeccionan con la experiencia aquellas artes que habamos aprendido por via de discurso. Y sin embargo, la primera vez que la golondrina se pone á fabricar su nido, lo hace tan bien como la vez siguiente. No hay diferencia entre la tela que texen las arañas, quando apenas han nacido, y las que texen ya decrepitas. Ni los nuevos enxambres de las abejas son menos expertos en reconocer las flores mas delicadas para chupar de ellas la miel, para vaciar la cera, para formar las celdillas, y para hacer todas sus labores en las colmenas, que los enxambres antiguos.

Qué mas? Sabemos que los brutos, enseñados por el hombre, obran regularmente muchas acciones, cuya arte es cierto que no entienden, porque no se les dio por via de regla, mas por via de caricia y de entretenimiento alternadas á tiempos. Los teatros modernos de Florencia con el bayle que introduxeron de caballos pueden causar envidia á los teatros antiguos de Roma. Y sin embargo; aunque se mueven aquellas bestias con tan hermoso orden, se entretexen, se paran, se pasean, y saltan todas al mismo tiempo, como si fueran otras tantas Ninfa's que danzaran, no

es porque entienden la harmonia de aquel son, ó perciben la proporción de aquellos pasos, ó conocen el fin de esa fiesta enderezada al entretenimiento de algun huésped Real de tal Corre, afabilísima y magnífica en honrarlos y agasjarlos; pues la idea de aquella obra artificial no está en los caballos mismos, está en el Caballerizo, está en los Desbastadores, está en los Músicos, está en los hombres que les imprimieron en las caballerizas con gran fatiga la voluntad de aquellos movimientos, que con tanto aplauso suyo consiguen despues en los teatros. Del mismo modo la idea de aquellas obras naturales, mucho mas admirables que hacen de suyo tantos brutos sin maestro, no está en los brutos mismos, está en el primer Artífice Dios, que habiéndoles negado la razon, se está en vez de ella en sus pechos para gobernarlos, disponiendo las especies de su fantasía, de tal manera, que segun la necesidad aprendan, como conveniente ó como nocivo, lo que es favorable ó contrario á su conservacion. Y esta disposicion de especies es la que llamamos instinto: y en quanto es medio para obrar con arte, es una pequeña participacion de la arte inmensa que reside en Dios; y en quanto es medio para conservarse con provecho, es una pequeña participacion de su infinita providencia. De suerte que tambien los brutos por qualquier lado que los mite's manifiestan la sabiduria de su Artífice; á la manera de una estatua fabricada perfectamente, que por qualquier sitio que la repareis por lo alto, ó por lo baxo, en perspectiva, ó en perfil, por la cara, ó por las espaldas, debaxo de qualquier aspecto, os satisface llenamente, y os da autorizado testimonio de entera alabanza del nombre de su maestro.

## CAPITULO XV.

*Mirándose el hombre á sí mismo, viene, si quiere, en conocimiento de Dios.*

DoS claras testificaciones ha querido Dios de su grandeza en el Universo. La una de la magnificencia de la habitacion, que es el Mundo. La otra de la hermosura del habitador, que es el hombre: *Dios tiene por testigo de su ser todo aquello que somos, y todo aquello en que estamos.* Así habló Tertuliano (1). Y atendiendo á este verdadero sentimiento, despues de haber buscado ya la testificacion que nos hace de la Divinidad el Mundo grande, no podemos rehusar la que nos quiere hacer tambien el mundo pequeño, que es el hombre. Mas al mirar un compuesto tan admirable, es menester que me replique aqui de repente: Mundo pequeño el hombre en el Mundo grande? Todo lo contrario. Antes él es el Mundo grande en el mundo pequeño; pues quanto el resto de las criaturas sobrepuja al hombre en la extension de la cantidad, tanto el hombre sobrepuja al resto de las criaturas en el valor de la substancia: y por eso es en el Universo, como el diamante en el anillo; esto es, lo precioso de toda la obra, y el fin á que se ordenó tan bella labor.

## §. I.

O si pudiera yo aqui tender todas las velas, y engolfarme hasta alta mar en un pelago como este de maravillas! Pudiera hablar de la alma racional, imágen tan expresa de la Divinidad: y si no tanto, pudiera á lo ménos discurrir de sus potencias sensitivas, interiores, y exteriores, y de las operaciones de cada una. Pudiera tambien si quisiera referir solo el nú-

116

(1) Tertul. in Marc. l. 1. c. 10.

mero, el puesto, la proporcion, los officios de las partes que constituyen el cuerpo humano. Pudiera describir uno á uno los huesos todos con que se rige, que son tantos, los nervios, los músculos, las membranas, las venas, las cartilagineas, las canalitas, las entrañas, las vejigas, los humores, las coyunturas, los senos, los espiritus, y tanto mas que hay; aun no bien acabado de contar, despues de diligentísimas anatomías. Se descubriera, que si se puede decir Mundo el hombre, se puede decir tambien al cabo de tantos siglos Mundo nuevo; pues cada instante tiene su tierra incognita que se descubra. Mas no se nos permite el surcar tanto mar despues de otros viages muy trabajosos que nos quedan que hacer dentro de pocas hojas. Diré, pues, sucintísimamente, que la fabrica sola de nuestro cuerpo es tan prodigiosa, que Galeno (1) despues de haberla observado algo en diez y siete libros, añadió, que le habia con esto formado un hymno perpetuo de alabanza á Dios, que supo dibujar, pudo executar, y quiso tan llenamente difundir su bondad sobre tan hermosa labor, compuesta de muchos millares de piezas, y ensamblada con tal concatenacion, que parece que se compone de una sola, cada una de las cuales contenido en sí muchos milleros, hace que el hombre, sin razon, se espante en la naturaleza de otra obra mas que en la de la que mira mirándose: tanto en cada parte de sí mismo es un prodigio mayor que todos los otros: *Se admira de otras cosas el hombre, siendo grande milagro el mismo que de ellas se admira* (2). A lo ménos es cierto que yo á ningún Anatomista he leído, á ninguno he oído, que hablando de su arte no prorrumpa en grandes exclamaciones nacidas de la evidencian con que esa arte hace descubrir que hay Dios. Oigamos entre tantos á uno célebre por su fama, que fué Medico ilustre

(1) Galen. de usu part. l. 17. c. 3. (2) S. Aug. Homil. 31. ex 50.

tre de Enrico IV. *Entra tu, seas quien fueres, aun Ateo*, así habla aquel gran hombre. *Entra, te rugio, en el Sagrado Alcázar de Palas... Por ventura no exultarás, aunque no quieras: O Arquitecto admirable! O Artífice imitable (1)!* Y este es el sentimiento comun de todos los Profesores de esta ciencia, uno de los cuales me dixo, que no ha encontrado para sí mismo alguna otra, que más que ésta le levante á Dios. A lo ménos me parece que se puede tener por indubitante, que hasta ahora no ha sucedido jamas, que un hombre insigne en la profesion Anatómica haya sido Artista: siendo preciso totalmente que á la luz de sus conocimientos experimentales descubra evidentemente, y venere un Numea pródigo, perspicaz, atautísimo, cuyos magisterios mira sensibillísimamente estampados en qualquier minimo órgano del cuerpo humano (2).

Por eso, pues, este cuerpo no se puede discurrir aquí todo entero, ni es razon que todo entero se dexé, nos estrecharemos á aquello solo que de él tenemos siempre delante de los ojos jamas cubierto, que son las manos y la cara: cuya consideracion, aunque superficial, nos anega en Dios, sin que para decirlo así, lo echemos de ver.

Ahora, en quanto á las manos, dos fines tuvo la naturaleza en darselas al hombre, uno próximo, otro remoto. El próximo fué para que pudiese coger los otros objetos corpóreos en su propio talento. El remoto fué para que tuviese en las manos un instrumento de todas las Artes. Comencemos por el fin remoto, al qual como á superior se debía conformar el próximo.

## §. II.

Juzgó Anaxágoras que el hombre en gracia de las ma-

(1) *Andr. Laur. Entr. IV. Conciliar. & Medic. Histor. Anat. l. 1. c. 6.*  
 (2) *Franc. Redi.*

manos que goza, fué dotado por la naturaleza de seso (1). Entró en esto sin duda; pues no porque habia citara, fué producido el Músico; mas al contrario, porque habia Músico fué fabricada la citara (2). No le fué, pues, dada la mente al hombre porque tenia las manos: mas antes le fueron dadas al hombre las manos porque poseía la mente. Sin embargo, este error incluye un gran panegirico de las manos, pues denota que es tan estupenda su labor, que no un hombre del vulgo, mas un hombre de las escuelas llegó á poderse persuadir, aunque falsamente, que por respeto de las manos eramos nosotros racionales.

Ahora, dexando pasar esto, es cierto que como la razon, al parecer del filósofo, es virtualmente todas las cosas para conocer; así la mano es virtualmente todas las cosas para obrar. De adonde es, que la naturaleza fué calumniada muy fuera de razon, de quien se dolió, de que produciendo á todos los otros animales tan bien guarnecidos, al hombre solo le produce desnudo y desarmado (3). Que importa esto, pues al hombre le dió las manos, que se negaron á los otros animales ménos dignos que él? De aquí es, que los otros no pueden jamas mudar hábito, mudar armas, mudar nada de aquello con que los prové la naturaleza al nacer; mas se deben estar así, andar así, descansar así, dormir así; pero el hombre puede elegirse á su gusto el traje que quiere, y las armas que quiere, y las puede dexar, todo en virtud de las manos.

Quién, pues, podrá decir de quantos bienes le provén tambien las manos? Estas le provén de alimento, éstas de habitacion, éstas de rentas, éstas de regalos, éstas de amenidades, y éstas de infinitas re-

(1) *Arist. de Part. Ani. l. 1. c. 10.* (2) *Galen. de usu part. l. 1. c. 1.*  
 (3) *Arist. l. 1. & Galen. de usu part. l. 1. c. 4.*

creaciones que goza, ya en las pescas, ya en las cazas, ya en los convites, ya en los juegos, ya en las músicas, ya en los teatros, que sino fuera por las manos, serian todas obras desconocidas en el Mundo. De aqui se puede el hombre considerar en dos estados: en la paz, y en la guerra. En la paz, qué fueran todas las Artes, propias de un corazon tranquilo, sin la mano? Antes sin la mano no fueran. No fueran las mecánicas, quales son el texer, el hilar, el fabricar, el coser, y otras infinitas que tienen de la mano toda su forma, aunque tan varia. No fueran las científicas, quales son la Astronomía, la Arquitectura, la Música, la Anatomía, la Aritmética, la Geometría, la Geografía, que tienen de la mano todos sus instrumentos admirabilísimos, y tambien todas las operaciones. Y ménos fueran aún las imitadoras, quales son el delinear, el pintar, el fundir, el entallar, el cincelar, el esculpir; Artes tan del todo deudoras á la mano. Y por qué causa una Pintura, una Escultura, una Estatua se dice que son de mano de Rafael, de Bernini, de Buonaroti, ó se niega que son de su mano; sino porque quanto en tales obras hay estimable para la vista, se atribuye, estoy por decir, casi mas á la mano de sus valientes Artífices, que á su entendimiento?

En la guerra la mano hace que no solo se defiende el hombre valerosamente, mas tambien que ofende mas que qualquier animal. No tiene, pues, el hombre necesidad de cuernos, como la tienen los toros, porque puede mucho mas una espada de acero, que aquellos huesos agudos, una lanza y un arco, y mas aún una escopeta cargada. De adonde es, que los toros con su indómita frente pueden solo ofender de cerca; mas el hombre con la mano quanto pasa adelante en desahogar su enojo! Y por eso no tiene causa de envidiar sus dientes al javali, su pico

al gavilan, sus garras al escorpion, sus uñas corvas al águila, sus colmillos horrendos al leon (1). Y si el leon vence al hombre en la velocidad, véis aqui que con la mano llega el hombre á sujetar al caballo, sobre el qual sentado sobrepaja al leon en la carrera: de aqui; labrando mil armas en los arsenales, asuelda, para decirlo así, hasta los rayos en las bombas; y llegando hasta domar los elementos con su mano, ya manda al Océano que le sustente, aunque soberbio, sobre su espalda poderosas armadas, y ya aprisiona al fuego dentro de las minas, hasta precisarlo, si se quiere poner en libertad, á que le sirva en el exercicio de destructor, enviando al ayte tya murallas, ya masas de inmensa grandeza.

Todas estas artes, ó pacíficas ó belicosas (con otras muchas que se podian contar) de qué le servirian al hombre sin la mano? Serian como una águila sin plumas, inhábil para levantarse un palmo de la tierra; quanto mas para volar; pero con el favor de la mano á qué no se han adelantado de perfeccion? Los soldados de Pyrrro, por darle una alabanza digna de aquella velocidad con que al mismo tiempo llegaba, asaltaba, y derrotaba á todos sus enemigos, le aclamaron un dia con el nombre de Águila; y escuchándolo él, si, dixo, soldados míos, contento estoy con la honra que me haceis, diciendo que soy una Águila, para que sepais que vosotros sois aquellas alas con que me encumbro. Dénsele, pues, y al entendimiento humano todas las alabanzas mas altas que merece, con tal que se confiese que las manos son las alas, con que hace que el hombre se levante sobre los otros animales, y los domine.

Parte I.

Libro I. Capitulo I. §. III.

(1) Galen, de una parte, dice, que los toros cubren con Y



acomodasen á qualquiera figura: por otro lado no podian sin huesos hacer grande fuerza. Por eso veis aquí que la naturaleza, librándolos para este efecto de huesos y de carne, ha dividido á un tiempo los huesos en muchos artejos, para que la mano se pueda abrir en un momento, y cerrar sin fatiga.

Tres son los artejos de los dedos menores, porque si fueran mas, no se extendieran tan bien; y si ménos, no abrazaran qualquiera figura aun redonda: y solos dos los del mayor, esto es, los del pulgar, para que tenga mayor fuerza para resistir quando aprieta: cada uno de estos artejos está atado no ménos blanda que fuertemente en su coyuntura, para que con ningún esfuerzo se desconcierte, estando entretanto cada coyuntura llena de un humor pingüe, que facilita el movimiento hácia qualquiera parte, como se acostumbra tener untadas las ruedas, para que andando mas expeditamente, se vuelvan al rededor del eje.

Y como los huesos no se podian mover por sí solos, les añadió la naturaleza los músculos proveídos, ni de tanta carne por la parte superior de los dedos, que saliese la mano demasadamente pesada, ni de tan poca por la parte inferior, que como se ca quedase poco hábil para palpar.

A los músculos fué menester añadirles los nervios, las venas, las arterias, las fibras, y otros lazos delicadísimos, acerca de los quales, observa tantas Galeno, y admira tanto la sabiduría de su Compondor, que parece que se convirtió de Médico en Teólogo, llegando á reconocer en la figura, en la fortaleza, y en la creciente de las uñas mismas una Providencia bastante para colorear á qualquier incrédulo.

## §. IV.

Mas entretanto me sucede á mí lo que á un pescador de perlas, que mirando debaxo del agua una tropa de margaritas que van nadando, no sabe las que ha de coger codiciosamente, y las que ha de dexar; y no se alegra tanto con la presa que coge, como se aflige por la que se le escapa de la mano, estrecha para la necesidad. Otro libro diverso de éste era menester para discutir dignamente de estas cosas, sin arrepentirse de haber emprehendido el tratarlas. Parando sin embargo en lo poco que he insinuado, habrá quien se pueda persuadir á que manos trabajadas con tan grande aptitud para su fin estan sin arte? Antes como es posible que esten sin arte, siendo las inmediatas laborantes de quanto todas las artes tienen en sí de utilidad y de hermosura, que es tanto? Por eso aun quando el hombre se hubiera hecho mudo para predicar las glorias del Criador, estoy cierto de que aun privado de lengua, me le daría á conocer claramente, como lo sabe hacer claramente qualquier mudo con las manos.

Y vosotros, que con esta ocasion habeis ahora descubierto qué grande beneficio fué el que os concedió el Criador con haceros, en virtud de ellas, expeditos y sueltos para qualquiera obra vuestra, os habeis jamas acordado de agradecerle tan grande don? Figuraos con brevedad, que es un hombre que nace manco, ó se hace manco dentro de poco: no es espectáculo, aun para los mismos enemigos, de piedad suma? Pues cómo queréis que un beneficio tan noble como éste se le deba á la casualidad? La casualidad (si queremos hablar así) la casualidad le puede quitar á alguno las manos, haciendo, pongamos por exemplo, que quando descarga un arcabuz ó una pieza de artillería se le manquen miserablemente; pero no puede dárselas. Esto jamas se ha executado en

la memoria de los hombres. Como, pues, se hallará quien en vez de emplear sus manos en texer cada día nuevas guirnaldas de gloria á quien se las dió, las emplee ingrato en arrancárselas de la frente?

## CAPITULO XVI.

*La fábrica del rostro humano demuestra á Dios.*

Si en el reyno de la razon, la mano, como habemos visto, es el primar ministro del alma, será necesario decir, que la cara es como el trono, donde sentada hace visible á todos la magestad. Nosotros, para ceñirnos siempre mas, no contempláremos en la cara mas que su superficie sola, y para decirlo así, la fachada (1). Y porque las cinco partes que requiere Vitruvio en todo bien ideado edificio, se pueden cómodamente reducir á dos, á lo útil y á lo hermoso, contempláremos tambien nosotros estas dos solas en la fábrica augusta del rostro humano.

## §. I.

Y para comenzar por lo hermoso, aquella belleza, que aunque se gloria de que domina los corazones como señora, mas verdaderamente los violenta como tirana, haciéndose tal vez esclavos los mismos Reyes, y aun obligádoslos á amar hasta las cadenas con que los aprisiona: aquella belleza, digo, donde tiene su silla fuera de la cara? Lo sumo que la antigüedad pudo, ó pensar ó escribir de la divina eloqüencia de su Platon, fué afirmar que no se podía quitar de lo que decia una palabrita, y substituir otra, sin echarlo á perder. Mas quien está acostumbrado á contemplar las obras de la naturaleza, sabrá muy presto conocer quanto mejor se le acomoda esta

(1) *Lib. 1. cap. 6.*

alabanza á labor estupenda del cuerpo humano, y singularísimamente de su cara, en la qual qualquiera variacion de sitio, de materia, de cantidad, de texido, aun ligerísima, pervirtiera de un golpe la simetría de aquel todo, que se compone de pocas partes, mas tan bien juntas unas con otras, y tan bien enlazadas, que solo mirada en su superficie, roba los corazones, y los roba con tal extremo, que hace que no sea sola la Grecia la que se pone toda en armas por un hermoso rostro: por todas partes hay muchas Elenas idolatradas, por las quales si no se hacen guerra, y derraman la sangre los pueblos codiciosos de ella, se hacen guerra, y derraman la sangre sus privados galanes; y se juzga por gloria el ofrecer por ellas en víctima las riquezas, la reputacion y la vida. Qué importa que la cara de la muger sea flor del campo, hoy pomposa, y mañana marchita? Esta pompa misma fugitiva les parece en aquel exercicio á sus amantes tan agradable, que si fuera un amaranto inmortal, no parece que la pudiera estimar mas la fantasia de los mortales, poco ménos que estíricos al contemplarla.

Volviendo al intento, quien no creyera que para trabajar una belleza de tanta estima, no era menester formar todas las caras con un ayre, y estarlas todas con una impronta misma, destinada á este fin? Y sin embargo considerada una multitud sentada en un anfiteatro para algun espectáculo: allí descubriréis á un tiempo en qualquiera de aquellos rostros semejante á sí, y en qualquiera diferente. Pues una variedad tan admirable podrá ser un ovillo de otras tantas fantasmas, algodrezadas en el sueño por la casualidad? Sabemos que esta es la excelencia mas rara de un valiente pintor, el tener tal riqueza de hermosas ideas en el entendimiento, que le salgan del pincel delineadas todas en semejanzas diversas; y queremos reconocer por casual abatimiento de la des-

aconsejada fortuna toda aquella hermosura y toda aquella variedad, de que admiramos una tan pequeña parte, como prenda frecuentemente no concedida á los artifices aun grandes; de suerte, que los mismos que se admiran tanto de Miguel Angel, como de un milagro del arte, porque no encuentran en sus figuras dos rostros de la misma invención, se puedan despues persuadir á que trazas tan varias con que se forma cada día la innumerable muchedumbre de las caras humanas, sean obra de un meitecero, que ciegamente haya encontrado el cuño, y mas ciegamente lo vaya poniendo en execucion?

Añádese á todo esto la necesidad que había de tan perfecta semejanza; y acabase así tambien de entender, que no fué casual, mas fué querida con grandísimo estudio por la Divina Sabiduría, amiga en todo de unir con lo hermoso lo útil, como se hace en las fábricas bien delineadas.

Por otro lado parecia que la naturaleza habla de querer, que todos los que son interiormente uniformes en la substancia no fuesen exteriormente diversos en los accidentes (1); de manera, que como son poco diferentes en el aspecto un leon de otro leon, un lobo de otro lobo, un oso de otro oso; así fuese tambien un hombre poco semejante de otro hombre, y principalmente de aquellos de quien trae tanta parte en sus venas con la sangre misma y con los espíritus mismos, como son los progenitores. Mas haced cuenta que así sucede; qué lugar tendrá ya entre nosotros la justicia, la honestidad, la paz, la fidelidad, que es la baza de todo el comercio humano? El culpado se venderá por inocente, el asesino por custodio, el adúltero por consorte, el mentiroso por verdadero; y la vida humana privada de correspondencia reciproca, y llena por el contrario de sospechas, de

(1) *V. Letri, de Provident. n. 109.*

sombras, de hostilidades, se reducirá por menor mal á las selvas, y llopará todo el estado civil sepultado en un caos de confusion, imposible de poner en orden.

A todos estos desconciertos se opuso la naturaleza, dándole á cada uno una cara tan propia, que como en el abecedario á una simple vista se distinguen todas las letras sin deslumbramiento, así á una simple ojeada se distinguan tambien todos los rostros, de tal manera señalados con su ayre, que el propio de uno sea de otro; de adonde el hallar dos caras totalmente semejantes, parezca aquel milagro tan raro en las historias, y por eso fingido tan frecuentemente en las tablas para fuudo de muchas agradables diversiones.

Por el contrario, porque esta diversidad de semblantes importaba poco para la vida solitaria que tienen los brutos, hizo poco caso de ella la naturaleza, siempre magnífica en hacer bien á sus partes, pero no prodiga; de suerte, que el distinguir en un rebaño de ganado, vestido de una misma lana un corderillo de otro, es obra entre los pastores de una sagacidad mas que vulgar.

Pues una providencia tan proporcionada á la necesidad tan universal, y tan estable en todas las generaciones y en todas las gentes, como se puede referir á una formita junta de particulas unidas á ciegas; pues una junta qual fuera esta tan hermosa, tan útil, y tan no premeditada, no pudiera ser tan frecuente en acontecer, y tan fiel en perseverar? *Nada hay perfecto en órden, que pueda persistir sin gobernador, dice Lactancio (1).* Y por eso siendo aquel órden que vemos en la presente constitucion de las caras tan ajustado, no puede dexarse de fundir en algun Soberano Regulador, de quien provenga.

Part. I.

R

De

(1) *Lib. 7. cap. 10.*

De aquí podemos nosotros discurrir de esta forma: si sola la superficie del rostro humano es por sí sola un espejo bastantísimo para representarnos la Divinidad, tan provida en querer vario el aspecto de qualquier hombre, y tan vigorosa en conseguirlo, sin alguna alteracion por eso, ni de sitio, ni de simetría, ni de número en las partes uniformes que le componen; quién habrá decir qué espejo para un entendimiento bien puro será aquel mundo de maravillas, que se encierra en el interior edificio del mismo rostro, dónde estan puestas las oficinas de los sentidos, constituidos todos por la naturaleza en la cabeza, como en la parte más noble, y para decirlo así, en el palacio real del cuerpo humano? Yo á la verdad me he propuesto ser breve, mas sin embargo me sucede lo que á los que poseiéndose largamente por las riberas del mar, no se saben contener al verle sosegado, y quieren sin subir en alguna barquilla, costear ligeramente las riberas, que tanto les convidan. Pesáme demasiado el no dar á lo ménos de paso una ojeada á las orejas y á los ojos, dos sentidos por otra parte los más beneméritos de las ciencias.

## §. II.

Hay una oreja interior, y otra exterior. La exterior no fué fabricada por la naturaleza (1), ni de hueso, ni de pura carne, mas de una ternilla alforrada, como todos los otros miembros, de piel: no fué formada de hueso, porque tan dura se podría fácilmente quebrar, principalmente al inclinarse sobre ella quando el hombre está echado; y demas de eso, qué incomodidad no le hubiera traído quando durmiera (2)? Tampoco fué formada de pura carne, porque no hubiera podido conservar siempre la justa

(1) *Hon. Fabr. de Homín. lib. 2. p. 109. 57. (2) Andr. Lant. Hist. Anatom. lib. 11.*

figura que se requiriera para la hermosura del rostro, y para la bondad del oído, donde toda alteracion es de grave incomodidad.

En medio tiene un pequeño agujero, cuyo uso ménos noble es purgar al cerebro de la colera. Y sin embargo esto mismo fué grande arte, porque aquel humor amargo y pegajoso que mana por allí, pueda detener á qualquier pequeño animalito, que por aquel agujero se insinúe dentro de la oreja, ó le pueda echar.

Demas de esto es torcido el camino por donde se entra; y esto para que el ayre, movido con algun ruido demasiadamente impetuoso, no ofenda la oreja interior, hiriendola toda al primer golpe; y se termina este camino en aquel, que llaman tímpano del oído, que es una membrana delicadísima y sequísima, sólida, y tendida en un círculo de hueso puntualmente, como lo está la piel sobre el tambor: es delicadísima, para que pueda percibir qualquiera pequeña vibracion del ayre que traiga son; es sequísima, para que sea sonora: de otra manera cómo fuera sonora, si fuera húmeda? Y es sólida y tendida, para que sienta qualquier temblor, mas no se rompa.

En la superficie exterior de este tímpano hay un nervecito tirado como una cuerda, y en la interior tres huesecitos, que se llaman estimo, yunque y martillo, por la figura que tienen, y juntamente por el uso, que es que el tímpano, movido de aquel temblor, que al propagarse en el ayre produce el son, comunique ese temblor á aquellos huesecillos, y con él le haga sensible á los nervios allí asidos, y por los nervios al cerebro.

De aquí es que tuvo misterio el número de esos huesecillos, y la calidad: la calidad, porque á no haber sido huesos, mas nervios, ó perezosos, no hubieran llevado el son quando era razon; ó tendi-

dos le hubieran con sus ohs doblado al punto y confundido: el número, porque á no ser muchos huesos, mas uno, éste por su anchura y sutileza se pudiera fácilmente romper. Y por eso entre mil observaciones estupendas que, de las hechas, pudiéramos hacer en tan hermosa fábrica, baste ésta; y es, que siendo en los huesos de pecho, que ha poco que nacieron, todos los huesos tiernos, y todas las membranas delicadas y blandas, aquella membrana y aquellos huesillos que sirven para el oido, son por el contrario no ménos duros y secos que en los adultos: de otra manera todos nacerian sordos. Y no basta esta arte sola para hacerlos conocer el regiterio divino de la naturaleza, que á todo atiende con tanta menudencia, y todo lo provee? Fuéramos muy insensatos, si fuéramos tambien de aquellos miserables, que estudiando tanto en las obras naturales, conocieron al Arquitecto tan poco: Regirando en las obras, ignoraron quién era el Artífice (1).

### §. III.

Pasemos ahora á los ojos, soles, para decirlo así, de aquel cielo que se extiende en la frente (2); mas son dos soles, para que quando el uno por desgracia se eclipse, supla su falta el otro. Si el Sol fué llamado Hijo visible de Dios invisible, nosotros mas apudadamente les llamaremos á los ojos retratos, que se ven del ánimo, que no se ve; pues entre los sentidos ninguno otro nos representa mas de cerca la mente que la vista, por el objeto que tiene, entre todas las calidades corpóreas el mas noble, que es la luz, por la multitud de las verdades que nos descubre, poco ménos que innumerables, y por la ceridumbre con que nos asegura: de donde pudo llamar

(1) Sep. 13. (2) Hérc. Fabr. lib. 2. de Homín. prop. 59. Andr. Eant. Hist. Astron. lib. 11.

Galeno á los ojos particillas divinas, y creer que en gracia de ellos formó la naturaleza al cerebro.

Ahora como los ojos son admirables en sus operaciones, así no lo son ménos en su oficio (1). Son dos, como antes dixé; pero de suerte, que penden ámbos de un mismo principio: de aquí es que los objetos, aun mirados con los dos ojos, no parecen dos, mas parecen únicos, como lo son. Su figura es redonda: figura, que añade siempre mayor capacidad, mayor agilidad, mayor robustez. Están colocados en lugar sublime y cóncavo: sublime, porque han de servir de centinela á todos los demás miembros; y cóncavo, porque han de quedar fortalecidos por todos lados con la dureza de los huesos que los cercan, y con su propia guarda de los párpados; lo qual conduce tambien admirablemente para conservar y corroborar aquellos espiritus con que se forma la union.

Y qué diremos de la simpatía estupendísima con que ámbos se mueven siempre juntos, y ahora se baxen á la tierra, ahora se alcen al Cielo, ahora se vuelvan de qualquier lado que les agrade, siempre uniformemente (2)? Sin esta uniformidad, que proviene de que estan ámbos ojos atados, como antes se decía, á un mismo principio, el ver fuera un perpetuo engañarse; los ojos fueran testigos siempre discordes; los objetos parecerian unas veces multiplicados, otras veces defectuosos; y fuera mas ventura el tener un ojo solo, como los Poetas lo fingieron en los Cyclopes, que tenerlos (3). Su substancia no tiene en sí punto de carne (que es la razon por qué con estar siempre expuestos al raptor del ayre, no sienten algun frio); mas es de una agua pingüe, qual era menestar que fuese, para recibir las imágenes que les envían los objetos. Y

(1) Arist. Problem. sect. 31. n. 11. (2) Arist. Problem. sect. 31. n. 7. (3) Arist. Problem. sect. 31. n. 13.

Y si queremos bajar mas á lo particular, esta substancia misma está compuesta de tres humores: del aqueo, del vitreo, y del cristalino, que es el centro de los ojos, y mucho mas estimable que todos los diamantes: á este le sirven los otros dos humores, ó para defenderle, como lo hace el aqueo, ó para nutrirle, como lo hace el vitreo, que demas de eso le forma el engaste, como el anillo de oro se le formara á una resplandeciente perla.

Mas porque un agregado de particillas tan blandas no podia mantener largo tiempo su figura, sin contraer alguna pequena arruga que impidiera totalmente la vista, veis aqui que la Providencia de la naturaleza acudió á vestir á cada humor con sus particillas delicadissimas, distribuidas con tan hermosa arte, que las transparentes, como la córnea, ciñan los ojos por todas partes; y las opacas, ó les pintan el fondo negro, como lo hace la retina, ó se abren delante del humor cristalino en una pequena ventanilla, como lo hace la uvea, la qual, ya dilatándose mas, ya ménos, admite ya mayor luz, ya menor, como se requiere para ver bien todos los objetos. Finalmente, estas esferas trabajadas con un magisterio tan primoroso, se han dado para que las revuelvan á seis pares de músculos, de los quales quatro son rectos, y dos obliquos, para que muevan velocissimamente los ojos á qualquier lado, y hagan que merezcan igualarse á las esferas celestiales en la celeridad aquellos orbucillos terrenos, que como vivos las adelantan sin igual en la hermosura. Y quando á un improvizo revolverse aquellas esferas, nos hacen ver tanta variedad de accidentes en el mundo grande, quanta nos hacen ver los ojos en el pequeno á una sola variacion de mirada, con que nos muestran al hombre de alegre triste, de ayrido aplicado, de atrevido pavoroso, de soberbio humilde, de distraido atento, de desdenoso amoroso?

Son

Son tantas aquellas mudanzas de rablado, que una sola vista sabe hacer en el rostro humano cada momento, que nadie las puede saber, si no sabe quántos son tambien los afectos que pueden concurrir alli para tener las partes contrarias, quando ménos se esperan.

Estos son los ojos, ó por mejor decir, este es un borrador de aquel inimitable misterio, que da tanto que estudiar á la Anatomía por un lado, y á la perspectiva por otro, al contemplar la institucion y el ingenio de tan grande obra. Mas entretanto quien se puede acordar de esto poco, sin exclamar al mismo tiempo: O Dios incomprehenible! Verdaderamente es la naturaleza un velo que os cubre, mas es un velo transparentissimo, que dexa salir por todas partes de Vos millares y mas millares de rayos, para que nos hieran el entendimiento indocil: que por eso sois incomprehenible, pero no incognoscible para nosotros los mortales, como os puede culmniar el que no piensa en Vos. No merezcan tener en la cabeza los ojos que recibieron de Vos los Artistas, si no reconocen al punto en qualquier hombre la Providencia con sólo que le miren al rostro. Ahora, qué aconeciera, si pudieran los miserables penetrar aquel abismo de maravillas, que interiormente compone nuestro cuerpo, y le hacen avergue digno de un señor tan excelso, qual es el alma racional; y mucho mas aquel abismo de maravillas, que contiene en sí la misma alma racional con sus potencias, con sus hábitos, con sus actos, con sus especies, ó finásticas, ó intelectivas que siempre adquiere? Fuera menester entonces que el estupor pasara á horror; pues con ménos no se contentaba San Agustin, ni en la contemplacion de una pequena semilla, quando considerado la amplitud de la virtud en la tenuidad de la cantidad, exclamó aturrido, que se

llo-

llenaba de grande horror: Tengo horror quando lo considero (1).

No suceda, pues, ya que la impiedad se fatigue con grande fuerza para borrar del entendimiento el conocimiento de Dios. Fatiga vana. El Asufice Omnipotente ha estampado tan profundamente su nombre, no como Fidas en el escudo de su famosa Mierva, mas en qualquiera parte de nosotros mismos, que si el hombre no se destruye con su mano propia, no puede llegar á razer de sí la memoria de su Hacedor. Mas ántes, abandonada una empresa que es tan inútil y tan dañosa, vuélvase con mejor consejo á quien le dió quanto goza, y para pagarle el debido tributo, estudie con mas facilidad y con mas fruto imprimir las divinas facciones en sus costumbres. Los árboles, aunque fixos profundamente en la tierra, siguen con la mayor parte de sus ramas al Sol por aquel lado donde experimentan los rayos mas vigorosos; y nosotros, mas insensatos que una planta, privada, si no de vida, á lo ménos de sentido, no llegaremos alguna vez á reconocer aquel Sér primitivo, que nos fué Padre, inclinándonos entretanto; aun por fuerza, hácia su Magestad con todo el peso de nosotros, que nos impelle á él por un instinto natural é incontrastable?

## CAPITULO XVII.

*Demústrase Dios debaxo del concepto de un Sér sumamente perfecto.*

Los observadores de las estrellas allí en Egipto (2) acostumbraron el principio á contemplar al Cielo desde aquellos mismos campos abiertos donde habitaban;

mas

(1) Tract. 2. in Joan. (2) Div. lib. 2. cap. 4.

mas despues perfeccionándose el arte con el tiempo, fueron poco á poco escogiendo para esas observaciones las atalayas mas sublimes, y aun fabricándolas: tanto, que el mas noble uso que tuvo aquel excelisimo Templo de Babilonia dedicado á Belo, fué servir con su eminencia á los Astronomos de aquellos dias, para considerar los movimientos de las esferas desde un ayre ménos cargado de los vapores, que alteraban demasiado con la importunidad de las refacciones, las medidas fieles, y las puntos firmes. Ahora hasta aquí, desde el llano de las criaturas habemos contemplado algo groseramente acerca de la existencia del Criador. Justo es, pues, que resignada la forma de especular, nos levantemos ahora sobre todo lo sensible, para contemplar desde allí, como desde puesto mas puro y mas proximo, no al Cielo (que nos quedará debaxo de los pies), mas al Criador del Cielo en su grande sér, que contiene en sí todos los grados de perfeccion que está dividido en qualquier grado de sér imaginable. De otra manera me pareciera que habia hecho grave injuria á la capacidad de vuestro entendimiento, si no confesara que podia imprimir en él la verdad de la Divina existencia con otras estampas que con las groseras que nos dan las oficinas de los sentidos.

## §. I.

Y en primer lugar me agrada que juzguéis de qué peso son reos los Ateístas, negando el ser al primer Sér. Anaxágoras, porque espació que el Sol no era otra cosa que una grande piedra de fuego, fué reputado de los Atenienses por digno de cruel muerte, en virtud de la qual no hubiese de mirar ya mas aquella luz que tanto iba infamando con esta sentencia. Dexo, pues, al nobis Arreopigo de todos los sabios, el establecer qué suplicio se le debe, no á quien afirma que el Sol es un gran crisolito, ó un gran carbunco, como el que Anaxágoras podía decir que en-

Parte I.

S

ten-

tendia por aquella piedra de fuego; mas quien no teme afirmar que Dios no es mas que un hombre guimérico, una fantasma, una fábula, una nada, debajo de la máscara de todos los bienes! Y sin embargo á tanto llegan los Ateístas.

Mas un poco de espacio, que aqui es donde quiero yo sacar al topo, si lo puedo conseguir, aunque le pese, debaxo de la tierra á mirar la luz, valiéndome de este dilema agudo.

Vosotros decís que no hay Dios: *No hay Dios*. Ahora bien: supuesto que no le hay, ó es posible, á lo ménos que le haya, ó no es posible? No es mucho que á la primera llegada me concedais su posibilidad, pues á algunos les diera poco disgusto el saber que Dios es posible, con tal que se asegurasen de que no es actualmente. Mas poco á poco, que respondiendo así, quedais súbitamente en la red, pues no veis dentro de vosotros que á la primera causa de todas las cosas no se le puede conceder la posibilidad, sin concederle juntamente la existencia. El Sol, los mares, los montes, el hombre y todas las demas criaturas pueden ser, aun quando de hecho no son. Mas Dios no puede. Si es posible, es juntamente en acto. Porque fingid que pueda ser, mas no sea. Luego hay alguna causa que pueda producirle: no sabiendo nuestra entendimiento ni aun aprender que parto alguno puede salir jams de los tenebrosos abismos de la nada, y salir por su virtud propia. Si sale, es menester necesariamente que haya quien le saque fuera, comunicándole aquella existencia de que qualquiera efecto, mientras es meramente posible, aun no ha llegado á tomar posesion. Esta causa, pues, en cuya virtud fuera posible que Dios del no ser actualmente, pasara al ser: esta causa, digo, fuera en sí mas perfecta que fuera el término producido con tan grande accion: pues no solo le igualara en todas las prerogativas de poder, de sabiduria, de ciencia, de bondad

dad y de otras semejantes perfecciones que le diera al producirle, mas tambien le precediera por aquella prioridad á lo ménos que llaman de naturaleza, sino por la que se llama prioridad de tiempo: y por eso esta causa misma fuera Dios ántes que el efecto producido. Continuiera en su seno el manantial de todos los seres ántes de trasladarlo al seno ageno: y así mas verdaderamente fuera la causa primera. Mirad, pues, como con ilacion necesarísima se saca, que si se da por posible el primer Ser, no puede al mismo tiempo dexarse de dar por existente.

Aquí el Ateísta endurecido no puede hacer mas que retractarse, y decir, que erró en conceder á Dios posible. Antes debia decir, que es imposible totalmente; y así acabar todos los pleitos.

Mas veis aquí al desventurado en peor enredo. Por eso, pues, me abstenré yo de arguir mas adelante contra él, para dexarle la fatiga no poco grave de probar tan hermoso asunto. Yo para mí sé, que segun el Filósofo, posible es todo aquello, que si se reduce al acto, no traerá algun inconveniente consigo. Diga, pues, qué inconveniente puede traer consigo la conveniencia misma; la pura perfeccion, la pura bondad, el puro ser en acto, que es quanto entendemos nosotros nombrando á Dios? Sin embargo, mostrara que tenia demasiado temor en esta batalla, si quisiera meramente rehusarla, como puesto en un alto collado, y no darla. Arguyo, pues, de esta manera.

## §. II.

Todas las criaturas estan situadas como entre dos extremos contrarios, entre el ser, y el no ser. Y por eso, participando tan bien todas del uno y del otro extremo, en parte son ricas, y en parte son pobres, que es lo mismo que decir, que llevan con todos sus bienes junta la imperfeccion. Ahora, os pregunto aqui: por qué son imperfectas? Porque les falta un bien

fantástico, fabuloso, imposible, que ninguno pudiera desear sin locura? No ciertamente: pues el defecto de cualquier bien falso no se debe atribuir á pobreza, mas á ventura. Luego no es imposible el bien que les falta. Mas el bien que les falta, es un bien infinito: pues se puede brevemente decir aquel bien que tienen: mas no se puede jamas acabar de decir aquel que no tienen. Luego un bien infinito no es imposible. Y tal es Dios.

Después de esto, quien puede negar que el estar exento de todo defecto es prenda no solo buena, mas excelentísima, siendo la flor de toda bondad (1)? Pues ahora, cómo habéis de decir que es imposible? Lo imposible es sumamente aborrecible, es despreciable, digno de risa. Esto es clarísimo entre todos los sabios. Quien, pues, dirá que es aborrecible, es despreciable, y es digno de risa el estar exento de todo defecto? Antes esto es el único bien que es digno de todo amor. Luego es bien posible; pues todo bien se sustenta sobre el ser. Y si es así, es posible Dios; no siendo Dios finalmente mas que un bien puro de cualquier defecto. Y verdaderamente, si una luz no es jamas contraria á otra luz, tampoco una perfeccion simplicísima y purísima será jamas contraria á otra perfeccion de semejante género. Luego podrán todas de acuerdo hacer liga unas con otras, como la hacen todos quantos diamantes hay en una joya de oro; y todas se podrán unir cómodamente en una suma naturaleza que las posea sin excepcion. Y tal es la naturaleza Divina. Considerése, pues, la necesidad de un Ateísta! Quiere que el Bien Sumo sea bien quimérico. De donde, con tal que no haya Dios, no hace caso de otra cosa. Elige que sea imposible el Sumo Bien, antes que elegirlo el Sumo Bien en un Dios posible.

## §. III.

(1) *Ant. Peres, de Dio, l. 1. c. 4. §. 5.*

## §. III.

Ea, sea así: no sea posible Dios. Reparemos un poco que inconvenientes se siguen de esto en un punto. Todos los imaginables de todo género, ó sean físicos, ó sean morales. Los físicos saltando el primer principio: los morales saltando el último fin.

Y en quanto á los físicos, si Dios no fuera posible, no fuera posible cosa alguna. Porque como no fuera posible algun calor, ni alguna claridad, sino fuera posible el calor máximo, y la claridad máxima, de cuya mayor ó menor participacion proviene que se hallen cosas cálidas, y cosas claras en tan varios grados; así no fuera posible algun ser, sino fuera posible el Ser máximo, que es el ser por si mismo (1).

En quanto á los morales, si Dios no fuera posible, mirad quanto sucediera detestable! El amar á Dios sobre todos los otros bienes; el temer su enojo; el protestarle sujecion, el hacerle suplicas, el observar los juramentos hechos en su nombre, fueran todas cosas no solamente necias, sino malas como contrarias á la recta razon. De donde no fueran virtudes; mas vicios del hombre. Por el contrario, el ser perjuro, sacrilego, profanador de templos, blasfemo, fuera, segun la recta razon, y mereciera mayor alabanza, que mereciera quien arrojara en tierra un idolo de los altares; y protestara que lo hacia porque era una estatua, y no un Dios verdadero. De suerte, que por último, las blasfemias, los sacrilegios y los perjuros ya no fueran excesos en el género humano, mas perfectísimas virtudes, que hicieran digno de todos los encomios á aquel Dioniso, Tirano de Zaragoza, que quedó tan infame para los verdaderos, por haber no solamente despreciado la Religion, mas burrutose siempre de ella (2).

De-

(1) *S. Thom. 1. 2. q. 44. art. 1. (2) Pater. Maxim. l. 1. c. 5.*

Demas de esto, la Suma Sabiduría se habría de reputar suma necesidad si Dios no fuera posible; y la suma necesidad se habría de reputar suma sabiduría. Porque todos los maestros de las cosas Divinas se hubieran alucinado en la primera de todas las verdades. Habrían atendido por las posesiones de la nada á seguir la caza perpetua de una sombra vana. Habrían dado preceptos maravillosos de creer, de confiar, de sujetarse á un mero sueño; esto es, á un ser que no tiene más ser que el disparatado de una quimera que se aparece para burlar la fantasía del que duerma. De donde toda la ciencia de los mayores maestros acerca de la Divinidad fuera locura manifiesta: y por el contrario, el creer no más de lo que se ve, el reputarse como las bestias del bosque totalmente mortal, el tener por firme que un mundo lleno de una simetría incomparable, así en sus partes especiales, como en el todo, es sin embargo una obra casual, un edificio sin Arquitecto, un ejército sin General, una barca sin gobierno, fuera, si Dios fuera imposible, la suma de todas las verdades: de donde, como decia, la mayor necesidad, fuera el mayor saber, y el mayor saber, fuera infanta necesidad.

Finalmente, si Dios fuera imposible, sucediera que el hombre estuviera privado de último fin. De donde nuestro entendimiento anduviera siempre como calamita (1) anhelando á una primera verdad, como á su polo sin esperanza de mirarle jamás á la cara. Y nuestra voluntad anduviera siempre como nave, aspirando á un sumo bien, como á su puerto, sin poder jamás llegar á acercarse á él. La naturaleza, que en todas las cosas se muestra amante de la veracidad, no hubiera hecho mas que nutrirnos con engaños; y la que mostraba que nos amaba hasta las sumas delicias, nos hubiera finalmente burlado con mas fealdad

(1) *Imax.*

dad que lo hizo aquel Pintor famosísimo que burlaba á las aves con las hermosas uvas de su lienzo pintado.

Veis aquí, pues, lo que quiere decir ser Ateísta. Quiere decir, tener por blanco el trastornar todas las máximas con que se ha gobernado perpetuamente, y se gobierna todavía el género humano. Y os parece á vosotros pequeño tan horroroso inconveniente? Mas si éste y otros semejantes sin fin, se siguen del fingirse Dios imposible; es imposibilísimo que no sea posible. Y si es posible, luego es tambien, como he dicho, de hecho; pues en todo aquello que es de necesidad absoluta y antecedente, no se distingue del ser, el poder ser.

Qué decís, pues, vosotros? Os parece hermosa gloria estar de parte de los revolvedores del Universo antes que alistarse entre los que tan acertadamente le reducen á leyes dándole Dios? Volved á atormentar al entendimiento mas que si el miserable fuera esclavo en cadenas, para que os diga que Dios se debe enviar desterrado á los países de los Hicocervos, antes que darsele al hombre por su primer principio de que dependa, y por su último fin. No lo dirá jamás. Y por eso éste, en compendio, es el proceso que habemos hasta ahora formado contra el Ateísmo. Querer por fuerza ignorar aquel Bien Sumo, que no se puede dexar de conocer. Esta es la suma de el delito: *No querer conocer á un Señor que no pueda ignorar* (2).

(2) *S. Cyp. de Idol. vanit.*

## CAPITULO XVIII.

*Inferese de quanto se ha demostrado la unidad de Dios, simplicissima en tantos atributos suyos diversos.*

Dos especies de ceguedad pueden tener los ojos: una, con que no vean lo que son las cosas: otra, con que vean lo que no son. Y veis aqui, que concurren estas dos enfermedades á ofuscar el entendimiento del hombre. Hay quien no ve el Sol de la Divinidad, y hay quien ve mas de un Sol, adorando como manantiales de luz á los que ni aun son albores, sino nubes totalmente oscuras. Por eso nosotros, que hasta ahora habemos afecado á los Ateístas la primera ceguedad de no conocer la Divinidad raynante, es menester que ahora afecemos á los Idólatras la otra, que es el reconocer muchas; principalmente juzgándose por reo de maldad no desemejante, quien se atreve á echar á su Monarca del Sulo, que quien se atreve á darle en el compañero. Y no tendremos que detenernos mucho en ilustrar tan noble verdad; pues quan ciertos estamos de que tenemos Señor en el Cielo, tan ciertos estamos de que no tenemos mas de uno: *Dios si no es unico, no es (1). Vémoslo, probando tres proposiciones: que la grandeza de Dios requiere por sí misma esta unidad; que la quíeren en su Magestad todas las criaturas: y que tambien nos la predicán todas á una voz.*

## §. I.

Discretamente nos avisó Tertuliano, que qualquiera que desea entender si se halla mas de un Dios solo, pregunte íntes, qué cosa es Dios: *Para saber que Dios debe ser uno, pregunta qué es Dios (2).* Ya vimos

(1) Tert. in Marc. l. 1. c. 23. (2) Tert. l. c.

mos arriba, como por Dios se significa aquel Sumo Bien suficiente para sí mismo, que recoge en sí qualquier bien posible, como plenitud de perfección: y esto supuesto, no se puede dudar que es solo.

Porque representaos al pensamiento este imposible, que se hallasen muchos Dioses: por qué camino se debiera distinguir uno de otro? Por el camino de alguna perfeccion diversa que hubiere en ellos, ó por el de alguna imperfeccion? Por el camino de alguna imperfeccion no es posible, porque el Bien Sumo debe estar muy exento de todo defecto. Fuera, pues, menester, que se distinguieran á fuerza de perfecciones: mas como, si el Bien Sumo no puede dexar de encerrarlas todas? Ninguno de ellos en ese caso fuera Dios; pues á cada uno le faltara aquella prenda que fuera propia y precisa de su consorte. Luego Dios no puede ser mas de uno: *Verdaderamente ninguno es Sumo Bien, sino el que es uno con fuerzas llenas (3).*

Adeuás, quién no ve que el Sér Supremo de todos los entes posibles, sin igual, sin equivalente, es seguramente una alianza la mas respetable que se halla? Luego no se le puede quitar á Dios, á quien le convienen todas la preeminencias. Una joya unica en el mundo, quánta estimacion tiene! Una flor unica! Una fruta unica! Un libro unico! Hasta los hijos quedan recomendados por esta prenda, y mas quiza que por qualquiera otra, porque los hace en su género sin igual.

Fuera de que, ó esta pluralidad fuera desagradable á cada Dios, y se siguiera, que qualquiera de ellos fuera infeliz, pues debiera entre sus contentos tragarse esta amargura por tener compañero, sin poderla jamas digerir; ó no le fuera desagradable, y se siguiera, que qualquiera de ellos fuera insensato, pues no sin-

Parte I.

T

tie-

(3) Prim.

tiera un defecto igualmente inevitable é interminable, que solo le pudiera dar confusion: tanto mas que de las injurias que sufre Dios cada día de los pecadores, puede sacar alguna gloria que las compense. Pero que gloria pudiera sacar un Dios de las pérdidas que padeciera por otro en la monarquía? No se pudieran recompensar de su género. Luego lo mismo es querer multiplicar la Divinidad, que querer anularla.

## §. II.

Esto unidad de su Hacedor desea de acuerdo todas las cosas: Qué sería del Género Humano, si tuviera por desgracia mas que un Señor? Tendríamos mas que un Príncipe que reconocer, y mas que un fin. Decidme, pues, adonde nos volveríamos entonces, ántes, y adonde despues: á qual elegiríamos servir? á qual despreciar? á qual sufrir? á qual sacrificar? Como una nave combatida de muchos vientos, igualmente valientes, no sabe á qual de ellos seguir, y qual romper; así nuestro corazón, combatido de fuerzas igualmente poderosas, no supiera á quales inclinarse: mas incierto, dudoso, fluctuante, agitado, tuviera por mejor la condicion de quien no se aparta jamas de la ribera, viviendo á vivir. Ni os serviría en tal caso portaros bien con todos, porque las voluntades de aquellos Dioses, como libres, ó estuvieran discordes entre sí, ó lo pudieran curar. Y en tal discordia, qué fuera la confusion que tuvieramos nosotros, pobres de partido igual á la necesidad? Fuera de que, aunque fuera posible el portarse bien con todos, siguiendo sus voluntades, de todos modos nuestro corazón, como no dividido en varios rinchuelos, corriera siempre mas floco; y no pudiera con todo el ímpetu del espíritu portarse, como es necesario, para amar al último fin sobre todas las cosas.

Los mismos desórdenes sucedieran en lo demás de todo el órden natural. Primeramente el Universo fue-

fuera en sí monstruoso, como fuera monstruoso todo animal que tuviera muchas cabezas. Y no pudieran esas cabezas ordenarse en una establecida República de Grandes para gobernar de acuerdo: pues bien pueden en una República semejante unirse los hombres, conviniendo en un fin común: mas muchos Dioses no se pueden unir, teniendose cada uno de ellos por fin á sí. De donde la administración de la naturaleza no se distinguiera de un caos de confusion, odioso sumamente á las cosas que ella produjo: *Los entes no quieren ser gobernados mal*, dice el Filosofo: *no es buena la multitud de los Principales: luego hay un Príncipe* (1).

Despues quien no sabe que qualquiera multitud, quanto mas se va reduciendo á la unidad, tanto tiene mas de perfecta en su género? Un ejército, quanto está mas cerrado, tanto es mas fuerte: una música, quanto es mas consonante, tanto es mas armoniosa: una conversacion, quanto es mas concorde, tanto es mas alegre: un ejercicio de remar, quanto es mas de todos los galeotes á un tiempo, tanto es mas acelerado. Mas el reducir la multitud á la unidad, mucho mas conatural es de uno que de muchos. Qué duda hay, pues, de que el gobierno del mundo está mejor en uno (2)?

## §. III.

Por último, no solo el Ser de Dios requiere esta unidad de principio, no solo la descan todas las criaturas, mas tambien todas las criaturas á una voz la descubren, y así las que se mueven por su alvedrio, como las que son movidas: y si queremos hablar en primer lugar de las segundas.

Aquella hermosura admirable que consideramos

T 2

lur-

(1) *Scit. Metaphys. lib. 12. c. 6.* S. Thom. 1. p. q. 21. art. 3. in corp.

largamente en las partes del Uniuerso, aquella disposición, aquel orden, aquel constancia perpetua en el obrar, le declaro muy altamente al corazon, que no puede tan grande obra provenir de otro, que de una Causa infinitamente perfecta. De otra manera, si estuviera estropeada en sí la madre, como pudiera dar siempre á luz tan hermosos hijos? Ahora, qué mayor estropeo se pudiera figurar en esta primera Causa, que estar constituida de un modo necio? Y de tan torpe modo estuviera constituida, si consistiera en muchos Dioses. Queréis que os lo demuestre? Es cierto que cada uno de tales Dioses, como sufficientísimos para todos los bienes para sí y para otros, hiciera á todos sus compañeros totalmente superfluos: de donde la union de muchas Divinidades que fuera (1)? No fuera una coligacion de perfecciones, mas un monton casual de partes no importantes, del qual es propio el ser inepto, desordenado, y sin designio. Quién podrá jamas creer, que si el mundo (que finalmente tiene un ser criado) subsiste sin embargo en una razon perfectísima, el ser increado que se tiene por razon y aun por necesidad solamente á sí mismo, subsiste tan lucamente en lo que es contra todas las reglas de la razon; esto es, en lo superfluo, tan aborrecido de la naturaleza misma, que por todo lo demas no hace otra cosa que rechazarlo y rebatirlo? Advertid, pues, lo que sucediera entre aquellos muchos Dioses, si de hecho se hallaran: cada uno fuera mas contentible para otro que una hormiga, porque una hormiga es inutil para Dios, pero no superflua; pues Dios puede ser útil para la hormiga, y de hecho lo es, amándola por esto tambien, como capaz de tener de su Magestad la vida, el alimento, y los placeres que le son convenientes. Mas entre aquellos

Dio-

(1) *Aut. Peren. de Deo, d. 1. c. 9.*

Dioses no así: ni uno le pudiera traer á otro algun provecho, pues todos fueran sufficientes para sí mismos; ni uno lo pudiera recibir de otro: de donde si entre ellos fuera posible algun comercio, no hicieran mas que despreciarse uno á otro, como Números de sobra. Y podéis ver mayor desorden? *Lo suficiente es tambien uno*, dice Aristóteles (1). Dad vueltas al rededor por todo el orden natural: no hallaréis, que en lo que en su género es suficiente sea mas que uno: por eso al hombre se le determinó un corazon solo, un cerebro solo; un cuello solo, porque uno basta para su fin. Y queréis que Dios sea mas de uno, que es el sufficientísimo?

Ni me opongáis, que el inconveniente ahora dicho debemos responder nosotros tambien: pues admitimos tres Personas Divinas, todas sufficientísimas para sí mismas, no habiendo alguna entre todas tres que no sea Dios, y sin embargo no admitimos alguna superfluidad entre ellas, ni alguna indigenca. La disparidad es manifiesta. Las tres Personas son tres Personas: así es, mas un solo Dios, que por eso en ellas la substancia es una sola, no estrando la suficiencia de los bienes que poseen fundada en las personalidades, mas fundada en la naturaleza, que es única en todas. No sucediera así en muchos Dioses: éstos serian cada uno de por sí Dios diverso, Dios diferente: de otra manera es cierto que ya no fueran: de donde así como cada uno de por sí fuera suficiente para formar un Dios, aunque faltasen todos los otros, así tambien á la verdad cada uno fuera para los otros superfluo, y los hiciera superfluos.

Y notad lo peor: cada uno sin embargo tuviera al mismo tiempo extrema necesidad de los otros; pues ninguno pudiera ser sin los otros, aunque no fue-

fue-

(1) *Arist. 8. Phys. text. 48.*

fuera con los otros una esencia sola. Veis aquí, pues, entre muchos Dioses esta mas monstruosa contradicción, que mutuamente fueran bienes juntamente necesarios y superfluos: superfluos, porque cada uno se bastara á sí por sí solo: necesarios, porque ninguno pudiera desear á otro, como á Dios, que estuviera de mas: de donde aconteciera este emittente despropósito, que la suma superfluidad que se puede imaginar fuera tambien la suma necesidad. Vayan lejos de nosotros tales locuras. Nosotros los Christianos entendemos lo que es Dios, y por eso estamos contentos con uno: los Idolatras no lo entendian, y por eso admitian innumerables: *Dios, si no es uno, no es.*

Mas aun los Idolatras mismos en los casos repentinos daban á ver, lo que notó Tertuliano con agudeza; esto es, que el hombre por su naturaleza es Christiano, no Idolatra. De aqui es, que no solo cogidos de un desprevénido peligro, en vez de volver los ojos, con ademanes de quien suplica, al Capitolio, pidiendo amparo, los levantaban al Cielo, como lo habemos ya observado: pero además de eso, en el mismo punto, domicilio de todos los Dioses falsos, si habian de aseverar una cosa, protestar, prometer, amenazar, decian: Dios sabe, Dios ve, Dios quiere, Dios me castigue, llamando por su Juez á un solo Dios, en la misma ocasion en que todos al realador sacrificaban á tantos. *O testimonio de alma naturalmente christiana* (1). ¡grito por eso Tertuliano con gran razon; pues todas las criaturas, tambien las libres, y no solo las que se figen por solo instinto tienen en sí viva esta grande verdad, que notaron juntamente Lactancio (2), Anastasio, Arnobio (3), Cypriano, que la Causa primera es una

50-

(1) Tert. in Apol. cap. 11. (2) Lact. lib. 2. cap. 1. *Arrianus, contra Idolol.* (3) Arnob. lib. 5. *Cypri. de Idolol. vanit.*

sola. Y no es maravilla: como es perfectissima en el obrar, así es menester que sea tambien perfectissima en el ser, que es la norma del obrar; y si es perfectissima, luego es una, porque es como le está mejor el ser.

Verdad es, que quando se dice que Dios es uno, no habéis de imaginar que es uno del modo que es uno el Sol en la realidad, y que se juzga una Fenix por fábula, porque el Sol de hecho es único; mas sin embargo le pudiera multiplicar el Criador en tantos quantas son las estrellas, haciéndole el corazon de otros tantos Universos, que se le diesen para que los vivificase. Del mismo modo, quando fuera única la Fenix, se pudiera presto ver multiplicada no menos que todas las otras aves; porque ni el Sol ni la Fenix tienen la unidad por esencia, como la tiene Dios (1), que no puede ser mas que el uno que es, tanto, que quererle multiplicar es lo mismo que quererle destruir: *La multitud de Números es nulidad de Números* (2). Queda, pues, firme que Dios, no solamente es único, mas es el mismo uno, como lo conocio Témejista: *El mismo uno, y en esta su propia, pura y misma unidad, como en un mismo sin suelo, contiene en acto todas las perfecciones posibles.* Mas porque nosotros, á manera de abstractos, tanto batimos las alas por el ayre, quanto ponemos al mismo tiempo los pies sobre la tierra, esto es, tanto conocemos de las cosas divinas, quanto nos las representan las imágenes tomadas de los objetos corpóreos, por eso nos figuramos lo infinito al modo de las cosas finitas, y sin advertirla venimos á retratar al Sol con un tizon. De aqui nace la distincion que hacemos en esta simplicissima esencia de un número grande de atributos, de propiedades y de excelencias que la acompañan, aunque

10-

(1) S. Thom. 1. p. 2. art. 4. (2) *Arrianus, de Idolol.*

todos los atributos, todas las propiedades y todas las excelencias no son mas que un solo bien, que los contiene á todos por eminencia. Llamamos al mar ya Océano, ya Mayor, ya Mediterráneo, ya Adriático, ya Icario, ya Ionio, ya Caspio, ya Boreal, ya Báltico, ya Báltico, ya Pacífico, ya Gético, ya Helatio, ya Bermejo; y sin embargo es toda una agua; así con alguna proporcion podemos decir que nombramos á Dios ya justo, ya misericordioso, ya ayrado, ya aplicado, ya adverso, ya propicio, ya operante, ya quieto, aunque la idea que debemos formar es de un Sumo Sér indivisible, en el qual á la vezdad no se distingue una perfeccion de otra; mas aquella esencia misma que es justicia, aquella es misericordia; aquella que es poder, aquella es sabiduría; aquella que es providencia, aquella es santidad; aquella que es inmensidad para ocupar todos los espacios posibles, aquella es eternidad para encerrar todas las duraciones. Y la razon de tanta simplicidad es de la misma suerte, porque qualquier compuesto tiene su causa (1); no pudiendose partes diversas amar en un todo, principalmente no casual, mas sabio, sin causa que las une, que entienda la conveniencia que tienen aquellas partes entre sí para hacer liga unas con otras. Mas á Dios no se le puede señalar causa de alguna forma, siendo su Magestad la Causa primera; luego tampoco en Dios se puede hablar composicion. Su Magestad es por sí luego posee tambien un sér simplicísimo, que contiene todos los grados de perfeccion, mas de perfeccion no mezclada de imperfeccion, como la luz, que tiene en sí qualquier grado posible de color, sin el opaco.

Y siendo esto así, no nos debemos tampoco maravillar de que sobre la tierra no podamos jamas co-

(1) S. Thom. contra Gent. lib. 2. cap. 18. n. 3.

nocer á Dios dignamente, ó á lo ménos adecuadamente. Para conocer á Dios de este modo fuera menester conocer al bien en sí; mas esto nunca fué posible, donde todos los bienes que se miran estan limitados dentro de alguna especie de bien, y no son todo el bien: *Es buena la casa, buenos los animales, bueno el ayre...* decía el grande Agustino. *Es bueno esto, y es bueno aquello: quita esto, y quita aquello, y ve al mismo bien, si puedes: de esa manera verás á Dios, no bueno con otro bien, mas el bien de todos los bienes (1).*

## CAPITULO XIX.

*Demuéstrase que en Dios hay providencia de las obras humanas.*

**E**l que hay Dios en el mundo es una verdad tan sonora, que penetra las orejas de la misma obstinacion; que son las mas cerradas. Quantas criaturas, tantas voces, las que ya cada una de por sí, ya todas en un coro lleno nos hacen manifesto á aquel Maestro eminente, que desde el principio dio las leyes de tan agradable armonia, y que cada instante las está conservando con su brazo. *De todas partes resuenan todas las cosas, que Vos sois su Criador,* dice Agustino. (2). Raros, pues, son aquellos áspides, que pueden maliciosamente hacerse sordos por sí mismos á tantas voces, de suerte, que sin oír los reclamos, altísimos y continuadísimos que tienen al rededor, pronuncian en la sala de su corazón con el voto secreto de todas las pasiones rebeldes aquella sentencia, que habemos declarado ya tantas veces por detestable: *No hay Dios.* Aquellos mismos que á su elegante entendimiento le dan por guia mas ciega su voto.

Part. I. V Jun-

(1) De Trinit. lib. 1. cap. 3. (2) Aug. in Psalms. 24. (3) 207. 13.

luntad, parece que nunca pueden llegar mas adelante en la maldad, que quando llegan á negarle á su Dios; no el ser, sino la Providencia; imitando á aquellos malcontentos, que para dar mejor color á sus rumbos, protestan á boca llena, que no empuñan las armas contra su Príncipe retirado en su retrete, sino contra el mal gobierno: *Qué sabe Dios?* dicen. *Estrá metido dentro de las nubes, y no considera lo que sucede dentro de nosotros* (1).

Aquí, pues, se hacen mas fuertes los Ateístas. Consienteale á Dios el que se esté ocioso dentro de su Palacio Real; pero le niegan el pensamiento de las cosas humanas: de suerte, que quando tenga gana de gobernar, quieren que le baste el gobierno natural del mundo (qual fuera puntualmente para un Príncipe el gobierno de sus jardines ó de sus galerías), para que el civil quede todo en la mano de la fortuna. Y no le faltan á esta injustísima división sus colores: el no tener ya la virtud entre los hombres estimacion alguna mas que la de su raridad quando mucho, el tener todo el séquito universal el vicio, y el distribuirse sin embargo tan á ciegas las penas y los premios, que parece ultrage, y no obsequio, juzgar que es Dios su Distribuidor. De aquí pasando del gobierno al Gobernador: si suponemos (prosiguen aun hablando) á Dios enamorado tan altamente de sí mismo, para qué se ha de fingir despues que le agrada, ó ensuciarle el entendimiento con el pensamiento de nuestras baxísimas operaciones, ó enturbiarse la felicidad con el cuidado de los que las excitan? *Es materia de risa el que tenga cuidado de las cosas humanas; esto es, que es Suma, sea lo que fuere. Por ventura creáramos ó adoráramos, que no se mancha con tan tristes y tantos ministerios* (2)? Qué Monarca se dignó jamas de apl-

(1) Job. 22. (2) Plin. lib. 3. cap. 7.

carse á lo que sucede en las cabanas de los pastores, y aun hasta lo que se trata en las madrigueras de los topos, ó en los conventuculos de los tábanos? Y nosotros, que respecto de Dios somos tanto menos que aquellos miserables animalillos, en comparacion de un Alexandro, seremos ó tan estóldos, ó tan soberbios, que nos figuremos á este gran Numen solícito á qualquiera hora de nuestros hechos? Tanto mas, que si reside en su Magestad el manantial mismo de todos los bienes, nada le añaden nuestros obsequios, nada le disminuyen nuestras transgresiones. De donde, para qué reputar, que desea nuestras virtudes, y disgusta de nuestros vicios? El Sol no se altera, ni por las nieblas de los montes, ni por el despejo de sus mios: mas prosigue con qualquier tiempo su carrera tranquilísimamente sobre sus cumbres.

Veis aquí la última retirada de los Ateístas. Es necesario, pues echarlos por fuerza aun de este recinto, hasta arrebatarnos de la mano aquella bandera en que, como aquel impio capitán, llevan escrito un hermoso mote debaxo de una abominable explicacion: *El Cielo para el Señor del Cielo: mas la tierra la dió á los hijos de los hombres.* Quedese el Cielo para el Señor del Cielo, con tal que nos dexé en nuestro abedro la tierra.

Ahora para comenzar por las oposiciones que asaltan al Gobernador: si como entró los antiguos Fenicios hubo quien llegó á tal estupidez, que adoro por Dios hasta una piedra quadrada; así, si hubiera al presente quien llegara á lo mismo, se le pudiera perdonar la grande locura de creer que su Dios no cuidaba de los hechos humanos (1). Mas siendo Dios un Ser tan perfecto, que no se puede imaginar otro mas laudable, ó mas cabal, cómo se le puede negar la providencia, prenda tan necesaria, sin destruirle? Ve-

V 2

(1) Arab. contra gentes, l. 5.

moso claramente, discurrendo, como es costumbre, por aquellos tres Divinos atributos, á que se reducen todos los otros de sumo poder, de sumo saber, y de suma bondad: pues todos tres se los quita de repente á Dios, quica le quita á su Magestad la providencia (1).

## §. I.

Y por lo que pertenece al poder, lo que mas se considera en los Monarcas es la jurisdiccion; esto es, la fuerza de dar leyes á los pueblos, galardonando á quien las observa entre ellos mas atentamente, y castigando á quien las quebranta. Ahora, cómo se ha de negar este poder al Monarca Máximo, que es el del Cielo, de cuyos decretos toman al fin todo su vigor, todas las leyes que se promulgan en la tierra? El fingir que este Señor soberano no tiene providencia mas que del mantenimiento de la naturaleza, es hacerle, quando mas, Mayordomo en el grande palacio del Universo; mas no es hacerle Príncipe, á quien propriamente pertenece el mandar á los Grandes de su Reyno. Y de hecho experimentamos dentro de nosotros mismos, que su Magestad es verdaderamente Legislador. Porque de quien otro son voces los remordimientos de la conciencia que sentimos despues de qualquiera accion mal hecha, mas que de un intimo lugar-Teniente de Dios que comienza el juicio; demostrándole al reo, que le ha cogido en el delito; de donde se sigue, que aun quando todas las leyes humanas perdonan al delinquente, no le perdona su corazon proprio, haciendole notorio que se escriben luego al instante en el Cielo las culpas que comete en la tierra.

Quán indigno, pues, es de la Divina naturaleza aquel concepto que forman de ella los impios quando dicen, que cayeta de su grado, si se ocupara en gobernar las criaturas, en atender á sus necesidades,

(1) *Hug. de Sanct. Piet. l. 1. de Sacram. p. 3. c. 19.*

en escuchar sus deseos, ó en examinar sus procedimientos? Pues si no cayó de su grado quando las sacó de la nada, cómo caera quando las gobierna? Si es injuria, reglas, podemos decir con S. Ambrosio, *uncho mas injuria fue hacerlas* (1). Si Dios agravia á su Magestad, dandonos leyes á sus hechuras, y haciendo que las observemos, cómo no la agravia mas dandonos el ser? Pero si el no tener necesidad de otra cosa, no le aparta á aquel Supremo Arquitecto de producir tantas obras, grandes y pequeñas de todo género, y de emplear una arte suma en cada una por minima que sea, cómo podrá apartarle de pensar en ella, despues que la mira producida?

El no tener en sí falta de bien alguno, solo hace que Dios no pueda obrar con intencion de proveerse á sí juntamente, como lo hacen los agentes imperfectos, que de él favorecer á otros, sacan siempre tambien para sí mismos algun fruto de perfeccion: mas no hace que absolutamente no obre en provecho ageno: así en el orden natural, al qual se reducen todos los efectos necesarios, como en el moral, al qual se reducen todos los libros.

Ni el hombre, aunque distante infinitamente de la Divina grandeza, es por eso indigno de ser objeto especial de su providencia, pues en su grado tiene capacidad de conocer á Dios, de agradecerle, de amarlo, de tener con su Magestad comercio de suplicas, de obediencia, de obsequios, de adoraciones, como lo conoció Aristoteles, el qual por esto no tuvo temor de decir, que si los Dioses tenían providencia, la habian de tener mas que de todas las demas cosas del hombre, como de quien mas se avicina á serle semejante (2).

Añádido, que Dios criándonos, no nos crió como acaso, mas nos crió por un fin altísimo, qual puntual-

(1) *Aubr. l. 1. Offic. c. 26. (2) Philic. 1. 20. c. 5. num. 12.*

tualmente fué el de habilitarnos para la suma felicidad, de que somos capaces, que es agradarle, glorificarle y gozarle. Decidme, pues, qué fuera, que Dios nos criara á todos para un fin, y para un fin de tan grande importancia, y despues nos dexara, para dexarlo así, abandonados, como impotente, para proseguir la grande obra comenzada? Si nos dió el fin, debe tambien darnos los medios para conseguirle, quales son las leyes que ha prescrito, las amonestaciones, las ayudas, y todo lo que pertenece á vivir con honestidad. Y tal es la providencia de que hablamos: es la razon de ordenar las cosas al debido fin con medios acomodados: *La providencia es una arte que ordena las cosas á sus fines por los medios convenientes* (1). el ordenar estos medios, se intitula proveer: y lo uno y lo otro se le ha de conceder á Dios, sino se le quiere hacer una altísima injuria á su poder infinito. Y aun, sino se le quiere hacer mas á su sabiduria, de la qual es mas propio el un cuidado y el otro.

## §. II.

Me quereis, por ventura, negar que Dios conoce bien todas las cosas? Mas cómo puede dexarlas de conocer, si las tiene siempre á todas delante de los ojos? El Rey de Persia, residiendo en la Ciudad de Susa, para saber quanto sucedia en su Imperio, tenia dispuestas frequentes centinelas por todos los caminos, que con las llamas de noche, y con las humadas de dia, diesen señal de los sucesos de mayor importancia desde sus torres (2). No creais por eso, que Dios está necesitado á hacer otro tanto, para saber al punto todo lo que sucede en nuestro mundo. No, no: no ha menester mensageros veloces, que vengan á referirselo en postas. Basta que fije los ojos en si mismo.

Allí,

(1) *Boet. l. 4. de Consol. prop. 9. (2) Auct. l. de Mundo, c. 7. apud Arias.*

Allí, como en un tersísimo espejo, mira qualquier suceso: de donde, como no puede dexar un solo momento de conocerse á sí mismo, si no puede dexar un solo momento de conocer tambien á todas las otras cosas. Y si las conoce, por qué quereis que no las enderece todas, como antes os dacia, al debido fin? Bien puede un sabio Principe, por motivos que no penetra el vulgo, abstenerse de poner en el mar una armada; pero no puede, si la pone, dexarla á la discrecion de los vientos, sin timones, sin entenas, sin áncoras, sin pilotos, sin marinera, con intencion de que vayan fluctuando por acá y por allá con incierta carrera, hasta que perezca, ó quedándose en los baxos, ó rompiéndose en los escollos. Esto fuera un obrar como necio, indigno del entendimiento de un hombre, quanto mas del de un Dios.

Ni la vileza propia de las cosas criadas refunde alguna de sus imperfecciones en el entendimiento Divino, contemplándoles segun el ser perfectísimo que tienen dentro de su virtud increada, por la qual, quan baxas son en sí, tan nobles son en él, que con arte sublime las distinguió segun sus varios grados: *Lo que fué hecho, era en Dios vida*. Por eso es digno de quedar sepultado en la boca de estos iníquos, como en un hediondo sepulcro, aquel dicho, que Dios no cuida de las acciones humanas, porque las acciones humanas son miserias delante de su grandeza: no considerando los desdichados que á nosotros el conocimiento de las cosas menores tal vez nos daña, porque no nos dexa lugar para el conocimiento de las cosas mayores. Mas esto qué le ha de hacer á Dios, que con una vista simple lo mira todo? En lo demas no fué gloria suma de Salomon el haber baxado de los cedros del Libano á disputar hasta del hisopo mas vil que brota de las paredes?

Quién dirá ya, que conocer el mal es mancharse? Mancharse es el amarlo. Y si el mal no es al fin otra co-

cosa que privacion de bien, como las tinieblas son privacion de luz; bástele á Dios conocerse á sí, para conocer lo que es aquel mal que se le opondrá, como nos basta á nosotros conocer la luz, para saber lo que son las tinieblas.

Ni es ménos digna de quedar allí sepultada la otra no ménos loca proposición, que la numerosidad de los negocios humanos le puede á Dios turbar la quietud con el embarazo, con el triste y multiplicado ministerio. Estos, dice San Agustín, quieren copiar á Dios por sí mismos. *Pensándose á sí mismos como por su Magistad* (1). Y como para tocar lo hondo de su mente basta una sonda de un hoyo, tan corta es, así se figuran, que también basta para tocar lo profundo de la de Dios, que es aquel altísimo mar que no tiene suelo. Y si no tiene suelo, cómo puede estar sujeto á revolución? De Giro refiere Plinio (2), (quan buen estimador de las excelencias humanas, tan mal exagerador de las Divinas) que en su numerosísimo campo conoció á cada soldado de rostro, y por su nombre. Y sin embargo, esta tan grande amplitud de memoria, como era para aquel Capitan una grande alabanza, así no se le minoraba cosa de su quietud. Pues qué juicio habemos de formar de la sabiduría Divina que no tiene límite? Quedará sobrepujada de un número de cosas, que si á nosotros nos parece un ejército desmedido, para ella es ménos que una sola decina, que un pobre esquadroncito? *A nosotros nos parecemos muchos*, decla Minucio, *mas para Dios somos pocos* (3). Comparad, si os agrada, la nada con el todo, esto es: comparad un entendimiento criado y encareclado entre los órganos corporales, inútiles para obrar sin fantasmas, como era el de Giro, con un entendimiento increado é incircunscripto que obra por sí: despues sabedme decla, si se le acor-

(1) De Civit. Dei, l. 21, c. 8. (2) Plin. l. 7, c. 24. (3) In octav.

moda aquel triste ministerio, con que definen éstos la Providencia, disfrazando las blasfemias en obsequio; pues socolor de formar un Dios de perfecta felicidad, se fingen un Dios de corto entendimiento. Tanto mas, que al tiempo que contempla los desórdenes de las cosas humanas, y los aborrece, al mismo contempla la hermosura de las divinas, y las goza, chupando de aquella vena inagotable de contento, sin divertimiento, infinito gozo. De suerte, que aquel desden que tienen los Grandes entre nosotros de pensar en las cosas ligeras, y de hablar de ellas: *No hace caso el Gobernador de las cosas mínimas*, no es alabanza suya, si bien se mira: es soberbia, es tedio, es temor de no poder atender á todo sin cansarse. De otra manera qué duda hay de que se lo atribuyeran á gloria, como es gloria del mar el admitir á todos los rios mayores y menores, sin comoverse?

Y admirad luego la necesidad. Ann quando en el entendimiento Divino se pudiera fingir esta incapacidad, que no es posible; de tantos cuidados á un tiempo, para qué querer antes quitarle el cuidado de las cosas mayores, señalándole el de las menores, que quitarle el cuidado de las menores, señalándole el de las mayores? Y sin embargo lo hacen así estos ímpios, que quieren separar de la Providencia Divina mas que otra cosa las acciones humanas; que son las mas eminentes. Todas las leyes excusan de encargarse de la tutela de los hijos agenos al padre, que tiene cinco propios (4); porque siendo el cuidado de los propios parios el fin de un padre sabio, debe prevalecer este cuidado á todo otro cuidado no componible. Ahora, es certísima, que el gobierno moral de los hombres es el fin del natural; pues vemos que los efectos de la naturaleza se dirigen todos

Parte I.

X

(4) L. sup. c. Qui non habere.

á beneficio del hombre. Y por eso quando la Providencia Divina no fuese para tanto, que pudiese ordenar sablamente los negocios de la felicidad humana, si al mismo tiempo pensara en otra cosa, debiera descuidar de los negocios de la naturaleza por atender á los de la virtud, dexando correr algun defecto en los medios menos importantes, por conservar firme el fin, por cuya gracia se amaron aquellos medios.

Es, pues, intolerable la estolidez de quien confiesa, que la naturaleza gasta en sus obras menudas una incomparable sagacidad: *La naturaleza en ninguna parte está mas toda, que en las cosas menores* (1), como otra vez se ha ponderado; y después niega una atención aun mediata de la misma naturaleza á las acciones buenas ó malas de los mortales, como si éstas no fueran siempre el fin á que miran las otras. Y el juzgar esto de otra manera es tachar á Dios de inadvertido ó de menecato, y poner en el regimiento del mundo un Gobernador, que aun no estuviera bien por padre de familia en una tienda de trato. *Qué cosa mas absurda*, dice San Agustín, *que cosa mas insulsa se puede oír, que el que está varía de la disposición y del gobierno de la Providencia toda aquella parte del mundo, cuyas entidades grandes y pequeñas se que se forman con tanta arte* (2)? Y por eso de la sabiduría que muestra Dios en la disposición de las cosas naturales pertenecientes á los brutos mas viles, debe inferirse la que usa en la disposición de las morales pertenecientes á los hombres, y persuadirse, que si quiere tan hermosa una concilia, mucho mas hermoso ha de querer el corazón de cualquiera de nosotros. Quien quiere hermoso el convite de sus bodas, hermosas las salas, hermosas las estancias, hermosos los tapices, herm

(1) *Fin. lib. 22. cap. 2. (2) Lib. 5. de Gen. ad lit. cap. 22.*

osos los escritorios, hermosos los vestidos, querria sin duda mucho mas hermosa la esposa, que es el fin de todo lo demas.

## §. III.

Y esta misma consideracion nos hace ver tambien el agravio que le hacen á la Divina Bondad estos temerarios, que la venden privada de Providencia. Porque lo que es lo óptimo en el universo, es el bien del orden; así como es lo que mas contiene de las perfecciones divinas, y mas los notifica: de donde es menester que este bien sea tambien mas amado de la Divina Bondad, y sea siempre mas pretendido que qualquier otro. Bien puede Dios, sin disminuir su Bondad, dexar de comunicar á las criaturas su propia felicidad, reteniéndola toda dentro de sí mismo; mas en suposicion de que resulte derramarla en otros, no puede dexar de querer en estas benévolas comunicaciones lo que es su fin: esto es, mostrar el orden que hay entre la criatura y la Divina Bondad, como entre los rios y la fuente; y por eso no puede dexar de exercitar con todas aquellas á quien se comunica su Providencia increíble, no solo porque es Poderoso, ni solo porque es Sabio, mas porque es Bueno, que es lo mismo que decir Difundidor de sí mismo.

Y por otra razon semejante no puede dexar de proveer con cuidado aun mas singular á las substancias racionales, que como libres se acercan mas al fin que pretende su Magestad, que es su pluralificacion: de donde la Providencia Divina les debe regir con tal cuidado, que en su comparacion el cuidado que pone acerca de los efectos naturales, tenga cara de negligencia: *Por ventura tirar Dios cuidado de los bueyes?* dixo el Apostól (1). No, por

(1) 1. Cor. 9. 9.

que Dios no vele tambien sobre las necesidades de los animales; mas porque á vista de la atencion que pone sobre el Género Humano, puede decirse que descuida, si no del lado del acto de proveer, que de cierto es único en todos, á lo menos del lado de los bienes que suministra con este acto.

Mas quién puede dudarlo? No vemos cuánto amor muestra cada causa á su efecto? *La naturaleza encomienda á la tygre sus cachorritos, y ablanda con el afecto materno á aquella fiera horrible* (1), dixo San Ambrosio. Ahora, como habia Dios de querer ser Padre sin amor, no habiendo querido su Magestad que sin amor sea madre ni aun la mas cruel de todas las fieras silvestres? Por otro lado, el amor es al punto causa de la Providencia: y todos lo echamos de ver ahora en el amor mismo profano, que quanto deslumbra los ojos para conocer justamente los defectos de la persona amada, tanto los afila para ver las necesidades en que se halla, y para proveerlas, sin hacer cuenta de que es love lo que le pertenece. Por eso Dios, que no solamente no nos ha producido á ciegos (como engendran los padres á sus propios hijos sin conocerlos), mas nos ha producido según la idea de su entendimiento divino, conociéndonos perfectísimamente antes de hacernos, cómo podrá, despues de habernos ya formado, olvidarse de nosotros, dexándonos en manos de la casualidad? Son tachada de poco amor las madres, que despues de haber dado á luz á sus partos, los entregan á una ama, privándolos de la ventaja de su propio leche, habiéndolos dado la sangre, como desdichándose de ser madres enteras: *Que género de madre es éste, contra la naturaleza imperfecto y mediano, haber parido, y haber al punto arrojado de sí los hijos* (2)? Y sin embargo estas madres buscan á

(1) *Exid. lib. 6. cap. 4.* (2) *Plater. apud Gell. lib. 12. cap. 7.*

lo ménos entre las amas la mas oportuna, para que las substituya. Ahora: Dios, mas tierno inexplicablemente para todos nosotros, que todas quantas madres ha habido para sus hijos, no solo nos dexará de asistir inmediatamente despues que nos hizo, mas nos encargará al cuidado de una casualidad necia, caprichuda, insolente; esto es, de una ama la mas inepta de quantas se pueden hallar, para que nos críe? Principalmente que los padres pudieran alegar alguna excusa de su descuido, fundada, ó en las pocas fuerzas que poseen, ó en la menor capacidad. Mas como pudiera semejantemente excusarse Dios, pues su poder infinito no le permite que se cause de hacernos bien, y su infinita sibiuria no le permite que ignore de qué bien tenemos mas necesidad? Toda la falta estuviere en la Bondad.

Mas si algunos quisieren neclamente atribuirle á Dios, no á vituperio, mas á valor este descuido desaplazado de los propios partos, no obstante eso, el amor que se debe á sí mismo, como á tan gran bien, le obligará á tener providencia de las acciones humanas, si no por respeto nuestro, por respeto suyo. De qué alabanza juzgáramos alguno al corazón divino, si no apreciara la virtud, y aborreciera el vicio? Esa Divinidad no fuera de reputacion ni aun para un señor de un cortijo en orden á sus criados. Juzga si le puede convenir á la mejor de todas las Naturalezas posibles, qual es Dios. Por otro lado, si aprecia la virtud, si aborrece el vicio, como podríamos persuadirnos á que no se ha de dar por bien servido de las acciones honestas, y por ofendido de las malas? *El que no se ofende con el hecho que quiere que no se haga, es mentecático* (1): especialmente que todo esto sucede delante de sus mismos ojos, sin que los pueda jamas cerrar un solo momento.

(1) *Textul. contra Marc. lib. 1. cap. 29.*

mento, ó torcerlos á otra parte. No fuera, pues, como un Dios de barro el que no se diera por entendido, ni de lo que cede en su honor, ni de lo que en su afrenta; y el que teniendo en su mano penas y premios, patibulos y principados, procediera en el repartimiento de todo sin algun cuidado, no distinguiendo ni los buenos de los malos, ni los bien acostumbrados de los turbulentos? Un Dios de esta calidad fuera sin duda mas condetable que qualquier Juez iniquo; pues llegará á aprobar en sí mismo aquellas injusticias, que totalmente prohibe con el universal consentimiento de todos los pueblos, y vituperó con su universal condenacion.

Luego es manifesto, que no se le puede negar á Dios la Providencia, sin herirle altamente en su brazo, en su entendimiento, en su corazon; esto es, en el poder, en la sabiduria, y en la bondad. Seremos, pues, ingratisimos nosotros, si en vez de adorar, llenos de confianza y de alabar sus disposiciones, las caluniamos cada momento. En este caso no es la Providencia la que nos falta á nosotros; nosotros somos los que le faltamos á la Providencia. El Sol está presente al ciego, y sin embargo el ciego no está presente al Sol: *El ciego en el Sol tiene presente al Sol; mas él está ausente para el Sol* (1).

## CAPITULO XX.

*Respóndese á los argumentos por qué se mueven los Ateístas á negar la Providencia.*

Ligera fatiga es plantar un fuerte, en comparacion de la que se requiere para defenderle valerosamente. No es, pues, dificultoso establecer la Providencia, especialmente supuesto aquel sólido fundamento, que la

(1) *S. Aug. in Evang. Joan. tract. 31.*

la naturaleza con mano no errante nos preparó en el pecho de qualquiera, quando nos arrojó esta máxima general, que no solamente se debe reconocer una Divinidad, Fabricadora del universo; mas que tambien se debe invocar con ruegos continuos, pacificar con sacrificios, aplacar con rendimientos, ganar con votos de corazon sincero, como la que unicamente tiene en su dominio la rueda de la variedad de nuestros sucesos, y la que sola la revuelve. Lo que requiere mas vigor es defender esta verdad de los asaltos de los contrarios. Y quién son éstos? Son aquellos impíos, que como delinquentes se holgarán mucho de que no hubiera un Juez invisible, que condenase cada instante, y castigase á su tiempo aun sus mas secretas maldades. Mas dexémoslos venir, y venir guarnecidos de sus armas mas fuertes. Pero ¿qué podrán hacer? Es fortísima la roca que acometen: los argumentos totalmente pueriles de que se valen los atrevidos para asaltarla, los habemos ya rechazado bastantemente en el capítulo antecedente: de donde el detenernos mas largamente en ellos, fuera no contentarse con derribar de la mano de un Indio la caña con que combate, si no se pierde tiempo en hacerla pedazos delante de sus ojos. Mejor consejo, pues, será el despojarlos de otras armas mas fuertes, á lo menos en la apariencia; esto es, de las que tal vez si no han puesto en huida, han hecho por lo menos vacilar algun poco el corazon en el pecho hasta los sabios; y son aquellas dos oposiciones, que son las que luego se hacen en la residencia de qualquier gobierno; esto es, la licencia que se les da á las costumbres, y la distribucion no justa, así de los premios, como de las penas, que aquí se guarda. Hagámonos la primera, pasando del Gobernador, á quien habemos defendido, á su forma de gobernar.

Mas antes de llegar al exámen, concédaseme desahogar un justo dolor, que he reprimido hasta aho-

ta por fuerza en el ánimo, contra estos censores altivos que se arrojan á dar sentencias de quien? Del Juez universal. Y de quíndo acá tienen los hombres seso para ajustarle hasta las balanzas públicas en sus manos á Dios, para medir aquellos pesos con que ignora los méritos y los deméritos de cada uno, y para hacer experiencia de si la una salva, y la otra está ajustada? Hombres tan miserables, que no entienden aún cómo se hace un mosquito menudo, que trompetea tan recio, y sentencian sobre la Sabiduría Divina en el repartimiento que hace de la fortuna próspera y de la adversa: hormiguillas, que vuelan á su costa, pues aunque proveídas de alas portizas, imaginan volar tan arriba, que escupan en la cara al Sol para apagarlo: cabezas desvanecidas, que si se hubieran de arrojar en algún profundo (como se tiene por fábula de Aristóteles) donde no han sabido pescar alguna vez, halláran el cupo en qualquiera charco; y sin embargo presumen sondear aquel Oceano profundo de sabiduría y de santidad, que se llama investigable, y hallar que corregir, que alterar, que añadir á aquellas máximas, que la Providencia formó desde la eternidad para gobernarnos. Ea, id primero á fabricaros otro mundo tambien vosotros: llamadle de la nada con tal voz, que desde allá os responda: formadle sin ayuda, fíxadle sin apoyos, movédele siempre al rededor sin fatiga; y después venid á disputar con aquel Señor, en cuya compenacion os tenéis por mas doctos: Hablando Gorgias, Orador celebre, propuesto con grande eloquencia los modos de sosegar el pueblo de Atenas amotinado, fué burlado de todos por esto solo, porque hubo quien desvuera de él se puso en pie, y dixo: Mira, si es bueno para meter paz en tan gran Ciudad quien, no teniendo en casa mas que dos mugeres, su criada y su muger, no sabe hacer que no ande siempre una con otra á la greña. Mas por ven-

tu-

tura no se puede decir lo mismo de estos arrogantes? No siben en su casa qué es ley, y quieren dársela al Universo, y dársela tambien á un Dios, que tiene derecho á ser tenido por justísimo, aun quando llega á hacer lo que á los hombres les parece mas injusto? No se ha de dudar que es justo, aun quando hace lo que á los hombres les parece injusto (1). Pero no confundimos tan á la larga á estos frenéticos, que nos olvidemos de curarlos, si el confundirlos no es buena parte de su cura.

Lo primero, pues, que se le oponia á la Providencia Divina era la permisíon de tantos excesos, como se ven cada dia, como que inclinándose el Sumo Bien á regir los negocios del Universo, no se le deba dexar algun lugar al mal: no de otra suerte que si el Sol baxara á la tierra, no le dexara lugar alguno al hielo. Razon de alguna apariencia para quien, como con los ojos, así con el entendimiento, no ve mas en las cosas que la superficie: y no pasa á entender, que si el Sol habiendo baxado á la tierra, no dexara algun hielo, hiciera un desdichado provecho; pues así la pusiera toda de repente á fuego, y á llama.

Debeis, pues, advertir, que de diverso modo ha de proceder el Proveedor particular en todos los órdenes de los individuos, que el universal. El Proveedor particular ha de excluir, lo mas que pueda, qualquier defecto de cada uno de aquellos que se encomendaron á su cuidado. El Proveedor universal ha de permitir algun defecto en las partes, por no impedir la perfeccion del todo (2). De donde es, que los defectos que axarcan en las cosas naturales, como son la esterilidad, las estropeaduras, los abortos, las enfermedades: las muertes, se dice, que sucede contra la intencion de la naturaleza particular de aque-

Parte I. Y llas  
(1) S. Aug. l. cent. cent. 20000 (3) S. Thom. 1. p. q. 20. art. 2. ad 2.

llas cosas, donde suceden no contra la intencion de la universal. Antes ésta efectivamente los quiere posibles, en quanto el daño de uno es provecho de otro. La muerte de los ciervos es refecion de los leones; y la flaqueza de los campos es riqueza de los laborantes. Decidme, pues, qué pretendéis? Qué impida todas las culpas? Si así es: luego queréis que obre solamente como Proveedor particular de los hombres, pero no como universal. Y no echais de ver, que si obligara á Dios su bondad, no solo á prohibir todas las culpas, como lo hace, no solo á castigarlas, mas tambien á impedir las eficazmente, no fuera posible culpa alguna? Y sino fuera posible culpa alguna, cómo pudieramos conseguir la felicidad, á lo ménos como mérito, como paga, como corona de generoso triunfo, que es lo que ha de hacer, quanto mas gloriosa para qualquiera, tanto tambien mas acepta? Podia Dios, si criarnos, darnos á todos sin detencion el Paraiso, quien no lo sabe? Mas no ha querido. Ha querido que nosotros le ganemos con la victoria de los appetitos resvalizados: porque teniendo la Bienaventuranza eterna, respecto de nosotros, razon de último fin, era conveniente que fuese premio de la virtud (1).

Es verdad que Dios siempre ha de obrar como quien es; esto es, como agente sumamente perfecto. Mas el agente sumamente perfecto ha de hacer optima el todo, no ha de hacer optima cada parte del todo, á lo ménos absolutamente, mas solo, en quanto trae la proporcion que ha de tener con lo demás de la obra. De donde es, que aquel pintor, que desdeñadas las sombras, quisiera usar de solos claros, de solo bermellon, no sacaria su lienzo optimo, sino pessimo. Basta que se sepa valer de las sombras en provecho de los colores, cuya luz con nada sobre-

(1) S. Thom. 1. p. 4. 62. art. 4. in cor.

sale mas que con la obscuridad: En la pintura nada le da mas viveza á la luz, que la sombra (1). De esta manera puntualmente se vale Dios de las culpas. Se vale con atenciones de infinita santidad, levantando fabricas mas seguras sobre las ruinas mas altas, que habia permitido, y formando antidotos mas saludables del veneno mas pestilente. Y para defender en esto mas á lo particular: dos razones da bien saca siempre Dios del mal, de que hablamos: la una la mira á su Magestad, y es su mayor gloria: la otra nos mira á nosotros, y es nuestra mayor ganancia.

Y lo primero de la permission de los excesos de los impios saca la gloria maravillosa de tolerarlos. No fue alabanza grande para Don Felipe II., Rey de España, aquella tolerancia que tuvo, sin turbacion, del desculdo de un Secretario, que en vez de echarle polvos, como lo habia mandado, á una Carta muy larga que habia escrito su Magestad de su mano al Sumo Pontífice, vertió sobre ella el tintero? Pareció en tonces, que así como la gloria mas singular de la agua que está sobre los Cieles, es no inquietarse, á semejanza de la que corre sobre la tierra, así tambien fué no ligera gloria para aquel Monarca el ser tan superior á los sucesos siniestros, que no se turbase, como lo hacen las mentes vulgares. Y sin embargo, este suceso siniestro fué casual. Quil, pues, será la honra que se le debe á aquella mente Divina, que traspassando á sus ojos tantos perversos cada momento, sus prohibiciones, los sufre sin alterar un punto su profunda tranquilidad por el atrevimiento que muestran; y sabe juntar un odio sumo en ver las maldades de los malos, con una suma benignidad en tolerarlos? Qué dixere en tolerarlos? Debía antes decir, en vencerlos, hasta por fuerza de cortesias: pues á manera del Sol, en lugar de volver

Y 2

(1) Plin. l. 1. ep. 13.

á enviar sobre la tierra todos los vapores, mudados en rayos, los vuelve á enviar convertidos en lluvias, unas de refrigerio, y otras de recreacion: *El deudor agradecido hace mas gustosa la liberalidad; pero el ingrato mas ingrato* (1). Asi consigue que los impios, no raras veces, confundos con tan grande bondad, se muevan á estimarla despues mucho mas. Y si obstinados al fin, le obligan á detener la lluvia que les envia; y á descargar los rayos, os parece poca gloria de nuestro Dios, que queden con su brazo aterrados estos gigantes que locamente creen, que pueden desde la tierra hacer guerra al Cielo? Estos, y otros mil resplandores de las Divinas perfecciones, pertenecientes, unos á la misericordia, y otros á la justicia, hace Dios campear en el fondo obscurisimo de las culpas, que permite, como aderezador de ellas, no como autor: *No es (Dios) Autor, mas Ordenador de nuestros vicios* (2). Proporcionadas son tambien las ventajas, que las culpas mismas nos ministran á nosotros; como enseñándonos á saber chupar miel hasta de los ajenjos.

De las caidas aprende el hombre á no fiarse de sí mismo, á recurrir con súplicas mas fervorosas por ayuda al Señor, á deprimirse, á despreñarse, á no insultar el que se ve compañero en las ruinas, á estimar mas la fuerza de aquel Dios, que le da poder para volverse á levantar (3); en una palabra, á vivir tan recitado para lo por venir, que como no hay caballo mas veloz para la carrera, que el que una vez fué mordido del lobo; así no haya tal vez quien corra mas velozmente á adquirir las virtudes, que aquel que fué una vez alcanzado del vicio, y se escapó por grande ventura de sus dientes crueles casi despedazado.

Ni vale oponer, que el gobierno entre los hombres

(1) *Plin. in Panegir.* (2) *S. Aug. serm. 100. de civit.* (3) *S. Aug. de Civit. Dei, l. 14. c. 13.*

lres tanto se juzga mas laudable, quanto el gobernador permite ménos licencia á los subditos, y los refrena mas. Porque intervienen dos diferencias notables entre el régimen de los hombres, y el régimen de Dios. La primera es, la misma que se ha notado hasta ahora; esto es, que Dios sabe hacer de qualquier mal una destilacion tal, que exprime mayor bien: quando los hombres, porque no tienen tanta actividad, ni tanta arte, es menester, que para regir sabiamente impidan con todo su poder los males, de que su alquimia no sabe sacar algun metal sublime en útil de la humana felicidad. Y por eso la potestad humana se diferencia tambien en los medios que aplica para impedir las culpas. Para impedir, pongo por exemplo, una rifa, manda el Principe, que dos competidores tengan sus casas por cárcel. Mas Dios para quitar el homicidio, no quita siempre la comodidad de cometerlo actualmente, y siempre dexa la libertad de quererlo. Mas qué? Con los avisos de la conciencia que tiene entretanto prontos, y con las ayudas de la gracia estimula á la misma libertad á caminar por el camino derecho (pero de suerte, que camine de su bella gracia), y procura atraer á sí nuestra voluntad mas suavemente, que sabe el ámbur atraer la paja; esto es, no con manifiesta fuerza, mas con secretos atractivos, sollicitándola á salir del lodo en que está caída, no violentándola para que salga.

La segunda disparidad entre el gobierno Divino de la providencia, y el humano de la política es, que el fin principal de la política es la felicidad temporal de la república; mas el fin principal de la providencia es la felicidad eterna; esto, es la felicidad que se nos reserva en el Paraíso. Por eso hace bien la política en apartar á los malos de las impedidas con medios aun violentos; pues estos medios son necesi-

rios para la consecucion de la paz, que pretende, quien gobierna en la tierra, donde continuamente se ve, que como á las campañas les daña mas un excesivo sereno, que todos los torbellinos y todas las tempestades; así le daña mas al publico la demasiada condescendencia de los que mandan, que el demasiado rigor. Mas Dios, que tiene un fin sin comparacion mas excelso en el gobierno de los hombres, ha de dexarles la facultad entera de su alvedrio: no solamente, porque habiendosela concedido una vez, no es conveniente que despues se la quite; mas mucho mas, porque se puedan aplicar á la virtud por su propio gusto, y así merecer por medio de los actos libres y laudables aquella felicidad sempiterna que, como he dicho, no quiera darnos por don, mas por premio.

Por eso, esta misma permission de tan numerosos desórdenes en nuestro mundo moral, no es un ciego abandono de los negocios humanos á la suerte, mas es una arte de saber, delicadísima, semejante á la de un experto piloto, que sabe navegar al puerto entre los vientos, aun contrarios, siguiendolos, pero de tal manera, que sin embargo le sirvan para su viage, con gloria mucho mayor, que la que conseguiera si los tuviera conformes.

Finalmente, si Dios, como notamos al principio, ha de mirar sobre todas las cosas con su providencia generalísima la perfeccion del todo, que es tanto mas digna que la perfeccion de las partes, que hay mas que buscar? Luego es menester, que admita igualmente justos y pecadores sobre la tierra, como admita racionales y brutos, espirituales y materiales, simples y mixtos, sensitivos y faltos de sentido. Esta es la suma perfeccion del orden: *Al prudente Gobernador le pertenece el despreciar algun defecto de bondad en la parte, para aumentar la bondad en el todo.*

do (1). Si faltara la crueldad de los perseguidores, no hubiera la fortaleza de los mártires. Si no hubiera culpas, no hubiera penitencia que las llorara. Si no hubiera culpados, no hubiera justicia que los castigara. Discorrid de la misma manera de las demas virtudes insigues, las cuales como las abejas, tienen por su origen la podredumbre, y sin embargo son las artifices de una labor tan noble, como es la miel.

Quién, pues, no ve la estolidez de aquel impróvido zelo, que quisiera que la pena correspondiera al punto al delito, como corresponde, al instante, el eco al sonido? Qué prisa es ésta? No sabemos quantas veces padres muy malos han dado al mundo hijos muy buenos, y no solo muy buenos, mas óptimos, que despues le han traído increíble utilidad al Género Humano? Tal hijo fué un Abraham, tal un Job, tal un Josias, tal un Ezequias, y tales otros muchos sin número, dentro y fuera de las Escrituras Divinas. Qué maravilla es, pues, que en gracia de ellos haya tolerado Dios algun tiempo á sus padres, aunque pesimos? Qualquiera alaba al prudente hortelano, que no quiere cortar la esparaguera, ántes que de ella haya brotado el espárrago. Y quien de nosotros no hubiera mucho tiempo ha quebrado, si cada uno hubiera de haber pagado, sin dilacion, su deuda á la Divina Justicia, tomada en ira? Apenas se encontrara hombre vivo en la tierra. Y si por la tolerancia, que nos ha mostrado, nos juzgemos con razon obligados á Dios, por qué querramos aun acusarle, de lo que le debemos dar agradecimientos? Por ventura quisieramos que fuera piadoso para nosotros, y riguroso para los demas? Tan puntualmente en la perversidad de los soberbios. Querer que la justicia destruya todas las casas ajenas, y que á las suyas no se les llegue ni aun al umbral.

Ea,

(1) S. Thom. contra Gent. l. 3. c. 74. *Ad omnia genera sunt iusti.*

Ea, dexemos el empleo, tan impiamente usurpado, de censores de la Divinidad, y de censores que se quieren postar como legisladores: *Censores de la Divinidad, que dicen: Dios no debió hacerlo de esta manera; y mas debió hacerlo de otra* (1); y vueltos á nuestro seso, concluyamos antes, qué Dios con atto de providencia infinita tolera pacientemente hasta las locuras, y las malas costumbres de los ímpios; lo primero, para dar mas gloria á su nombre (como eminente jugador de algebrez, que se dexa de propósito coger las piezas para ganar, no obstante eso, con mayor confusion del competidor poco inteligente de la arte); y lo segundo, para bien de los mismos ímpios, que desea mudar en justos, mucho mas resplandecientes de suerte, que se convierta en precioso cristal, lo que era vil barro. Pero si tolera á los malos, los tolera para bien de los buenos, cuya virtud se perfecciona con lo aspero de aquellas limas que dexa en el mundo, y se ilustra al careo de aquellas sombras.

Entre tanto, si Dios no castiga la maldad de presente, no hace por eso, que se vaya sin castigo á su tiempo debido. Y aun de presente la castiga sin excepcion; pues no hay pecador quien no prive al instante de los bienes eternos de su gracia santificante, de las virtudes íntimas, de los dones, y de las ayudas mayores que le hubiera concedido, sino le hubiera visto convertido en rebelde. Es verdad, que estas pérdidas, porque no se perciben por los sentidos, los complacecen poco á los infelices, enseñados á no llorar las ruinas que, quando caen, no hacen ruido. Mas, ó quanto los miserables llorarán su tiempo, si abusando de la Divina longanimidad, continuaren hasta el último espíritu en irritarse! Aquella avenida, que se detuvo largo tiempo sin inundar sobre

(1) Test. contra Marc. l. 2. c. 2.

bre sus indóciles cabezas, sobrevendrá toda junta con mas furor.

## CAPITULO XXI.

*Respóndese á las acusaciones que se le hacen á la providencia por la desigual distribución de los bienes, principalmente, de las que se dan á los ímpios.*

Los ojos, que salen afuera, no por eso son hábiles para ver mas que los otros; sino solo para ser mas que los otros ofendidos del humo (1). De qué, pues, les aprovecha á los entendimientos presumidos el salir tanto de los términos para mirar, lo que no se les concede á las vistas mortales? El fruto de su atrevimiento será quedar nublados con la obscuridad de aquellos Divinos consejos que, si se contuvieran en humildad, les fueran de admiracion, pero no de escándalo. Debiera, pues, cualquiera de ellos decir ántes con Salviano á este proposito: *Hombre soy: no lo entiendo: no me atrevo á investigar los secretos de Dios* (2). Y sin embargo, quanto mas vacios de seso, tanto mas quejosos: donde no llegan á investigar con el entendimiento débil, llegan á insultar con la lengua blasfema. Pregunto yo entretanto: Puede el gobierno de este mundo andar mejor que anda, ó no puede andar mejor? Si no puede andar mejor, de qué se quejan los Ateístas? Si puede andar mejor: luego hay quien pueda hacer que ande mejor, y tal es la misma Providencia que niegan; y si lo es, basta esto. No es mentecatería de jumento juzgar posible, que dopo de hacer en algun tiempo lo que ha hecho? *Por ventura se ha de tener tanta insensatez, que el hombre vea que se debió hacer algo mejor.*

Parte 1. Z. Jor.

(1) *Actin. Probl. sect. 31. n. 6. (2) De gubern. lib. 3.*

for, y no juzgue que Dios lo xid (1)? O quanto mas les aprovechará á muchos hombres temerarios el acusarse á sí de ignorantes, que el acusar á Dios de injusto! Pero porque no crean que esto se dice para huir la dificultad, prosigan desahogándose.

Lo que á los Acérrimos les causa mayor trabajo en este gobierno no se puede juzgar verdaderamente que son los desordenes de las culpas, pues ellos puntualmente son los que las acrecientan mas que todos los otros: es la distribucion de los bienes. Quisieran que ésta estuviera en su mano; de suerte, que la Providencia, como menor, debiera tener por tutor á su seso al hacerla: mas esto no puede jamas suceder. Por eso como no tienen fuerzas para sujetarse la Providencia, se vuelven á acusarla, esparciendo con expresa sublevacion entre el vulgo crédulo, que administra muy mal las rentas de nuestro mundo; pues quan pródiga es en dárlos á los ímpios, tan avara es en concederlos á los justos. Y es imposible, dicen, que haya Providencia, si al fin como la calamita (2) entre tantos metales nobles no se desata para levantar á otro de la tierra que al hierro vil, así gusta por la mayor parte de ensalzar á quien ménos lo merece?

*En un túmulo de mármol*

*Yace Lícino, en un pobre*

*Caton, Pompeyo en ninguno:*

*Quien ha de juzgar que hay Dios (3)?*

Y si tal vez remunera también á los que lo merecen, presto se ve que obró por capricho, no por consejo; pues apenas les concede un don, quando se lo quita; y mas inconstante que el mismo mar en sus fluxos

Y

(1) S. Aug. lib. 1. cap. 24. contra advers. legis. (2) Ídem. (3) Es Párrone.

y refluxos, no guarda ley, dexando al mejor tiempo secas aquellas mismas playas, que en aquel mismo punto habia tomado por su cuenta embriagar con copiosas olas. Y nosotros queremos creer, que es mas que alguna ciega potestad casual la que administra tan mal las suertes humanas, sin distinguir en las remuneraciones benéficas las obras virtuosas de las viciosas, de modo que, ó no haya cosa que dé al mérito, ó no haya cosa que arrepentida no le quite? Intitúlese Providencia quanto quisiere: no es Providencia, es fortuna.

### §. I.

Si allí son los sueños mas extraños donde estan los humores mas desconcertados, no es maravilla que los Ateístas desvarien de semejante forma. Mas compadecemos de ellos, y probemos, si podemos conseguir con una cortés purga, que se muden sus sueños en doctrinas.

Haced, pues, cuenta que el gobierno de la Providencia es semejante á una tela de tapiz: *Una tela que urdió sobre todas las Naciones* (1). Para labrarla es menester que unos hilos vayan derechos, y formen la urdimbre, otros atravesados, y formen el lleno; unos esten teñidos con la sangre de la púrpura, otros con el jugo de la gualda; unos se arrojen en el fondo para formar las orillas de la obra, otros se coloquen en lo mas vistoso para formar el campo. Así es menester lo primero, que algunos entre los hombres sean ricos, otros pobres; unos superiores, otros súbditos; unos nobles, otros plebeyos: de otra manera la obra no sólo no tuviera belleza alguna, mas ni aun pudiera quedar cumplida.

No tuviera belleza, porque no tuviera la debida variedad; y á lo mas fuera una tela tosca, no un

Z 2

tz

1) Isai. 45. 7.

tiz ingenioso. La limitacion de las criaturas es aquel pobrísimo fondo, sobre que Dios borda lo mas hermoso que tienen sus labores; esto es, la diversidad de las cosas y la desigualdad; porque no pudiendo alguna criatura contener en sí como limitada todas las perfecciones, que Dios quiere mostrar obrando, es necesario que su Magestad las reparta en muchas naturalezas entre sí varias, y no raras veces tambien opuestas, para que contengan todas juntas aquello, que cada una de por sí no podía recoger, supuesta la cortadad del vaso. Así porque una simple cuerda no es capaz de mostrar en el laúd toda la armonía que sabe darle la mano música, se añaden muchas, una mas delgada, otra mas gruesa, una mas tirada, otra mas floxa, que tocadas despues con diversidad por el arte, hacen aquella consonancia hermosa que nos encanta los oídos.

Dixó despues, que sin esta desigualdad de alto y de baxo, de abundancia y de necesidad, no podía tampoco subsistir, ni quedar cumplido el gobierno del Género Humano. Porque fingid que salgan desterrados de una Ciudad todos los pobres y todos los plábeos: qué enemigo le causó jamas tanta destruccion en un punto, quanto le causó este destierro? Y si respecto de los que salen fuera destierro, respecto de los que quedan sin ellos fuera muerte. Quien cultivará en aquel medio tiempo la tierra? Quién la fiere como á usura aquella semilla, que multiplica despues con tantos aumentos, les mantiene la vida á los humbras de todos los estados? Qué fuera de las artes, así liberales, como mecánicas, que todas, ó nacieron de la necesidad, ó se criaron con la esperanza? No veis que la abundancia y la falta son aquellos dos brazos, que enlazan amigablemente al Género Humano con perpetua correspondencia, y que mantienen en él la vida civil? La necesidad de la educacion en la infancia á los hijos con los pa-

dres,

dres, y la necesidad del sustento en la vejez á los padres con los hijos: el pobre tiene necesidad de la mano del rico para que le levante; el rico tiene necesidad de los brazos del pobre para que le sirvan: la necesidad de gobierno sujeta los pueblos al Soberano, y la necesidad de asistencia sujeta al Soberano mismo á sus pueblos: de suerte que para decirlo con brevedad, podemos concluir con las doctas palabras de San Agustín, que la necesidad, reciproca, es la madre de todas las acciones humanas (1).

Por eso lo que nos falta para el mantenimiento mas abundante de nosotros mismos, no es materia de acusacion de la Providencia, sino materia de admiracion, principalmente que Dios, en la distribucion de los bienes terrenos, se ha portado como un prudente padre, que habiendole de dexar al hijo mayor el mayorazgo, para el decoro y para la conservación de la familia, le obliga en el testamento á alimentar á sus hermanos menores; y desde que le hace poseedor de toda la hacienda, le precisa á partir los frutos entre aquellos, que murieron comun con él, como la sangre ilustre y el nacimiento, así el amor paterno y el cuidado. La arte casi única de la Agricultura consiste singularmente en secar los terrenos muy húmedos, y en humedecer los muy secos. Y esto es lo que requiere la Providencia, que quita abunda de riquezas de parte de ellos á aquel que se halla farto; mas la avaricia, como es una sed, no de la naturaleza, mas de la enfermedad, así no se apaga jamas: de donde se persuade á que crecen en ella las necesidades, con la proporcion que crecen en ella los deseos encandidos; y esto hace que los pobres estén muy quejidos, como no socorridos bastantemente; y que los ricos sean muy tenaces, como no llenos totalmente, pervertiendo el orden de la

(1) Agustín, in Psalm. 51.

designios divinos por puro vicio. Mas entretanto nos parecerá justo refundir en la Providencia nuestros defectos, y convertir en vituperio del Legislador aquellas transgresiones mismas, que veda con sus leyes?

## §. II.

Verdad es, diréis, que son necesarios los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los Soberanos y los súbditos; y que sin esta variedad, ni tuviere el mundo su hermosura presente, ni su vida; mas esta respuesta no desata el nudo, le salta. Por qué razon no ha colocado Dios la abundancia en el mano de los buenos, y no ha privado de ella totalmente á los malos? Por qué el vicio navega siempre con viento en popa, y la virtud no puede tender jamás las velas, tantas son las borrascas que la asaltan? No es este un juego, que á nuestra costa hace Dios sobre los sucesos mortales, en vez de gobernarlos?

Ah temeridad de los que mirando el rostro de la Providencia en las olas de las inconstancias humanas, le tienen por monstruoso! Lo primero digaseme, dónde se lee, que siempre han sido deprimidos los buenos, y siempre ensalzados los malos? Toma en la mano las historias el que pretende averiguar esta horrenda columna que se levanta á la verdad: y porque los aspectos de las lumbreras mayores son mas fáciles de observar, mire quan raras veces ha sucedido, que los Príncipes mas señalados en la piedad no hayan sido tambien los mas señalados en la prosperidad del gobierno, y que los mas malos no hayan sido semejantemente los mas millaventurados. Quando Roma, despues de haber quitado á los pueblos extranjeros la libertad, no dudó de quitársela tambien á sí misma, hubo de tolerar una larga hilerá de Césares de tan estragadas costumbres, que mas verdaderamente se podían llamar bestias

rias coronadas, que Césares. Ahora, quien no sabe quan pocos fueron de tan gran número los que acabaron tranquilamente sus dias? Antes todos, ó casi todos cayeron como victimas por mano de los súbditos irritados, ó de los soldados rebeldes. Lo qual les puede dar testimonio clarísimo aun á los Privados, de quan falso es, que la impiedad es comunmente feliz, y la piedad miserable.

Dixe comunmente, porque tambien este es un rasgo delicado de la Providencia, ni siempre acompaña la pena con la culpa sobre la tierra, ni siempre dividirla. Si Dios castigara á todos los culpados en vida, nosotros pasaríamos facilmente á juzgar, que su justicia no rentá otro tribunal mas formidable para vengar las injurias que le hacemos, ni otros tormentos mas feroces que éstos: de donde llegaria á hacerse despreciable en el acto mismo de quererse hacer estimada. Por otro lado: si Dios jamas pagara de contado los desenframientos de los hombres con el exemplo de algun castigo visible, podieran los hombres sospechar, que no distinguia en su amor la virtud del vicio, mas los trataba con igualdad. Por eso es menester mezclar un modo con otro para igualar las provisiones á la necesidad. Tanto mas que este tenor mismo de gobierno, que reserva lo mas del premio y de la pena para aquel tiempo que no tiene fin, sirve maravillosamente para hacernos pisar los bienes caducos, como lo merecen. Pertenecía á la Providencia el enseñar á los hombres la virtud, que es el único camino por donde se llega á la verdadera Bienaventuranza. Ahora, el mayor estorbo para quien va por este camino son los envites, que á cada paso le hacen los bienes de la tierra para detenerle. Pues con qué medio se podia mostrar mas claramente la vanidad de tan falsos bienes, que con comunicárselos tambien á los ímpios? Podia caer en el pensamiento que este era el pan preparado para los

hijos, viéndole echar á todo pusto á los perros? Era muy natural inferir, que lo que concede Dios aun á los blasfemadores de su gran Nombre, á los perjuros, á los sacrilegos, no era la paga que ha destinado para galardonar los obsequios de los queridos. Estos años atras, habiendose introducido en Witemberg una moda nueva, desagradable á su Príncipe, qué hizo? La dió para que la usase al verdugo; y con este hecho le quitó luego todo el séquito. Una arte semejantísima de gobierno tiene la Providencia Divina: para quitarnos la afición á los bienes caducos de la tierra, los inflama, guarnaciendo con ellos aun á los malos: *De ningún modo puede Dios desheredar mas las cosas que se descan, que concediéndoselas á los torpísimos, y quitándoselas á los optimos* (1), dixo muy sabiamente Séneca.

Añadid, que los malos mismos tienen en sus costumbres frecuentísimamente algo que sea laudable, no hallándose con facilidad acá arriba maldad del todo pura, como la hay allá abixo entre los diablos y entre los condenados. La vívora no es venenosa en todas sus partes; ántes acompaña tanto sanativo con el tósigo, que puede tener un homadísimo puesto en la composición de los medicamentos. Aquel rico, á quien vosotros quisierais luego en lo hondo porque roba la hacienda ajena, por ventura suministrara corras á mas de un necesitado su patrimonio: aquel lascivo sabe perdonar á la fama del próximo, si no sabe perdonar á la castidad; aquel hablador sabe abstenerse de las blasfemias en la ira, si no se sabe refrenar de las murmuraciones; alguno hizo tración al amigo, mas juramente fué fidelísimo á su consorte; como puntualmente se refiere, que los Romanos, entre tantos hurtos violentos como hicieron, amaron la fortaleza; los Godos la honestidad; los Vándalos la

Re-

(1) *Sente. de Præsent. cap. 5.*

Religion, los Hunos el rigor, los Turcos la obediencia á sus Soberanos. Y así haecé cuenta que si es difícil hallar enfermo tan desesperado, que entre sus muchas malas señales de muerte no mezcle alguna buena de vida, no es ménos dificultoso el encontrar un iniquo tan discreto. Ahora, ¿Dios le perrenece el no dexar sin premio accion alguna, que de algun modo sea recta; y por eso como es superficial la virtud de éstos, así tambien se galardona con una felicidad que no tiene fondo, como es la de esta vida; y con esto viene la Providencia á manifestar mas quanto se complace de la virtud, pues la ama hasta pintada.

Finalmente fingid á un impio tan penetrado de la maldad, que no dé lugar á la virtud ni aun aparente, no es necesario que por eso dexé de espertamentar los efectos de la Divina Clemencia con alguna prosperidad temporal. A un ladron condenado al patibulo no se consiente cada dia que se le dé algun alimento, ántes de enviarle á la muerte? Pues como habemos de extrañar el que practique esta costumbre la Clemencia Divina, de muerte que á aquel rey, que está ya destinado para irder sin fin en una hoguera eterna, se le conceda por el espacio de pocos dias antecedidas algun alivio? La ahora, y envidia á aquellos reprobos porque lo gozan. No es esta mayor necesidad, que envillar la cara del jornalero? Aquel pez que discurre tan alegre por las ondas, tiene el anzuelo tan metido ya en las entrañas, que no es menester una sino que el pescador tire á él de golpe la caña para sacarle. Y en este estado puede aquel pez merecer el hermoso título de feliz?

Tanto mas que los impios con sus pasiones, con las envidias, con las enemistades, con las adivescas se infelicionan aquel mismo poco bien que les concede Dios; á imitación de aquellas bestias, que no saben *convivir* en paz entre sí la comida que se les da.

mas regañan los dientes, y se hieren unas á otros con desesperacion. Pero aun peor lo hacen los malos, pues vuelven su perversidad contra sí mismos, y hacen pedrezos su corazón: de donde ves que tanto les falta el bien que tienen, como el que no poseen. El línce nunca engorda, porque mientras apacienta en un prado tiene los ojos en otro, y se desbace por el ansia de meter todo quanto hay en su vientre solo.

Mas qualquiera que en los sucesos humanos teme que se le turbe la cabeza, haga como quien pasa un turbio torrente, y no quiere caer: no fixe los ojos en el agua que se viene despeñando de la montaña, fíxelos en la ribera estable que le guarda de la otra parte: no mire lo que corre con el tiempo, mire lo que dura por toda la eternidad; y con esta medida derecha, no con el palmo de una felicidad transitoria, que es tan menguado, mida los bienes, que son comunes á los impias, y los males, que son comunes á los justos. Y esta es la segunda oposicion que hacen los hombres de poco seso á la Providencia, queriéndola medir arrevidos las manos, para dar á creer que tiene una mas larga que otra, como las tenía Artaxerxes: pero reservo el discorrir de esta oposicion de por sí para el capítulo siguiente, por disminuir el tedio.

## CAPITULO XXVII.

*Respóndese á las acusaciones que se le hacen á la Providencia, porque atribula á los buenos.*

Los navegantes, mientras están en la tempestad afligidos y agitados, no están hábiles para observar la arte de aquel Piloto, que entre tantos torbellinos dirige la nave con admiracion. Qué maravilla, pues, que suceda en nuestro caso lo mismo? No conocemos la

Pro.

Providencia ateníssima de aquel Dios, que nos rige entre tantos males, porque los males nos sobresaltan. Mas por eso habemos de negar nosotros la Providencia, porque no la conocemos? Si no la conocemos nosotros, la han sabido conocer infinitos, mucho mas prácticos que nosotros en aquella carta de navegar, que ha de saltarse sola en un mar tan profundo. Y si ninguno la hubiere acabado jamas de conocer bien, qué aprovecha? Hermosa cosa un verdad fusta, que los navegantes quisieran saber de ella tanto como el Elioto. Venga acá, pues, aquel temerario que dixo:

*Alormentando á los buenos  
Tantos sucesos infuastos,  
A negar todos los Dñeses  
Me veo sollicitado.*

Qué es esto que no entiende? Por qué son atribulados los buenos? por qué pobres? por qué perseguidos? por qué humillados? Las causas son las mismas con proporcion porque son afortunados los malos.

Mas antes de repetir la pregunta: dónde estan estos buenos tan perfectos, que no tengan mezclada con el oro de la virtud alguna escoria? En nuestras minas jamas se encuentra metal tan escogido. Por mas benignamente que qualquiera nube sea mirado del Sol, no llega á acabarse jamas toda el cerco, imitando, acaba en arco: y por mas que el alma sea favorecida de Dios, no llega jamas á copiar en sí todas las divinas ficciones perfectamente. Toda salud tiene alguna destemplanza, toda serenidad tiene algun nublado, toda hermosura tiene algun lunar, que la haga menos amada. Y esta falta es la que mira Dios en la adversidad, queriendo destruir sabiamente con este fuego aquel hoén.

Mas quando hubiera buenos tan excelentes, esta misma adversidad, como dixe, es necesaria en ellos

A2 2

P2

para piedra de toque de su virtud. No se conoce el soldado valiente entre las sombras de los pabellones, ni la espada en su yzma, ni el escudo en sus bandes, si la saeta en lo blando de sus alfileras; es menester llegar á la prueba: ésta es la que hace discernir lo bueno de lo malo. Tal vez nos persuadimos á que somos buenos, porque todos los malos nos dexan estar en paz; y sin embargo mientras despues no toleramos, á la primera experiencia de pocos que sobrevienen, damos á conocer de qué temple habia sido en aquel mismo tiempo nuestra virtud, que reputábamos por tan fina. Ahora, porque el conocimiento de las propias enfermedades es un ingrediente, que se requiere con necesidad indispensable para el medicamento que nos ha de sanar, por eso ordena Dios que los males hagan experiencia de nosotros, y así nos den á conocer lo que somos, poniéndonos éstos en las tinieblas de la infamia, de la pobreza, de las persecuciones, de las enfermedades, como los lapidarios ponen al carbunco en lo obscuro de una piedra, para que se vea al resplandor que allí despide, si es verdadero ó falso.

Ni solo sirve la tribulacion de prueba para manifestarnos lo que somos, mas tambien de medio para que lleguemos á ser lo que no somos; mas humildes, mas fuertes, mas fervorosos, mas verdaderamente conformes con la voluntad Divina. Que virtud tan afeminada fuera la de los justos, si siempre se viera despojada con el placer? Fuera una virtud epifórica, en que jamas se distinguiera el amor de lo honroso del amor de lo delectable; y como hoja de esparto templada en aceite, no haria unas heñideras de mona. Luego le pertenecia á la Providencia el exercitar duramente á sus siervos, para darles ciudad con que engrandecerse una estable y eterna felicidad, que no fuese mero don, sino premio; y por eso diez doblados sus frutos de honra junta con go-

zo. Entretanto Dios nos asiste invisiblemente con sus ayudas poderosísimas en el principio, en el medio, y en el fin de nuestras calamidades: ni solamente á manera de atento Médico, tiene la mano en el pulso del enfermo mientras le saca la sangre, para saber cuánto puede sufrir, sino además de eso le infunde brío: y por eso, si no queremos vilmente ceder el campo, es siempre nuestra la victoria. Y esto redundará tambien en gloria del mismo Dios, á quien ya finalmente enderezado todo; pues se hallan tantos, que solamente por agradarle combaten valerosamente, y tienen en todos los sucesos, ó prosperos ó adversos, fijos los ojos en su Magestad solo, como una hacha, que de qualquier modo que se vuelva, ó de arriba, ó de abaxo, mira siempre de una misma manera la esfera divina.

Veis aquí, pues, como entre los mil giros de las mudanzas humanas, ninguna hay que no tenga por centro una infinita Sabiduría. Mas nosotros, desprovistos de luz para registrar intimamente estos misterios, no queremos ni aun dar tiempo para que la Divina Providencia á vista de todo el mundo descaja su triple acobardo por todas partes; mas queremos dar sentencia, mientras todavia está revuelto en órden á la que falta por labrar, y mientras en órden á la que se va labrando delante de nuestros ojos, solo podemos mirarle al reves. Solo le podemos mirar, en órden á la que se labra, al reves, porque ordenamos lo eterno á lo temporal; y deseando que el Cielo sirva á la tierra, hacemos del fin medios, y de los medios fin: lo qual jamas puede Dios querer: de donde no es maravilla que sus juicios sean tan diversos de los nuestros. Y no le podemos ver en órden á la que falta por labrar, sino envuelto, porque al presente no conocemos nada de lo por venir, siendo tanto: *Veó todo, y alabó todo*, escribió prudentemente San Agustín. No te des prisa

á juzgar sobre lo que ahora miras: aguarda á que acabado lo restante de la obra, puedas con una ojeada conocer toda la correspondencia, toda la disposicion, todo el diseño, y todo el repartimiento de tantos hilos, quantos son los que unidos concurren á esta admirabilísima tela, y entonces juzgarás: entretanto donde no llegas á entender, te basta el creer. De tantos vicios quantos son los que andan por debajo de tierra, no sabemos los caminos; y sin embargo sabemos que van al mar. Así de los ocultos juicios de la Providencia no sabemos, es verdad, los pasos; mas sabemos que todos finalmente se terminan en gloria de la Divina Sabiduría, de donde han salido: *Los vici misera in lugar de donde salen* (1).

Al fin, pues, de los siglos, quando Dios venga en forma de Juez á decurar el fluido de esta tan gran tragedia, veremos con claridad aquel orden y aquel orden, que ahora se nos oculta. Veremos que nuestras culpas le podiam traer alabanza al Señor, y no vituperio; pues quanto mas desordenadas eran las maldades, tanto mejor era Dios, que las prohibia; y que quando los hombres eran tan impios, que usaban mal de los bienes, su Magestad era tan bueno, que usaba por el contrario bien de los males. Veremos quin momentáneamente fue aquella perturbacion de las cosas, con que el vicio prevaleció contra la inocencia; despues de la qual se seguirá una calma perpetua, y los culpados, como espigas vacías, que levantadas de su propia vanidad tienen la cabeza sobre las otras, serán arrojadas al fuego á vista de los inocentes, que como grano escogido serán colocados en el Cielo. Veremos que las tribulaciones venian todas con ley; y que aunque fuesen mas tempestuosas que un mar ayrado, no pasaban por eso jamas un punto los confines prescriptos por Dios á sus obras.

Ve-

(1) *Eccl. i. v.*

Veremos, que aunque por estos males se acusaba tal vez la Providencia, no por eso debía desistir de su modo de gobernar, como no debe desistir el músico de tirar la cuerda á su justo tono, por temor de que no sufriendolo se haga pedazos. Estas y otras mil verdades mas estupidas y mas señaladas veremos entonces con mas claridad, si por la impaciencia de aguardar á verlas no llegáremos á hacerlos indignos. Fue llevada al Senado de Atenas una causa tan dificultosa de definir, que los Jueces convinieron en darles á las partes esta respuesta: volved por la sentencia de aqui á cien años. Tambien nosotros, quando nuestros pensamientos nos muevan fiero lid sobre los males que Dios permite, y los bienes que distribuye, démosle esta respuesta, que solamente es la prudente: volved, un al cabo de un siglo, mas al cabo de todos los que fixó Dios para el descubrimiento de la verdad, y se os dará cabal razon, y razon tan clara, que no os quedará ni ánimo para cavilar.

Por ahora sépase, que todo el error de los hombres en este punto es no querer distinguir el término del camino. A la Providencia le toca el hacer que en el término, donde se está eternamente, todos los buenos tengan bien, y los malos tengan mal. Mas en el camino no así: en el camino han de ser las mudanzas comunes á todos por esto mismo, porque todos estamos en el camino. Quiere que el camino no se distinga del término, quien quiere que alguno aqui sea siempre bienaventurado, ó alguno siempre miserable.

## CAPITULO XXIII.

*Si la Astrologia aporrea algo para desautorizar la Providencia.*

Es común á todos los rebeldes el reconocer á todos los Señores de mejor gana que al propio: de donde por detribar á este del solio, no temeran substituir un Neron. Mirad, pues, si los Atrevidos son rebeldes solamente. Para que no sea Dios quien los gobierne con su Providencia, como á hombres racionales, llegan á soñar un hado allá sobre las estrellas, que los gobierne como á brutos.

Es verdad que no todos proceden con igual pascay pues algunos mas cantos en el hablar, si no mas religiosos en el creer, protestan que no señalan á los Planetas la parte de señores en el gran teatro de las variedades humanas, sino la de embaxadores. Con todo eso estos tambien, aunque muchos impios, no por eso menos vanos, se deben revolver en la misma ruina, precipitándose por mano de la razon de aquel Cielo, que con sus predicciones infaman tanto, como le habian infamado los Poetas con sus locuras.

Bien conozco á quanto riesgo me exponga, batallando á cara descubierta con este género de personas engañadotas, pero amadas. Con un género de hombres engañados para los que esperan, que siempre se prohibe, y siempre se conserva (1). Es el ingenio humano tan apeteedor de averer lo futuro, que no se avergonzó en los siglos mas antiguos de mendigar los anuncios de ridiculísimas observaciones, tanto, que el garrir de las aves, el baylar de los pollos, el pasar de los puercos, y otros no menos vanos agüeros valian mas en Roma para acelerar las determinaciones,

(1) Tacit. Hist. lib. 2.

ó para suspenderlas, que los votos de los Senadores. Y hoy no hay entre nosotros quien tiene por infausito el tropezar en la puerta de casa, el encontrar con tal perro, el escuchar una lechiza, ó el estar en tal lista de convidados? No es maravilla, pues, que logren los Astrólogos el conseguir por el comercio de los astros, que tanto alaban, aquella credulidad que alcanzaban los aruspices por los intestinos de los carneros enteros ó castrados, que abrían para este fin; y la que muchas viejecillas alcanzan hoy por medio de otras supersticiones mas ridiculas, y mas fallidas que andan en vueltas. Tanto mas que los Astrólogos, para adelantar su partido, se visten como políticos, y prometiendo, así al público, como al privado, con la prevision de los males, un provecho inexplicable, qual es el de repararlos, hacen que el contradecirlos, parezca oponerse á la humana felicidad: y no contentos con esto, adornan sus pronosticos de voces tan preñadas, y tan peregrinas, que aunque no las entiendan quando las pronuncian, hacen sin embargo, que quede la gente atonita, como perlas sacadas de los retretes mas ignorados de la sabiduria: *Oroscopo, medio Cielo, aspectos, direcciones, dignidades, exaltaciones, tránsitos, triplidades, erecciones, cabeza de dragon, cola del dragon, combustiones, estrellas que ven, mas no oren, estrellas que oyen, mas no ven, conjunciones magnas, revoluciones magnas, casar aleares, rayos filices, retrogradaciones fúnebras, grados lucidos y tenebrosos,* y otras de ese mismo jaez, misteriosas todas, segun dicen; y sin embargo no mas en sí, que pelotones tanto mas vacíos de verdad, quanto mas hinchados de sonido. Es, pues, materia muy difícil el disputar en pocas hojas contra éstos, que con solos unos vocablos inauditos hacen que corra detras de ellos la gente loca.

Bosteme, sin embargo, ó Lector, que te contentes con estár en el fiel, sin inclinarte con el afecto

Parte I.

Bb

mas

mas á un lado, que á otro; y yo confío en el peso de las razones, que en breve espacio por ti mismo, sin que te empujen, á despreciar como mentira un embleco que anda entre muchos con pasaporte de ciencia, y á abominarla como á traidora; pues en vez de aprovechar á la República, como falsamente promete, perturba á la República, y á la Religión, dando en la leche de una verdad imaginaria mil venenos de errores, tanto mas nocivos para el mundo, quanto menos sospechosos, y mas deleytables.

Mas antes de pasar adelante, es menester que me explique bien; y por eso, así como yo no quiero por mi enemigo, á quien no es enemigo de la Religión, así es bien que se sepa, que yo aquí no pretendo salir al campo contra la Astrología natural, que es la que por los aspectos de los Cielos predice las nubes, las lluvias, las sequedades, y las cosechas, ya cortas, ya abundantes á los agricultores. Esta, á decir lo que se debe, es mas conjetura, que arte. Porque si hubiera hombres verdaderamente inteligentes de estas cosas, á qué precio no los pagarán los Monarcas? Si Felipe II, Rey de España, quando estaba dispuesto para poner en el mar aquella formidable armada que envió contra Inglaterra, hubiera tenido pronto un Astrólogo en su Corte, que le predixese aquella horrorosa borrasca que tanto se le maltrato, qué recompensa no le hubiera dado? Y así, quanto pagarán los Príncipes de todos grados, el tener quien les avisase con seguridad las hambres, los contagios, los terremotos, y los otros infortunios, que previstos, se pudieran evitar oportunamente, ó por lo ménos debilitar? Y sin embargo, vemos todos los dias que no los tienen. Luego es señal de que no hay tal ciencia: y si la hay, es de comedia, mas no de cátedra. Sin embargo, porque no tira á herir la providencia, no es razon emplear las saetas contra una fiera doméstica, escapándose en el interior las silvestres. La que no se pue-

puede sufrir es la andacia de los Genetliacos, que no haciendo caso de dar la buena ventura á los campos, á los árboles, á los animales (de lo qual no pueden sacar logro alguno), se la dan á los hombres, con predecirles la vida, ya larga, ya corta, y los sucesos, ya prosperos, ya adversos; queriendo, que como los Egipcios esperaban del Nilo, y no del Cielo su fertilidad, así nosotros aguardemos del Cielo, y no del Hacedor del Cielo nuestra suerte. Pretendo, pues, mostrar, que toda la arte de esta profesion soberbia es, si bien se repara, soñar con arte. Y veis aquí sobre esto mi proposicion llana.

La Astrología judiciaria es una invencion fundada en el ayre, sin razon alguna, y sin experiencia suficiente para sustentarla. Comencemos por la razon.

## CAPITULO XXIV.

*La Astrología judiciaria no tiene razon sobre qué se funda.*

Si los Genetliacos han de conocer por las estrellas algun poco de los sucesos futuros, ó libres ó casuales, es necesario, que las estrellas sean ó sus señales ó sus causas, no teniendo otras voces con que manifestarlos. Mas las estrellas no son, ni causas, ni señales de tales sucesos. Luego es manifesto, que los Genetliacos no pueden por las estrellas conocer nada de los sucesos futuros, ó libres ó casuales, ni aun de los. Toda la dificultad se les reduce á mostrar, qué es verdadera la proposicion menor: no pudiendo controvertir la mayor mas, que quien no la entiende. Mostrámosla, pues, quitando antes á las estrellas la virtud, que se les atribuye de signos, pues la gozan contra razon.

en sus oráculos, y en sus libros, y en sus signos.

## §. I.

Y aquí pregunto. Si son signos de las variedades humanas, que signos son? Signos naturales, como lo es el iris de la serenidad, o signos por el consentimiento, como lo son la trompeta y el tambor de la batalla? Naturales no son, porque si lo fueran, no pudiera dexar de suceder todo lo que significan. Y veis aquí quitada, en tal caso, la contingencia, y con la contingencia el libre albedrio (pues para el hombre fuera lo mismo el evitar, lo que de él dicen los Cielos, que el quitarles á los Cielos sus cursos). Veis aquí al hombre ya no hombre, mas bruto y bruto, guiado con freno de oro, mas por eso mas fuerte: de donde puede un potro esperar romper aquel cordel que le priva de la libertad, mas no lo puede esperar un mortal nacido para el mundo: veis aquí el destino funesto: veis aquí el di. mante fatal: veis aquí echadas por el suelo todas las leyes mas venerables como ineptas: y veis aquí á la Justicia caído de una mano el peso que tiene en ella; y de la otra la espada: el peso, como inútil, para pesar los méritos que procedieron de la fuerza; la espada, como inútil, para castigar los delitos. Es, pues, clarísimo para quien conserva aun una centella de discurso, que las estrellas no pueden ser señales naturales de los sucesos humanos. Y si no lo son, qué duda hay, de que no se les pueden decir, ni en confianza, á los Astrologos, por mas que estos se jeten, de que lo saben tan por mango?

Serán, pues, signos impuestos por la institución libre: de suerte, que aquel Dios que anteve las cosas, antes que sucedan, haya producido á los Planetas con tan hermosa arte, que esos con huírse, con encontrarse, con enlazarse, y con moverse de tantos modos, formen una historia de la vida de cada uno, en aquel vasto Cielo, que por eso extendió su Ma-

gestad como piel: *Extendiendo el Cielo á manera de pergamino* (1). Así las estrellas no inducen alguna necesidad, mas son meros interpretes de lo futuro, como lo son los Profetas: de donde para saber lo que dicen, basta entenderlos.

Esta respuesta no puede, en primer lugar, servir para los Ateístas, porque le niegan á Dios el cuidado de las cosas. Tampoco les puede ser de provecho á aquellos que le admiten; porque, si las estrellas son señales instituidas por la Providencia Divina, para hacer antever, así nuestro bien, como nuestro mal, cómo no nos convida Dios á una escuela tan venerable de prudencia, exhortándonos á leer en aquel libro suyo continuamente, ó á buscar quien le lea por nosotros, si no le entendemos? Antes no hace otra cosa, que retirarnos de este estudio, haciendo risa de él. A quien esperaba mucho de las estrellas (y fué Babilonia), le dixo su Magestad: *Vengan, y saliente los agujeros del Cielo, que contemplaban las estrellas, y computaban los meses, para anunciar por ellos las cosas que se habian de suceder* (2). Y á quien temía (y era Jersalen), le dixo: *No tengáis miedo de los signos del Cielo, que temen los Gentiles* (3). Pues, si por aviso del mismo Dios no nos habemos de gobernar por esos signos, ni para esperar el bien, ni para temer el mal, qué signos son? Lo cierto es, que no son signos que instituyó su Magestad para significarnos esto, mas signos, que fingieron los hombres por su gusto: de donde, que nos queda á nosotros que hacer de aquellos libros, que nos declaran esos signos? Nos queda echarlos en el fuego. Así lo hicieron aquellos Gentiles, que en Elyso convirtió el Apostol, y así lo habemos de hacer nosotros: *Muchos de aquellos que habian seguido las vanas curiosidades traxeron los libros, y los quemaron delante de todos.*

(1) Psal. 103. 2. (2) Isai. 47. 13. (3) Jer. 10. 2.

dos (1). Y que aquellos fueron libros de Astrología, lo testifica S. Agustín (2). El haber, pues, extendido Dios el Cielo á manera de piel, fué solo para denotarnos, que lo había extendido con tanta facilidad, con cuánta solemos nosotros tender un pabellon. Pero si es pabellon, es menester que alguno nos le levante, para querer entrar con respeto.

Y valga la verdad, si estuviera descrita de este modo en el Cielo la historia de lo que ha de suceder, como lo afirman tales Astrologos, quién de ellos pudiera aspirar jamas á entenderla sin Dios, que le pudiese como en la mano la llave de tan grande cifra? Pudiera por ventura el Infierno darle esta llave? Mas cómo se la pudiera dar el Infierno, si no la tienen seguramente, ni aun para sí, aquellos espíritus? De aquí es, que en los antiguos oráculos tan famosos de Delfos, de Dodon, de Delos, tenían los demonios por uso el dar respuestas tan artificiosas, y tan ambiguas, que servían igualmente para qualquier suceso: *Irás, volverás, no morirás en la guerra*. Para qué labraban estos, como espejitos, á muchas caras, si las verdades contingentes estan escritas en los Cielos con caracteres tan claros? No tienen los demonios en el ingenio mas fuertes alas, que el Astrologo Sumo? Ahora, pues, cómo no podian subir tan alto para leer aquellas letras de cerca, y exponerlas despues con gloria mucho mayor á la vista de los que las mirasen, en un espejo clarísimo de palabras sinceras y sencillas? Si no lo hicieron; luego es señal de que no lo podian hacer: y esto supuesto, es preciso decir, que al futuro accidental y arbitrario no lo ha registrado Dios en aquellas inmensas hojas. Y quando quisieran violentar á la razon para creer que está allí, no lo ha registrado de modo, que lo puedan leer algunos ojos criados, si Dios no lo descubre. Mas con quien

(1) Act. 17. 19. (2) In Psal. 61. Bellar. in Psal. 102. 2.

lizo esto jamas, si antes vedó qualquiera especie de agüero, declarando, que sus intentos son desvanecerlos á todos: *Yo soy el Señor que hago irritas las señales de los adivinos* (1). Por ventura escribió Dios estas cosas en el Cielo para los Angeles del Empleo, á quien ha puede mostrar tanto mejor en sí mismo, quando quisiere?

Pero los movimientos de los aspectos celestiales nos dan con claridad á entender, que no las escribió. Porque estos movimientos son iguales, uniformes y reguladísimos, como movimientos ordenados por la naturaleza: siendo los sucesos humanos como dependientes de la libertad, irregulares, totalmente diferentes entre sí, y totalmente desemejantes. Como, pues, es posible que á estos sucesos los signifiquen aquellos movimientos, si aquellos, y estos son como dos líneas, que no tienen medida comun? No la tienen en la calidad ahora inmutada; no la tienen en el número: siendo los movimientos de los aspectos celestiales de número cierto en sí mismos, y los sucesos humanos siempre posibles mas y mas sin fin; de donde aquellos movimientos pudieran, quando mas, significar algunas universalidades, correspondientes al número, que ellos tuvieran por su naturaleza; mas no pudieran descender á mil individualidades particulares y precisas, que no tienen fin.

## §. II.

Y veis aquí quitado á las estrellas el que sean signos de los sucesos futuros, de que se ha hablado. Mas ni aun son causas, ni pueden serlo: que es la otra parte que queda que probar. Y lo primero es cierto, que no son causas necesitantes: de otra manera topáramos de repente en el escollo que deshonramos arriba, como muy infame, qual es, que el albedrio, que

(1) Isai. 44. 25.

reconocen en el hombre todos los Teólogos, todos los Filósofos, todos los Médicos, todos los Jurisconsultos, y aun todos los pueblos á una voz, por señor de sí, sea encerrado en prisiones. Y verdaderamente estará mas que nunca en prisiones, si se le señala una causa necesaria, de que dependa. Y puntualmente lo fueran tales las estrellas, que á manera de todos los otros agentes naturales, estan constantemente determinadas para los mismos cursos: Toda acción de la naturaleza se termina á alguna unidad (1). Asi está toda consideracion, todo consejo, toda eleccion de medios, toda política, toda prudencia; y aun cesarán todas las virtudes entre los hombres, y todos los vicios: pues no se la debiera á un hombre piadoso mayor alabanza, que la que merece el yerro quando se dexa tirar del Polo, amigo de su calamita (2); ni á un hombre impio se le debiera mayor oprobrio, que el que merece el mismo yerro, quando dexa que le eche lejos el polo averso de la misma calamita.

Mas, si conforme habemos ya visto, Dios es el Arquitecto de este todo, llamado mundo, cómo puede haber dispuesto su Magestad las partes tan mal, que la naturaleza inferior, qual es la material, rija á la superior, qual es la intelectiva? Qué aquella que es ciega, guie á la que ve? Qué aquella que es insensata, gobierne á la racional? Todo dominio natural se funda en la excelencia de la naturaleza, dice Aristóteles (3): que por eso el hombre naturalmente manda á la muger, porque dentro de la misma especie es un individuo mas perfecto que ella; y por eso mucho mas domina tambien á los animales, los castiga residentes, y los sujeta rebeldes; porque es mucho mas perfecto que ellos aun en la especie. Pues

(1) S. Thom. 1. p. 9. art. 1. in cor. (2) Inan. (3) Lib. 2. de Anima, sect. 57.

cómo han de dominar los Cielos nuestras mentes, si quanto nos son superiores en sitio, tanto nos son inferiores en dignidad? Si sus combinaciones ó sus contiendas son la causa de nuestras operaciones, será menester que se desordene el todo, volviendo á su antiguo caos; pues las substancias perfectas son tiranizadas de las imperfectas, las espirituales de las corporales, las simples de las compuestas; y en una palabra, el hombre, que es el fin del universo, es sometido á la naturaleza, incapaz del bien propio (1).

Y notese, que se dice que es fin, porque si el hombre estuviera sujeto á las estrellas, que en él obran: luego el hombre hubiera sido hecho por las estrellas, y no las estrellas por el hombre. Mas esto como? No es hombre aquel, en cuya gracia ha criado Dios todo lo visible? No hay duda; pues es el hombre la mejor que hay allí. Pues si las estrellas han sido hechas por el hombre, cómo ha de depender el hombre de las estrellas en las obras que hace? Quien no depende de otro en el sér, tampoco depende de él en el obrar, dice el Doctor Angélico (2), porque el obrar sigue en todo la condicion del sér.

Mas para qué nos cansamos en esto? No experimenta qualquiera en sí, que la razon domina al cuerpo, y que el cuerpo no domina á la razon? Por mas que la hambre me estimule, si yo me resuelvo á anteponer el deleyte estable de la templanza al deleyte de los manjares, que es tan fugitivo, mi mano no se extiende á tomarlos de alguna mesa muy regalada que esté presente. Si me solicita el apetito inferior, no me violenta; y yo tengo la gloria de levantarme ayuno de aquel convite, que le diera pasto tan agradable á la gula: luego la mente manda al cuerpo, y no el cuerpo á la mente. De donde para concluir, aunque el hombre no tenga

Parte I.

Cc

po-

(1) Arist. lib. 2. Phys. text. 24. (2) Contra Gent. lib. 2. cap. 84.

potestad sobre los Cielos, porque no los puede volver á su antojo, no por eso les está sujeto en alguna accion; mas es señor de si, y tiene en la mano las riendas de su querer, sin que todos los movimientos tan rápidos de las esferas le puedan violentar á que dé un paso, si no quiere.

Ni haya quien diga, que no á los cuerpos celestiales, sino á las inteligencias movedoras de esos cuerpos está sujeto el hombre; porque las inteligencias para mover al hombre no se pueden valer de todo instrumento, aunque sea improporcionado. Como no puede el Escultor hacer su estíra con el pincel, y como tampoco puede el Pintor hacer su quadro con el cincel; así las inteligencias no pueden mover jamás el albedrío del hombre con los giros de cuerpo alguno. Es menester que le muevan, representándole á la mente el bien que le redundan de tal obra, que es lo mismo que decir, es menester que le muevan, á modo de quien aconseja y de quien esfuerza; pero no á modo de quien pone en cadenas. Mas esto no tiene que ver con el caso presente, porque los consejos y los alientos dexan al hombre indiferente para admitirlos y para rechazarlos; y por eso por los giros del Cielo jamás será posible antever de él lo que ha de hacer.

Mas quanto se ha descuido hasta ahora sirve para probar, que las estrellas no tienen que hacer con las suertes humanas, como causas directas (según las veneraban los antiguos, hasta adorarlas por eso como á Números); pero no sirve para probar, que no tienen por lo menos que hacer con ellas, como causas indirectas, que es el alezaz en que los Astrologos moderados se hacen fuertes; afirmando mas cautos, si no mas castos, que los Cielos no influyen en el ánimo de los mortales del primer salto, sino de rebote; en quanto alienando los órganos de las potestades sensitivas, el temperamento, los humores, las flemas,

Y

y las calidades, que tanto ha menester para obrar, pueden hacer que obre de un modo mas que de otro. Y hasta aqui dicen bien; mas con esto confusan juntamente, que no saben ni pueden saber nada de quanto pronostican acerca del tiempo de la vida y de la muerte del hombre, acerca de las riquezas y de la pobreza, acerca de las prosperidades y de las desgracias, que son todo aquel fondo sobre que labran los recamados de sus burlas. Y para ver que esto es verdad, observad, que si en la Astrología hay algo sólido es este discurso. El temperamento del hombre depende de las estrellas; su natural, sus inclinaciones y sus costumbres dependen de su temperamento: luego tambien su natural, sus inclinaciones y sus costumbres dependen de las estrellas. Indirectamente así es; mas sin embargo no quanto es bastante para formar un juicio recto: ahora este discurso es todo falaz. Pues si bambanca tan fuertemente la primera piedra, qué será de la máquina que se levanta sobre ella?

El temperamento de nuestro cuerpo depende verdaderamente de los Cielos, pero no en todo: depende en una pequeñísima parte. Y siendo así, qué aprovecha que el niño quando nace tenga un ascendiente feliz de prometedores de la vida y de significadores, si entretanto su padre tenia debiles fuerzas para engendrarle? En este caso será tambien débil el feto; y á pesar de todas las constelaciones propicias alcanzará una vida achacosa y corta, porque le faltó buena virtud formativa. Y aun quando la hubiera encontrado buena en su concepcion, si la madre flaca no le hubiere suministrado desto del vientre mas que un alimento escaso y de mala calidad, lo suplirán por ventura las estrellas con otra tanta ambrosia que le envíen de lo alto? Y despues de eso, qué efectos no experimenta una madre preñada perjudicial á lo que lleva? Hasta una vela mal apagada ha

Ce:

mos

mostrado tal vez con su mal olor, que puede mas para dar muerte á la criatura, que por eso se aborta, que pudiesen todas las luces encendidas en el Cielo por ella para conservarla en la vida (1).

Mas ea, salga á luz el niño debaxo del mas afortunado oroscopio para darle buen temperamento: si se encuentran con un ama poco á proposito para cooperar con ellas, veo á las estrellas en un laberinto grandísimo sin hilo para llegar á mantener lo que prometieron. Porque todos los Filósofos y todos los Médicos concuerdan en que la leche de la muger que cria, jóven ó vieja, robusta ó macilenta, varia notablemente el temperamento; y en que la leche congénita de la madre es siempre mejor para la criatura, que la de otra extraña: la qual, quando se admite, quieren que sea escogida aun de costumbres; pues las Historias Romanas hasta ahora lloran á su Romulo, á quien dió el pecho una loba cruel; á un Commodo, y á un Caligula, que mamaron mas sangre que leche; y finalmente á un Tiberio, criado por una ama destempladísima.

Destetado despues el niño, veis aqui que se comienza á nutrir con manjares sólidos, y que con eso crece el empeño de las estrellas, y la imposibilidad de mantenerse verídicas, aunque quieran; porque quién no sabe quanto puede en nuestro cuerpo la calidad del alimento de cada día? Basta leer los tratados que sobre esto han dexado los mas famosos Médicos, tan bienhechores del Género Humano, como traidores los Astrólogos. Hasta los Poetas entendieron esta verdad: de donde es que Homero, formando en su Aquiles la idea de un héroe magnánimo, le fingió criado con medulas de leones, para figurarle robusto, así de fuerzas, como de corazon. Haced, pues, que el rapacillo, mirado tan benignamente de

(1) Pñ. N. 7. cap. 4.

las lumbreras celestiales en su nacimiento, se dé luego por presa á los banquetes, á las huelgas, y á la destemplanza, con qué estambre las estrellas de su nacimiento le podrán alargar la vida? *A mas mató la gula que la espada.* Y decid otro tanto, si nace en un lugar de ayre mal sano, ó va á morir por accidente en valles pantanosos, húmedos, de vapores malignos, y no dominados de vientos mas que nocivos, vencerán las estrellas la calidad de aquel suelo infausto? Y finalmente, si caldo enfermo por causa de sus desórdenes, encuentra con uno de aquellos Médicos, que se hacen pagar para matar, con qué escudo le defenderán de este golpe los planetas prometedores?

Diréis quizá, que si nació debaxo de buen ascendiente, no ha de tener aquellos encuentros sinietros, que yo he insinuado. Mas por qué no los ha de tener? Por qué las estrellas que le tomaron á su cargo por ventura le han de retirar de ellos, como protectoras amotosas? Pero esto fuera mas que hacerlas obrar, como causas particulares y parciales, infuidoras en solo el temperamento: fuera hacerlas obrar, como causas universallimas, y aun vivas con vista, y llenas en sí de perfecta divinidad, que dispusiera de tantas y tan varias criaturas con suprema autoridad, para llegar al fin pretendido. Y demas de eso, si las estrellas no pueden proveer á su querida hechura de Médico excelente quando se hallé en peligro de muerte, cómo podrán, aun quando no ha nacido, proveerle de perfectísimos padres, si nadie puede alcanzar los padres mas que naciendo? No veis vosotros que estas son locuras muy dignas de contarse para reir en las conversaciones? Para querer, pues, que pueda el Astrólogo hacernos promesa de larga vida, en nombre de las estrellas que considera en nuestro nacimiento, será menester lo primero, que conozca muy bien el temperamento de los que nos

engendraron, y después que de aquellas estrellas más sepa uno á uno los innumerables casos que influyendo mas de cerca en nuestro temperamento, tendrán siempre sumo poder para quebrantar y rebatir aquellos influxos, que desde tan lejos nos envían las constelaciones celestiales para nuestro provecho. Mas quién puede contar estos casos, si como innumerables los ignoran todos los demás entendimientos distintos del divino? Ni aun los Angeles, motores de las estrellas, los podrían referir, si se los preguntaran.

Lo cierto es que Sixto de Eminga, después de haber consumido poco menos que todos sus dias en esta escuela de los planetas, confesó que los Astrólogos, por mas estudio que hagan sobre el oroscopo de un niño que nace, no podrán jamas saber de sola las estrellas, si nació vivo, ó nació muerto. Juzgad, pues, si podrán saber (como se hecían vanamente que pueden) si ha de vivir mucho, ó ha de vivir poco! Y por ventura esta experiencia no se ha hecho ya mas de una vez con gran risa, pidiendo el nacimiento de un niño muerto, como si estuviera aun vivo, y recibiendo todavía del Astrologo, felicísimo?

Agrádame referir una burla (1) aun mas graciosa, que un Principe Italiano hizo de tan vana ciencia, para escaruecer, como le parecia justo, un engaño con otro. Este, avisado del nacimiento de un mulo en sus caballerizas, le hizo dar al Astrologo el punto exacto debaxo del nombre de un bastardo que habia nacido en Palacio. El Astrologo ignorante del caso, habiéndose puesto muy despacio á estudiar sobre aquel oroscopo, con la esperanza de conseguir tanto mayor ventaja para su fortuna, quanto mas adivinase para la agena, halló luego en el Cielo dos

(1) Refert Millet. prop. 19.

Jumbreras en signos masculinos, asistidos de cinco planetas de la mañana mirando al Sol, y de la tarde mirando á la Luna; y concluyó, que el Cielo jamas podia estar mas hermoso (1); y que por eso, no pudiendo aquel niño ser Rey, como de todos modos lo queria Tolomeo debaxo de aquellos aspectos, era precisamente necesario que fuese sublimado á las primeras Dignidades aun sagradas, de que su nacimiento fuese capaz. Estos fueron los varicinos, que traídos al Principe, y ledos por el públicamente á sus Caballeros, le llenaron tanto de rubor el semblante á aquel valiente hombre, quando creía que le habian de llenar las manos de oro. Entretanto será menester decir, que si las estrellas envían sobre todos los vivientes los mismos rayos, una bestia, nacida debaxo de los mas favorables que hay, debía andar por lo ménos libre de toda carga toda su vida, ó que si hubiese de llevar alguna, como las otras, debía tan solamente, qual mulo ilustre, baxar los hombros á alguna litera Real.

No es después ménos falsa la otra proposicion, sobre que estriba la Astrologia judiciaria para tenerse en pie, y es, que las voluntades de los hombres siguen por la mayor parte el temperamento de los cuerpos, subordinado á las estrellas: de donde es, que por él se puede verisimilmente conjeturar lo que han de querer. Si, si ninguna otra cosa se opusiera á esta conjetura: pues quanto importa lo primero para variar el natural, la inclinacion, las costumbres, la buena ó mala educacion que se tiene? Sobre esto se funda principalmente la estimacion, en que todas las gentes han tenido siempre la nobleza del nacimiento: sobre la presunción que trae consigo de que se junta con educacion mas honrada, atendiendo á los estímulos que demas de eso le aplican al lado

(1) Lib. 4. de Judic. cap. 3.

operaciones de los mayores; en cuya virtud, como á generoso Caballero, se le dobla la necesidad de ir mas resuelta á la cumbre de la gloria. De donde en órden á esta crianza (tenida de los Legisladores por la baza principal de la felicidad humana) qué parte tienen las estrellas? Si no queremos delirar, ninguna; pues esto no depende de alguna calidad corporea, á que solo puede extenderse la eficiencia de los Cielos. Tanto mas que esta misma educacion recibe grandes ventajas y grandes variedades del gobierno de los que dominan, de las penas, de los premios, y de las leyes que conservan en su vigor. Queremos creer que las estrellas influyeron de diferente modo en Atenas, en Sibari, en Esparta, situadas en distancia nada considerable quanto á los astros? Y sin embargo los Atenienses eran tan ingeniosos de espiritu, los Sibaritas tan afeminados, los Espartanos tan fuertes. La diversidad, pues, no proviene del Cielo, sino del gobierno. Aquel perro de muestra de buena casta, que si desde pequeño hubiera sido enseñado á ladrar al redor de la piel muerta de un oso, tuviera ánimo para desalir las fieras aun vivas en sus grutas; porque al contrario fue enseñado en la cocina por un galopin perezosillo á echarse en la ceniza, apenas le mira de lejos quando huye para ponerse en salvo.

De la misma manera, el vivir en compañía de los malos, quién no sabe, por ventura también á su costa quanto perjudica á la sinceridad de las costumbres? Una cidra podrida es ménos hábil para pegar su mal á otra sana que cerca, que un mal compañero para comunicarle su enfermedad á otro bueno: *Túmanse las costumbres de las personas con quien se trata*, decía Séneca; y como algunos vicios del cuerpo pasan á los que se han tocado, así el ánimo participa sus males á los cercanos (1).

Aá

(1) Senec. de Ira, lib. 2. esp. 2.

Así tambien la reprehension interior de la conciencia quanto aprovecha para reducirse á la buena senda? quanto el aviso de un consejero fiel? quanto la ambicion de un cargo fructuoso? El temor de no arruinar á los hijos no es bastante para apartar de muchas venganzas aun al ánimo prouto para la ira? Quántos desórdenes embaraza en las casas una muger discreta con la autoridad que le dan sus procederes? á quántos refrena la dignidad de su grado? á quántos detiene lo que dicen sus gentes? Y con esto qué tienen jamas que hacer las estrellas? Antes aprovechan tanto ménos que todo esto que no hay entre los sabios, quien las llame ya de buena gana á consulta sobre sus propios negocios, persuadiéndose á que los han de quitar mejor. En los matrimonios, en los cambios, en las compras, en los pleytos que se han de emprender, qué se hace? Se pesan las razones: no van de noche, ni aun los Astrologos á preguntar á los planetas que se descubren.

Pero aun quando por vía de las estrellas se pudiera saber el temperamento de algun hombre (que no puede saberse), el querer sin embargo colegir de mas de eso del temperamento las inclinaciones que tiene, y por las inclinaciones adivinar las operaciones libres que ha de hacer, es mucho mas temerario, que si entrando en las oficinas de Apeles quisieran otros adivinar las figuras que habia de formar sobre el lienzo que tenia allí prevenido. Porque al fin ni Apeles, ni Protógenes, ni Parrasio, ni Rafael, convenidos unos con otros, sabrán jamas revolver con tanta variedad, y mezclar sus colores, que no sea siempre mas varia la combinacion que puede hacer el albedrio humano de sus pensamientos en las resoluciones á que se quiere pegar.

## §. III.

Replicarán los Astrologos, que no pronostican lo que absolutamente ha de suceder por las voluntades de los mortales, sino lo que sucederá, si las inclinaciones que imprimen las estrellas en el temperamento de los cuerpos no se turbarán. Hermosísima escapatória. Mas si es así: luego pronostican lo que no saben, ni pueden saber si sucederá jamas; porque estas inclinaciones serán siempre variadas por las causas mencionadas arriba, que son inexcogitables, y para que no se varien será menester encontrar un hombre que viva fuera del mundo, ó no entee en él jamas. Y si, como dice el Doctor Angélico (1), aquellas verdades contingentes que acaecen raras veces, nunca las puede saber algun hombre antes que sucedan, será menester confesar, que la Astrologia judiciaria no es ciencia, sino embuste.

Y siendo así, no tiene duda, que para alcanzar las inclinaciones de los hombres (2) mucho mas habrán de aprovechar las reglas de la fisonomia, que se funda en el temperamento que ya ha labrado la naturaleza en el cuerpo humano, que las que da la Astrologia, que se funda en el temperamento que ha de labrar aún. Quien cuida de los perros, sabe reconocer por la vista qué perro es atrevido: el picador de los caballos sabe tambien determinar por la vista qué caballo es álvivo. Así el Fisionomista sabe inferir por la vista, si el hombre es fuerte ó tímido, vergonzoso ó desvergonzado, humilde ó soberbio, ingenioso ó rudo; porque conviniendo en aquellas señales todos los animales sujetos á tales afeciones, y no conviniendo en ellas alguno de los otros no sujetos, deduce con razon, que son señales para poder-

(1) S. Thom. 1. p. 9. 27. art. 3. (2) Arist. Prior. lib. 2. cap. ult. Prior. cap. 1. &c.

derlas indicar igualmente en los hombres, animales tambien, aunque superiores á los demas por la razon. Y sin embargo por aquellas señales de fuerte, de tímido, de vergonzoso, de desvergonzado, de humilde, de soberbio, de ingenioso, de rudo, y aún ni por las inclinaciones ya comprobadas por esas señales se puede saber jamas, como Aristoteles lo afirma (1), si alguno es soldado, es músico, es médico, es arquitecto, y para añadir tambien eso, es Prelado de la Santa Iglesia. Como, pues, por las señales de aquellas inclinaciones, y aun por aquellas inclinaciones mismas se puede colegir que lo será? Y la razon fundamental es, porque para ser, pongo por exemplo, Prelado de la Santa Iglesia, no basta la inclinacion de la naturaleza dada al estudio, á la piedad, á la prudencia, á la rectitud; es menester demas de esto quien te enseñe, como conviene, quien te lleve, quien te promueva, y quien, á vista de mil competidores no menos dignos que tú, te elija. Y esto se puede inferir de la inclinacion que en ti prevalece?

Divinamente enseñó Aristoteles (2), que es la fortuna, así prospera, como adversa, ignorada de todos los hombres, porque los efectos separados y desunidos á que se puede extender, no tienen fin; y lo infinito, como infinito, no habita en el entendimiento de algun mortal. Y sin embargo la fortuna, así prospera, como adversa, es la que se arrojan los Astrologos que han de poner á tormento entre sus sectas, para que les confiese todo quanto ha de hacer.

(1) Prior. cap. 2. n. 11. (2) Lib. 2. Phys. cap. 7. text. 53.

## CAPITULO XXV.

*La Astrología judiciaria tampoco se puede fundar en la experiencia.*

Las fieras mas maliciosas suelen hacer en sus cuevas dos bocas; las quales, si no son cerradas á un tiempo por los cazadores, es totalmente vana la caza. Por eso, despues de haberle cerrado á la Astrología la una puerta de su cueva, que es la razon ostentada torcidamente, es menester al instante cerrarle la otra, que es la experiencia: tanto mas que por ésta confia escaparse mejor la maliciosa, en pudiendo lograrlo.

## §. I.

Es cosa indubitable (1), que qualquiera experiencia se consigue con la induccion de muchos casos particulares entre sí semejantes, que dan la regla universal, madre del arte; y la induccion, como lo enseña el Filósofo (2), requiere largo discurso de tiempo, que es la causa por donde estan privados de ella los jóvenes. Digan, pues, los Astrólogos que experiencia es la suya de largo tiempo? Si se ha de dexar que caminen las fábulas, Tolomeo reduce las primeras experiencias de este arte á los Caldeos, que acostumbraron vivir antiguamente en lo descubierta, para observar aun los pasos menores de las esferas. Mas los Caldeos solamente observaron los movimientos del Sol y los movimientos de la Luna, y atendieron muy poco á los de los otros planetas, como se colige de Hiparco (3), que despojo por sí todos sus archivos; y sin embargo formaron por mayor los Caldeos aquellas observaciones mismas, como sucede

(1) Arist. *Metaphys.* lib. 1. cap. 7. (2) *Eldic.* lib. 6. cap. 8. (3) *de Cassin.* tom. 1. lib. 6. cap. 1.

en todos los principios de las artes, así porque no tenían mas instrumentos que broncos y malhechos, como porque los acomodaban mal á las medidas. De donde quien puede decir los errores que corrigieron en ellos, no solamente Tolomeo (1), mas todos los siguientes Astrónomos, que se tuvieron largas edades sobre las tablas que él formó mas distintamente para no irse á fondo?

Pero ni esas bastaron para preservarlos de un general naufragio; pues hasta el siglo pasado todos igualmente suponiendo que las esferas de los Cielos eran concéntricas, se arrimaron á un sistema convenido ya y condenado con evidencia por falso.

Y sin embargo hay mas. Porque nuestra edad, llevando la vista por medio del tubo optico hasta las esferas mas altas, ha descubierto un nuevo Cielo, para decirlo así, dentro del Cielo antiguo: ha descubierto estrellas sin número, principalmente en la via láctea (que por la grande multitud que amontona no puede dexar de formar una constelacion mas activa que otra qualquiera): ha descubierto en los planetas mismos nuevas apariencias, nuevos compañeros, nuevos cursos jamas notados, que para variar los influxos buenos o malos de los sobradichos planetas pueden seguramente mucho mas que el simple lugar, que solo consideraron los Astrologos en sus calculaciones; ó por mejor decir, fingieron en un zodiaco artificial, qual es un zodiaco fuera del Cielo estrellado, y le ha descubierto sobre todo manchas grandísimas en la cara al Sol: por lo qual, aun quando las observaciones antiguas hubieran sido exactas, llegarán á perder infinito de autoridad: porque siendo estas manchas del Sol como nubes inmensas, reputada alguna igual á toda Europa, quien puede explicar cuánto le minoran su eficacia á aquel gran-

(1) *F. Sent. Emp.* lib. 2. in *Mast.* cap. 11.

grande cuerpo de fuego á que estan opuestas, alterando todos los efectos sublunares notabilissimamente? Y por eso (1) aquellos años, en que estas nubes se han visto mas desmedidas ó mas estables, ha gozado nuestro mundo inferior un verano mucho mas templado, estándose como á la sombra de aquellas vastissimas tiendas: como por el contrario, no habiéndose visto mas en el rostro el Sol, despues de los cometas insignes, por algun tiempo semejantes manchas, han corrido mas encendidos los meses del Estio, y las estaciones mas secas: Ahora, no solamente los Astrologos al principio no observaron nada de todo esto, pero ni en nuestros dias hablan, como debieran, despues que Galileo, el primer descubridor, no de una tierra incógnita, sino de un Cielo, traxo las nuevas. Pues qué experiencias son estas tuyas? Primero es menester que se resuelva cómo estan las esferas, y despues fundar los discursos.

Però lo bueno es, que notan todos los Astrologos en los Caldeos graves deslumbramientos en quanto al sistema de los Cielos, y juntamente protestan, que no se quieren dividir de los Caldeos en sus reglas. Así lo hace el mismo Tolomeo: y Cardano (2), que se precia de haber levantado á la Astrologia de sus ruinas con mayor gloria, que la que consiguió Fontana porque erigió el Obelisco tan hermoso del Vaticano, reconoce á Tolomeo por Príncipe de los Astrologos, y sin embargo, no solamente le atribuye deslumbramientos gravissimos sobre los movimientos del Sol y de la Luna, dos planetas los mas valientes para obrar, sino de quatro errores los mas solemnes en su profesion, que son: *Falsa razon, falso cómputo, falsa observacion, y falsa numeracion de los tiempos* (3): le declara con claridad reo de los dos

(1) Blav. in Spher. lib. 10. cap. 21. (2) Alex. de Log. lib. 4. in Astr. q. 4. (3) Sect. 2. Spher. 71.

dos últimos, como si los dos últimos no traxeran detras tambien los dos primeros. La misma honra le hace Julio Firmico, pronunciando que fue un descarado y un estólido: la misma á Albumasar, la misma á Albubater, y la misma á Bomato, simos maestros: mas los que sucedieron despues á Cardano le tachan de que erró, como hombre arrevido, groseramente aun en los primeros principios. Y así léase Bellanzo, Pighio, Pontano, Nifo, Gáurico, Juntino, Vasio, ó quien se quisiere, no se hallará un Astrologo que no condene á otro de ignorantissimo, de vental, de vano, de negligente. Pues adónde está la experiencia de tan gran arte, si no hay en ella á quien seguir con seguridad desde que nació (1)?

Fuera á lo menos verdadero (2), que aquellas experiencias algo legitimas que se cogieron en lo pasado, se pudieran acomodar al tiempo presente. Mas no se puede, porque avanzándose las estrellas fijas con su movimiento propio del occidente al oriente hasta un grado en el espacio de setenta y dos años y quatro meses, se sigue, que tienen hoy en el Cielo un puesto muy diverso del que ocupaban en el tiempo de los primeros observadores de sus cursos; tanto, que la primera estrella de Aries, colocada en su cuerno derecho, estaba dos mil años ha en el primer grado del mismo Aries (3), y ahora está en el vigésimo nono; y lo mismo es de otras muchas. Por eso mudado el lugar de que los judicarios hacen tanto caso, se vienen á mudar las declinaciones y las alturas meridianas, y consiguientemente tambien los influxos, como se ve en el Sol, tan diferente en sus efectos, el verano que el invierno, por sola la diversidad de aquel puesto que tiene en el Cielo: de suerte, que no habiendo el octavo Cielo vuel-

(1) Alex. de Arg. lib. 4. cap. 2. (2) Ricc. Almog. lib. 2. cap. 24.

(3) Alex. de Alex. lib. 4. cap. 21.

vuelto aún á la postura misma que tuvo al tiempo de sus primeros observadores, ni pudiendo volver, como se demuestra, sino al cabo por lo ménos de veinte mil años, qualquiera experiencia que traigan los modernos será una experiencia singular, y por eso no apta para que se merezca en el tribunal de la sabiduría mayor fe, que la que se merece en el tribunal de la justicia el testimonio de uno solo: *Un testigo ningún testigo*. Y esto supuesto, quién no ve por conclusion, que de muchas experiencias semejantes no han podido los Astrólogos sacar hasta ahora una regla universal, sobre que estar en sus nacimientos? Y si no tienen una regla universal, cómo le pueden dar nombre de arte á aquella profesion que hacen? Ella á lo mas es juego simple de fortuna, y no es induccion; pues no ha podido hasta ahora tener por su guía á la experiencia, sino á la casualidad solamente: *La experiencia hace al arte, la experiencia á la casualidad*.

## §. II.

Y si no la ha podido tener hasta ahora, la podrá por ventura tener de aqui adelante? Esto es lo peor, que no podrá: de donde si la Astrologia no quiere andar á caza de la sombra propia, que quanto mas se sigue, tanto mas huye, mejor es que dexa la empresa.

Los movimientos de Mercurio y de Marte (1) (que en los teatros de los Genetlicos hacen los primeros papeles, como aquellos de quien dependen los negocios mas relevantes de la paz y de la guerra) ni hasta ahora le son bien manifiestos á alguno, ni pueden serlo. Mercurio se aleja tan poco del Sol, que los mas valientes y los mas viejos Astrónomos apenas se podrán alabar de haberle visto en su vida  
dos

(1) *Rec. Alog. tom. 3. in Profut. pag. 14.*

dos veces. Marte es tan extraño en sus viages, que le creyeron los antiguos, algunas veces, como desterrado de su patria; esto es, de su Cielo. Lo cierto es, que Ticon (el qual, en el contemplar las estrellas, parece una inteligencia terrena, emula de las celestiales que las gobiernan) afirma, que no se pueden, por via de las tablas usadas, saber las conjunciones de Marte con Saturno mas exactamente, que con peligro de dar el espacio de tres ó quatro dias mas allá del verdadero (1). Y sin embargo, los Astrólogos señalan no solo el dia y la hora, mas hasta el minuto preciso de esa conjuncion, para recomodar bien las espaldas de sus casas eclesies (como á uno de ellos se lo afecó el mismo Ticon), formándose los atrevidos el Cielo á su modo, como si nadie los hubiera jamas de reconvenir (2).

Estas mismas dificultades se encuentran, poco mas ó ménos, en distinguir los viages de los otros Planetas: de donde nace lo mucho que varían en sus efemérides los Astrónomos aun doctos: nace el no acertar puntualmente en las predicciones de los eclipses, en que muchas veces discuerdan sus tablas horas enteras; y nace la necesidad que ha habido perpetuamente de reformar á cada paso el Calendario, jamas bien firme. Esa inconstancia de los años es, la que ha traido esta necesidad, no se puede negar: mas la inconstancia de los años vela aqui de donde proviene: de no haberse jamas podido hasta ahora llegar al punto preciso del Equinocio de la Primavera, que es aquel de donde toma el año Astronómico su principio. Pues sino se puede saber puntualmente la entrada que hace el Sol en los propios signos, cómo se podrá saber la que hacen en ellos los otros Planetas mas ocultos que el? Y si no se sabe esta entrada, sobre que se establecieron los Astrólogos las experiencias

Part. I. Ee de

(1) *Lib. de novo stella. (2) Ibid. contra Apollin.*

de sus soberbios anuncios? Podrá definir en qué grado, en qué particella, en qué punto de algún signo se hallan los Planetas, el que no sabe quando fue su pasado preciso del uno al otro?

Diran que no hay necesidad de un conocimiento tan exacto de tales tiempos, y de tales transmigraciones; porque es bastante uno moral. Esta respuesta, que parece puntual para sustentar la fábula, que ya se cae, es sin embargo cierto Arriate para acabarla de arruinar. Y que sea tal, se verá claramente.

Uno de los mas solemnes argumentos para descredito de esta arte, es el diversísimo fin que ordinariamente tienen dos hermanos de un vientre, que nacen en un tiempo (1). De este argumento se valió Tulio, con el exemplo de Proclo, y de Euristines, Señores de los Lacedemonios, iguales en el nacimiento, y desemejantísimos, así en la vida, como en la muerte: y mas agudamente se valió de él el Grande Agustino (2), con el exemplo de dos gemelos, aun diversos de sexo: el uno, que habiendo tomado muger, dexó su casa por ir á la guerra: la otra doncella, dada á guardar la casa. Luego si fuera verdadero aquello, que es el primer principio de los Genetlicos, esto es, que en el primer momento que sale la criatura fuera del vientre, las estrellas naticias le imprimen sus influxos para todo el tiempo que ha de venir, como se imprime el sello en una cera: si fuera, digo, esto verdad, fuera necesario que dos gemelos tuvieran siempre, sin variedad, un mismo destino hasta el fin de la vida. Mas por la mayor parte sucede todo lo opuesto: luego es preciso, que sea falso el principio, en que los Genetlicos fundan las aventuras.

El escudo que ellos oponen á tan gran lanza, es el pensamiento que se le ofreció á Nigidio Figulo,

(1) Lib. 4. de Divin. (2) Lib. 5. de Civit. c. 6.

pensamiento que le causó tanto gusto por la invención, que de él tomó hasta el nombre, como Scipion de la Africa debelada. Habiendo entrado Nigidio en la oficina de un Alfarero, al punto que el Alfarero revolvia mas fuertemente la rueda, la señaló dos veces con dos velocísimos rasgos de tinta negra que tenia en la mano; y habiéndola hecho despues detener, hizo que viesen, los que allí estaban, que aquellas dos señales, aunque impresas casi en un punto, estaban muy distantes la una de la otra, por la celeridad de la rueda en sus revoluciones. Así, dixo, sucede al revolverse los Cielos, que son tanto mas rápidos. Aquel breve tiempo que se interpone al salir los dos gemelos á luz (aunque inmediatamente el uno despues del otro), es la causa de la diversidad, que despues se repara en sus vidas.

Ahora, para que se vea quin mal se valen los Genetlicos de esta rueda para su defensa, como de encantada rodela, responden á Favorino, Filósofo, que les pregunta de esta manera en Gellio (1). Si un espacio tan breve, como es el que se interpone en el nacimiento de dos mellizos (2), es de tan alto relieve, que basta para colocarlos debaxo de hado tan diferente, como es posible que los Astrólogos puedan jamas saber, por las estrellas naticias, los accidentes que ha de tener algun mortal, no pudiendo jamas saber ciertamente la postura de esas estrellas en el acto del nacimiento, el qual no puede suceder en tan breve espacio, que en mas breve no hayan ellas proseguido, corriendo mas que la rueda de qualquiera alfarero? Y mucho ménos pueden levantar la figura de dicho nacimiento, por la relacion que les dan los padres, las comadres, los Médicos, ó qualquier otro que asistió al parto: ni se puede jamas hacer diligencia, que baste, para hallar este momento fatal sin

Ec 2 tro-

(1) Gell. l. 4. c. 1. (2) Genetl.

trocarle, principalmente, en tanta disension de relo-  
xes, nunca concordes; y sin embargo, un momen-  
to que se tome por otro, aunque inmediato, ha-  
ce tan grande diversidad! Así no entienden los As-  
trólogos; que para un arquitecto de castillos en el  
ayre, no basta tener ingenio; se requiere memoria.  
Arriba decían ellos, que para sus axiomas no es ne-  
cesario un conocimiento exactísimo de los minutos, y  
de los momentos, pues basta uno mortal; y ahora  
dicen, que la diversidad de un momento solo causa  
efectos, tan contrarios en los mellizos, y no solo di-  
versos: *Es menester que el mentiroso tenga memoria.*  
Si tuvieran esta memoria, es cierto, que no se atre-  
vían á hacerles los oroscopos, no solo á los chiquillos,  
pero ni á las Ciudades. Y no ven quantos lustros son  
necesarios para ponerlas en pie? Y sin embargo, no  
tardan en formarles sus nacimientos, como antiguamen-  
te cierto Taracio se le hizo á Roma, y como últi-  
mamente Cardano se le hizo á tantas de Italia, des-  
pues de haber aprendido sus naturales, y sus instin-  
tos, para estar mas seguro de adivinarlos: *O jurza  
máxima del error!* Decia por eso muy bien Tulio,  
montado en ira: *Tambien pertenecia por ventura á la  
eficacia de las estrellas el dia natal de la Ciudad? Elaz  
que sirva en un año, de que asencion del Cielo sacó el  
primer espíritu. Por ventura podrá tener este lugar en  
el ladrillo y el cimiento, de que se fabricó la Ciudad de  
Roma (1)?*

## §. III.

Mas pues que todo su saber se funda sobre la ex-  
periencia, digan demas de esto: que experiencia los  
guía para arguir el tenor de la vida, y el tenor de  
la muerte, de solo el punto del nacimiento; hacién-  
dose por la experiencia al contrario, que muchísimos  
habicada entrado en el mundo debaxo de oros-

(1) Lib. 2. de Div.

copos diversísimos, salen de él, sin embargo; con  
el mismo fin: Explicaréme. Mueren cada dia dos hom-  
bres: el uno en agua, el otro con espada. Si consul-  
tais á los Astrólogos (tan felices en hallar lo que fue,  
como infelices en decir lo que ha de ser), hallarán  
luego de donde viene. Quien naufragó, dicen, ru-  
vo por suerte al nacer el jarro de Aquario por as-  
cendentes; y quien murió herido en batalla, tuvo por  
suerte la punta agudísima de la flecha de Sagitario (1).  
Detenga la risa, quien puede, y pase á preguntar. Es  
cierto, que son poquíssimos, en los Astrologos, los  
aspectos significadores de muerte en guerra, ó de  
muerte en agua. Supuesto esto: quando en el siglo  
pasado la Armada Christiana, rompiendo la Turca de  
Selim II., tiñó la mar de sangre Mahometana, y lle-  
vó las playas yastimas de cadáveres, habemos de  
 creer, que todos aquellos moros que perecieron con  
acero, fueron heridos al nacer con la punta de la  
saca de Sagitario; y todos los ahogados en las ondas,  
nacieron con la luna en la cabeza de Aquario? No  
se puede decir que sí; porque en tantos nacimientos  
diferentísimos, fueta necedad quererlo afirmar. Luego  
diversos oroscopos, al nacer, llevan á un mismo ter-  
mino al morir.

Mas para defender una falsedad menor con otra  
mayor, sueñan ciertas revoluciones universales, que  
tirando detrás de sí con violencia los oroscopos par-  
ticulares, desconciertan su curso, como lo haria con  
una nave bien cocaminada del viento en popa un  
torbellino repentino é impetuoso, acometiéndola por  
un lado. Y estas universales revoluciones traen á tan-  
tos juntos, segun dicen, á perecer con naufragio, con  
fuego, con hietro, y con otras desgracias indebidas.  
Pero si las estrellas no son, ni signos, ni causas de  
los efectos libres, ó casuales, como lo habemos visto,

(1) P. Millet. tom. 3. Curs. Mat. de Astr. prop. 9.

mas á lo sumo, influyen en solo el temperamento para formar un natural, ó una inclinación antes que otra; con qué palancas vuelven las cosas de abaxo arriba en estas universales ruinas? Donde se imprimieron entonces aquellas influencias tan malignas para el nombre Otomano? En el mar, que habia nacido ya seis mill años antes? en las embareaciones? en los arribos? en las lanzas? en las espadas? en las saetas? en las municiones? Digase, en qué? Ademas, que quando á respuesta tan caprichosa se le dá el pasaporte no merecido: luego se sigue, que no pueden jamas los Astrologos predecir cosa acerca de la vida, y de la muerte de los hombres, porque siempre quedará que dudar de algun abatimiento de las estrellas no previsto, que corte por enmedio la tela comenzada de los sucesos privados, con ocasion de algun desgarro solemne que traigan á los públicos tales revoluciones. Y sin embargo, hay mas aún.

Porque, sobre qué experiencia se fundará el querer medir la eficiencia de las estrellas por el punto en que el niño nace, antes que por el punto en que fué concebido? Así como la segunda digestion, segun el adagio comun, no enmienda la primera, así los influxos maléficós, probados en la suerte del feto en su concepcion, no los pueden enmendar ya los beneficios de su nacimiento: sino queremos decir, que quando sale á luz, muda constitucion: lo qual será, como decir, que el quadro al sacarse de las oficinas, en que fué hecho, muda en un punto el colorido, la disposicion, el dibujo, porque sale á ser visto. Responden, que el cuerpecito del niño por su grande delicadeza está dispuesto para recibir las impresiones del ambiente exterior, que luego encuentra: á la manera de una espada encendida que se templá con variedad, segun la variedad del agua en que la meten. Bien. Pero no era tan tierno en el vientre de su madre? Pues por qué entonces las estrellas no tuvieron

igual

igual fuerza de templarle con sus influxos? Por ventura, por qué estaba en el encerrado? Si así es: luego será menester, al nacer el niño, ahora abrir las ventanas, ahora cerrarlas, segun los varios aspectos, ó faustos, ó fatales, que predominen mas. Pero qué necesidades son estas? No vemos que, por mas que se encierre un enfermo, ó que se repare, aun siente vivamente entre sus dobladas cubiertas las mutaciones de los tiempos; siente el menguar, y el crecer de la luna; y siente los eclipses? Cómo, pues, ha de estar impenetrable el feto en el vientre de la madre, como si para detener influxos celestes fuera mas poderoso aquel reparo delicado de carne, que el solido de las paredes, y de las colgaduras donde está el enfermo? Luego hay necesidad de considerar sobre todo este punto, que ahora se decía, de la concepcion. Y sin embargo, quién jamas lo sabrá? Replificarán, que lo arguirán desde el nacimiento (1). Mas lo replicarán á los indoctos, no lo dirán á Hipócrates, que enseña, que una muger se puede engañar aun un mes acerca del dia en que concibe: demas que hay muchos accidentes inexcogitables que pueden acelerar el parto muchos dias, ó pueden retardarle. De suerte, que aun quando el punto del nacimiento se pudiera señalar fixamente (que no se puede, por las razones traídas antes) ménos, que el se pudiera inferir el dia de la concepcion con acierto. Esto supuesto, qué se ha de hacer? Aquí no hay escapatoria. Todas las de que se valen los Genetlicos para fundar en el punto de la concepcion sus juicios (demas de ser dignas de risa, como sabiamente lo juzga Pico Mirandulano por otros capitulos), son tambien necias, porque buscan una cosa no conocida, qual es la futura suerte del hombre, guiados de otra desconocidísima, qual es este punto ahora dicho: *Lo desconocido, por*

(1) *Líb. de Natura puer.*

la *mas desconocida*; y se valen para darnos luz de una hacha apagada, que dobla las tinieblas con su humo. Por eso vuelvo, á decir otra vez: donde está la experiencia tan exultada? Quanto los Astrólogos pueden predecir de la vida de un hombre, depende, segun sus aforismos mas autorizados, de la fuerza de las estrellas en el instante en que fue concebido: pues como lo confiesa Peolomeno (1), las estrellas natales no mudan la constitucion del hombre, mas prosiguen labrándola. Ahora, este instante de la concepcion ha sido siempre oculto á todos los ojos mortales, y siempre lo será. Quién puede, pues, fundar sobre él alguna experiencia que no sea fabulosa?

Pusemos adelante. Qué experiencia les ha enseñado, ó les podrá enseñar á atribuir á las estrellas, á atribuir á los signos una multitud de efectos, que manifestamente se le deben al Sol? Vele aquí un claro exemplo. Atribuyen los calores excesivos de Agosto al signo de Leon, y á la Estrella del Can, unida á ese signo. Y sin embargo, nada ménos. Porque aquellas llamas, que nosotros experimentamos quando el Sol está en Leon, las experimentan los Antipodas, quando el Sol está en Aquario: y nuestro Agosto es su Enero: y nuestro Enero su Agosto: trocándose entre ellos y nosotros totalmente las alturas meridanas del Sol, de las cuales proviene el Verano (2). De aquí, si el mundo prosigiese viviendo aun diez mil años, el Can se adelantará á nacer en el corazon de Enero. Queremos, pues, creer, que entonces el Enero ha de ser tan ardiente, como es ahora el Agosto en los dias caniculares, porque el Can es fogoso por su naturaleza? Y sin embargo, así aconteciera, si fuera verdadera aquella distribución que hacen los Astrólogos de signos igneos, y de estrellas que arrojan fuego. Qué duda hay, pues, de que jus-

(1) Lib. 3. c. 2. (2) De Medicina.

justísimamente les atribuyen á las estrellas, como parto supositivo, lo que es del Sol, y de que por eso han de ser muy mofados, quando por la conjuncion de los Planetas en estos signos igneos pronostican incendios tan espantosos?

Pero no es cierto, que esos signos son del todo fantásticos? Pues cómo un puro nombre ha de tener fuerza de obrar las mas extrañas cosas del mundo? Y sin embargo; ello es así. Distinguen los Genetlicos, lo primero, el Cielo en doce partes, y las dan el nombre de casas, en las cuales reconocen despues tanta fuerza, que un Planeta bueno en una casa mala se hace dañoso; y un Planeta malo en una casa buena se hace propicio; como si qualquiera Planeta fuera como el durazno, que plantado en Persia es veneno, y trasplantado á Italia se da por manjar: *Puedió trasladado el veneno* (1). La primera casa, situada al oriente, dicen que es de la vida (2); y porque despues de la vida ninguna cosa se ama mas que la hacienda, dan la segunda á la ganancia; y porque la hacienda trae los amigos en abundancia, dan la tercera á los amigos; y porque la quarta está en el puesto mas principal, que se llama baxo Cielo, dan la quarta á los padres, el patrimonio, y á todo lo que proviene felizmente por la herencia; y porque por esta suelen estar bien los hijos, dan la quinta á los hijos, intitulándola buena ventura, que promete aquí Venus; y porque en la sexta, fingida sobre el occidente, descubren á Marte, dan la sexta á la fortuna siniestra, haciendo que signifique los siervos, y las siervas, y las caídas tan horrosas para los cortesanos; y porque despues de los desiguales, se siguen bien los iguales, dan la séptima á las bodas, donde se acaba la igualdad. La octava, guía de un maléfico.

Parte I. Hf li.

(1) P. Millar, tom. 3. cap. 1. *Nab. prop. 4. det.* (2) *Al. de Arg. l. 4. c. 13. §. 4. c. 16.*

fico rayo no aguardado, se arribuye á la muerte, que ya está amenazado. La nona, á la piedad, porque aquel lugar, segun ellos, está cercano al sumo Cielo. La décima, á las horas, porque está en el medio. La undécima, al genio bueno, porque allí se halla Júpiter. La duodécima, finalmente, al malo, porque así les agrada, que es tambien la razón verdadera de todo lo demás. Hábéis jamas leido ó oido gitanaría mas delectable? Verdaderamente que no son menester catapultas, quando se trata de derribar tales casas, fundadas en el ayre. Con todo eso, preguntadles lo primero á los Astrologos, por qué reparten el Cielo en doce casas y no mas? No tienen que responder, por ser la división totalmente arbitraria (1). Los agoreros antiguos las repartían en diez y seis. Por lo que á mí me toca, yo quisiera reducir todas estas casas á solos dos alojamientos, y aposentar en uno á la temeridad de quien propone estas niñerías como misterios; y en otro la ligereza de quien las cree.

Demas de esto, no solo desconviene los Astrologos en esta particion de los agoreros; mas ni aun convienen bien entre sí; porque algunos en el dibujo de estas casas siguen la arquitectura de Ptolomeo, otros la de los Arabes, otros la de Alquibicio, otros la de Cardano, otras la de Monregio (2): de donde se sigue, que teniendo cada uno de ellos una vista diversa para medirlos en la asignacion de los confines, aquel Planeta que ha de estar albergado en la undécima casa, segun un orden, y ha de significar buenos amigos, se ha de albergar, segun otro, en la duodécima, y ha de significar cautiverio.

Y despues, qué son estas casas celestes? Son por ventura palacios encantados? Son otras tantas partes del Cielo totalmente homogéneas; esto es, cada una de la misma calidad, pura, pura, de que son las otras.

Aho-

(1) Tall. de Divin. l. 2. (2) Ap. Ricciol. Almog. l. 1. c. 34.

Ahora, pues, como la quinta casa se ha de juzgar de la buena fortuna, y por eso ha de estar colmada de placeres, de convites, de conversaciones, de músicas, y de regalos; y la sexta, que es la contigua, ó que, para decirlo así, está pared enmedio, ha de recetar no otra cosa, que enfermedades, que tristezas, que adversidades? Lo mismo perseverando, la misma siempre hace lo mismo. Si los Astrologos, pues, no quieren abusar indiscretamente de la credulidad popular, es menester que demuestren, cómo jamas de un cuerpo único y uniforme ha de provenir esta diversidad de influxos tan contrarios, que al mismo tiempo llueva sobre uno acónito, sobre otro ambrosia?

Decid lo mismo de los signos del Zodiaco, meros nombres, y meras particiones arbitrarias; y sin embargo, si se quisiera dar fe á las vanidades, estos son los primeros ministros en el gobierno de todas las cosas inferiores, pues quieren que la eficacia de las estrellas se promueva, se retenga, ó se mu- de tal vez en la contraria por el signo en que se halla cada Planeta. Digánnos, pues, estos intérpretes de las cosas celestiales, qué es este Zodiaco tan misterioso por sus signos (1)? No es otra cosa que el sumo Cielo, dividido, no por la naturaleza que lo hizo todo de un modo, mas por la Astrología que le ha repartido de esta suerte en tantas divisiones mentales para hablar con leyes. Pues cómo no se avergüenzan los Generalicucos de atribuir efectos tan diversos á aquella parte del mundo superior, que en sí no tiene alguna diversidad, por misma que sea, mas solo la tiene tan grande en la fantasia de los mortales? Estas partes, que ni aun son partes reales, como lo son los miembros del hombre, mas un todo, siempre semejante á sí mismo por qualquier lado, como lo es un cristal; estas, digo, se podrán dividir total-

Fla

men-

(1) Alex. de Arg. l. 4. c. 25.

mente, con llamarlas á unas machos, á otras hembras, á unas diurnas, á otras nocturnas, á unas lucidas, á otras tenebrosas, á unas fixas, á otras peregrinas; y esas mismas tendrán sobre las costumbres de los hombres, y sus fuertes tan diferente poder, que se pueda afirmar, lo que tan descaradamente escribe Cardano: *Si asiendo Aries, estará el que ha nacido en temor de muerte violenta; si Tauro, enfermará por luxuria; si Géminis, será sollicitado para inquirir secretos; si Cáncer, será amante de las cosas públicas* (1). Hasta quando venderán los atrevidos los delirios á precio de oráculos, y los comprarán los locos?

Igual temeridad muestran estos libarjos en el determinar los efectos de las constelaciones ahora dichas, habiendo usurpado las fabulas de los Poetas por fondo, para libramos en el ayre los puntos de sus variatillos mentirosos. Ay del parto, dice Cardano: á que sirven de ascendentes dos Planetas juntos en Piscis: nacera mudo; como si las otras estrellas tuvieran voz para hacerse entender (2). Por qué no afirma, que quien naciere debajo de Cáncer, tendrá al andar ocho pieras en vez de dos; y quatro, quien debajo de Capricornio, ó debajo del Centauro? Guardaos, dice en otra parte el mismo Autor, guardaos de tomar medicina quando la luna está en Tauro. Y por qué? Notese el ingenio profundo. Porque el estómago no la retendrá; mas como el toro después de haber comido trae otra vez el manjar á la boca, y lo vuelve á rumiar; así ni te hallarás precisado á vomitar la bebida saludable con grande pena tuya. Mas poco á poco, que el toro trae el manjar á la boca, y no la medicina (3). Yo diré, pues, quando la luna está en Tauro, guardaos de tomar comida, porque la vomitaréis; y no os guardéis ménos de tomarla quando

(1) *Lib. de Revol. c. 11.* (2) *Alex. de Arg. l. 2. c. 10.* (3) *Alex. de Arg. l. 4. c. 25.*

do está en Aries, porque el carnero también rumia tanto como el toro. Veis aqui los axiomas de los Astrologos indiciarios; y segun estos axiomas, que la espiga en la mano de Virgo es fecunda de agricultores; que la lira produce músicos valentísimos; que la nave de Argos desembarca de lo alto Gobernadores de navios; que la corona les llueve diademas en la cabeza á los Reyes; que el Escorpion llena las casas que se fabrican debaxo de él de escorpiones, imposibles de desanidar, y otras insulteces semejantes; por lo qual es de grande admiracion, que los Astrologos, quando se encuentran por las calles, puedan jamas entrar si detener la risa, como Caton lo solia decir de los agoreros: *Dixit sazonadamente Caton, que se admiraba de que no se viese un agorero, quando veia á otro* (1).

Por todas estas cosas, y por otras molestas de decirse, es manifesto, con quanto agravio presume la Astrologia compararse con la Medicina, llamándose tambien arte congetural. Qué arte congetural, si aun no merece el nombre de arte? Tan privada está de toda *razon*, y de toda experiencia. O si es arte, es arte de engañador, que despoja por oro fino, lo que no se puede vender ni por oropel; ó por mejor decir, es arte de embebecador, que vendiendo oro falso, recibe el verdadero, burlando á los credulos con una alquimia mas vana, pero mas gananchosa: *Homines ratiocinantes de auro per malos medios, y que vendunt la comida y la ganancia con mentiras* (2). Ella es un agregado de fibulas, y de locturas, fundido todo en analogias pueriles, y de ningún precio; pues se sabe, que en el Cielo no hay: ni Toro, ni Leon, ni Lobo, ni Virgo, ni Escorpion, ni Sagitario, ni Piscis: mas cuerpos lucidísimos, intitulados de una manera de los Arabes, de otra de los Egiptios, de

(1) *Tull. L. 2. de Divin.* (2) *Gell. l. 14. c. 1.*

otra de los Hebreos, y de otra de los Chinos (1). Y si los Griegos antiguos los llamaron con esos nombres (introducidos, como parece mas verisimil, parte por los pastores, parte por los pescadores, acostumbrados á pasar su vida en lo descubierta), no vino de otra cosa, que de su usada licencia poetica el levantar hasta las estrellas, no solamente á los heroes de su altiva nacion, mas hasta las bestias que se asemejaban por su figura á la situacion de los astros. Y sin embargo, los Astrologos discurren sobre esto, como si aquellos nombres fueran una perfecta definicion de las cosas, errando mas groseramente, que quien á las antiguas pirámides de Egipto les hubiera atribuido virtud de abrasar todo el pais, porque tenian no solo el nombre, mas tambien la figura de fuego.

En lo demas, quando á los Planetas se les quiere dar alguna virtud real de formar el temperamento, qué experiencia les ha persuadido, ó les podrá jamas persuadir á los Astrologos un imposible; esto es, que un agente natural pueda mas desde lejos, que desde cerca, para ayudar á otro (á manera de fuego, que caliente mas á quien está distante de la chimenea, que á quien está junto á ella), ó pueda de la misma suerte mas de lejos, que de cerca, para hacerle oposicion, al modo de la remera, que aun muchas millas distante de la nave, la detenga mas, que quando está asida á los lados? Y sin embargo, afirman esto libremente, diciendo, que los influxos de un Planeta no se aumentan con los influxos de otro, ni se minoran, quando ambos estan en un mismo signo, mas solo quando ya separados por trechos inmensos de Cielos se miran frente á frente, ó se miran al través tanta, que segun quatro aspectos solos las estrellas se ayudan una á otra, ó se embarazan al obrar, y

(1) Montan. in Astról. de vita, p. 32.

fuera de éstos estan ciegas para verse, y sordas para oirse (1).

Lo mismo se ha de decir del afirmar, que un Planeta en influir pasa de un extremo á otro opuestísimo, sin pasar por el medio. No le es esto totalmente imposible á la naturaleza? Y sin embargo, Jupiter, segun sus reglas, mientras está en el último grado, en el último minuto, en el último segundo para el signo de Géminis, se reputa que está en un signo enemigo y contrario, para decirlo así, de la mala conversacion de aquellos dos mellizos mal nacidos cinco grados de negra malignidad; y con todo eso, en el primer minuto del tiempo siguiente, pasando al primer principio del grado de Cáncer, Jupiter ya no vestido de luto, mas de fiesta, no antes ha puesto el pie sobre aquel umbral afortunadísimo, quando se hace todo benéfico, y mira con quatro grados de copiosa liberalidad á todos los partos. Y esto no es mas, que queremos persuadir, que la tierra está hoy totalmente estéril, totalmente seca, como lo está en lo mas riguroso del invierno helado; y esta noche está totalmente risueña, y totalmente alegre, como lo está en la primavera: ¿Quién puede oir estas cosas, sin moverse á compasion de la gente que nos las dice? Y sin embargo, la necia se dexa persuadir, que las conjunciones, las oposiciones, los sextiles, los hexágonos, los cuadrados, los trinos, los trigonos; esto es, ninguna otra cosa; que la mera correspondencia de los signos en una figura de seis lados, pongo por exemplo, mas que de quatro (correspondencia, que en otra parte nada obra físico en la naturaleza en bien ó en mal), solo en estos siete lucidos cuerpos tiene esta virtud, que ya les viere en el seno á los hombres todas las venturas, y ya les abre á cada paso un precipicio debaxo de los pies, ó les erige un patibulo: un-

(1) Astr. de Arg. l. 4. c. 30.

tanto mas, que en las líneas se entiendo bien como llegan á constituir un cuadrado; esto es, una figura de quatro ángulos, ó para constituir un hexágono; esto es, una figura de seis; mas en cuerpos tanto número de veces mayores que la tierra, quién puede concebir estos puntos, para decirlo así, indivisibles, en que se acaban aquellos ángulos tan poderosos para obrar?

Contentaríame á lo ménos con afirmar, que para operaciones tan estupendas, como las que producen aquellos puntos, es menester mucho? No: todo se obra en un instante: mientras aquellas figuras se desvanecen en un punto con los giros velocísimos de las esferas. Y sin embargo, esto, que en un momento se obra, dura, segun ellos, toda la vida, como si las estrellas marcasen á los hombres á manera de potros, que llevan despues aquella señal contra su gusto, aun ya decrepitos.

Mas ya que no otra cosa, se contentarían con darnos á creer, que los Planetas son mas poderosos para influir quando estan sobre el horizonte, que quando debaxo? Ni aun esto consenten aquellos axiomas que lo refieren todo á solos los aspectos. Mas, ó buen Dios! No puede el Sol sensiblemente mas mil veces al doble en este baxo mundo que todos los otros Planetas? Y sin embargo, experimentamos todos, que quando está de día sobre el horizonte, calienta de diferente modo, que quando está debaxo del horizonte de noche. Pues qué experiencia les enseña á éstos que Mercurio, tan poco visible para observarse, y tan poco fuerte para obrar quando está sobre el horizonte, influye en el feto del mismo modo, que quando está debaxo? Una ligera nube quebranta los rayos del Sol, y todo lo material y mixto del cuerpo de la tierra no le podrá quebrantar á una estrella el vigor, ni se le podrá debilitar? Esto es portarlas mucho peor que los que escriben novelas, que sino nos cuentan

cosas verdaderas, nos las cuentan á lo ménos veintimiles. Por eso justamente Sixto de Heminga, habilísimo Astrónomo de su tiempo, despues de haber confesado el estudio grande que habia puesto en la Astrologia en sus años mas floridos, concluye al fin así: *Habiendo considerado con toda exlicion esta materia, enseñado del largo uso y de la mucha experiencia, averigué, que la doctrina Astrologica, á que ántes primero que la conociera, habia favorecido ardentísimamente, es imposible, falsa, digna de ningun crédito, é inútil; porque los Genetliacos no tienen fundamentos algunos de razones, y profesan, que su arte consta de solas experiencias. Y ya expusimos, que tambien las experiencias se oponen á la Genetliaca. Resta que los libros de todos los Escritores, todos los ordenes de los hombres, las lenguas de todas las gentes hablen la vanidad de la Astrologia (1).*

## §. IV.

Mas qué? Es verdadero el dicho de San Ambrosio. La sabiduria de los Genetliacos consiste toda en urdir una grande tela de araña, que bien puede prender con seguridad qualquiera mosquito; mas no se puede alabar de haber detenido hasta ahora una águila. Qué quiero decir? Los celebros debiles, con facilidad se halla, que van perdidos detras de una ciencia tan vana. Pero qué entendimiento fuerte la ha apreciado jamas? Sócrates (2) la condenó como temeraria: Piragoras y Platon, que en la Astronomia estudiaron tanto, no hicieron caso para el mundo de la Astrologia: Aristoteles (3), aquel hombre tan prodigioso en dar la razon de todas las cosas, aun las mas escondidas, cuidó tan poco de ella, que ni

Parte I.

Gg

aun

(1) Sect. ab Heminga, in. genit. Caroli K. apud Alen. de Reg. Illus. cap. 16. in fine. (2) Lib. 4. in Roman. (3) Apud Euseb. lib. 14. de prepar. Evang. cap. 4.

aún se dignó de hacer mención en algun libro suyo, ó físico ó moral: Ciceron (1) se burló de ella prudentísimamente, á imitación de aquellos hombres excelsos que alaba, los quales, con ser peritísimos de las estrellas, la escarnieron: Hipócrates (2), Galeano, Avicena, Porfirio, Plotino, Teofrasto, que fueron los mas doctos de su siglo, es cierto que la tuvieron todos por vil, como lo han hecho concordemente despues los Astrónomos mas modernos, enriquecidos con el tiempo de mayor luz. Entre éstos puede Ticon (3) con seguridad valer por un exército; y sin embargo, despues de todas las experiencias, despreció á la Astrología, como vana, y á los Astrologos, como á personas que desvarían. Tolomeo (4), que es el único que la profesó entre los hombres grandes, no la profesó por estimacion que tuviese de ella (pues en muchos lugares él tambien la derriba poco ménos que desde sus fundamentos): la profesó por necesidad; pues viendo la corta ganancia que sacaba de la Astronomía, en que era muy versado, se aplicó á la Astrología, queriendo, como lo dixo Queplero, que una hija necia, qual es la Astrología, alimentase á una madre sabia, qual es la Astronomía: madre y que la habia dado al mundo, como legítimo parto, no se puede negar; mas parto que degeneró poco á poco, quando de Astrología natural se desfiguró en Astrología judiciaria.

*Blas de Ochoa*  
*Blas de Ochoa*

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) Lib. 2. de Divin. (2) Perse in Genes. lib. 4. y Sueton. in Vita. lib. 6. (3) Lib. 1. de Stella. cap. 4. Genesios. rest. 1. & 5. Quod. aris. lib. 3.

## CAPITULO XXVI.

*Respóndese á lo principal que traen los Genéticos en defensa de su arte.*

A un falsario contumaz, convencido y cogido con el hurto de la moneda que habia falsado en las manos, con gravísimo daño de la República, no se le haria alguna injuria quando se le negasen las defensas. Mas aunque es tal el estado de la Astrología judiciaria, segun el proceso que se le ha formado hasta ahora por tantos capitulos; con todo eso, así como sus profesores tienen entre los demas mentirosos esta ventaja, que quando á los otros por una mentira que dicen no se les cree despues alguna verdad, á ellos por una verdad se les creen despues infinitas mentiras; así presumen que tienen entre los otros reos este privilegio, que no se puede jamas dexar de escucharlos: de otra manera protestan luego de nulidad. Para que cesen, pues, los playtos, oigamoslos tambien nosotros, ya que no de justicia, á lo ménos de cortesía. Y porque por via de razon no pueden traer jamas algo en su favor propio, que no se haya impugnado ya claramente, demosles campo para que vayan por via de hecho, no desdefiándonos de que formen una soberbia relacion de varias predicciones famosas que han salido de ellos, y sin embargo se han verificado no ménos en la edad presente, que en las pasadas.

## §. I.

Mas qué? No se niega que tal vez adivinan: se niega que adivinan por fuerza de arte; pues sus reglas tienen gritando contra sí, así la razon, como la experiencia y como la autoridad de todos los mayores hombres que ha habido en el mundo. Tam-

aún se dignó de hacer mención en algun libro suyo, ó físico ó moral: Ciceron (1) se burló de ella prudentísimamente, á imitación de aquellos hombres excelsos que alaba, los quales, con ser peritísimos de las estrellas, la escarnieron: Hipócrates (2), Galeano, Avicena, Porfirio, Plotino, Teofrasto, que fueron los mas doctos de su siglo, es cierto que la tuvieron todos por vil, como lo han hecho concordemente despues los Astrónomos mas modernos, enriquecidos con el tiempo de mayor luz. Entre éstos puede Ticoñ (3) con seguridad valer por un exécuto; y sin embargo, despues de todas las experiencias, despreció á la Astrología, como vana, y á los Astrologos, como á personas que desvarían. Tolomeo (4), que es el único que la profesó entre los hombres grandes, no la profesó por estimacion que tuviese de ella (pues en muchos lugares él tambien la derriba poco ménos que desde sus fundamentos): la profesó por necesidad; pues viendo la corta ganancia que sacaba de la Astronomía, en que era muy versado, se aplicó á la Astrología, queriendo, como lo dixo Queplero, que una hija necia, qual es la Astrología, alimentase á una madre sabia, qual es la Astronomía: madre y que la habia dado al mundo, como legítimo parto, no se puede negar; mas parto que degeneró poco á poco, quando de Astrología natural se desfiguró en Astrología judiciaria.

Blas de Ochoa

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) Lib. 2. de Divin. (2) Perce in Gener. lib. 2. y Secund. in Vita. lib. 6. (3) Lib. 1. de Julla. cap. 2. Genethos. rest. 1. & 5. Quod. aris. lib. 3.

## CAPITULO XXVI.

Respóndese á lo principal que traen los Genethicos en defensa de su arte.

A un falsario contumaz, convencido y cogido con el hurto de la moneda que habia falsado en las manos, con gravísimo daño de la República, no se le haria alguna injuria quando se le negasen las defensas. Mas aunque es tal el estado de la Astrología judiciaria, segun el proceso que se le ha formado hasta ahora por tantos capitulos; con todo eso, así como sus profesores tienen entre los demas mentirosos esta ventaja, que quando á los otros por una mentira que dicen no se les cree despues alguna verdad, á ellos por una verdad se les creen despues infinitas mentiras; así presumen que tienen entre los otros reos este privilegio, que no se puede jamas dexar de escucharlos: de otra manera protestan luego de nulidad. Para que cesen, pues, los playtos, oigamoslos tambien nosotros, ya que no de justicia, á lo ménos de cortesía. Y porque por via de razon no pueden traer jamas algo en su favor propio, que no se haya impugnado ya claramente, demosles campo para que vayan por via de hecho, no desdefiándonos de que formen una soberbia relacion de varias predicciones famosas que han salido de ellos, y sin embargo se han verificado no ménos en la edad presente, que en las pasadas.

## §. I.

Mas qué? No se niega que tal vez adivinan: se niega que adivinan por fuerza de arte; pues sus reglas tienen gritando contra sí, así la razon, como la experiencia y como la autoridad de todos los mayores hombres que ha habido en el mundo. Tam-

bien los Sortilegos, tambien los Agoreros, tambien los Arúspides, tambien los Intérpretes-del Cielo tonante, y muchos otros no dexaban en Roma de adivinar de otra manera no se puede dudar, que mintiendo siempre no hubieran llegado á tan grande estima. Diremos por eso nosotros, que sus adivinaciones procedian de arte de antever lo futuro, y no de supersticioso desvanecimiento; sacado de aquello que segun ellos, les decian á uno las suertes, á otro los animales, á otro el ayre, y á otro los simples hondeados del humo que volaba arriba, ya derecho, ya obliquo, ya denso, ya extendido? Lo cierto es, que un ciego no puede jamas divisar el blanco; y sin embargo, tambien un ciego tantas veces puede volver á tirar, que finalmente acierte á el: *Quién hay que tirando toáo el día, no dé tal vez en el blanco* (1)? Decia Tullio, hablando de los Astrólogos de sus tiempos. Y no ménos graciosamente lo notó despues Séneca en los de los suyos, quando dixo, que habian hallado el verdadero camino de adivinar la muerte de Claudio César, prediciéndola antes todos los años, y despues todos los meses hasta que sucedió: *Es manifesto, que dicen alguna vez la verdad los Matemáticos, que matan á Claudio, despues que su hijo Príncipe, todos los años y todos los meses* (2). Y si los Historiadores que han referido las verdaderas predicciones de los Genethiacos, hubieran contado con igual fidelidad sus verdaderos deslumbramientos, halláramos, que antes que diesen una sola vez en el punto, habian vaciado mil aljabas de flechas, que habian volado en vano: *Todas las verdades que dicen, ó temeraria ó astutamente, en comparacion de lo que niñeren, no es la parte millésima* (3). Esto afirma el Filósofo Favorino de ellos, y con

(1) *Tul. de Divin.* (2) *In ludo imper. mort. Claud. Cesar.* (3) *Gell. lib. 14. cap. 11.*

suma razon; pues prediciendo las cosas que no dependen de las causas naturales, sino de las libres, ó no dependen á lo ménos individualmente, es fuerza que sus vaticinios, si por ventura se verifican, sean golpes de la fortuna, admirable en sus juegos, y no tiros del arte. El que se aumente el patrimonio, ó se disminuya, proviene, ó de la Industria humana, ó de la Providencia Divina, ó por mejor decir, de las dos unidas. Pues como entra aqui Júpiter á derramar en el seno de alguno grandes riquezas, ó como entra Saturno á atarle á Júpiter las manos para que no las vierta? Esto no es, ni frio ni caliente, ni húmedo ni seco, que son la mas amplia esfera que se le puede conocer á la eficiencia de los planetas, si queremos discurrir como Filósofos, que buscan las causas de las cosas, y no como embusteros, que las fingien.

Y lo que he dicho de los sucesos morales se ha de decir de los casos fortuitos de encontrar tesoros, de incurrir en adversidades, de caer en el agua ó en el fuego donde ménos se piensa. Estos casos, como no tienen debaxo de Dios causa propia, sino accidental, así no estan sujetos á mas ciencia que á la Divina; la qual por eso los puede saber, porque es la que quiere ó la que permite aquella combinacion de operaciones, de donde se siguen aquellos sucesos impensados para todos los entendimientos humanos, sin que las estrellas, formadas para diferentes fines, tengan en ellos alguna parte.

De los demás efectos, que tienen toda su causa en la naturaleza, tampoco pueden los Astrólogos alcanzar algo, sino es andando á tienta; y esto porque no observan mas causas al predecirlos que las universales, que no tienen virtud de determinar los efectos, sino solo de concurrir á éste ó á aquel sujeto á su esfera, segun le obligan á eso las inmediatas. El que repara en una cocina encendido un gran fuego,

solo puede adivinar temerariamente de qué maneta ha de salir el banquete que ha meditado el maestra-sala; pues para adivinarlo con arte, sería menester observar demas á mas la caza prevenida en la despensa, los pollos, los peces, las aves, y todo quanto es necesario para un magnifico convite; porque el fuego de su lado está diferente para sazonar todo aquello que se le pusiere delante del mismo modo. Así el Sol, la Luna, y mucho mas los planetas y las constelaciones, de fuerzas tanto mas desconocidas, son de su parte causas indiferentísimas de los efectos sublunares, y dexan que las determinen con variedad la materia que encuentran por el camino, y las disposiciones, ya adversas, ya propicias, para producir la fortuna.

De aquí nacen las adivinaciones que hacen tan frecuentemente los Médicos, los Marineros, los Labradores, porque observan las causas particulares, y las disposiciones que hallan en los cuerpos, en las nubes, en las nieblas, y en todo el emisferio descubier-to á su vista (1); y de aquí tambien el deslumbramiento que padecen los Astrólogos todos los dias en sus Almanaques, en tanto grado, que afirmó Pico, como hombre de bien, que de ciento y treinta dias que habia observado, segun las predicciones astro-lógicas de aquel año, apenas encontró seis ó siete que no se apartasen mucho de la verdad: lo qual parece mas manifesto quando los Astrólogos se dan á pronosticar sucesos mas desusados, porque en éstos aciertan menos que en los demas. Y sin embargo, si su arte fuera verdadera arte, y no oficina de quimeras, en éstos habian de acertar mas, pues los efectos mas extraños (como los que provienen de causas mas solemnes y mas señaladas) les vendrian con mas facilidad á los ojos. Refiere Escaligero (2), que

(1) Lib. 2. in *Astrolog.* cap. 2. (2) *Miliet.* l. c. prop. 6.

el año de 1186 juntándose los planetas superiores con los inferiores, predixeron los Astrólogos tales torbellinos y tales tempestades, que podian dar terror hasta á las torres; y sin embargo aquel año fué mucho mas sosegado que todos los otros. Del mismo modo el año de 1324 por algunas conjunciones grandes de planetas en los signos aqueosos, y por algunas medianas, predixeron en el Febrero inmediato un diluvio inaudito en toda la tierra, con tal aseceracion, que espantadas varias Provincias de Europa, se previnieron de mas de una barca, bien calafateadas, bien cerradas, y tambien bien proveidas de vituallas, para hacerse cada uno para su familia como nuevo Noé en aquel universal naufragio; y sin embargo corrió despues aquel Febrero todo tan sereno, que no cayó del Cielo en él ni una gota tan sola, para confusion de tantos engañadores del universo y de tantos engañados. Mas esto quiere decir, atender á las causas remotas mas que á las próximas. De donde aquí se puede ajustar oportunamente la sentencia que dió aquel famoso Principe (1), que animado de un Astrólogo á intimar una hermosa caza con promesa de tranquilísimo Cielo todo aquel día, oyó por el camino decir á un rústico que guiaba el harado, que se guardase, porque podia tardar muy poco en llover: así fué. De donde alterado aquel Grande, llamó al gaffan por Astrólogo á la Corte, y condenó al Astrólogo á que fuese por él detras de los bueyes.

Ahora, si no sabeis coger aquellos renuevos que tienen sus raíces en la naturaleza, con qué garavato llegarán aquellos frutos, que son partos de solo el libre albedrio?

(1) *Corn. á Esp. in Jerem. l. c. n. 2.*

## §. II.

Mas dixé mal quando afirmé, que los Genetlicacos adivinan sin arte; antes adivinan frecuentemente con grande arte, mas de engaño. Lo primero suelen predecir cosas, que no sucediendo, fueran mas admirables que sucediendo: *Una gran dama canina con suceso poco feliz; terminase un gran pleyo con la concordia de las partes: un correo trae una grande nueva: guerras, sediciones, iras de Príncipes, que amenaza Marte; opuesto á Mercurio; matrimonios que descomponen Mercurio en la séptima; prodigialidades y desperdicios que significa Marte en la undécima.* Y qué proposiciones son estas, para pue se tengán por predicciones, quando quien dixera la verdad, negando que ha de suceder alguna de ella, fuera mayor Astrologo que todos quantos la dicen defendiéndolas? Y sin embargo, un solo anuncio de éstos que se verifican en toda la extension de la Europa, váis aquí que canonizan á la Astrologia por venerable.

Por otro lado apuntalan con tantas condiciones estos pronósticos, aunque universales, que bien se echa de ver que ni aún sus arquitectos mismos los tienen por sólidos: *Un potentado sanará de una grave enfermedad. Se entiende, dicen, en quanto á lo que viene de las estrellas, quedando despues que ver, que el Médico no haga traicion, que la medicina no tarde, que el enfermo de su lado no se desordene, que Dios no le quiera castigar por otro capitulo: tambien pudieran añadir este, que no se muera antes de levantarse de la cama; y con el adelantar todo el estudio sobre las tablas de Tolomeo, toda la inspeccion de los astros, y toda la locura de los Astrologos.* Y qué libradorcillo hay, que no sepa predecir algun efecto debaxo de esta limitacion, con tal que conspiren entre sí de concierto todas aquellas causas á que pertenece el producirle?

## §. III.

## §. III.

Mas por ventura la ligereza de los hombres no concurre tambien fuertemente á acreditar una arte tan fallida? Podemos decir, que los pronósticos que se han verificado en alguna parte son tantos, quantas son las bocas del Nilo, y los que no se han verificado son tantos, quantas son sus arenas; y sin embargo sepulta el vulgo en perpetuo olvido las continuas falsedades de los Astrologos, como se hace con los muertos en la campaña: y aquel único suceso que es feliz lo sea en triunfo en todas las hojas volantes, como á un héros. Quántos le predixeron á Pompeyo el Imperio de Roma? Quántos se le predixeron á César (1)? Y sin embargo de tantos Astrologos falsos, ninguno sabia nada, si no lo hubieran contado para su infamia un hombre cuerdo, qual era Tulio. Por el contrario, porque Nigidio, en el nacimiento de Augusto, le dixo á Octavio su padre, que habia nacido el Señor del mundo, el nombre de Nigidio voló sobre los astros quando fué Emperador Augusto. Y sin embargo no pudo decir esto por una adulation, que salió prospera por la combinacion de mil accidentes, que era imposible entónces que los adivinase alguna humana mente? Si no hubiera salido tal, Nigidio no hubiera pudecido cosa (afirmando todos los Astrologos á una voz, que por el oroscopo de una persona sola no se puede saber lo que le pertenece á la República, y mucho ménos á la mudanza de la República en Monarquía) y porque salió afortunada, pudo Nigidio poner en crédito el arte, á pesar de la razon (2).

Del mismo modo no sabe el vulgo advertir, que

Parte I. Hh muy

(1) Lib. 2. de Divin. (2) Jul. Firm. lib. 2. cap. ult. Cur. sect. 2. apud. ult. Et in gent. Caroli P. Et ali.

muy frecuentemente no se ha previsto el suceso como futuro, mas la sucedido porque se juzgó previsto. Me explicaré. Para alentar á su exercito para la batalla que quería dar á los Romanos, le dixo Anibal, acuartelado en las Cajas, que la victoria era cierta, porque las estrellas le habian anunciado aquel paso colmado de gloria. Y así fué á la verdad, no porque las estrellas se la hubiesen anunciado, sino porque animados con aquella falsa persuasion los soldados, pelearon con tal brio, que hicieron grande estrago en los enemigos. Así aquel consiguió el matrimonio que le predixo el Astrologo, aquel la dignidad, aquel el dinero, no por virtud de los planetas, que se empeñasen en favorecerle, mas por la industria que despertó en ellos el varicinio. Esto hizo que se diesen á traer los tratados de la parentela con mas calor, á cotejar, á contratar, á emprender todo aquello, de donde se prometian toda buena fortuna, y así lo consiguieron. Por el contrario, el pronóstico de haber de morir de parto puso en aquella muger tal tristeza, que despues murió de él; el pronóstico de que se había de perder el pleyto, hizo que se descuidase en la causa; y el pronóstico de haber de perder la ganancia, hizo que se cortase el comercio; y así todo esto fué mal verdadero. Y Mas por qué fué? Porque el hombre lo hizo salir verdadero por sí mismo, no porque lo hiciesen las estrellas.

En todo caso es certísimo, que los sucesos mas hermosos que traen los Astrologos en prueba de su arte no se podian prever, aun estando á lo que afirman sus autores; porque los mas hermosos son los que mas llegan á la expresion de todas las circunstancias individuales. Y sin embargo Tolomeo, siguiendo en esa escuela como maestro irrefragable, afirma, que no pueden los Astrologos, segun el arte, predecir

oir mas que cosas gruesas, genericas é indefinidas (1): Pongo por exemplo: bien pueden predicarle breve ó larga vida á un hombre, mas no el dia puntualmente de su muerte, y mucho menos el modo, si con lazo, si con espada, si con piedra, si con pistola; porque las estrellas no se meten en estas predicciones, es menester para ellas Dios: *Sons los inspirados del Nimen*, dice Tolomeo, *predican las cosas particulares*. El decir, pues, que Marte en la octava casa significa muerte con veneno, ó que la causa; y el decir que Mercurio quemado predice incendios derivados del fuego artificial, siendo Mercurio el padre de las artes, no solamente es soñar con los ojos abiertos, sino tambien es contravenir al que enseña la profesion misma, traspasando mucho los limites establecidos por sus leyes. De donde aquel Astrologo (2) que predixo de sí en Milan, que le mataría una víga, que caería sobre su cabeza, y no el cuchillo (á que le había condenado su Principe, solo para que se viera que era mentiroso), si le mató verdaderamente la víga quando iba al cepo, es cierto que no lo podia saber por las estrellas sus familiares; porque en todas las estrellas no hay aspecto, no hay combinacion, no hay congresso que signifique muerte de víga en la cabeza, como él mismo, segun sus reglas, lo debía tener por firme.

Para comprehender, pues, muchas en pocas, veis aquí finalmente á qué punto se reduce todo el oro, que por tan escogido venden los judicarios. Si tiene algo de verdadero, ó lo libró la casualidad, favoreciendo como á su bienhechor, á quien mas tiró á adivinar, ó lo libró una alquimia tomada de formas ambiguas y de ficciones astutas, que corre entre ellos, ó lo libró la credulidad de la gente,

Hu 2

(1) *Quadr. lib. 2. Genit. man. 2. (a) V. Alex. de Angel. lib. 2. cap. 27.*

te, amiga de aceptar por oráculos los embustes, solo con que se espere alguna utilidad.

## §. IV.

Para quien estas minas no parecen bastantes, señala San Agustin otra mas profunda (1), adonde yo no me atreviera á bixar, si animandome por el camino un hombre tan grande, no me llevase con su propia mano. Y esta mina es lo íntimo de los abismos; siendo este banto de opinion, que tales adivinaciones proceden con facilidad en varios casos por obra de los demonios: *Consideradas todas estas cosas (veis aquí las palabras de este insigne Doctor, despues de un largo discurso que hizo sobre estas predicciones), consideradas todas estas cosas, no sin razon se cree, que quando los Astrologos responden maravillosamente muchas cosas verdaderas, se hace por oculto instinto de los espiritus no buenos, que cuidan de introducir y fortalecer en las mentes humanas estas opiniones falsas y dañosas de los hadas y de los astros, no con alguna arte de oroscopo notado y mirado, que no la hay (2).*

Ni haya quien oponga, que habemos dicho ya, que el futuro accidental ó arbitrario de que se habla, está oculto tambien á los demonios; porque llegan á adivinar mucho con su aguda sagacidad, mucho con su antigua experiencia, mucho con su atenta investigacion, y aun mucho mas con el poder, que Dios tal vez les permite de efectuarlo para mayor engño de aquellos desdichados, que no siendo mas que hombres como los otros, se dan á la Astrologia, porque quisieran parecer Divines entre los hombres, burlándolos y engañándolos los Angeles prevaricadores, á los quales está sujeta esta parte íntima del

(1) S. Aug. lib. 1. de Dicit. Christ. cap. 21. 22. 23. Et lib. 2. de Gen. ad lit. cap. 17. (2) De Civit. Dei, lib. 5. cap. 7. in fine.

del mundo, segun el orden de las cosas, por ley de la Divina Providencia (1). Y así puntualmente dexó Dios, que quedase engañado infelicitisimamente Juliano Apóstata, de quien escribe el Nacimiento que su familiaridad execrable con los diablos tuvo principio de la Astrologia; esto es, del arte de formar el nacimiento á éste y á aquel, y del deseo de saber de aquellos malignos lo futuro, escondido al mundo; las quales artes siguió despues la exercitacion de los encantos.

De aqui notó doctamente San Agustin en los lugares traídos, que quando el Señor en sus Divinas Escrituras nos vedó que anduviésemos detras de las adivinaciones, no nos lo vedó porque ellas tal vez no se verificasen, nos lo vedó porque aunque se verificquen, son infieles; y aun entónces son mas infieles quando mas se verifican, porque entónces son mas poderosas para entredar á los incautos, que dis-ciernen mal lo que ellos hacen de lo que hacen los diablos, prontos para meterse (aun sin que los llamen) en el corazon del hombre, quando soberbio se quiere levantar á sí sobre sí, como lo hizo Lucifer, y hacerse en la ciencia semejante á Dios.

Y esta tambien fué la causa por qué los Doctores Sagrados (2), las Leyes Civiles y las Canónicas, las Bulas de los Pontifices, y qualquier Magistrado universalmente han perseguido siempre á los Gené-licos, como á peste de la República, no solo por la perversion de las costumbres que causan en los otros, principalmente entendiendo en los corazones esta opulion, que en vez de la Providencia Divina,

(1) S. Aug. lib. 3. de Gen. ad lit. cap. 27. S. Aug. de Dicit. Dicit. S. Aug. de Dicit. Christ. cap. 23. Et lib. 2. de Gen. ad lit. cap. 17. (2) De Civit. Dei, lib. 5. cap. 7. in fine.

son las estrellas natalicias los arbitrios que á qualquiera le dispensa en el bien y el mal, sino mucho mas por la perversidad de que es menester que esten colmados en sí mismos, haciéndose discipulos pésimos de maestros peores con sujetarse, aunque sin querer, á los fraudes de los espiritus rebeldes, padres igualmente, como los llamo Lactancio (1), de la Astrologia y de la Magia.

Quén, pues, será el juez iniquo, que despues de haber escuchado esta raza de reos, los quiera absolver, como si se defendieran bastanteamente? Antes qualquiera los ha de condenar sin tardanza, no pudiéndose tolerar en el Género Humano un momento solo quien por eximise de la Providencia celestial, elige antes de buena gana, sujetarse á las ilusiones diabólicas, graves en la Magia, pero quizá mas graves aún en la Astrologia. En la Magia retienen los demonios la propia forma de larvas espontosas y de lamas sucias: en la Astrologia vienen con hábito bordado de estrellas.

## CAPITULO XXVII.

*Razones que hacen manifesta á qualquier entendimiento bien dispuesto la inmortalidad del alma humana.*

El proceder, como fuente que ha nacido en el cielo, de sangre infecta, es infelicidad, no es culpa: de donde lo reputan los hombres por objeto de compasion mas que de vituperio: pero el renunciar espontáneamente la nobleza, que nos ha transundido en las venas un excelso linage, no se puede oír en qualquiera que sea sin enfado; pues es portarse, como se portara una fuente, que habiendo salido de los minerales del oro por donde paso, corriera á per-

(1) *Lib. 2. cap. 17.*

derse por voluntad á un zarzal. Al mismo modo el ser bestia por su naturaleza no es deshonra, para decirlo así; porque la que lo es no podia nacer mas que bestia: mas el querer ser bestia por eleccion, quando por naturaleza se poseía un puesto poco inferior al mismo de las Intelligencias celestiales, ó qué vituperio! Y sin embargo de esta raza son los que defendiendo que nuestra alma es cuerpo, renuncian el grande privilegio de la inmortalidad, y se atribuyen la gloria de no tener en el nacer y en el morir ventaja alguna sobre la generacion de los jumentos: *Una es la muerte del hombre y de los jumentos, é igual la condición del uno y de los otros. Del mismo modo espiran todas las cosas, y nada tiene el hombre mas que el jumento (1).* Dignos de que se les dé por pena lo que ellos locamente esperan por suerte; esto es, volver algun dia á la antigua nada; pero mas justa pena será para ellos el vivir siempre miserables, que el dexar para siempre de vivir, y así acabar las miserias de que se libra quien no vive.

Entretanto para poner mas en claro, que su engaño es mas voluntario que natural, declararé aquí brevemente las razones que tienen eficacia para conseguir de qualquier entendimiento bien dispuesto un firme crédito de nuestra Inmortalidad. Y porque en las batallas la multitud confusa mas suele servir de impedimento para vencer, que de ayuda, dispondrémos el número de los argumentos en dos escuadrones; el uno contendrá las razones físicas: el otro contendrá las morales; y los dos juntos espero que serán dos cuerpos invencibles de exército para vencer toda duda sobre este pleyto; de suerte, que aun en esto necesitéis de hacerlos mas fuerza para dexar de creer que para creer, si no sois tambien vosotros de aquellos que tienen guardada la mente de obs-

(1) *Ecol. 3.*

finación; está es, de aquella malla, que es sola impenetrable para todas las sietas de la verdad.

## CAPITULO XXVIII

*Por las operaciones intelectivas del alma racional, se hace claro que es inmortal.*

Puede contarse, entre las mas ostentosas fábulas de los antiguos, el arte de que se valió Ulises para hallar á Aquiles disfrazado, y mezclado con las damas en la Corte de Diomedes. Y fué que penetrando el discreto Capitan hasta dentro de la cámara, expuso á la pública vista de aquellas doncellas, con todo género de galas mugeriles, varias armas tambien de las mas escogidas, y de labor exquisita: de donde concurriendo á porfia todas las damas á mirar la bizarría de los vestidos, de los velos, y de los otros nobles adornos desfogidos con abundancia, solo Aquiles se detuvo á hacer prueba de las armas y á manejarlas, no haciendo caso de lo demas. Ahora, aunque la Poesía sirve mas para recrear el entendimiento, que para instruirle, quiero con todo eso que aqui nos sea muestra de la verdad, ó que nos aproveche, ya que no de otra cosa, á lo menos de guía para encontrarla, llevándonos debajo de la alegoría de la fabula ántes traida, la hecha encendida delante. La alma humana, confundida entre las substancias corruptibles, y cubierta de despojos tambien caudacos, queda tan desconocida de algunos, que falta poco para que no la discrietan de las bestias, y hagan en su corazón igual caso de todas. Mas nosotros, para enterarnos mejor de su naturaleza, superior á todos los seres materiales, vamos averiguando con un poco de sagacidad qué genio tiene, qué natural, qué instinto, qué operaciones; y si en todo esto no viéremos tanta grandeza, que nos necesite á juzgarla de

de una condicion, que trasciende todas las cosas mortales, yo me doy por contento con que la despreciemos al fin como á mortal; no mereciendo la estabanza de incorruptible aquel cedro, que habiendo nacido entre nosotros, no tiene que hacer con los del Libano. Pero si es, como se predica, para qué insular de ella?

Dos son las operaciones propias del alma racional: la una es el entender todo lo verdadero, y pertenece al entendimiento: la otra es el amar todo lo bueno, y pertenece á la voluntad. Empecemos por el entendimiento, que domina en este cielo, como el Sol, de donde nos suministrará tales indicios, que adivinemos la verdad.

*El Sol te dará señales*

*Manifiestas y patentes:*

*Quién á afirmar que lo falso,*

*Dirá el Sol, ha de atreverse?*

Discutramos, pues así.

## §. I.

Es indubitable, que un ser meramente corpóreo no puede obrar acerca de un objeto meramente espiritual; esto es, descargado totalmente de toda materia; porque las causas no pueden traspasar los confines de su naturaleza, de suerte que posean una naturaleza mas noble para obrar, que la que poseen para ser: *De aquel modo obra qualquiera entidad de que es* (1). Ahora, la alma humana conoce las cosas inmatrimales, y entiendo los objetos puramente espirituales, entiendo las inteligencias, entiendo á Dios: luego se sigue, que en su ser es tambien espiritual, y libre de qualquiera materia: De otra manera qué nos

Parte I.

II

pu

(1) S. Thom. 2. p. 9. 75. art. 2. in corp.

pudiera referir de las cosas superiores á los sentidos. Nada mas que lo que los sentidos nos saben referir de las cosas superiores á su esfera. De donde como los ojos no saben jamas distinguir lo que es s6n, ni las orejas saben jamas discernir lo que es resplandor; así el entendimiento no supiera jamas formarse alguna idea de las cosas que no tienen cuerpo, si no fuera incorp6reo.

Ni solamente el alma sabe conocer los objetos espirituales, mas á aquellos mismos que son del todo sensibles, los sabe, para decirlo así, espiritualizar y despojar del cuerpo, considerándolos en universal, y no segun aquel ser que tienen en sí, mas segun aquel ser que les da en abstracto; esto es, abstra-yéndolos de la materia, del lugar, del movimiento, de la cantidad, del tiempo, y de todas las demas condiciones propias del individuo. Y de esta forma son los conocimientos científicos, y principalmente las matemáticas y las metafísicas con que el entendimiento, sueltizando y como sublimando las cosas, y sacando de ellas, para decirlo así, un espíritu de inteligencia, se viene á aparecer de un como puro alambicado de la verdad. Pues si el modo del obrar sigue, como se dixo, al modo del ser, quien no ve que aquella mente, que con sus operaciones les da al objeto tal ser inmaterial, está adornada de ese ser en su fondo, y aun está adornadísima: pues como lo enseña el Fil6sofo, la potencia siempre es mas noble que su objeto: *Lo que hace es mas digno de ser honrado que lo hecho* (1).

Añádase, que el alma se conoce á sí misma, y á sus actos, y los conoce con una admirabilísima reflexion, conociendo hasta del conocer: conoce sus pensamientos, conoce sus prop6sitos, conoce sus deseos. De donde tambien por este capitulo se debe confesar, que

(1) De Anim. text. 19.

que es inmortal, porque tiene en sí misma un manantial inagotable de verdades; de suerte, que como puede siempre obrar, sacando nueva agua de conocimientos de su fuente, así tambien puede siempre vivir. Y sobre este apoyo han fundado los Fil6sofos aquel su celebrado axioma: *Todo lo que puede hacer reflexion sobre sí, es inmortal* (1); queriendo, que como el movimiento circular, por su naturaleza, no tiene término, al modo que le tiene el movimiento recto; así el movimiento intelectual de las substancias, que hacen reflexion sobre sí mismas, sea perenne; quando el movimiento de las potencias cognoscitivas, que no se pueden reconcentrar en sí mismas, está sujeto al tiempo, como lo estan todas las potencias de los brutos.

Pero mas claramente podemos nosotros inferir esta asercion de la grandísima capacidad de la esfera, que les ha abierto la naturaleza á las operaciones del alma racional: esfera poco ménos que infinita.

Entre todas las cosas posibles, ninguna hay que no pueda ser objeto del entendimiento humano. Antes qualquiera verdad tiene para él fecundo el seno de descendencia numerosísima de otras verdades semejantes; pues sabe la alma combinar una con otra: y ya subir de los efectos á las causas, ya bajar de las causas á los efectos; sabe penetrar las cosas que son; y sabe tambien discurrir sobre las que no son: sabe fabricar nuevas máquinas; sabe figurar nuevos mundos, sabe fingir nuevas ideas, sin acabar jamas. Ahora, quien no ve claramente en estas operaciones aquel ser ilimitado, propio de las substancias inmaterialísimas, que en virtud de su amplísimo modo de conocer, llegan poco ménos que á transfigurarse en todas las cosas? Qué relacion tienen estas noticias con el bien del cuerpo, siendo éstas prendas que ponen ca-

(1) Auct. h. de Cos.

si en competencia las mentes humanas con las inteligencias celestiales?

Y en estos conocimientos que nada sirven á alguno de los sentidos, mas son como un mero adorno para el alma, experimenta ésta puntualmente sus mayores deleites. Arquimedes en el baño, hallando el modo de pesar la liga que habia mezclado el artífice en el oro de la Corona votiva del Rey Jeron, concibió tanto júbilo, que habiendo casi salido de sí, y no solo de aquella agua, corria desnudo, diciendo á gritos por las calles publicas, que lo habia al fin hallado: *Le hallé, le hallé* (1): como que buscaba en quien volver á verter prestamente la crecida de su gozo; tan colmado era. Pues si la alma en sus conocimientos no solamente es capaz de este solaz, en que el cuerpo y los sentidos no tienen parte alguna; mas es capaz, en grado tan excesivo, que la saca existente, casi del cuerpo, y de los sentidos; quién no llegará á concluir con evidencia, que no está sumergida en el mismo cuerpo como substancia material tambien ella, mas se levanta sobre él, y sobre todos los sentidos como puro espíritu?

Poned ahora á cotejo las noticias de los brutos, si así os parece, y tambien sus placeres. Las noticias son tan escasas, que no solamente no exceden la esfera de las cosas sensibles, mas están tambien limitadas á aquello, meramente que le sirve al cuerpo, ó para el mantenimiento del individuo, ó para la propagacion, á lo mas, de la especie. Y aun entre las cosas sensibles no conocen jamas mas, que las particulares que se dan actualmente; ni jamas hacen caso de saber en general, el origen, ó las ocasiones, no juzgando de los objetos mas, que tan groseramente, quanto los perciben.

(1) *Plat. in Cal.*

den, ó como amigos de su naturaleza, ó como enemigos.

Y los placeres cuáles son? Son por ventura los que solicitaba Caligula para su tan querido caballo, quando no contento con haberle formado la caballeriza de mármoles, los pesebres de marfil, y la gualdrapa de púrpura, mas que Real, le señaló su noble servicio de pages, con intento de criarle tambien Consul, y poco ménos que compañero en el Principado? Nada ménos. Los placeres son aquellos solos, que con cortísima renta pueden los brutos exprimir de sus dos infimos sentidos exteriores; esto es, del tacto, y del gusto. De donde si aquel Emperador no se habia vuelto aun mas bestia que su bestia, podia echar bien de ver, que sería de mas favor para ella una anega de cebada escogida, que muchas de tantas ostentaciones, y de tantas vanidades.

Y quién sabe, que si de los otros tres sentidos mas levantados; esto es, de la vista, del oido; del olfato, percibe un bruto alguna flor de solaz, solo es, porque estos sentidos le traen alguna nueva de algun objeto que sea gustoso, ó que sea agradable á los otros dos? Así no le son gratos los olores mas que en quanto le dan indicio de la comida, ó presente, ó próxima; ni le es grata la vista de las laderas, de los prados ó de las florestas, mas que en quanto sirven para recrearle con sus pastos: y si bien, alguno de los brutos vence á los hombres en la perspicacia del ver, como el lince, del oír, como la liebre; del oler, como el perro de muestra; no encontraréis jamas que se valga de esta perfeccion para su fin, que para proveerse de objetos agradables al cuerpo, ó para repeler los nocivos. Quando el hombre no solamente es capaz de deleites superiores á todos los sentidos, mas á aquellos mismos que recoge de los sentidos, y los sabe dirigir á un fin altísimo de aprender alguna verdad escondida; ellos: haciendo por

eso mas estimacion de aquellos placeres sensibles, que son mas oportunos para las ciencias y para las experiencias. Y en aquellos mismos que se ordenan á la conservacion de la vida, ama ordinariamente mas que ninguna otra cosa la invencion y el ingenio, como se ve clarísimo en los convites, donde la menor empresa es tal vez la que pertenece á la gula, en comparacion del aparato, de la plata, de los triunfos, de las músicas, de los platos, y del orden que se da á los manjares, con tanta disposicion, que no se requiere ménos arte en un Maestro-Sala para esquadronar un número sin número de platos en una mesa, que en un Capitan para esquadronar un ejército en la campaña.

Por eso, viendo que los rios reducidos á cañiles estrechas adquieren mayor fuerza, reducimos tambien nosotros á breve, todo lo que se ha traído hasta ahora; decimos así: La substancia escondida de qualquier tier se conoce por su operacion, como la raiz por la planta, porque fué hecha, y la operacion se conoce por su objeto, como la planta por el fruto; á que se ordeno. Por eso, considerando nosotros el objeto propio de los conocimientos de los brutos, por una parte sumamente coartado en su esfera, y por otra parte en su esfera misma nada fecundo, mas que de aquellos bienes que son agradables al gusto para vivir, y al tacto para engendrar, debemos colegir, que la substancia de su alma está totalmente sumergida en las vicisitudes del cuerpo, de suerte, que no se puede separar de éste, sin dexar al instante de obrar, y consiguientemente de ser. Por el contrario, mirando nosotros el modo de obrar del alma racional, tan superior á lo que recrea ó le da gusto al mismo cuerpo donde se alberga, estamos precisados á confesar, que el alma es superior incomparablemente al mismo cuerpo, de suerte, que ni muore juntamente con él, ni la domina el tiempo, mas tiene al tiempo debaxo de sus pies para dominarle.

§. III.

## §. III. II. 3

Mas sin embargo, aun en esto me falta que añadir de mas fuerza. Si el cuerpo muere, es porque fuera de sí tiene infinitos contrarios que le combaten, é infinitos tambien dentro de sí, como los tiene qualquier compuesto. Mas la alma simplicísima ¿qué contrario puede tener? Recibe ella en sí misma, con suma paz, todos los contrarios posibles, conociendo á un tiempo lo verdadero y lo falso; lo caliente y lo frío; lo claro y lo obscuro; lo dulce y lo amargo; en tanto grado, que éstos no solo no la traen mal alguno, mas la dan mas valor, haciéndola siempre mas inteligente, como lo debe ser. Pues cómo ha de morir tambien ella, si nada puede darle la muerte? Se ha de matar por ventura á sí misma? Y si los sentidos corporales, reciben daño aun de sus objetos mas agradables, quando éstos son excesivos, encendiéndose los ojos con un encendido resplandor, y ensordeciéndose los oídos con un ruido muy grande; solo el entendimiento recibe mayores fuerzas de la excelencia de su objeto: y quanto mas conoce, tanto se va haciendo siempre mas hábil para conocer mas. Qué temor, pues, puede tener de perecer, quien no tiene ni aun quien le debilite? *At me persuadunt...* (decia Tulio, aunque por boca agena) á que siendo simple la naturaleza del animo, y no teniendo en sí algo mezclado, desigual y desemejante á sí, no se podia debilitar; y á que sino podia, no podia morir (1). Razon de tanto peso, que no hay alguno entre los Teólogos, que no la haya hecho tambien triunfar solemnemente sobre su cátedra.

(1) De Senec. p. 171. la alma, volando la abscisa...

## CAPITULO XXIX.

*Inferes la misma verdad de las operaciones voluntarias de la alma.*

Aquella admirable proporcion que se repara entre dos cuerdas tiradas á un mismo són en una docta cítara, se puede contemplar aun de modo mas alto entre las dos potencias supremas del alma, el entendimiento, y la voluntad. Nunca se puede tocar la una, sin que suene la otra. De donde, quanto por el instinto, por el natural, y por la naturaleza inmortal que posee el alma racional, han demostrado hasta ahora las operaciones del entendimiento, tanto proseguirán tambien demostrando las operaciones de la voluntad: salvo, que acerca de éstas se nos ofrece de mas á mas que considerar la libertad, propia totalmente de solas las potencias espirituales que se determinan por sí mismas; á diferencia de las potencias corpóreas, que siempre son determinadas por sus objetos.

## §. I.

Si la alma dependiera del cuerpo, debiera necesariamente seguir todas las inclinaciones del cuerpo como las bestias. Un caballo, á quien se le ha puesto delante la cebada, no la sabrá jamás mandar á su genio voraz, que se abstenga de ella si no está bien harto. Y así lo debiera con proporcion hacer la alma en semejante caso, si fuera corporea: de donde, á la presencia del objeto gustoso jamás supiera rehusarlo animosamente, por anteponerle el honesto, aunque aspero. Y sin embargo, vemos que sucede á cada paso lo contrario en tanta gente, como es, la que milita por la virtud. Vemos verificarse en ella, lo que observaba Aristóteles; esto es, que el apetito superior manda al inferior, como el Rey que domina á

su

su vasallo (1). Vemos que le refrena, de suerte, que no traspase los términos de lo permitido. Vemos que quando los traspasa, es porque la voluntad, condescendiendo de su bella gracia á las instancias que recibe, le abandona las riendas sobre el cuello, y comiente en lo que pudiera bien impedir, si quisiera resueltamente valerse de su dominio. Pues si es tan libre para no seguir las inclinaciones del cuerpo, quien ha de decir jamás, que el alma no es de natural mucho mayor?

Y sin embargo hay mas. Por qué no veis vosotros todos los dias el señorio que exercita la misma voluntad sobre el mismo cuerpo en sujetarlo á los dolores, ó en despreciarlo, enviándolo hasta al encuentro á la misma muerte? Dónde hallareis alguna bestia, que se elija por su eleccion, como se eligen tantos hombres penitentes, disciplinándose, enflaqueciéndose, ciñéndose cilicios agudos; ó dónde encontrareis una bestia, que pudiéndose escapar feliz de la muerte, vaya á desafiarse? Y sin embargo; aun á desafiarse llega la alma, mandando en las guerras á tantos soldados, no solo que hagan baluartes á los enemigos con sus pechos, mas que los vayan á embestir generosos en las trincheras. Diré una cosa de mas espanto. En la guerra que Darío emprendió con los Griegos, mientras una barca de Persas huía desesperadamente, veis aqui, que un soldado enemigo la agarró por las extremidades para detenerla con la una mano; pero no pudo, porque los que estaban dentro le cortaron aquella mano en un punto (2). Entónces él la agarró veloz con la otra; mas en vano, porque tambien se le cortaron. Pero qué hizo así mano? Ni la sangre, ni el pánico, ni lo peor que podia aguardar, pudo hacer que no se pegase con los dientes á la fusta aborrecida, para hacerla, como de sí mismo,

*Parte I. de la obra de Aristóteles KK. libro 1.º cap. 1.º una*

(1) 1.º Polit. c. 3.º (2) Apud Herodot. libro 6.º cap. 1.º

Una temora; hasta que habiéndole cortado el cuello, entónces, finalmente, la acobó de perseguir, quando acabó de espirar. Ahora, como pudiera la alma humana en estos, y en otros mil accidentes semejantes necesitar al cuerpo á cosas tan áridas, si dependiera del cuerpo en su conservación. Si en la muerte de los miembros, que le están sujetos, muriera ella también, qué duda hay, que á nada tuviera tanto horror, como al ser causa de que muriesen, y que no hubiera género de bien alguno, de que no hiciera requeña prodigalísima por eximirse del sumo de todos los males? Entónces sí, que la muerte del cuerpo se mereciera aquel título espantoso que falsamente le escribió en la frente el Filósofo, quando la llamó: *La última de las cosas terribles*; pues fuera para la alma un naufragio, en que arrojará todos sus bienes, sin esperanza de volver á coger jamás ni una blanca. Ahora, bien echa de ver la alma que no hay tal pérdida para ella; y así no es maravilla que envíe con tanta resolución al cuerpo á encontrar cada día las tempestades mas borrascosas.

Descúbrase, demás de lo dicho, en la libertad de nuestra voluntad un poder casi infinito, pues ni alguna criatura de por sí, ni aun todas juntas, ó sean terrenas, ó sean celestiales, ó sean infernales la pueden violentar á desposarse con un objeto, ó á repudiarlo, si ella libremente no consiente. Ahora, pues, cómo puede ser material aquella fuerza que no puede derribar alguno de tantos espíritus mas sustilísimos, quanto mas los cuerpos simples? Este dominio, y que en sí posee la voluntad de sus actos, muestra que se mueve á sí misma, y que no la mueve agente alguno criado, ni se puede mover mas, que de aquella suerte que le es conforme; esto es, por amor; y por eso muestra también, que es perpetua, pues para ser destruída naturalmente, era menester que tuviese en el orden de la naturaleza un enemi-

go tan poderoso, que (como se notó arriba) fuera finalmente bastante para quitarle el ser. Y sin embargo, ni aun hay quien sea bastante para quitarle las operaciones.

Solo pudiera la alma dudar, si la destruirá Dios, que así como la sacó de la nada, así también la pudiera reducir á la nada. Mas asegarase. Ningun agente natural tiene por fin directo la destrucción de alguna cosa, mas solo el provacho, que del destruída sacara ó para sí, ó para otros: tanto, que si el mismo leon mata al ciervo, no le mata por hacerle algun mal matándole: le mata por sacar de eso el bien de alimentarse á sí, ó de alimentar á sus leoncillos ineptos para la caza (1). Mas en quanto á él, que bien puede Dios sacar de quitarle á una alma aquel ser que su Magestad la dió, quando la crió capaz de durar siempre? Y en quanto á los otros, una alma no pide para conservarse la destrucción de otra alma, como pide un cuerpo la destrucción de otro cuerpo. De suerte, que quando Dios la matara, fuera menester, que la matase por matarla. Pero no teme ella esta desgracia. Los dones Divinos no están sujetos á arrepentimiento: *Los beneficios de Dios son sin penitencia*, son verdaderos dones: *Dádnos que no se vércan* (2); son un oro purísimo, no un azogue que vuela. De donde no puede perder el ser, que le es natural, quien no puede perderlo, sin que se lo quite solamente el primer Ser.

Finalmente, nuestra voluntad se puede espontáneamente determinar, con el libre amor del bien honesto, á despreciar todos los objetos sensibles, á desleytarse puramente de la virrad, de la justicia, de la castidad, de la piedad, de la religion, y á consistir su felicidad en un bien espíritu-ísimo, igual

(1) S. Thom. 1. p. q. 19. art. 9. B. q. 49. art. 2. in cor. (1) Arist. l. 4. Topíc. c. 4. Meté. 2. q. 2. de virt. specul. 2. libro 1. (2)

es Dios. Luego es puramente espiritual, como la que puede en el obrar fixarse anticipadamente tal fin, y caminar á él con tales medios, que ni el cuerpo tenga algo comun con ellos, ni los sentidos.

Antes, si con estas operaciones se llega la alma á perfeccionar sumamente, para qué buscar mas? No se puede concebir, que aquella substancia que adquiere la perfeccion de su obrar, levantándose del cuerpo, lo mas que puede, debe perder la perfeccion del ser, si se separa del mismo cuerpo; *Ninguna cosa se destruye con aquello en que consiste su perfeccion* (1), dicen los doctos, porque perfeccionar una substancia, y destruirla, son dos cosas totalmente opuestas. Y cuál es la suma perfeccion de la alma unida al cuerpo? Es, que en el cuerpo obre lo mas que puede, como si estuviera separada del cuerpo.

## § II.

Qué decís, pues? No os parece ya, que como quiera que se mire la alma humana, ahora se mire segun el entendimiento, ahora se mire segun la voluntad, se nos hace bastante manifestada su naturaleza independiente del tiempo? Aquel simple pastorcillo que allí sobre el monte Ida pisaba la calamita (2) como una piedra vulgar, al mirar despues aquel poder estupendo que exercitaba sobre el hierro de los zapatos rústicos que llevaba, mudo de parecer, y comenzó á venerar con los ojos atónitos, lo que ántes oprimía con los pies indiscretos. Sin duda, pues, serán de entendimiento totalmente salvaje todos aquellos, que haciendo reflexion sobre los actos de sus potencias espirituales (segun lo mandó aquel oráculo tan famoso: *Conoce á tí mismo*), no confesaren, que la alma es de naturaleza superior á todo lo caduco, y que por eso no ha de pagar tributo tambien ella

(1) S. Thom. 1. contra Gent. c. 79. (2) Idem.

á la muerte, como lo quisieran aquellos infelices, que se espantan mucho mas de morir, segun la mitad sola de sí, que se espantaron de morir segun el todo; tan mal se conocen á sí mismos.

Mas cómo no conocerse? Experimentan dentro de sí mismo, que el entendimiento quanto mas sabe, tanto está mas dispuesto para conseguir nueva ciencia; y experimentan, que la voluntad quanto mas goza, tanto está mas ansiosa de adquirir nuevos deleites. Ahora, pues, cómo se pueden persuadir sin embargo á que estas son potencias limitadas por la materia? Las materiales, aun quando fueran otras tantas conchas marinas, apacentadas hasta cierto tiempo, es menester que hasta al rocío del Cielo cieren al fin la boca, declarándose insuficientes para recibir mas. Pero aquellas potencias que, por mas pasto que reciben en su seno, son capaces de recibir siempre mas y mas, sin jamas acabar, y antes por eso mismo son capaces de recibir mas, porque tienen mucho, son indubitablemente potencias espirituales (1). Y si son espirituales, qué hay que dudar de su inmortalidad?

## CAPITULO XXX.

*Que no se puede negar la inmortalidad de la alma humana, sin acusar á la naturaleza de bestia.*

La arte del jardinero no consiste en abastecer el terreno de aquellas plantas que son mas escogidas; consiste en abastecerse de aquellas que son mas aptas para prender en el suelo, que encomendó á su cuidado. No os niego yo por eso, que las razones físicas, traídas ántes, no son por su naturaleza mas poderosas para manifestar que la alma no perece juntamente con el cuerpo; pero porque el entendimiento de muchos

(1) S. Thom. 2. 2. q. 24. art. 7. in corp.

no es capaz de penetrarlas bien, es justo recurrir á otras, que por ventura prenderán en él con mas facilidad: y tales son las morales. Velseme aquí, pues, para probar tres proposiciones que ganarán, bien entendidas, la causa. Si la alma no fuera inmortal, la naturaleza fuera necia; la virtud fuera vicio, el vicio fuera virtud. Vaya delante de las demas la primera.

## §. I.

Dos locuras distinguen los mas entendidos. Una, que se opone á la mansedumbre, y es cruel; otra, que se opone á la razon, y es necia; y ámbas á dos locuras se debieran confesar en la naturaleza, si hubiera sujetado la alma á las leyes del cuerpo (1).

Hubiera sido en primer lugar para el hombre desaxpiada locamente. Pues, si muriendo el hombre, muriera todo, se siguiera, que el solo entre todos los demas vivientes fuera una labor imperfecta, y se quedara como un borrador, hermoso á la verdad, pero defectuoso, y jamas fuera una obra perfecta. Considerad los mas vilis animalillos: aquellos que apenas se distinguen de aquel lodo donde estan encerrados, aquellos mismos, digo, fueron, no obstante eso, tan amados de la naturaleza, que no quiso encender en su corazon algun deseo aun levisimo, sin darles juntamente el modo de satisfacerlo. Mas por ventura hubiera observado acerca del hombre, en nuestro caso, atencion semejante? Todo lo contrario. Porque antes le hubiera formado en tal disposicion, que no pudiera jamas esperar llegar adonde aspira con ardor sumo.

La capacidad del entendimiento humano es tan espaciosa, que para llenarla no son bastantes todas quantas cosas hay; pues le sobra lugar casi infinito para el conocimiento de las que no hay, mas puede haber. Y la esfera de la voluntad humana es tan amplia, que

(1) S. Thom. 2. 2. q. 157. art. 2. ad 3.

no bastarán para dexarla jamas satisfecha, ni aun aquellos innumerables mundos, porque suspiraba Alexandro, aunque todos tuvieran ser verdadero, y no puramente fantástico en el cerebro de quien delira. Ahora, si muriendo el hombre, muriera todo, quando llegará á saciarse en él esta hambre tan prodigiosa de todo lo verdadero, que aun no conoce, y de todo lo bueno? Seguramente, que no pudiera suceder esto en la vida presente, donde no posee, ni tiempo, ni medios, ni modo, ni fuerzas para tanto. Luego fuera menester, que se llegase á hallar en él aquel grande vaso, que por otra parte tanto aborrece la naturaleza; y que se viese un apetito vehemente no solamente no satisfecho, mas insaciable contra la costumbre que perpetuamente ha guardado la naturaleza misma en sus partes, de no hacer jamas cosa en vano.

Mas beneficiados, pues, fueran en tal acontecimiento aquellos, que nunca salieran á ver la luz: ó si no tanto, mas afortunadas fueran á lo menos las bestias, á que jamas se les enturbia un punto la serenidad del bien presente, con la solicitud del futuro, que aun no han poseído, ni con la amargura del pasado: no las punza la envidia de la suerte ajena, no las estimula la ambicion, no las deshace la avaricia: mas contentas con su estado, pasan sus dias quietamente, proveidas las mas con pequeño desvelo de quanto se requiere para alimentarse.

Y si tambien á las bestias les es necesario morir, quanto es ménos amargo para ellas ese caliz; pues le beben, para decirlo así, á un aliento, sin haberle bebido antes; como recibir sorbo á sorbo, pensando en su mortalidad: y pues tambien le beben despues de haber muy de ordinario gustado de la vida mas largo tiempo que el hombre? El hombre vive poco; y en aquel poco está sujeto comunmente á mil cuidados molestísimos, á temores, á réditos, á zelos, á arrepentimientos, á llantos, á quejas, incontentable

en

en los sucesos prósperos, inconsolable en los adversos siempre al yugo de aquella servidumbre, que es igualmente propia de la fortuna baxa, y de la eminente. En todo caso, las fraudes, los defectos, las muertes de los mas conjuntos, las calumnias, las pendencias, los pleytos, las infamias, las insolencias, las demasías de los poderosos, las necesidades de vestirse, de negociar, de tratar, de gastar, son todas penalidades, de que quanto está mas cargada la vida humana, tanto está mas desembarazada la vida universal de los brutos. De donde, si al hombre le cupiera al fin una muerte como la suya, no hubiera entre los vivientes alguno mas miserable que él, pues siendo el por otra parte superior infinitos grados en el conocimiento á los brutos, es menester para que se satisfaga, que tenga pastos tambien infinitamente mas substanciales, y mas sobreabundantes que todos los suyos.

Fuera de que, aquel mismo vivir tan corto que le ha prescrito la naturaleza, cómo pudiera salvar de crueldad á tan extraña madre? *El exultant en aliqua arte no debet mori* (1), gritan por todas partes las leyes. Pues si la naturaleza tiene estas leyes determinadas para los Legisladores, cómo las desprecia en sus obras? Antes no las desprecia, no, mas las cumple fidelísimamente con todas en las otras substancias distintas del hombre. Vemos que entre las substancias inanimadas, las que son mas nobles, estan exentas de corrupcion, como los Cielos, los Planetas, las estrellas. Pues por qué no sucede lo mismo entre las vivientes, mas en vez de ver á la alma humana adornada de tan hermosa prerogativa, se ha de ver, no solo morir, mas morir presto, de suerte, que tal vez de la cuna á la tumba no haya para ella casi mas, que un breve paso? No es parece una cosa extravagantísima, que pudiendo la natu-

(1) *L. ad hebraeos, ff. de penit.*

raleza eximir de la guadaña del tiempo la mejor parte del hombre se la ha sujetado tan cruelmente, que habiamos de tener envidia á los cuervos, á los grajos, á los ciervos, de su largo durar sobre la tierra, y hasta á las culebras de su remozarse? Yo sé, que á un hombre grande le hacia mucha fuerza para tener por evidente la inmortalidad del alma humana mirar bien quantos morian en la niñez (1).

Añadid, que la naturaleza no solamente hubiera sido cruel con todos los hombres, si hubiera hecho mortales nuestras almas, mas tambien mas cruel con los mas virtuosos. Quanto el hombre es mas científico, y mas sabio, tanto mas conoce el valor de los bienes eternos, y mas suspira por ellos, como por su cristalina fuente. Quién duda, pues, que debiera vivir entónces mucho mas afligido siempre, viendo caer á cada punto sobre su cabeza aquella espada fatal, que en vez de los bienes eternos, le ha de traer una sempiterna destruccion?

Y aun de esto se siguiera, que creciendo en los buenos cada dia el merito de vivir largo tiempo por su virtud, disminuyendoles por otro lado la vida, se les viniera siempre á disminuir aquel caudal de premio que se les adelanta: de donde no solamente debieran militar, ya veteranos á sus propias expensas, sin esperanza ya de retribucion, mas debieran perdonar tambien tanto, que nunca fueran mas infelices, que quando hubieran acabado ya de vencer; pues se les diera entónces por triunfo el sumo castigo, que es el quedar privados eternamente de todo ser, aunque empleado tan bien.

Por el contrario, si la naturaleza usara con algun hombre, en aquella suposicion de cosas, de alguna piedad, mirad con quién la usara? La usara solo con los impíos.

Parte I. LI

(1) *El Cardenal Esforcia Palavicino.*

Y no es grande piedad para un reo condenado, engañarle de modo, que no eche de ver que se acerca al patíbulo? Esta piedad usa la naturaleza con los brutos, á los quales como no les descubre algun bien eterno por la incapacidad que tienen de conseguirlo, así les tiene escondido su deshacimiento eterno, por no afligir con la expectation del mal futuro, á quien no puede gozar mas bien que el presente. Ahora, una piedad semejante vuhiera la naturaleza á usar con los impíos; esto es, con aquellos, que aunque hombres, hacen vida de brutos; porque aunque no les escondiera del todo el último hudo, tampoco los inquietara mucho con él; pues embriagados con sus placeres, estudian en tener lejos de sí qualquiera pensamiento, aun leve, de la muerte: victimas, es verdad, destinadas para el matadero; mas victimas bien apacentadas por todos los prados de los divertimientos corporales. Así la prudencia, y la piedad fueran entónçes los verdugos mas crueles del Género Humano; y la inconsideracion y la destemplanza fueran sus mayores bienhechores: de donde se verificaran demasiado, en tal caso, aquellos sentimientos de Plinio, tan torcidos de reconocer á la naturaleza por madrastra para los hombres, mas que por madre; pues en los mejores de ellos hubiera infundido, mas que en los otros, un íntimo deseo de los bienes eternos, queriendo, al mismo tiempo, que les fuera imposible el conseguirlos.

§. II. Mas con esto he baxado del mismo modo á mostrar en la naturaleza la otra manera de locura, que como necia, oponiéndose á la razon, consiste singularmente en no saber acomodar á un fin digno los medios proporcionados. La naturaleza quiere en primer lugar, que el hombre sea virtuoso, esto es, que guarde en su porte de vida aquellas leyes que le ha esculpido en el corazon. Mas qué medios le hubiera sub-

ministrado en nuestro caso para que consiguiera tan alto fin? Medios impropios ó ineficaces; pues la maldad apenas tuviera que temer, y la bondad con qué consolarse.

Bien se que el vicio es pena de sí mismo; por el tormento que dá la mala conciencia. *Esta es la primera venganza, que en su tribunal ningún malo es absuelto* (1). Y de la misma suerte es premio de sí misma la virtud, por la tranquilidad de la mente que trae consigo. Mas no puede ser este ni todo el premio de las operaciones rectas, ni todo el castigo de las malyadas: es menester de necesidad, que la mayor parte del bien y del mal merecido se reserve para el tiempo futuro, como lo demuestran con evidencia aquellos dos notables afectos, la esperanza y el temor: la esperanza propia de los buenos, y el temor de los impíos (2).

Y á la verdad, quién hay que no vea que lo requiere así el buen gobierno? La agitacion de la mala conciencia no es propiamente pena de ella, mas es naturaleza. La pena es menester que sea algun mal distinto del mal natural que siempre hay en la culpa; de otra manera qué sabio legislador fuera aquel, que no estableciera otro suplicio para los ladrones, para los adúlteros, para los asesinos, que el que les trae á su corazon el robar, el adúlterar, el asesinar? Los mas perversos entre los malyados fueran los menos castigados. Y nos debemos figurar en la naturaleza aquella política loca, que no se tolerara en un ínfimo gobernador? Antes debemos confesar, que á los impíos les reserva una pena, no solo distinta de sus excesos, sino tambien perpetua; porque todo aquel mal que se acaba con el tiempo, se puede despreciar sin imprudencia notable, como cosa que no es mal absolutamente, mas es mal con excepcion;

Li 2

es-

(1) *Joven. (1) Suet. de Anim. lib. 1. cap. 10. n. 30.*

esto es, mal temporal: de donde no hubiera la naturaleza atemorizado bastantemente al hombre para que huiera los vicios, si no debiera tener este, si multa que le que puede recibir en su vida breve sobre la tierra: *Quæ cosa que tiene fin puede ser grande?* Dice un San Gerónimo (1).

Decid lo mismo tambien del premio que les es debido à las obras virtuosas; principalmente que la naturaleza, como riquísima, no podía ser ménos galante, que entre nosotros son los Príncipes que dominan; los quales con toda la miseria de su erario proponen cada dia à sus pueblos recompensas distintas del bien que trae consigo el vivir con honestidad. Antes era menester que la naturaleza procediera en esto mas que como igual suya, no señalando premios cortos y caducos, como lo hacen nuestros Príncipes, sino premios eternos; de otra manera no hubiera suficientemente alentado al Género Humano à pisar animosamente las sendas espinosas de la honestidad, aun à vista de todos aquellos prados amenos con que le lisonjea para sí la disolucion.

Tanto mas que el Género Humano, ahora nombrado por otras razones tambien, no se puede regir sin esta persuasíon de que el alma es inmortal (2). Esta creencia, que nació con el mundo, ha sido siempre comun à todas las gentes, como lo arguyó Ciceron (3), de la alta estimacion que todas las gentes han hecho de los sepuleros, nada estimables, si despues de la muerte nadie hay ni puede haber que haga caso de ellos. Y si algun ingenio revocado ha pretendido repugnar al sentimiento concorde de todos los pueblos, como lo hizo Epicuro, ha sido juzgado por un bruto que habla: de donde es que se levantaron à porfia contra Epicuro tantos Filósofos mejores de gran fama. Ahora, qué necesidad mayor

(1) Hieron. in Paul. 89. (2) x. Titul. (3) Cicer. de Senect. l. ult.

yor se pudiera figurar en la naturaleza, que haberi escrito con su mano en todos los corazones un error de tanto peso, como fuera este, si fuera error que las almas racionales son eternas?

Por ventura diréis, que el buen gobierno de los hombres lo pide así, que éstos se persuadan à que son todos inmórtales en la mejor parte de sí. Sea como lo decís. Mas si el buen gobierno de los hombres pide, que se persuadan à que son tales luego pide tambien que lo sean. La naturaleza no ha de regir al universo por via de engaños. Y qué razón tenia para no hacer à los hombres, como era mejor que fuesen? Miramos que no ha faltado à alguno de los animales en lo que era necesario para que viviesen como bestias, correspondientes à su especie. Pues cómo habrá faltado à los hombres en lo que es necesario para que vivan como cuerdo?

Y sin embargo, quanto se ha discurrido hasta aquí mira no mas que al bien del hombre: queda lo que mira tambien al bien, si lo queremos intitular así, de la naturaleza misma.

Y por qué causa formó este mundo tan hermoso con tanta variedad de labores, las mas artificiosas que se pueden imaginar? No le formó para hacer que campease en él la gloria de su sabiduría inaudita? Ahora, quáles han de ser los miradores que le contemplan? No los brutos, porque no son hábiles para tanto: han de ser los hombres. Pero decidme, cómo pudieran los hombres executar esto, si duraran solo aquel corto espacio que se albergan sobre la tierra? En su vida mortal es tan ligero el conocimiento que tienen de quanto hizo para ellos su Creador, es tan limitado, es tan rudo, es tan grosero, que apenas traspassa la superficie, para decirlo así, de las cosas, sin penetrar hasta lo íntimo donde está lo mejor: luego es menester que esta noticia se reserve para otro tiempo: de otra manera esta gran

fabrica del universo se pudiera casi decir una labor arrojada, pues nunca la conociera perfectamente quien debe. Y qué Pintor de juicio fuera aquel, que formara un quadro de primor sumo en gracia de una Iglesia ó de una Ciudad, y después se le diera con condicion de que jamás se habia de acabar de acabar de él el velo que le cubre? Y sin embargo, no de otra suerte hubiera obrado la naturaleza en nuestro caso.

Ni me digais, que bastaban los Angeles para contemplar tan digna tabla, que no se podia ocultar á sus ojos: lo primero, porque los Angeles no tienen necesidad de argüir de este mundo corpóreo el capcioso entendimiento de aquel Artífice Sumo que le formó; le saben conocer en sí muy bien por sí mismos: lo segundo, porque este mundo corpóreo, de que se habla, no fué producido en gracia de alguno de ellos: fué producido en gracia del hombre; el qual, así como habia de recibir seguramente el mayor provecho de tantas obras hermosas sujetas á los sentidos, así era justo que también con modo especial las conociese, para poder rendir con esa ocasion al Hacedor de ellas aquel tributo de alabanzas, de admiracion, de amor, y de agradecimiento, que le debia por un don tan magnífico.

No es á lo ménos cierto, que es muy conveniente que el hombre se conozca á sí, sus potencias, sus pasiones, sus afectos, y quanto encierra en sí mas estimable, para reuerse por lo que es? Mas dónde hay quien aquí pueda bastantemente hacerlo? Dexaos, pues, á vosotros el juzgar si es probable, que en gracia del hombre se ha fabricado, demas del mundo grande, lleno de tantas criaturas, también el mundo pequeño, esto es, el hombre mismo, colmado de tantas excelencias; y si no ha de acabar jamás el hombre de conocer todo esto, que para él se hizo, sino después de una ojeada que le dé de paso, ha de fal-

altar, y faltar para siempre, sin haber entendido de tantas cosas que le pertenecen la milésima parte, y esta misma parte aun mas adivinando que arguyendo; y mas soñandola, para decirlo así, que sabiéndola? Tanto aparato de ríos, de mares, de montes, de animales; y de cielos tan respetables; un cuerpo humano, organizado con inmenso artificio; una alma donada de tantas prendas, que es una admiracion el pensarlas aun toscamente, para nada mas que para una vida corta, que apenas se sabe discernir de la muerte! Luego es loca la naturaleza, que pretende un fin del alma racional, y luego no le dá ni aun tiempo para conseguirlo! Mas lo cierto es, que la naturaleza no es loca: es loco quien la finga tal, negando al alma la inmortalidad, tan propia de toda substancia intelectual.

Concluyamos, pues, así: Si en la naturaleza no se puede fingir locura de linage alguno, ni locura de crueldad, ni locura de necesidad: luego es menester que haya hecho á los hombres tales, quales los debia hacer una formadora, piadosa juntamente y prudente en su obrar; esto es, capaces de una vida sin término.

## CAPITULO XXXI.

*Muéstrase que si el alma no fuera inmortal, la virtud fuera vicio, y el vicio virtud.*

Hubo tiempo en que el mundo, mal conocido aun de sí mismo, no sabia que era mas que según la mirad sola de sí (1). De aquí es, que los Antipodas fueron por muchísimos años tenidos, no solamente del vulgo, sino también de grandes maestros, por pueblos fabulosos: como que los habitantes de un

(1) *Laet. Instit. lib. 3. cap. 24.*

pais opuesto en el globo de la tierra á nuestros pies, debieran necesariamente estar con las cabezas abaxo, y los pies arriba: los árboles debieran allí tener las raíces donde habian de estar las cumbres; y los rocios, las lluvias, las tempestades y los granizos ruidosos no debieran allí caer abaxo (quando querian beneficiar los campos ó destruirlos), sino caminar arriba, como lo hacen las exhalaciones, y no debieran baxar, sino subir. Tanto se aleja del sendero de la verdad en los discursos, quien toma por su guía á la fantasía mas que á la razón, no haciendo reflexión de que lo alto y lo baxo son términos relativos, que no tienen su denominacion mas que del centro, que está situado entre los Antipodas y nosotros. Mas valga la verdad, quan errada iba esta consecuencia del trastorno ridículo, puestos los Antipodas; tan acertada fuera ahora, si el alma hubiera de tener sus funerales como los jumentos; porque quedara entónces trocado en el universo todo el sistema, no físico, sino moral, que es un desórden mucho mas lamentable; pues la virtud viniera á tener el grado del vicio, y el vicio á tener el grado de la virtud; y aun no solo se confundieran los puestos, sino se trocaran tambien sus essencias, tanto, que la virtud se hiciera vicio, y el vicio virtud. Mostrémoslo con claridad; pues este argumento es tan robusto, que basta solo para vencer á qualquier entendimiento que no fuere inflexible.

## §. I.

Todas las gentes, aunque tan diversas en instintos y en instituciones, han concordado continuamente en hacer suma estimación de la fortaleza. Un guerrador valiente de quén no es venerado? Se tiene por equivalente á un ejército, para decirlo así; y parece que qualquiera que le ve le da aquella alabanza, que recibió en Roma un león famoso, por

las

las grandes pruebas que hizo allí en el anfiteatro peleando con las otras fieras: *Quém no creería que era un esquadron? No era mas de uno* (1). Ahora, esta virtud tan lucida, que tiene por su objeto principal el despreciar los peligros, y principalmente los peligros mas tremendos, quales son los de la muerte, esta virtud, digo, no fuera oro, sino escoria (2), si fuera el alma del hombre caduca. Demostrémoslo. La virtud no es otra cosa que una disposicion para conseguir su fin por medio de las obras que emprehende: *La virtud es la disposicion de lo perfecto para lo óptimo* (3). Y se dice *para lo óptimo*, porque lo óptimo para qualquiera naturaleza es lo que tiene ella por fin (4); así como lo pésimo es lo que mas se opone al último fin de la misma naturaleza, como lo reconocerá dentro de sí mismo qualquiera que tiene flor de discrecion. Si el alma, pues, fuera mortal, es cierto que su fin último fuera durar lo mas que fuera posible unida al cuerpo, sin lo qual hubiera perdido todos los bienes. De donde la operacion mas perfecta de la fortaleza, que es el morir por defender al amigo, al señor, á la patria, á la religion, se opusiera entónces de diametro al último fin del hombre. Y esto supuesto, esa operacion virtuosa á la verdad no fuera virtud, sino vicio, y en el peso de la recta razon no pasara por moneda legitima, sino por falseada.

Direis al punto, que debiendo el bien público preponderar al privado, no le fuera disconveniente al hombre en tal caso no cuidar de su fin, por sacrificarle á la utilidad pública. Mas no acertais; porque habiendo sido hecho el hombre en gracia de sí

Part. I.

Mm

mis-

(1) Mart. lib. 2. Epigr. 55. (2) Etbie. lib. 6. cap. 3. S. Thom. 2. 2. q. 122. art. 4. Arist. lib. 7. Physic. text. 17. G. 18. (3) S. Thom. 1. 2. q. 120. art. 2. in corp. G. 2. 2. q. 93. art. 7. in corp. (4) Gregor. de Valent. in 1. p. dist. 6. q. 1. punct. 3.

mismo, y no de los otros, como las bestias, no le podia obligar la virtud á que amase su propia aniquilacion, ni á salirle al encuentro en gracia de algun otro semejante á él; pues esto hubiera sido obligarle á que amase á su próximo más que á sí, contra lo que requieren todas las leyes: *Porque las cosas amigables que son para otro, proceden de las cosas amigables que son para sí mismo* (1), como lo enseña el Filósofo. Mientras que se supone que el alma no perece con el cuerpo, camina bien, porque quedando ella inmortal, una muerte honrada del cuerpo no es para ella funeral odioso, sino nacimiento á mejor vida. Y así quando al presente morimos por los otros, nada queremos en ese acto, si se mira íntimamente, más que á nosotros mismos; pues que con ese acto les queremos á los otros un bien caduco, como es la defensa de sus haciendas, ó de sus hijos, ó de sus personas; y á nosotros nos queremos un bien eterno, qual es el que nos viene de la virtud, medio único para hacernos bienaventurados por todos los siglos. Mas no así: si pereciera el alma juntamente con el cuerpo, entónces no tuviera más que esperar por toda la eternidad. Pues cómo puede ser que la virtud, que es el bien sumo del hombre, se haya de hacer para él la suma miseria, privándole de todos los bienes? No fuera entónces la virtud una perfeccion de la naturaleza humana amable para todos, fuera una destruccion; y así no fuera virtud, sino vicio.

Ni vale replicar, que el hombre por ventura pudiera entónces, por noble recompensa de su muerte, esperar la gloria, que es otra especie de vida, con que venciera á las propias cenizas en la inmortalidad que la fama. Hermosísimas vanidades! Si á la virtud se le quisiera dar por paga la gloria, fuera querer

(1) Arist. lib. 9. Ethic. cap. 8.

pagarla, ó por mejor decir, besarla con el són del oro.

Lo primero, la gloria que se le da al hombre no es otra cosa que un signo de la virtud, que le adorna: luego es menester que sea un bien inferior al significado. Mas si es bien inferior á la virtud, cómo puede ser todo su premio?

Demas de eso, la gloria se le atribuye tambien largamente al vicio: de donde si es signo de la virtud, no es signo cierto, no discerniendo el vulgo tan bien el camino del medio, sino confundiendo al temerario con el valiente, como confunde al pródiigo con el liberal, al tímido con el prudente, al melancólico con el sério, al justiciero con el riguroso: luego no puede la gloria decirse jamas la corona de la virtud, pues muy frecüentemente se le ve en la frente tambien al vicio, que es tan indigno.

Fuera de que el obrar por gloria humana no perfecciona jamas el acto virtuoso, sino le destruye, y dexándole la apariencia de hermoso, le quita la realidad. De donde es, que un acto de fortaleza, un sumo, que procediera, no del motivo de la honestidad, sino del de la alabanza, fuera como un cadáver de virtud: tan imprudente fuera. Añádese, que la virtud mas consiste en los actos interiores, que perfeccionan al hombre, como un tesoro escondido, que en los exteriores. Pues cómo puede ella jamas conseguir de la gloria premio cumplido de sí toda? A lo mas lo puede conseguir de aquella poca parte de sí, que se muestra á los ojos de los que miran, ya envidiosos, ya cortos de vista.

Y si es así, qué bien es esta gloria, para que el hombre fuerte la haya de comprar con gusto á tan grave costa, como es la de la propia aniquilacion? Lo cierto es que en aniquilandose, no pudiera escuchar ya aquellas alabanzas que le dieran los venideros, admiradores de su esfuerzo. Qué fruto, pues, con-

siguiera el infeliz, muerto al plastr de su inmortal renombre? No se pudiera ni aun decir, que reposaba á la sombra de la felicidad humana (aun quando queramos honrar la gloria de tal nombre) quanto mas decir, que gustaba una pura muestra de ella. La gloria que llega despues de la muerte, llega tarde. De donde, para concluir, finalmente aconteciera, que el supremo acto de la fortaleza, virtud de errores, no solamente fuera incapaz de premio, sino le traxera en dote al virtuoso el sumo de los males, que es hacerle recaer en la antigua nada. Y una virtud tan bárbara se pudiera entónces decir que era virtud? Antes entónces fuera virtud el vicio, que es la otra proposicion que yo habia de probar, y ahora la probare.

## §. II.

Un destemplado es juzgado entre los hombres con gran razon como un puerco; mas si á la destemplanza se junta en él la injusticia, será un puercoespín, no solo feo en sí, pero dañoso á los otros, destructor de todos los jardines mas hermosos que encuentra abiertos. Sin embargo, si el alma tuviera los límites de su vida no mas dilatados que los tiene el cuerpo, la destemplanza y la injusticia ya no fueran culpa en el hombre, sino hermosura; pues no le debieran ya producir viruperio, sino esplendor.

Y en quanto á la destemplanza es manifesto, que si el alma debiera quedar oprimida con las ruinas de sus miembros, el sumo bien que le fuera posible fuera conservarlos en pie, y el sumo mal darles alguna ocasion de rendirse, de vacilar, de debilitarse. Y por eso, así como la mas laudable cosa que hay en el hombre es buscar su bien sumo, así entónces la mas laudable cosa que hubiera en él fuera nutrir bien su cuerpo vil, engordarlo, acrecentarle las fuerzas, y hartarlo de todos aquellos gustos que fueran á propósito para tenerle mas recreado; de suerte,

que

que aquel epitafio brutal, que hizo Sardanápalo esculpir en su sepulcro:

*Tuve aquello que comí,  
Y el gusto que á mi apetito,  
No perdonando delito  
Por saciarle, concedí.*

Inscripcion digna de ponerse en la sepultura de un asno, fuera entónces como un compendio de arcana filosofia. Y de hecho, por qué razon es merecedora de alabanza la templanza, sino porque hace que el cuerpo obedezca al espíritu, que no hace caso de los bienes que pasan, por merecer aquel bien que nunca pasa? Mas si faltando el cuerpo, faltara tambien el espíritu, debiera el espíritu, totalmente dependiente de él, obedecer al cuerpo, sin el qual ninguna utilidad pudiera jamas esperar: luego la templanza no fuera entónces laudable, sino viciosa. Es por ventura alabanza para un caballo puesto en venta, decir que es un caballo abstinenté? Antes es vituperio sumo. La mayor alabanza que se le da en la feria es decir que tiene buena boca, porque no siendo aquella bestia capaz de fin mas alto, que de vivir un pedazo de tiempo alegre y gallarda, fuera vicio para ella aquella continencia que se opone á ese fin, y es virtud aquella voracidad, que la ayuda mas que otra cosa para él, queriendo que no dexa de henchir el vientre, mientras que el calor natural mal satisfecho la dice: come.

Al mismo modo fuera virtud tambien en el hombre la injusticia. Figúrate un hombre, que no conozca mas regla que su juicio, ni mas razon que su espada: un hombre, que no juzgue que ha venido al mundo; sino solo como el sollo en el agua; para dañar á quantos puede: un hombre, que para ostentacion de su soberania, se alabe de las demasias que

que

que ha executado con todos sus próximos; y refiera con igual soberbia las quejas y las aprobaciones: éste, digo (si el cuerpo hubiera de venir á ser algun día sepulcro del alma, como ahora es habitacion) éste es el que se debiera reputar por el mas digno de dominar sobre todos los hombres, como el mas virtuoso que hubiera entre todos: éste mas que todos los otros fuera por el camino derecho al último fin, que fuera entónces hacerse estimar de todos; y éste tambien diera entónces mas en el blanco de conservarse, de contentarse, de vivir á su modo. En aquel caso fuera licito el romper todas las amistades, el mentir, el hacer maldades, el negar la palabra dada; quando todo esto fuera el medio mas compendioso para evitar la muerte, ó para mejorar la condicion de aquella vida mortal, que fuera entónces el sustento de todos los otros bienes. No hubiera entónces que alabar ya á aquel honrado Demetrio, que tentado por César para que faltase á la justicia, con la promesa de una magnificientissima dádiva, respondió encendido en enojo, que todo el Imperio de Roma no era precio bastante para sobornarle: *Si César habia determinado tentarme, me habia de haber experimentado con todo el Imperio.* En vano se alentara Séneca entónces tanto á sublimar hasta las estrellas una respuesta tal: pues quanto mas sabio es aquel elefante, que para salvar la vida les arroja á los cazadores el marfil que tiene en la boca, tanto mas necio fuera entónces aquel Demetrio, que no aceptara todas las ganancias y todos los adelantamientos, si no estimara mas la palabra, que la desgracia de César, provocado con aquel menosprecio. Qué palabra, qué lealtad, qué justicia, qué agradecimiento, qué constancia, si muere el alma? Ningun bien se debe estimar mas que el Sumo Bien: ningun mal se debe huir mas que el sumo mal. Ahora, si el alma fuera mortal, su sumo bien fuera vivir largo tiempo, y su sumo mal el morir. Y por

eso

eso todas las razones pidieran entónces que el hombre, para alargar la vida ó para mejorarla, desterrara expresamente de sí todos los otros afectos; y no fuera en ese acto mas condenable que el mercader, que para salvar la nave arroja en el mar todas las cajas, que ya no le son útiles en la tempestad, sino dañosas.

## §. III.

Y veis aquí cómo en el desconcierto moral de que hablamos, la virtud fuera vicio, y el vicio virtud. Y os parece este desórden para que se pase por tolerable? Si sucediera esto, luego se siguiera que en este mundo tratara Dios como á familiares y domésticos á sus enemigos, y como á enemigos á sus familiares y domésticos. Uno de los efectos propios de la amistad es la manifestacion de los secretos. Ahora, este tan grande arcano, que con la muerte se acaba todo, se acaban todas las penas, se acaban todos los premios, estuviera escondidísimo á todos los buenos, que con tanta costa suya van detras de las banderas de la honestidad; y por el contrario, estuviera patente á todos los malos, que mas disolutamente se dan al mal. De donde los malos fueran los domésticos, admitidos en su gabinete para saber la verdad, y los buenos fueran los extraños, detenidos á la puerta.

Y aun de mas á mas el medio para llegar á esta familiaridad tan estrecha con Dios, fuera el despreciarle solemnemente; pues vemos que quanto qualquiera es en su modo de vivir mas sacrilego ó mas desenfrenado, tanto mas facilmente se inclina siempre á persuadirse á que el alma es mortal. De donde como sucede con la planta del bálsamo, así sucediera tambien con Dios, aquel que mas atendiera á herirle, sacara siempre mas jugo de verdades.

Y si el alcon, quando ha comido demasiado, no sabe volar bien á lo alto para coger su presa, en nuestro caso sucediera lo contrario. La mente hu-

ma-

maña nuaca, se levantara mas expeditamente para llegar á estas verdades sublímimas y para cogerlas, que quando estuviera mas gravada con todas las sucias maldades: y la conciencia de un impio tan perdido fuera la que debiera descansar mas sosegadamente; pues le hubiera tocado por suerte el acertar en sus juicios quando se resolvió á querer acá toda la felicidad imaginable, dexando para quien la quisiese la que se pudiera soñar allá.

Sabréis, pues, figuraros jamas desconcierto de cosas mas desatregadas? Esto si que fuera un verdadero tener los pies donde va la cabeza, y un verdadero tener la cabeza donde van los pies; pues esto fuera caminar al revés de quanto dicta, no solamente la fantasía, sino tambien la razon. Y os agrada el seguir opinion tan hermosa? O qué estolidez! Haced lo que quisieréis. Es menester que experimente desmayos intolerables vuestro entendimiento, quando haya de inclinarse á tales despropósitos, y decirnos: si. Los buenos en este mundo han de ser los engañados? Los malvados han de ser los entendidos? No. lo dirá jamas.

## CAPITULO XXXII.

*Respóndese á las oposiciones que se traen contra la immortalidad del alma humana.*

No levantara el valor de la obra el detenerse á rebatir los golpes de los contrarios en la quèstion emprendida con ellos, si al rebatir los golpes no hubiéramos de lograr tambien el herirlos gravemente, como lo enseñan las buenas leyes de la esgrima. Traerémos, pues, aquí lo mas que oponen á la immortalidad del alma humana, para que con eso mismo se aclare quanto van, no solo fuera de la razon, sino aun contra razon, como rebeldes á la luz.

§. I.

Su primera instancia es decir con cierta ostentacion de escarnio, que si el alma fuera inmortal, no parece posible que no volviese mas de una vez sobre patilla sobre la tierra, ó á hacerse ver por lo ménos para darnos noticias del otro mundo. Y sin embargo, quién hay que se pueda entre nosotros gloriar de semejante visita? No hay quien haya sido conocido vuelta de los infernos (1).

Pero qué necedad mayor, querer á los sentidos por testigos de lo que trascienden los sentidos? No ha cometido Dios esta causa á la cámara baja de la experiencia: la ha cometido al consejo supremo de la razon, ó (donde ésta no obra) de la Fé. Verdad es, que tampoco no faltan esas pruebas experimentales: pues muchas veces han vuelto las almas de los difuntos á dar cuenta de sí á los vivos. Y así como el dar crédito á qualquiera de semejantes narraciones, fuera sin duda debilidad de espíritu, así el negarlas todas es perversidad, repugnando á lo que mas de un Escritor ilustre ha testificado en cada siglo. Quan necio es aquel lapidario, que tiene por diamante á todo brillo, tan necio es aquel lapidario, que juzga por brillo á todo diamante.

Pero quién puede dudar, que estas apariciones no han de ser tan frecuentes, como las quisieran algunos, no siendo conformes á las leyes de la naturaleza, sino contraríssimas, de donde necesitan de su expresa derogacion? Así como los cadáveres no se deben á cada paso levantar de sus sepulcros, y volver á vivir, así no deben las almas separadas de aquellos cadáveres salir de los lugares que les ha señalado Dios, y volver á conversar con los vivos. Si estan en lugar de mistica, estan incesantemente tolerando

-a. Part. I.

Na

co-

(1) Sep. 2. n.

maña nuaca, se levantara mas expeditamente para llegar á estas verdades sublímimas y para cogerlas, que quando estuviera mas gravada con todas las sucias maldades: y la conciencia de un impio tan perdido fuera la que debiera descansar mas sosegadamente; pues le hubiera tocado por suerte el acertar en sus juicios quando se resolvió á querer acá toda la felicidad imaginable, dexando para quien la quisiese la que se pudiera soñar allá.

Sabréis, pues, figuraros jamas desconcierto de cosas mas desatregadas? Esto si que fuera un verdadero tener los pies donde va la cabeza, y un verdadero tener la cabeza donde van los pies; pues esto fuera caminar al revés de quanto dicta, no solamente la fantasia, sino tambien la razon. Y os agrada el seguir opinion tan hermosa? O qué estolidez! Haced lo que quisieréis. Es menester que experimente desmayos intolerables vuestro entendimiento, quando haya de inclinarse á tales despropósitos, y deciros: si. Los buenos en este mundo han de ser los engañados? Los malvados han de ser los entendidos? No. lo dirá jamas.

## CAPITULO XXXII.

*Respóndese á las oposiciones que se traen contra la immortalidad del alma humana.*

No levantara el valor de la obra el detenerse á rebatir los golpes de los contrarios en la quèstion emprendida con ellos, si al rebatir los golpes no hubiéramos de lograr tambien el herirlos gravemente, como lo enseñan las buenas leyes de la esgrima. Traerémos, pues, aquí lo mas que oponen á la immortalidad del alma humana, para que con eso mismo se aclare quanto van, no solo fuera de la razon, sino aun contra razon, como rebeldes á la luz.

§. I.

Su primera instancia es decir con cierta ostentacion de escarnio, que si el alma fuera inmortal, no parece posible que no volviese mas de una vez sobre patilla sobre la tierra, ó á hacerse ver por lo ménos para darnos noticias del otro mundo. Y sin embargo, quién hay que se pueda entre nosotros gloriar de semejante visita? No hay quien haya sido conocido vuelto de los infernos (1).

Pero qué necedad mayor, querer á los sentidos por testigos de lo que trascienden los sentidos? No ha cometido Dios esta causa á la cámara baja de la experiencia: la ha cometido al consejo supremo de la razon, ó (donde ésta no obra) de la Fé. Verdad es, que tampoco no faltan esas pruebas experimentales: pues muchas veces han vuelto las almas de los difuntos á dar cuenta de sí á los vivos. Y así como el dar crédito á qualquiera de semejantes narraciones, fuera sin duda debilidad de espíritu, así el negarlas todas es perversidad, repugnando á lo que mas de un Escritor ilustre ha testificado en cada siglo. Quan necio es aquel lapidario, que tiene por diamante á todo brillo, tan necio es aquel lapidario, que juzga por brillo á todo diamante.

Pero quién puede dudar, que estas apariciones no han de ser tan frecuentes, como las quisieran algunos, no siendo conformes á las leyes de la naturaleza, sino contraríssimas, de donde necesitan de su expresa derogacion? Así como los cadáveres no se deben á cada paso levantar de sus sepulcros, y volver á vivir, así no deben las almas separadas de aquellos cadáveres salir de los lugares que les ha señalado Dios, y volver á conversar con los vivos. Si estan en lugar de mistica, estan incesantemente tolerando

-a. Part. I.

Na

co-

(1) Sep. 2. n.

todas por sí sus penas sin alivio; y si estan en lugar de felicidad, reposan gozando allí alegremente su premio, sin volver mas al tablado, después de los aplausos que consiguieron tan gloriosamente luego que acabaron de representar su papel. Dexar que un comediante vuelva al teatro, después que ha satisfecho á su obligacion, y baxado de él, es querer turbar la comedia: no lo piden sus lances. Esto sucede singularmente en nuestro caso; porque siendo la Bienaventuranza futura el premio de la virtud, es menester que quede oscura, para que esta misma obscuridad acredite el valor de la misma virtud, y establezca mejor la proporcion conveniente que hay siempre entre el mérito y la recompensa.

## §. II.

La segunda objecion tiene un poco mas de apariencia, y así tambien de seriedad; y es afirmar que el alma, dependiendo en el obrar de los organos corporales, no puede subsistir separada del cuerpo. Y de hecho se ve, que quando por algun accidente los espiritus animales no pueden subir mas y baxar como antes del cerebro, por los nervios que queda impedido al hombre todo el uso, por mínimo que sea, de la razon. Mas está como sucedier, si todas sus operaciones racionales no dependieran forzosamente de aquellos espiritus? Demas de que qualquiera experimenta en sí, que no puede concebir alguna verdad, sin que en su fantasia se forme un simulacro, y como un retrato, figurándose á los Angeles, y hasta al mismo Dios, con semblantes humanos: *Ninguna cosa entiende el alma sin fantasma* (1). De lo qual se hace tambien manifesto, que quanto las operaciones de la fantasia dependen de la materia, tanto depende el entendimiento que queda sin la fantasia

(1) *Art. 3. de Anim. text. 30.*

como un Pintor desvalijado, sin tabla, sin lienza, sin pinceles.

Para no errar en este discurso, que ha hecho que se deslumbré mas de uno, adulador excesivo de su propio cuerpo, es menester que distingamos dos maneras de dependencias: una esencial, y siempre necesaria para las operaciones: otra accidental, y solo necesaria por algun tiempo. El ver depende esencialmente de los ojos; mas de los anteojos depende por accidente: de aquel es, que cada instante acontece que se vea sin anteojos; mas que se vea sin ojos no acontece jamas. Ahora: la dependancia que tiene el alma en el entender de las fantasmas no es del primer género, es del segundo: es accidental; esto es, mientras que el alma, unida al cuerpo en el estado presente, vive en medio de aquella niebla, que las cosas corpóreas levantan por todos lados contra la verdad (1); pero al punto que se desata de él no es ya así, porque entonces separada de toda materia, puede obrar de modo muy diverso; esto es, contemplando las cosas inteligibles derechamente en sí mismas, y no de reflexo en las imágenes groseras, coloridas para ella por los sentidos.

Y que el alma á la verdad no depende absolutamente de los organos materiales en su obrar, ni de los fantasmas; ya lo habemos demostrado bastantemente con muchas razones; mas fuera de ellas, se confirma mas aún con otras: la primera, porque nada desea mas entender el alma que las cosas espirituales; las sublimísimas; las divinas; las quales de ningún modo son objeto de la fantasia; luego es señal de que el alma en su entender no depende esencialmente de los sentidos: de otra manera no deseara tanto levantarse mas allá de los sentidos.

Demas de esto, la operacion mas propia del entendimiento es la de los espíritus.

(1) *S. Thom. 1. p. 89. art. 1.*

tendimiento consiste singularmentè , no en entender lo que se le representa, sino en juzgarlo. Y sin embargo para este juicio, no solamente no es favorable el voto de la imaginativa, sino muchas veces es perjudicial, dando esta al entendimiento frecuente ocasion de errar, si éste no es muy atento en corregir por sí mismo las apariencias engañosas de aquellos fantasmas. Pues de qué es señal mas de que no es el súbdito de ellos, sino que los domina? A parece el Sol sobre el horizonte, y los ojos trayéndole luego al alma las pruebas, se lo pintan por alto poco mas de dos palmos, por totalmente llano; y por abandonado de todas aquellas estrellas hermosas, que en tanto número poblaban el Cielo. Pero callad, callad, ó simples mensageros! replica el alma: vosotros estais en esto tan lejos de la verdad, como de aquel cuerpo solar que habeis descrito. Lo que á vosotros os parece tan estrecho, sobrepaja en la cantidad treinta y ocho mil y seiscientos veces toda la tierra: lo que vosotros juzgais tan llano es un globo perfecto, tan luminoso, como inmenso; y aquellas estrellas, que creéis que huyeron de él tan presto para no parecer sus siervas, no se han movido ni aun una huella de su ordenanza: todas le asisten, aunque vosotros no las veis. Ahora: cómo fuera jamas tan contraria el alma á las disposiciones de los sentidos en juzgar, si dependiera esencialmente de los sentidos? Es verdad, que como señora se sabe servir en su tiempo y en su lugar de sus relaciones; mas tambien sabe despreciarlas donde es menester, y sabe desacreditarlas. Pues como les está fixa tan altamente? No pudiera poseer jamas aquella amplisima libertad de juzgar de un modo mas que de otro, á pesar de todos ellos, si esta libertad no se le derivara de aquel sublime origen, si esta libertad no fuera superior al cuerpo, de tal manera, que pudiera estar algun dia sin el cuerpo: *La condition del señor se puede hacer me-*

*mejor por los siervos, mas no se puede hacer peor (1).*

De aqui es que el alma, quanto va mas adelante en los años, tanto mas vigor tiene: al contrario de los sentidos, que quanto mas se envejecen, tanto mas debiles se hacen y mas inhábiles. Esta razon le hacia grande fuerza al entendimiento de aquel sabio Rey Don Alonso, como lo refiere su Historiador fiel (2), y la hace tambien á todos los que consideran, que en los consejos se suelen antes oír los viejos que los mozos: *Como qualquiera se adelanta en la edad, así dice ántes su parecer (3).* Mas cómo, si el alma no crece en habilidad? Ni porque en los viejos decrepitos vuelva tal vez á anñarse el discurso, pierde punto de fuerza este argumento, atendiendo á que no es el entendimiento lo que en ellos se enflaquece, mas son los instrumentos, de que el entendimiento ligado al cuerpo se sirve en sus operaciones. A un Cirujano, á quien por su edad anciana le tiembla la mano, no le falta el arte, solamente le falta el instrumento del arte, que es el brazo fuerte: en lo demas el arte se le perfecciona, mas cada dia con el estudio: restituidle el vigor al brazo, y veréis si hay arte. Lo mismo le sucede tambien al alma; donde se ve que sus operaciones no dependen esencialmente de los órganos corpóreos, sino solo accidentalmente; esto es, segun el estado de esta vida: porque siendo el alma en tal estado forma del cuerpo, es menester que se acomode al cuerpo de tal manera, que conciba todas las cosas como corpóreas, y esto por medio de potencias sensibles, que estan todas sujetas á irse gastando. Llegará aquel tiempo en que roros tan duros lizos, podrá vaguear libremente por los inmensos espacios de la verdad, y fixar la vista inmediatamente en el Sol de las bellezas in-

(1) *Lo Mejor, ff. de Regul. Jur. (2) Panorm. lib. 4. de Gestis Alphonzi. (3) Cicero. de Senect.*

teligibles, sin que se deslumbren los ojos? *En illigando aquil día, que diveda esta mezcla de lo divino y de lo humano, dexaré este cuerpo, en donde lo hallaré, y yo mismo me volveré á dar á Dios, decía Seneca (1).*

## §. III.

Mis para qué, replicaréis, este parentesco infeliz entre el cuerpo y el alma? No era mejor que el alma se quedase desde el principio lejos del consorcio de los sentidos, pues de su compañía no había de aprender mas, que degenerar de su nobleza? Es fácil daros satisfacción.

En una perfecta armonía los medios tonos se requieren, y no se excluyen. Convenía, pues, que en esta grande armonía que forma la simetría de las cosas (2), así como se hallaba un orden de vivientes puramente espiritual, quales son las Inteligencias celestiales, y se hallaba un orden puramente material, quales son los brutos, animales irracionales; así tambien se llegase á hallar un orden medio, que uniese el supremo y el infimo en un confía: que fuese el infimo del supremo, y el supremo del infimo: que fuese como un paso, que contiene lo hermoso de los puros espíritus; esto es, el alma, y lo hermoso de las puras materias; esto es, el cuerpo: y fuese, como lo llamaron muchos (3), un horizonte, donde se juntasen dos emisferios entre sí opuestos, el de la eternidad, y el del tiempo.

Además, que le sucede al alma, como un mercader enviado á países pobres, donde si quiere enriquecer, le menester ayudarse con la industria. Los Angeles nacieron en país riquísimo; y por eso para llenar de operaciones sublimes su entendimiento no necesitan de pedir prestadas de fuera de sí las especies de

(1) Senec. epist. 102. (2) Socr. de Anim. 1. cap. 9. n. 16. (3) S. Thom. contra Gent. lib. 2. cap. 21.

de las cosas: tienen el emporio en sí mismos, por que con ellas los produjo su Hacedor en el primer instante. Mas el alma (criada pobre totalmente de esas especies) para proveerse de ellas tiene necesidad de buscarlas fuera de sí; y así se vale del ministerio de los sentidos, entrando, como dixe, en su compañía, para establecer por su medio este negocio, de que depende todo su caudal (1). Veis aquí, pues, donde se funda la necesidad que tiene el alma de unirse al principio con el cuerpo: se funda en la necesidad que tiene de tomar prestada de la imaginativa los fantasmas, con los quales comercia, segun la habilidad que posee, para hacerse rica de espléndidas inteligencias. Mas este contrato de compañía entre el entendimiento y los sentidos no es menester que dure siempre: en estando el alma bastante proveida, puede alegremente disolver este contrato, y negociar por sí sola (2), separándose del cuerpo, y obrando sin él en la contemplacion de todo lo verdadero que desea, y de todo lo bueno, á semejanza de los espíritus puramente intelectuales, con quien es congnate: y aun de estos podrá venir mas enriquecida, y principalmente quando por la poca defension que hizo en la tierra, tuvo tambien poco tiempo de tratar (3). Verdad es, que el alma no puede entender bien el presente aquel estado mas alto, que le cabrá en saliendo del cuerpo, y por eso tiene tan grande horror con el pensamiento de la muerte próxima.

## §. IV.

Y esta es la otra objecion que traen algunos contra la inmortalidad del alma humana, el horror del

(1) S. Thom. 1. p. 2. q. 80. art. 1. in corp. (2) S. Thom. 1. p. 2. q. 80. art. 6. (3) S. Thom. contra Gent. lib. 2. cap. 21. G. 1. p. 2. 89. art. 1. ad 3.

hombre á la muerte, no considerando dentro de sí, que aquel horror natural está mas en la aprehension y en el apeto, á quien en la verdad tocara el porrecer, que en la razon, á la qual le toca quedar eterna. Esta en los entendimientos sabe antes reprimir ese horror, en tanto grado, que tal vez los hace llegar (1), no á darse arrevidamente la muerte á sí mismos (pues es notorio, que sin licencia del General no puede un soldado volver al campo las espaldas), sino á suspirar por ella, como hacia quien dixo: *Cada día de los que ahora milita espera hasta que venga mi immitacion* (2). Fuera de que, qué maravilla que al alma, por el amor que tiene al cuerpo, le desagrade el abandonarlo, y el abandonarlo hasta por pasto á los gusanos? Basta saber, que fué su compañero en un trato, como dixe, de tanto logro, mas para ella que para él. Mas sobre todo, no es esto lo que hace á la muerte tan terrible á los mas de los hombres: es no saber qué suerte les ha de tocar finalmente despues, si bienaventurada ó miserable. Mas si es así: luego este horror confirma la inmortalidad del alma humana, no la desbarata; pues esto muestra, que ninguna se puede arrancar, aunque quiera, del corazon esta alta expectation de premio ó de pena, que dure siempre.

## §. V.

Finalmente, la última oposicion es una huida vergonzosissima debaxo del nombre de retirada. Dicen, que las razones traídas á favor de la impugnada inmortalidad no son evidentes, sino que se pueden responder muchas cosas. Pero qué puedo aquí decir? Si las mencionadas razones no les parecen de buena cara á los entendimientos de los libertinos tan trastornados, no es descredito de la verdad, sino triunfo,

(1) Cic. Tusc. quest. lib. 1. (2) Job. 14. 19.

fo. Cómo podian resplandecer fielmente tan hermosos objetos en tales espejos, todos sucios con lodo? Mas entretanto, si las razones que se han traído no son evidentes para ellos, son evidentes para el ingenio de Maestros excelsísimos, que las definieron á lo ménos en grande parte por tales: y singularmente son evidentes para dos grandes lumbreras en el cielo de la sabiduria, para San Agustín y para el Angelico Doctor (1), cada uno de los cuales seria por sí solo bastante para hacer un día claro. Y si algun Escolastico, aun sutil, procuró oscurecer esta evidencia, reduciéndolo todo á la Fé, ya se conoce que lo hizo mas por desseo de la contienda, que de la victoria, como lo observaron tambien sus mas devotos Comentaradores: por donde en esta parte consiguió poco aplauso y pocos allegados.

Finalmente, aun quando se debiesse conceder por galanteria, que las pruebas traídas para la inmortalidad del alma humana no eran evidentiísimas, queda á lo ménos evidentiísimo, que son dignas de ser preferidas á las pruebas opuestas; de suerte, que ningun entendimiento, sin nota de suma temeridad, se pueda jamas cesar antes con éstas que con aquellas. Por eso, aun á fingir que esta inmortalidad era una causa pendiente, todavia en el gran fuero de la razon era menester para obrar con juicio, que qualquiera juzgase á lo seguro: *Examina la esperanza y el miedo* (escribe Seneca á Lucilio), *y siempre que todo estuviera incierto, favoritate á tí* (2). Qué perderéis vosotros, pues, si os atenéis al partido de reparar vuestra alma eterna? Y por el contrario, que no perderéis en repuntarla mortal? Veis aquí que habemos llegado al día último vosotros y yo: vosotros,

Parte I.

Oo

(1) F. Socr. de Anim. lib. 1. cap. 10. El Greg. de Valent. 2. part. dicti. 6. p. 1. punct. 3. S. Thom. contra Gent. lib. 3. cap. 79. sub fin. (2) Seneca. epist. 13.

¿quien la opinión de que todo muere os ha aconsejado, que discurreis libremente por todos los campos de los placeres vedados: yo, á quien la Fé de que no he de morir jamás, según lo mejor de mí, me ha servido de algún freno. Qué os parece ahora? Por lo que pertenece á lo pasado somos ya iguales. Para vosotros se ha acabado todo divertimento; para mí todo afán: mas de ahora en adelante qué alta diversidad! Si lo acertáis vosotros, es verdad que os alegrasteis por breve curso de años; mas no os alegráis ya, como tampoco yo. Mas si soy el que acierto, yo reynaré afortunado por todos los siglos con los seguidores de la Providencia Divina ya triunfante; y vosotros gemiréis por todos los siglos con sus rebeldes, oprimidos con el peso de una miseria sin término, que siempre os agravará mas desahadamente; pero jamás acabará de quebraros la cabeza. Pues qué seso fuera, aun quando las cosas en la peregrinacion de esta vida se quedasen dudosas, no quererse inclinar á la parte del monte antes que á la parte del precipicio? Y sin embargo os inclináis á esta.

Si el alma es caduca, decía aquel sabio (1), no habrá despues de nuestra muerte nos pueda sacar el deslumbramiento que habemos tenido en juzgarla inmortal: y si es inmortal, ó cómo nos tocará el afárselo con placer sumo á quien se la fingió caduca! Mas yo no os digo nada de esto, porque quiera como permitir á vuestro corazon alguna pequeña duda en cosa que es tan cierta: os lo digo para sobrabundancia de verdad; pues este mismo ver, quanto mas prudentemente obra quien defendiendo la inmortalidad del alma humana, que quien la niega, demuestra evidentemente qual es la sentencia verdadera.

De-

(1) *Cato opud Tull. de senect.*

Dexemos, pues, de querer disputar mas contra nosotros mismos y contra todas las luces de la naturaleza, que de tan diferentes modos nos hace que veamos la nobleza de nuestro Ser sempiterno, para que nos vamos disponiendo, despues de una breve fatiga, para gozar sus frutos. Mueran estos miembros de lodo, que estan sujetos á la muerte: arruínense las paredes de esta cárcel, que nos tienen oprimido el espíritu, nacido para el solio: silgamos de la lobreguez de estas tan negras tinieblas á aquella luz, que ha de resplandecer de repente sobre nosotros en el instantáneo tránsito de un mundo á otro. Para qué temer tanto? *Este día que temes como el último, es nacimiento del eterno: depon la carga.... Por qué amas de tal manera estas cosas, como si fueran tuyas? Con estas estás cubierto: renará un día, que te descubra y te saque de la habitación de un vientre fco y de mal olor: ninguna vez se te manifestarán los arcanos de la naturaleza, esperarás esta obscuridad, herirá de todas partes la clara luz.... Creéis por ventura que es la Fé sola la que hace hablar? También hizo que hablase así un Filósofo, la naturaleza (1).*

## CAPITULO XXXIII.

*De la necesidad de una verdadera Religión, y del modo de discernirla entre las falsas.*

Si hay un Dios en el universo, hay Providencia; si hay Providencia, luego el alma es inmortal: y si el alma es inmortal, es forzoso que haya alguna Religión, y Religión verdadera, que profese esa alma. Veis aquí una hermosa cadena de oro, traida de lo que se ha discurrido hasta ahora, para prender los pensamientos insolentes de los Ateístas.

Oo 2

§. I.

(1) *Sexto. epist. 102.*

## §. I.

Solo queda que demostrarles esta última verdad, la necesidad de esta Religión, que se haya de profesar. Mas esto es fácil; porque si aquella Divinidad que reconocemos no está dormida, mas es provida, es menester que tenga algún blanco á que ordene el universo; no entendiéndose otra cosa por Providencia mas que la razon de enderezar sabiamente sus medios al fin. Ahora, ¿que blanco á que ha mirado Dios en la formación de las cosas, no pudo ser otro que el mismo; que como es el primer principio de todas ellas, así tambien debe ser el último fin: no porque de esto le resulte á su Naturaleza Divina algun valor intrínseco (no pudiendo el que es abismo de perfecciones ni crecer, ni menguar dentro de sí); mas sí porque le redunde á su Magestad alguna honra extrínseca, en cuya virtud satisfaga á aquella suave inclinacion que tiene de ser amado de sus criaturas, y reconocido por su benévolo Autor. De suerte, que el formar este mundo no fué otra cosa al fin, que levantar un Templo suntuoso á su nombre; y el multiplicar las criaturas racionales no fué otra cosa, que multiplicar los adoradores. Mas si es así, fué coniguientemente de expresa necesidad, que les manifestase tambien á los hombres de qué manera querria mas que le adorasen en tan hermoso Templo; y con qué culto, con qué ceremonias, con qué ritos se debía proceder al pagarle tributo. El establecer esto fué puntualmente establecer la Religión que se busca; pues la Religión no es mas que una virtud, que nos liga con Dios con aquel obsequio especial que su Magestad nos pide, como principio de nuestro ser y como fin (1).

Y si la Bondad Divina tiene por costumbre juntar

1. S. Thom. 2. 2. q. 86. art. 2.

tar con su gloria propia la utilidad de las criaturas, y principalmente de las que son capaces de conocer á su Autor y de amarle, como son las racionales: tampoco por este capítulo podria dexar de haber alguna Religión verdadera, en virtud de la qual se hiciesen los hombres mas perfectos (1). Y quien no sabe, que la perfeccion de qualquiera cosa inferior consiste en sujetarse del todo á la superior, como se ve en el ayre, que entonces queda mas puro y mas resplandeciente quando se dexa dominar mas del Sol? Luego es menester que, si quieren los hombres ser mas perfectos, se sujeten rendidamente á Dios, así con el ánimo, como con el cuerpo; lo qual sucede quando el cuerpo con los ritos exteriores acompaña al ánimo en las protestraciones interiores que hace dentro de sí á la Divina Magestad: protestraciones siempre de nuevo mérito por la Fé, que siempre va renovando el hombre al exercitarlas.

Esta Religión, que es un hermoso compuesto de documentos para honrar á Dios, y de medios para ganarle, era tambien de suma necesidad para que viesen reciprocamente las gentes en tranquila union. Porque aunque la Justicia terrena, armada de penas y de premios, sea algun poco hábil para refrenarlas, no lo es bastantemente; pues quien ocultamente supiera conducir á su fin sus designios perversos de robar, de matar, de aduletar, se riera de todas las leyes humanas, que pueden hacer ruido contra los delitos conocidos; mas qué pueden hacer contra los ocultos? Para el perfecto gobierno de la República era por esto necesario tambien, y mucho mas el temor de otras leyes no despreciables, quales son las Divinas. Y éstas son puntualmente las que le entona al corazon de qualquiera la Religión, armada tambien

(1) S. Thom. 2. 2. q. 81. art. 7. in corp.

bien de premios y de penas, mas de otro peso, que se han de repartir en la vida de allá, que no tiene fin.

De aquí es, que la Religión les pareció á algunos invencion sagaz de la política; tan útil es para gobernar bien: *Ninguna cosa rige con mayor eficacia los pueblos que la superstición* (1). Mas no consideraron estos necios, que la política no le puede hacer jamas creer firmemente á alguno sobre todas las cosas lo que no le puede demostrar: se requiere para tanto aquella gracia interior, que no está en el poder de la política: está á lo mas mas podrá hacer, que se tengan por verisímiles aquellos artículos que va ordenando á su arrojó; mas no podrá jamas hacer que se tengan indubitablemente por verdaderos. Y la opinión bien puede hasta cierto término contener á los pueblos en freno; mas débilmente, pues le tiembla la mano: antes por esto quiero retorcir el argumento de esta perfecta forma. Si para contener á los pueblos en freno es buena una Religión solo imaginada, quanto mejor será una real? Y si la real es mejor, quién podrá por esto mismo dudar que la hay? Ha de saber un hombre mas que Dios mismo, para ser su arquitecto? Y sin embargo fuera así, quando no Dios, sino el hombre fuera el que hubiera inventado un bocado tan fuerte para el vicio, y un incentivo tan noble para la virtud; y mas le debiera el Género Humano á ese hombre por la consecucion de su buena vida, que le debiera á su mismo Criador por la consecucion de su vida sola.

Demas de eso, quién hubiera podido la primera vez fingir en el mundo una Religión no verdadera, sino á semejanza de una verdadera que hubiese ya? La copia supone el original: el cuerpo es mas anti-

(1) Curt.

guo que la sombra; y nunca fué primero el ladron para formar la moneda falsa, antes fué el Príncipe para fabricar la verdadera.

Finalmente, como pudiera jamas la naturaleza humana, que es racional, sacar su provecho mayor de la mentira, que es el mayor enemigo que tiene? El horín no perfecciona al hierro, sino le consume. Y así vemos que las Religiones mentirosas, no solamente no han ayudado á la naturaleza humana á obrar como es; esto es, como racional, mas la han hecho degenerar en brutal, como claramente se conoce por tantos vicios de soberbia, de sensualidad, de impiedad, que debaxo de ellas han dominado en ella siempre mas que tiranos. Aquella Religión que sirve para el buen gobierno, es sola la verdadera; esto es, la que hace que el hombre en la tierra conozca á su primer principio, y por consiguiente tambien á su último fin, y que se una con él. De donde, como los Templos mas suntuosos conducen mucho para adornar las Ciudades, aunque de su principal intencion no se hayan erigido para adornarlas, mas se hayan erigido para dar culto al Cielo; así la Religión, aunque por su naturaleza se haya establecido para tributo del Criador, sirve reflexamente mas que se puede ponderar para la vida civil.

Repitiendo, pues, desde el principio: Si hay Dios (1), es provído y es poderoso: luego le toca ver como gusta de ser honrado de los hombres sobre la tierra, y no les toca á los hombres determinar como le han de honrar. Supuesto esto, no puede ser Religión subsistente la que no ha revelado Dios con su propia boca, no á cada hombre que sucesivamente entra en el mundo, que sería demasitado, sino solo al principio á alguno de ellos, que despues la haya

tras-

(1) S. Thom. 2. 2. q. 81. art. 2. ad 3. Sum. de Fid. 4. sect. 1.



## INDICE

de los capítulos de la primera Parte.

CAP. I. Fin del Autor en esta obra, y camino que sigue,	Pag. 1.
CAP. II. Quan indignos son de crédito los Ateístas,	15.
CAP. III. Por el consentimiento de todas las Naciones se demuestra que hay Dios,	19.
CAP. IV. Por los efectos se demuestra que hay Dios,	27.
CAP. V. El mundo no pudo ser por sí mismo,	33.
CAP. VI. Pruébese que el mundo no fué labor de la casualidad, ni lo podía ser,	47.
CAP. VII. Por lo que procura la naturaleza aquellos efectos que consigue, se manifiesta que no obra acaso,	49.
CAP. VIII. Por la constancia de los mismos efectos en la naturaleza, se descubre mas que no vienen de la casualidad, sino del consejo,	56.
CAP. IX. Respóndese á quien abusa del nombre de la naturaleza para negar á Dios,	64.
CAP. X. Los Cielos predicán las glorias de su Hacedor,	69.
CAP. XI. La consideracion de la tierra nos levanta á conocer á Dios,	81.
CAP. XII. Testimonio que dan de Dios los animales, que provee su Magestad con grande admiracion,	89.
CAP. XIII. Testimonio que dan de Dios los animales, enseñados por su Magestad á combatir y á curarse,	100.
CAP. XIV. Testimonio que dan los brutos de Dios con su estupenda propugacion,	107.

CAP.

## INDICE.

CAP. XV. Mirándose el hombre á sí mismo, viene, si quiere, en conocimiento de Dios,	116.
CAP. XVI. La fabrica del rostro humano demuestra á Dios,	126.
CAP. XVII. Demuéstrase Dios debaxo del concepto de un Ser sumamente perfecto,	136.
CAP. XVIII. Inférese de quanto se ha demostrado la unidad de Dios, simplicísima en tantos atributos suyos diversos,	144.
CAP. XIX. Demuéstrase, que en Dios hay Providencia de las obras humanas,	153.
CAP. XX. Respóndese á los argumentos, por que se mueven los Ateístas á negar la Providencia,	166.
CAP. XXI. Respóndese á las acusaciones que se le hacen á la Providencia por la desigual distribucion de los bienes, principalmente de los que se dan á los impíos,	177.
CAP. XXII. Respóndese á las acusaciones que se hacen á la Providencia, porque atribula á los buenos,	186.
CAP. XXIII. Si la Astrología aprovecha algo para desautorizar á la Providencia,	192.
CAP. XXIV. La Astrología judiciaria no tiene razon sobre que se funde,	195.
CAP. XXV. La Astrología judiciaria tampoco se puede fundar en la experiencia,	212.
CAP. XXVI. Respóndese á lo principal que traen los Gentilicos en defensa de su arte,	235.
CAP. XXVII. Razones que hacen manifiesta á qualquiera entendimiento bien dispuesto la inmortalidad del alma humana,	246.
CAP. XXVIII. Por las operaciones intellectivas del alma racional, se hace claro que es inmortal,	248.
CAP. XXIX. Inférese la misma verdad de las operaciones voluntarias del alma,	256.

CAP.

- CAP. XXX. Qué no se puede negar la inmortalidad del alma, sin acusar à la naturaleza de necia, 261.
- CAP. XXXI. Muéstrase, que si el alma no fuese inmortal, la virtud fuera vicio, y el vicio fuera virtud, 271.
- CAP. XXXII. Respóndese à las oposiciones que se traen contra la inmortalidad del alma humana, 280.
- CAP. XXXIII. De la necesidad de una verdadera Religion, y del modo de discernirla entre las falsas, 291.



U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

